





P06176
ÓNOMA
v.1
1817
ERAL DE

061.00
Q70

010105



1080018926



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CAPILLA ALFONSENA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
3-23-83 MICROFILMADO R-50

POESÍAS
SELECTAS CASTELLANAS,

Desde el tiempo de Juan de Mena,
hasta nuestros días, .

RECOGIDAS Y ORDENADAS

POR D. MANUEL JOSEF QUINTANA.

NUOVA EDICION.

TOMO PRIMERO.

MICROFILMADO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS
CIENTÍFICOS Y TECNOLÓGICOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS
CIENTÍFICOS Y TECNOLÓGICOS

Núm. Clas.

Núm. Av. Vol. LEON

Núm. M. A. P.

Procedencia

Estado

Colección

261.98

10106

-6-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA VILLARDO Y TELLES
MADRID, AS

FOR GOMEZ FUERTENBERRO Y COMPANIA.

1817. B. J. Y. K. G. R. V. I. A. V. E. N.
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

10106

"ALFONSO REYES"
Apdo. 1025 MONTERREY, MEXICO

PA 6196

05

v.1

1819



FONDO EMISTERIO
VALVERDE Y TELLEZ

132857

À D. JUAN MELENDEZ VALDES.

No dudo, amigo mío, que muchos viendo poner al frente de una colección de obras ajenas el nombre de Melendez, condenen este obsequio como poco correspondiente à los estrechos y antiguos vínculos que nos unen. V. me empezó à amar desde mi infancia, tuvo de mi educación un cuidado casi paternal, me dió las primeras lecciones de buen gusto, y me inspiró hacia la poesía esta afición viva y sostenida, que he conservado hasta ahora. Muy ageno de aquella odiosa superioridad, que los que vienen ántes suelen comunmente afectar con los que llegan despues, V. ha sido siempre el primero à hacerse favorable ilusion sobre mis progresos, y à aplaudir con bondadosa indulgencia qualquiera paso que he dado en la carrera. La naturaleza y las circunstancias, que no favorecen à todos de un mismo modo, ni les prestan alas para poder volar

010106

igualmente, no han dexado que mis escritos correspondan á estímulos tan generosos, ni á un modelo tan cabal: pero á lo ménos siempre habré debido á mi pasión por un arte tan sublime, el amor al estudio y á la sabiduría, y en el exercicio delicado que proporciona al entendimiento las horas más deliciosas de mi vida. Tales son los beneficios con que estoy obligado á V.; beneficios cuya memoria es tan continua en mi corazón como su repetición en mis labios: y si para el reconocimiento público que luego de ellos he preferido esta obra, es porque yendo unido á los rangos inmortales de nuestros principales Autores, pienso que así se extienda y perpetúe con gloria mia.

¿Y donde, pregunto yo á mi vez, estará mejor el nombre de Meléndez, que al frente de unas poesías, que él ha sabido tan diestramente imitar, y tan frecuentemente vencer? ¿A quién dedicarse mejor las obras de nuestros líricos antiguos, que al primero de

los líricos modernos; al que ha dexado tantos modelos de perfección, y al que tiene viviendo la satisfacción de ser citado y reputado como un clásico dentro y fuera de su país? Estos motivos ya no son particulares á mi solo; son comunes á quantos aman y honran las Musas españolas; y todos aprobarán, creo yo, el homenaje que hago aquí, no solo al eminente poeta, sino al hombre amable y bueno, que ha sido amigo, hermano, elogiador de todos sus compañeros en el arte, y jamás se ha mostrado detractor ó envidioso de ninguno.

Mil causas han retardado la conclusión de la colección que ahora publico, sin embargo de haber corrido algunos años desde que empecé á recoger y á ordenar las poesías que comprende. Pero deseando entregarme con más desahogo á la obra histórica que tengo empezada, (*) he querido quedar

(*) *Los poetas de los Españoles célebres*, cuyo primer tomo se ha publicado ya, y el segundo se está preparando para la prensa.

enteramente desembarazado de esta otra empresa. Murióme á entrar en ella la utilidad de los que no quieren, ó no pueden dar á nuestros poetas la atención prolixa que se necesita, para buscar y disfrutar lo bueno que contienen. El extranjero que desea enterarse del gusto y carácter de la poesía castellana, el jóven que empieza á dedicarse á ella, el aficionado que lee versos por distraccion y no por estudio, las mugeres, en fin, que no atienden sino á la flor de las cosas, agradecerán tal vez, que se les excusen el dispendio y la fatiga de adquirir y recorrer muchos volúmenes, para leer lo que cómodamente puede ser reducido á muy pocos.

Bien sabe V. que ninguna de las colecciones últimamente publicadas se ha dirigido á estos fines. Debemos al Parnaso Español el conocimiento de muchas composiciones inéditas ó olvidadas: pero esta compilacion además de ser demasiada voluminosa, tiene el inconveniente de estar hecha sin orden ni discernimiento alguno. La que despues em-

pezó, y no acabó, D. Juan Bautista Conti, executada á la verdad con gusto exquisito y buena disposicion, se destinó principalmente á dar á conocer á los Italianos el mérito de nuestra poesia. Contentóse pues su autor en publicar y traducir en toscano las composiciones liricas y bucólicas mas señaladas del siglo diez y seis, y algunas de los Argensolas: pero nada incluyó de Fallanca, de Jauregui, de Lope, de Góngora, ni de otros igualmente célebres en nuestro Parnaso, quedando por consiguiente la coleccion en extremo insuficiente y diminuta. Por último, la que lleva el nombre de Don Ramon Fernandez, aunque se resiente de haber sido abandonada muy desde el principio de las manos hábiles que la empezaron, es útil, ó mas bien necesaria, á los que se dedican á cultivar este ramo de nuestra literatura, porque su objeto fué la reimpression de los mejores liricos españoles, cuyas ediciones antiguas se habian hecho muy raras; pero esto

mismo manifiesta la diversidad de su uso y aplicaciones comparada con la presente. Omito hacer mención de algunas otras que se han publicado fuera de España, porque ni por el número de las piezas que contienen, ni por su elección, ni por su disposición, ni en fin por aspecto alguno cumplen con el objeto que se proponen.

El plan seguido en la mía es el que conviene mejor la variedad con el orden, el de los tiempos. Después de una corta muestra de la Poesía castellana en el siglo quince, se empieza por Garcilaso, y se sigue por las demás poetas hasta Cadalso, dándose las composiciones cortas mas generalmente estimadas de cada uno. Van enteras las muy conocidas; pero en las que no lo son tanto se ha suprimido tal qual pasage; bien que con la mayor circunspeccion, y solo quando la decencia lo prescribía, ó lo aconsejaba la necesidad de conservar el efecto de la obra, destruido si las exees por alguna extravagancia. De estas supresiones hubiera dado razon

en las observaciones criticas, que pensaba poner al fin de cada tomo, donde los lectores hubieran hallado las noticias particulares á cada composicion, y mi juicio sobre sus bellezas y sus defectos. Pero esto pedía por su delicudeza mas tiempo y atencion que la que me permitian las circunstancias actuales; y de todas las ilustraciones que me propuse al principio, solo he podido bosquejar en la Introduccion la historia de la poesia castellana, limitándola á los géneros y autores comprendidos en la obra.

Estos son en suma, amigo mio, el plan y propósito de la coleccion que presento á F. Bien conoci al emprenderla que en ella me aguardaban mas molestia y peligro que satisfaccion y gloria: pero ademas del propecho particular que yo sacaba de este nuevo estudio que hacia, me alentó á proseguir la esperanza de la utilidad que tal vez produciria á los demas. Ella puede contribuir á formar el gusto de la juventud, á general-

zar mas la afición á las artes del bien decir, harto descuidadas entre nosotros; y á traer sobre nuestras cosas mas aprecio y estimacion de parte de los extrangeros, los quales se quejan del poco esmero que hemos tenido en allanarles los caminos de nuestra literatura.

V. fué el primero que me puso en las manos los padres de la poesia castellana: V. me enseñó á juzgarlos sin desprecio injusto y sin fanatismo extravagante: reciba V. , pues, con la bondad indulgente que acostumbra, este monumento que les levanto; y permita que grave al pie de él los titulos de estimacion y cariño que me han unido á Meléndez.

M. J. QUINTANA.

INTRODUCCION.

ARTÍCULO PRIMERO.

Del principio de nuestra poesia, y sus progresos hasta Juan de Mena.

SE ha convenido generalmente en dar á la poesia el primer lugar entre las artes de imitacion. Ya se mire la antigüedad de su origen, ya la extension de los objetos que la ocupan, ya la duracion y el agrado de sus impresiones, ya en fin las utilidades que produce, siempre resaltan su dignidad y su importancia, y la historia de sus progresos tiene que ir unida siempre á la de los otros ramos que componen la ilustracion humana. Dicese que ella y la musica han civilizado á los pueblos; y esta proposicion que en rigor es exagerada y aun falsa, manifiesta por lo ménos el influxo que una y otra han tenido en la formacion de las sociedades. Las lecciones que los primeros Filósofos diéron á los hombres, las

zar mas la afición á las artes del bien decir, harto descuidadas entre nosotros; y á traer sobre nuestras cosas mas aprecio y estimacion de parte de los extrangeros, los quales se quejan del poco esmero que hemos tenido en allanarles los caminos de nuestra literatura.

V. fué el primero que me puso en las manos los padres de la poesia castellana: V. me enseñó á juzgarlos sin desprecio injusto y sin fanatismo extravagante: reciba V. , pues, con la bondad indulgente que acostumbra, este monumento que les levanto; y permita que grave al pie de él los titulos de estimacion y cariño que me han unido á Meléndez.

M. J. QUINTANA.

INTRODUCCION.

ARTÍCULO PRIMERO.

Del principio de nuestra poesia, y sus progresos hasta Juan de Mena.

SE ha convenido generalmente en dar á la poesia el primer lugar entre las artes de imitacion. Ya se mire la antigüedad de su origen, ya la extension de los objetos que la ocupan, ya la duracion y el agrado de sus impresiones, ya en fin las utilidades que produce, siempre resaltan su dignidad y su importancia, y la historia de sus progresos tiene que ir unida siempre á la de los otros ramos que componen la ilustracion humana. Dicese que ella y la musica han civilizado á los pueblos; y esta proposicion que en rigor es exagerada y aun falsa, manifiesta por lo ménos el influxo que una y otra han tenido en la formacion de las sociedades. Las lecciones que los primeros Filósofos diéron á los hombres, las

primeras leyes, los sistemas mas antiguos todos se escribiéron en verso, al paso que la fantasia de los poetas con el halago de sus pinturas, y la pompa de las funciones que ideaban, interrumpia con una distraccion apacible y necesaria la fatiga de los trabajos campestres.

Es cierto que la poesia despues no se presenta con la dignidad consiguiente al exercicio absoluto y exclusivo de estos diversos ministerios - pero conserva todavia un influxo tan poderoso en nuestra instruccion, en nuestra perfeccion moral y en nuestros placeres que podemos considerarla como dispensadora de los mismos beneficios aunque baxo diferentes formas. Ella sirve de atractivo á la verdad para hacerla amable, ó de velo para defenderla, enseña á la infancia en las escuelas, despierta y dirige la sensibilidad en la juventud, embobla el espíritu con sus máximas, le engrandece con sus quadros, siembra de flores el camino de la virtud, y abre el templo de la gloria al heroismo. Tantax ventajas unidas á tanto halago han excitado en los hombres una admiracion y una gratitud eternas.

Su ocupacion primaria y esencial es pintar á
la

la naturaleza para agradar, como la de la filosofia explicar sus fenómenos para instruir. Asi mientras que el filósofo observando los astros indaga sus proporciones, sus distancias y las reglas de su movimiento; el poeta los contempla, y traslada á sus versos el efecto que en su imaginacion y en sus sentidos hacen la luz con que brillan, la armonia que reyna entre ellos, y los beneficios que dispensan á la tierra. La dificultad de llenar digna y debidamente el objeto de la poesia es enorme, aun quando por la prontitud de sus progresos en algunos géneros no parezca tan grande á primera vista. Desde la máxima vaga, ó el cuento insípido, vigorizados con el halago de una rima incierta ó de una medida informe, hasta la armonia y elegancia sostenida, y los quadros complicados y sublimes de la Iliada ó la Eneida; desde el carro y las heces de Téspis hasta el grande espectáculo que ofrecen la Ifigenia ó el Tauredo, la distancia es inmensa, y solo pueden superarla los esfuerzos mayores de la aplicacion y el ingenio.

Algunas naciones favorecidas del cielo la recorren con mas prontitud, y pasan ligeramento

desde la flaqueza de los primeros ensayos al vigor de los pensamientos mas grandes y combinaciones mas acabadas. Tal fué la suerte de la Grecia, donde el Genio de la poesia, contando apenas algunos momentos de infancia, crece y se eleva hasta el punto de producir los inmortales poemas de Homero. Tal, aunque con ménos brillo y perfeccion, fué la de la Italia moderna, donde en medio de la noche de los siglos de barbarie sucedidos á la ilustracion romana, parecen de repente Dante y Petrarca, trayendo consigo la aurora de las artes y el buen gusto. Otros pueblos ménos dichosos luchan siglos enteros con la rudeza y la ignorancia, se hacen sensibles mas tarde á los halagos de la elegancia y la armonia; y la perfeccion, en el modo que es dado á los hombres conseguirla, es conquistada por ellos solamente á fuerza de tiempo y de fatiga. Una gran parte de las naciones modernas se halla en este caso, y entre ellas es preciso contar tambien á nuestra España.

Precedió aqui, como en casi todas partes, el verso escrito á la prosa; siendo el *Poema del Cid*, hecho á mediados del siglo doce, el primer

libro que se conoce en castellano, y al mismo tiempo la obra primera de poesia. Comenzaba ya entonces en medio de la confusion de lenguas, causada por la invasion de los bárbaros del norte, á tomar alguna forma aquel romance, que después habia de presentarse con tanto brillo y magestad en los escritos de Garcilaso, Herrera, Rioja, Cervantes y Mariano. A considerar la obra por el argumento solo, pocas habria que la aventajasen, del mismo modo que pocos guerreros podrian disputar á Rodrigo de Vivar la palma de las proezas y el heroismo. Su gloria que eclipsó entonces la de todos los Reyes de su tiempo, ha pasado de siglo en siglo hasta ahora, por medio de la infinidad de fábulas que la admiracion ignorante ha acumulado en su historia. Consignada en poemas, en tragedias, en comedias, en canciones populares, su memoria semejante á la de Aquiles ha tenido la suerte de herir fuertemente y ocupar la fantasia: mas el héroe castellano, superior sin duda al griego en esfuerzo y en virtudes, ha tenido la desgracia de no encontrar un Homero.

No era posible encontrarle al tiempo en que

el rudo escritor de aquel poema se puso á componerle. Con una lengua informe todavía, dura en sus terminaciones, viciosa en su construcción, desnuda de toda cultura y armonía; con una versificación sin medida cierta y sin consonancias marcadas; con un estilo lleno de pleonasmos viciosos y de puerilidades ridiculas, falto de las galas con que la imaginación y la elegancia le adornan; ¿como era posible hacer una obra de verdadera poesía, en que se ocupasen dulcemente el espíritu y el oído? No está sin embargo tan falto de talento el escritor, que de quando en quando no manifieste alguna intención poética ya en la invención, ya en los pensamientos, y ya en las expresiones. Si, como sospecha Don Tomas Sanchez editor de este y otros poemas anteriores al siglo XV. no faltan al del Cid mas que algunos versos del principio; no dexa de ser una muestra de juicio en el autor haber descargado su obra de todas las particularidades de la vida de su héroe, anteriores al destierro que le intimó el Rey Alfonso VI. Entónces empieza la verdadera gloria de Rodrigo, y desde allí empieza el poema; contando después sus guerras con los Moros y con el

Conde de Barcelona, sus conquistas, la toma de Valencia, su reconciliacion con el Rey, la afrenta hecha á sus hijos por los Infantes de Carrion, la solemne reparacion y venganza que el Cid toma de ella, su enlace con las casas reales de Aragon y de Navarra, donde finaliza la obra, indicando ligeramente la época del fallecimiento del Héroe. En la serie de su cuento no le faltan al escritor vivacidad é interes, usa mucho del dialogo que es la parte mas á propósito para animar la narracion; y á veces presenta quadros, que no dexan de tener mérito en su composicion y artificio. Tal es entre otros la despedida de Rodrigo y Ximena en San Pedro de Cardena, quando él parte á cumplir su destierro. Ximena postrada en las gradas del altar donde se celebra el oficio divino, hace al Eterno una oracion pidiendo por su esposo, que concluye asi:

Tu eres Rey de los Reyes é de todo el mundo padre
A ti adoro é creo de toda voluntad,
E ruego á San Pedro que me ayude á rogar
Por mio Cid el Campeador que Dios le envie de mal,
Quando hoy nos partimos, en vida nos faz yuntar.
La oracion fecha la Misa señalada la has:
Sabieron de la Iglesia ya quieren exaltar.

El Cid á Doña Ximena ibala abrazar,
 Dona Ximena al Cid la mano' va á besar,
 Lorando de los ojos que non sabe que se far,
 E él á las niñas tornadas á estar,
 A Dios vos recomiendo fijas
 E á la mugger é al Padre spiritual,
 Agora nos partimos, Dios sabe el ayantar:
 Lorando de los ojos que non viestes á tal,
 Ayo' parten unos d'ojos como la uña de la carne,
 Mio Cid con los sus tallos pensó de esvalgar,
 Á todas espantado la cabeza tornando ya,
 Á tan grand saber habló Minaya Alcar Fanez:
 Cid do son vuestros esfuerzos?
 En buen ora nascuistes de madre:
 Penemna do ir muestra via, esto sea de vagar:
 Aun todos estos duros en gozo se tornarán;
 Dios que non dio las almas, estorjo nos darí.

Hay sin duda gran distancia entre esta despedida y la de Héctor y Andrómaca en la Iliada; pero es siempre grata la pintura de la sensibilidad de un héroe al tiempo que se separa de su familia, es bello aquel volver la cabeza alejándose, y que entonces le esfuerza y conforta los mismos á quienes da el ejemplo del esfuerzo y la constancia en las batallas. Aun es mejor en mi dictámen, por su graduacion dra-

mática y su artificio, el acto de acusacion que el Cid intenta á sus alevosos yernos delante de las Cortes congregadas á este fin. El choque primero de los Infantes y los escuderos de Rodrigo en el pelenque no dexa de tener animacion y aun estilo.

Abrazan los escudos delant' los corazones,
 Abaxan las lanzas abueltas con los pendones,
 Enclinaban las curas sobre los arzones,
 Batian los caballos con los espaldones,
 Tembrar quería la tierra dod' eran movedores.

.....
 Martin Antolinez mano metió el espada,
 Belumbra tod' el campo.

No ha quedado noticia de quien fué autor de este primer vagido de nuestra poesia. En el siglo siguiente florecieron dos escritores, en quienes se descubre ya el adelantamiento y progresos que habian hecho la versificacion y la lengua. Un y otra tienen en los poemas sagrados de *Don Gonzalo de Berceo* y en el de *Alexandro de Juan Lorenzo* mas fluidez, mas trabazon, y formas mas determinadas. La marcha de estos autores, aunque penosa, no es tan arrastrada y seca como la del poema

precedente. La diferencia que hay entre los dos poetas posteriores es, que *Berceo* por la naturaliza de sus argumentos, la mayor parte leyendas de Santos, fuera de su narracion, y de algunos consejos morales, consiguientes al estado que tenia, y á la materia que trataba, no presenta riqueza de erudicion, ni variedad de conocimientos, ni fantasia en la invencion. *Juan Lorenzo* al contrario, se eleva mas con su asunto, y manifiesta una instruccion tan extensa en historia, mitologia y filosofia moral, que hace de su obra la mas importante de quantas se escribieron en aquella época. Los versos siguientes sobre un objeto mismo pueden ser muestra del estilo de uno y otro.

Yo Maestro Goazalo de Berceo nomnado
Ycado en romeria caesi en un prado
Verde é hies acaido, de flores hies poblado,
Logar cobdiad'vvero para un home casado.

Daban olor volen las flores bien olientes,
Refrescaban en home las caras é las mientes,
Manaban cada canto finates claras currientes,
No verano bien frías, en invierno calientes.

BERCEO.

El mes era de Mayo, un tiempo glorioso,
Quando faren las aves un solar deleytoso,
Son vestidos los prados de vestido fermoso,
Da suspiros la duenna la que non ha esposo.

Tiempo dolce é salroso por haer casamientos,
Ca lo tempan las flores é los salrosos vientos,
Cantan las doucelléttas, son muchas á convientos,
Faren unas á otras buenos pronouciamientos.

Andan moras é viejas cobiertas en amores,
Van cogor por la siesta á los prados las flores,
Dicen unas á otras: bonos son los amores,
Y aquellos plus tiernos tiennos por meyres.

LORENZO.

Reynaba entónces en Castilla *Alfonso X*, Príncipe á quien la fortuna para completar su gloria debió dar mejores hijos y vasallos ménos feroces. La posteridad le ha puesto el sobrenombre de Sabio; y sin duda alguna le merecia el hombre extraordinario, que en un siglo de finieblas pudo reunir en sí las miras paternales y benéficas de legislador, las combinaciones profundas de matemático y astrónomo, el talento y conocimientos de historiador, y los laureles de poeta. El fué quien puso en el debido honor la lengua patria, quando mandó

que se extendiesen en ella los instrumentos públicos que antes se escribían en latín. Mariana poco favorable á este Rey, asegura, que esta providencia fué la causa de la profunda ignorancia que se siguió despues. ¿Pero que se sabia antes? El latín de que se usaba era tanto y mas bárbaro que el romance: los nuevos usos á que este se aplicaba por aquella resolución, la dignidad y autoridad que adquiría, era fuerza que influyesen en su cultura, pulimento y progresos. ¿Puede por ventura creerse que estas utilidades de la lengua no tuvieran influxo ninguno literario; ó que hay ilustracion y literatura nacional, quando la lengua propia no se cultiva? Considérese pues la asercion de Mariana como hija de las preocupaciones un poco pedantescas del siglo en que vivía; y nosotros aun precisando de la conveniencia política de dicha ley, mirémosla como una de las causas, que influyendo en la mejora de la lengua, debió tambien influir en el adelantamiento de nuestra poesia.

Hay un libro entero de Cántigas ó letras para cantarse, compuestas en dialecto gallego por este Rey, de que pueden verse muestras

en los Anales de Sevilla de Ortiz de Zúñiga; otro intitulado *el Tesoro*, que es un tratado de piedra filosofal, á lo que se cree, pues hasta ahora no se ha podido en gran parte descifrar, y tambien se le atribuye el de las *Quevedas*, del qual no se conservan mas que dos estancias. Uno y otro están escritos en versos de doce sílabas, con los consonantes cruzados: versificación á que se dió el nombre de coplas de arte mayor, y que fué un verdadero adelantamiento para la poesia; pues la marcha que tenia el verso alexandrino, usado por Barceo y por Lorenzo, era insufrible por su monotonía y pesadez. Cotéjense con los versos que van citados estas coplas con que empieza el libro del Tesoro.

Llegó pues la fama á los mis oídos
 Que en tierra de Egipto un sabio vivía,
 E con su saber sí que faría
 Notas los casos que no son venidos:
 Los astros juzgaba, e aquellos motidos
 Por disposición del cielo fallaba,
 Los casos que el tiempo futuro ocultaba.
 Bien fueran ántes por este entendidos.
 Códicia del sabio movió mi afición,

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN
 BIBLIOTECA UNIV.
 "ALFONSO R. VES"
 AÑO, 1925 MONTERREY, MEXICO.

Mi pluma é mi lengua. Con grande humildad
 Postrada la altura de mi magestad,
 Ca tanto poder tiene una passion,
 Con ruegos le fax la mi petition.
 E se la mandé con mis menageros:
 A veros facienlas é mudas dñeros
 Allí le ofreci con tanta intencion.

Bepusome el sabio con gran costeria:
 Magüer vos, Señor, seais un gran Rey,
 Non páru yo ácientos en aquesta ley.
 De oro áia plata nin su gran valia:
 Serviros, Señor, en gracia tercia,
 Ca non busco aquello que á mi me sálvó,
 E vuestros háberez vos fagan la pro,
 Que vuestro siervo Mas vos querría.

De las mis naves mudé la mejor,
 E llegala al puerto de Alexandria,
 El físico astrologo en ella salia,
 E á mi fué llegado cortes con amor:
 E habiendo sabido su grande primor
 En los movimientos que face la esfera,
 Siempre le víve en grande manera,
 Ca siempre á los sabios se debe el honor.

Todavía son mejores en estilo, número y
 elegancia las dos coplas con que empezaba el
 libro de las Quercillas.

A ti Dirgo Perez Barmiento, leal
 Romano é amigo é firme vasallo,
 Lo que á míos homas por cuita les calle
 Entiendo decir plañendo mi mal:
 A ti que quitaste la tierra é cabdal
 Por las mis facienlas en Roma é allende,
 Mi pendola vueta, escuchala deude,
 Ca grita doliente con fabla moeta.

Como yax solo el Roy de Castilla
 Empeador de Alemana que fué,
 Aquel que los Reyes buscaban el pie,
 E Reynaz pedian limosna é nuevilla!
 El que de luesto mantaro en Sevilla
 Diez mil de á caballo é tres dolos peones,
 El que acatado en lejanas naciones
 For por sus tablas, é por su cochilla.

Parece que hay la diferencia de un siglo en-
 tre versos y versos, entre lengua y lengua y lo
 mas raro es que para encontrar coplas de arte
 mayor que tengan igual merito así en la dic-
 cion como en la cadencia, es preciso saltar
 casi otros dos siglos, y buscarlas en Juan de
 Mena. (*)

(*) Algunos traductores dñan de que estas dos obras
 perteneceras al tiempo y autor á que se atribuyen: y el
 adelantamiento que presentan la versificacion y el len-
 guage forma una presuncion muy fuerte á favor de esta
 opinion.

Si el movimiento que dió este gran Rey á las letras hubiera sido auxiliado por sus sucesores, la ilustracion española contando dos siglos de antelación, contaría tambien mas grados de perfeccion y mas riquezas. No lo consintió la naturaleza feroz de aquellos tiempos crueles. Empezó á urdir la llama de la guerra civil en los últimos años de Alfonso con la desobediencia y alzamiento de su hijo, y siguió casi sin interrupcion por un siglo entero, hasta que llegó al último grado de atrocidad y de horrores en el reinado borrascoso y terrible de Pedro. Los hombres de Castilla en esta miserable época parece que no tenían espíritu sino para aburrirse, ni brazos sino para destruir: ¿ como era posible que en medio de la agitacion de aquellas turbulencias pudiese lucir tranquilamente la antorcha del ingenio, ni oírse los cantos de las Musas? Así es que solo se cuenta en ella un cortísimo número de poetas: *Juan Ruiz Arcipreste de Hita*, el infante *Don Juan Manuel*, Autor del Conde Lucanor, el judío *Don Sauto*, y *Ayala* el Cronista. Los versos de estos escritores unos se han perdido, otros existen todavía inéditos; habiendo salido

solamente á la luz pública los del *Arcipreste*, que por fortuna son tal vez los mas dignos de conocerse.

El argumento de sus poesías es la historia de sus amores, interpolada con apólogos, alegorías, cuentos, sátiras, refranes, y aun devociones. Venia este autor á todos los anteriores, y pocos le aventajaron despues, en facultad de inventar, en vivacidad de fantasia y de ingenio, en abundancia de chistes y de sales: y si hubiera tenido cuenta con elegir ó seguir metros mas determinados y fijos, y su diction fuera ménos informe y pesada, esta obra seria uno de los monumentos mas curiosos de la edad media. Pero la rudeza de las formas exteriores hace insufrible su lectura. Sean muestras de su versificacion y estilo las coplas siguientes, en que el Poeta pide á *Venus* que interponga su favor para con una Dama á quien ama; la qual era, segun la pinta, *L*

De talle muy apuesta, de gestos amorosa,
Dunegil, muy lizana, plausivola et fermosa,
Corta et mazzada, falaguera, d'ouos,
Graciosa et risueña, amar de toda cosa...

Señora Doña Venus, muger de Don Amor,
Noble dueña, omíllame yo vuestro servidor,
De todas cosas sois vos el amor señor,
De todas vos obedezcan como á su fealdad.

Reyes, Duques, et Condes é toda criatura
Vos temen é sus airren como á vuestra fechora,
Cumplid los mis deseos, et dádmelo dicha é ventura,
Non me seades estraña; sin esquivar sin dura...

So ferido é llagado, de un dardo so perdido,
En el corazón lo trayo encerrado et acortado;
Non oso mostrar la laga, matarme á, si la olvidó,
E ann drar non oso el nombre de quien me lo ferido.

El color lo perdido, mis sesos desfallezcan,
La fuerza non la tengo, mis ojos non parescan,
Si roanome valedes mis miembros desfallezcan.

Venus entre otros consejos le dice :

Toda muger que mucho otea, ó es rimeada,
Dá sin misericordia las cuitas, non te embargue vergüenza,
Apénas de mí una te desprecie...

Si la primera onda de la mar ayrada

Espantase al marino quando viene turbada,
Nunca en la mar entrarie con su nave ferrada;
Non te espante la dueña la primera vegada.

Con arte se querizantan los corazones duros,
Tómase las ciudades, destrúense los muros,
Caen las torres altas, álzase peso dorado,
Por arte juran muchos, por arte son perjuros.

Por arte los pecados se toman en las ondas, etc.

Podríanse citar otros trozos mucho más picantes, entre ellos la descripción del poder del dinero, que tiene una mordacidad y una libertad, de que difícilmente se hallaran ejemplos en otros escritores de dentro y fuera de España en aquel tiempo, aunque entrase en la comparación el independiente Dante; ó la chistosa apología y alabanza de las mugeres chicas, que empieza:

Quiero vos abreviar la predicacion;
Que siempre me pagué de pequeño sermón,
E de buena pequeña, ce de buena razón;
Ca de poco es bien dicho se afirma el corazón, etc.

Pero bastan á mi propósito los ejemplos citados. Alguna vez el poeta cansado acaso de la monotonía y pesadez, varia del metro que generalmente usa y introduce otra combinación de rimas en cántigas que mezcla con su narración; como por exemplo la siguiente:

Ceres la tallada
La tierra pesada
Fallen con albarda
A la madre gata
Encima del puerto
Caído ser surtido

De nieve é de frías

E de ese rocío,

E de grand helada,

A la decida

Di una cortida,

Falté una serrana

Férmosa, lozana,

E bien colorada.

Dise yo á ella,

Bombouse, hella, etc.

Don Tomas Antonio Sanchez ha publicado las obras de casi todos los autores mencionados, con ilustraciones excelentes así para dar noticia de ellas, como para la inteligencia del texto, que la rucianidad y rudeza del lenguaje, y los vicios de los códices han obscurecido á porfia. Allí están como en una armería estes venerables antigüallas; objetos preciosos de curiosidad para el erudito, de investigaciones para el gramático, de observacion para el filósofo y el historiador, pero que el poeta sin gastar tiempo en estudiarlos, saluda con respeto, como á la cuna de su lengua y de su arte.

ARTÍCULO II.

*De nuestra Poesía hasta el tiempo
de Garcilaso.*

Uso y otro se presentan ya mas formados y vigorosos en los versos escritos por los Poetas del siglo XV; y no es de extrañar este progreso, si se atiende á la muchedumbre de circunstancias que entónces concurrieron para favorecer á la poesia. Los juegos florales establecidos en Tolosa á mediados del siglo anterior; y traídos por los Reyes de Aragon á sus estados en fines del mismo, el concurso de ingenios que contendian por ganar los premios señalados en estas solemnidades; las ceremonias observadas en ellas; la consistencia y consideracion dada al arte de trovar, la acción de los Príncipes, los libros antiguos mas generalmente conocidos, las luces que ya brotaban por todas partes, y deshacian la caliginosa niebla de tantos siglos bárbaros, la imitacion de la Italia que mas feliz y mas pronta se halla ilustrado primero; todo contribuyó poderosamente á la acogida que logró esta arte: la primera que se cultivó quando los pueblos.

se acercan á su civilizacion. Así al echar la vista á los antiguos Cancioneros donde están recogidas las poesias de esta época, lo primero que se admira es la muchedumbre de autores, y lo segundo su calidad. Juan el II. que se complacia mucho en oír los decires rimados, y á veces tambien rimado, introduxo este gusto en su Corte, y casi todos los Grandes á imitación suya, ó le protegían, ó le cultivaban. Coplas hacia el Condestable Don Alvaro, coplas el Duque de Arjona, coplas el celebre Don Enrique de Villena, coplas el Marques de Santillana, coplas en fin otros ciento tanto ó mas ilustres que ellos.

La forma que se habia dado á la versificación era mucho menos imperfecta que la de los siglos anteriores. Prevalcian las coplas de aite mayor, y los versos octosílabos sobre la pesadez fastidiosa del alexandrino: las rimas cruzadas herian mas agradablemente el oido y no le aturdezian con las grosseras martilladas del consonete quadruplicado; y el periodo poético mas despejado y rotundo venia de quando en quando al espíritu con las pretensiones de la gracia y la elegancia. Suavizóse un poco el

austero semblante que el arte tenia, y dexando los largos poemas, las leyendas de devocion y la serie pesada y fastidiosa de preceptos áridos y secas sentencias, se dedicó á argumentos mas proporcionados á sus fuerzas, y la pintura del amor, y el tono de la elegia eran lo que mas comunmente se sentia en sus acentos. En fin, la lectura de los escritores latinos, mas generalizada ya, les enseñaba unas veces el modo de imitar, otras les proporcionaba alusiones, símiles, y exórnaciones con que engalanar sus versos.

Entre el crecido número de poetas que entónces florecieron, el que mas descuelló sobre todos por el talento, saber y dignidad de sus escritos es Juan de Mexa. Este elevó en su *Liberinto* el monumento mas interesante de nuestra poesia en aquel siglo, y con él dexó muy lejos de sí á los otros escritores. El poeta en esta obra se supone con el intento de cantar las vicisitudes de la Fortuna, y al tiempo que teme las dificultades de la empresa se le aparece la Providencia, que le introduce en el palacio de aquella divinidad, y le sirve de guia y de maestra. Allí primeramente ve la Tierra

cuya descripción geográfica hace, y después se descubren las tres grandes ruedas de la Fortuna, donde voluean los tiempos pasados, presentes y venideros. Cada rueda se compone de siete círculos, emblemas alegóricos del influxo que los siete planetas tienen en la suerte de los hombres, por las inclinaciones que les dan, y en cada uno hay gentes innumerables que tuvieron la disposición del planeta á quien el círculo pertenece; los castos á la Luna, los guerreros á Marte, los sabios á Febo, y así de los demás. La rueda del tiempo presente está en movimiento; las otras dos paradas; y á la de lo futuro cubre un velo de tal modo, que aunque aparecen formas é imágenes de hombres, no dexa distinguirlos bien. Concebida la obra baxo este plan, se divide naturalmente en siete órdenes; y el poeta describiendo lo que ve, ó conversando con la Providencia; pinta todos los personajes importantes de que tiene noticia; cuenta los hechos célebres, asigna sus causas, manifiesta quanto sabe en historia mitología, y filosofía natural, moral y política, y deduce de quando en quando preceptos y máximas excelentes para la conducta de la vida.

y gobierno de los pueblos. Así el *Liberato*, lejos de ser una colección de coplas frívolas ó insignificantes, donde á lo mas que hay que atender es al artificio del estilo y de los versos; debe ser mirado como la producción de un hombre docto en toda la extensión que aquel tiempo permitia, y como el depósito de todo lo que se sabia entónces.

Si la invencion de este quadro, que sin duda tiene grandiosidad y filosofía, perteneciese exclusivamente á nuestro poeta, su mérito seria infinitamente mayor, y no se le pudiera negar el don del Genio en una parte tan principal. Pero siendo ya conocidas entre nosotros las terribles visiones de Dante y los triunfos de Petrarca, el estuerzo de espíritu necesario para crear el plan y argumento del *Liberato* aparece mucho menor, no habiendo hecho *Mena* mas que imitar á estos escritores, variando el sitio de la escena en que coloca su mundo alegórico. Los pensamientos son nobles y grandes, las miras justas y honestas. Se le ve tomar fuerza de su asunto, y apostrofar aqui al Monarca castellano, advirtiéndole que sus leyes no sean telas de araña, y que deben contener

igualmente á los grandes que á los pequeños; en otra parte pedirle que reprima el horror que iba introduciéndose en los lares domésticos de envenenarse los esposos; ya indignarse de la barbarie con que se habian quemado los libros de Don Enrique de Villena (*); ya mostrar los estragos y desórdenes de Castilla, como castigo del reposo en que los grandes dexaban á los infieles, por atender solamente á su ambicion y á su codicia.

Los pedrazos que van al frente de esta coleccion manifestarán el carácter de su fantasia, de su versificación, de su estilo y su lenguaje. El se expresa generalmente con mas fuerza y

(*) Otra y aun otra vez me yo lloro
Porque Castilla perdió tal tesoro
No conocido delante la gente.

Perdió los tus libros sin ser conocidos,
Y como en estacijas te fueron ya luego
Eras perdido al ayudo luego.
Y otros sin orden no bien repartidos:
Cierto en Atenas los libros fugidos
Que de Protagoras se reproduzcan,
Con cerimonia mayor se quemaron
Quando al Senado se fueron leidos.

energía

energía que gracia y delicadeza: su marcha es desigual; sus versos á veces valientes y numerosos decaen otras por falta de cadencia y de medida: su estilo animado, vivo y natural en partes, de quando en quando toca en hinchado ó en trivial: en fin, la lengua en sus manos es una esclava que tiene que obedecerle, y seguir de grado ó fuerza el impulso que le da el poeta. Ninguno ha manifestado en esta parte mayor osadía ni pretensiones mas altas: él suprime sílabas, modifica la frase ó su arbitrio; alarga ó acorta las palabras, y quando en su lengua no halla las voces ó los modos de decir que necesita, acude á buscarlos en el latin, en el frances, en el italiano, en donde puede. Aun no acabado de formar el idioma, prestaba ocasion y oportunidad para estas licencias, que se hubieran convertido en privilegios de la lengua poetica, si hubieran sido mayores los talentos de aquel escritor, y mas permanente su crédito. Los poetas de la edad siguiente poliendo la rudeza de la diction, haciendo una innovacion en los metros, y en los asuntos de sus composiciones, no conservaron la noble libertad y las adquisiciones que en favor

Tomo I.

4

de la lengua habian hecho sus antecesores. Si en esto los hubieran seguido, el language castellano y sobre todo el language poetico, tan numeroso, tan vario, tan ingenuo y elegante, no envidiaria flexibilidad y riqueza á otro ninguno.

El *Liberato* ha tenido la suerte de todas las obras, que saliendo de la esfera comun, forman época en un arte. Se ha impreso y reimpresso diferentes veces, muchos le han imitado, y algunos criticos respetables le comentaron, entre ellos el Brocense. Asi ha pasado hasta nosotros, sino leído en su totalidad con placer, por la rudeza del language y monotonía de la versificación, por lo ménos registrada con gusto, citado con oportunidad, y mentado siempre con estimacion. Mayor respeto se hubiera conciliado, si el autor al tiempo de imponerse la obligacion de escribir de las cosas del tiempo, se hubiera alejado del centro de los disturbios y maquinaciones que entonces habia en Castilla. Este era el medio de verlas mejor, y de juzgarlas con independencia. Tomó Juan de Mesa sobre sí una obligacion que un cortesano no podia satisfacer, y su vigoroso

espíritu no empleando mas que la mitad de su fuerza por obsequio á las circunstancias, se quedó lejos de la dignidad y altura á que con mas osadia pudo fácilmente elevarse.

Los otros poetas mas distinguidos de este siglo fueron el *Marques de Santillana*, uno de los caballeros mas generosos y valientes que hubo en él, hombre docto, y poeta fácil y dulce en los amores, cuerdo y grave en las sentencias; *Jorge Manrique* que floreció despues, y que en sus coplas á la muerte de su padre dexó el trozo de poesia mas regular y puramente escrito de aquel tiempo; *García Sanchez de Buitrago* que escribió coplas con mucho calor y agudeza; en fin *Macias* anterior á todos, autor de solas quatro cançiones, pero que no será olvidado jamas por sus amores y muerte deplorable. (*)

(*) Macias era Gentil-hombre del Maestro D. Enrique de Villena. Entre las damas que servian á este señor, habia una de quien se prendió el poeta; y de cuyo amor no pudieron arrancarle ni el veela casado con otro, ni las reprehensiones del Maestro, si en fin la prision en que este le mandó castigar. El esposo lleno de celos se concretó con el alcaide de la torre en que estaba su rival, y halló modo de arrojarle por una ventana la lanza que

Se engañaría qualquiera que buscase en los Cacioneros antiguos una poesia constantemente animada, interesante y agradable. Despues de haber visto tal qual composicion, en que

bebaba, y atravesarle con ella. Cantaba entonces Marcas una de las canciones que habia hecho á su dama, y su espiru con el nombre de ella y del amor en los labios. Las dos calidades de trovador y de amante unidas en él le hicieron un objeto solemne y casi religioso entre los poetas del tiempo. Los mas de ellos le celebraron, y su nombre, á que se unió el dictado de enamorado, quedó como proverbial para designar la fineza de los amantes. No disgustará á los lectores ver aquí las coplas que Mená le destino en el *Liberio*.

Tanto andovimos el cerco mirando,
 A que nos hallamos con angustro Marcas,
 Y vimos que estaba florando los dias
 En que de su vida tomó fin amando;
 Llegó muy acerca turbado yo, quando
 Vi ser un tal hombre de nuestra nacion,
 Y vi que deya tal trata caucion.
 En elegico verso cantando.

Amores me librena corona de amores,
 Para que mi hombre por mas boca ande,
 Entonces no era mi mal mémas grande
 Quando me daban placer sus dolores;
 Vencen el uso mis dolores errados,
 Mas no duran siempre segun luego aplican,
 Y pues me hicieron del mal que vos hacen,
 Sabed al amor desamar, amadores.

La indulgencia con que se lee simple á las veces por el mérito que en gran parte le falta, el libro se cae de las manos, y no se vuelve á coger con facilidad. Es cierto que frecuentemente se encuentra un pensamiento ingenioso, una imágen oportuna, y una copla bien construida; pero allí mismo se tropieza al instante con puerilidades, baxezas, trivialidades, versos informes, rimas indeterminadas. Se ve luchar al escritor con la rudeza de la lengua, con la pesadez de la versificacion, y á pesar de los esfuerzos que hace, vencido de la dificultad, no ai-

Hád un peligro tu apasionado,
 Sabed ser alegre, dexad de ser triste,
 Sabed deservir á quien tanto servistes,
 A otro que á amores dad vuestro ruido;
 Los quales si fuesen por un igual grado
 Sus pocos placeres segun su dolor,
 No se quezaria ningun amador
 Ni desesperara ningun desamado.

Bien como quando algun malhechor
 Al tiempo que hacen de otro justicia,
 Temor de la pena le pone cobdicia
 De allí, en adelante vivir ya mejor,
 Mas desque pasado por aquel temor,
 Volver á sus vicios como de primero;
 Asi me volvieran á do desespero
 Amores, que quieren que misera amador.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año de 1911

10106

México

nar ni con la verdadera expresion ni con la bella armonia. Conocian y manejaban á Virgilio, Horacio, Ovidio, Lucano y demas poetas antiguos; pero si á veces se servian de ellos con oportunidad, mas frecuentemente, sacaban de estas fuentes incoherentes alusiones, y una erudicion que degenera en impertinente y pueril pedanteria (*). No acertaban á imitar

(*) Esta racion de Santillana, no desprovista enteramente ni de afecto ni de gracia, puede ser exemplo de como estos escritores se aprovechaban de la instruccion.

Antes el rodante cielo
 Tornará ansio á quieto,
 E será piadosa Aleto,
 E pavoroso Metelo,
 Que yo jamas olvidase
 Tu virtud,
 Vida mia, y mi salud,
 Nin se dexase.

El César afortunado
 Cesará de combalar,
 E hicieran desdecir
 Al Primicias armado;
 Antes que yo se dexara,
 Idola mia,
 Ni la tu Ennomia
 Olvidara,
 Si non se tornara mudo
 E Therites virtuoso,

de ellos la sencillez de sus planetas, y el admirable artificio con que en sus composiciones as-

Sardanapalo animoso,
 Torpe Salomon é rudo;
 En aquel tiempo que yo,
 Gentil criatura,
 Olvidase tu figura
 Cuyo es.

Ethiopia tornara
 Tineda, fria é oerosa,
 Ardiente Sicilia é lagoas,
 E Scila reposara;
 Antes que el mundo mia
 Se partiese
 Del tu mundo é señorio,
 Nin pudiese.

Las fieras tigres harán
 Antes pax con todo armada,
 Habrán las greas ruento,
 Los mares se agostarán,
 Que me haga la fortuna
 Si non trayo,
 Nin me pueda llamar suyo
 Otra alguna.

Ca tu eres curruada,
 E yo so fierro, amara,
 E me tiene toda liza
 Con voluntad non fingida.
 Pero non es marquilla,
 Ca tu eres
 Espejo de las mugeres
 De Castilla.

bian desenvolver y vigorizar un pensamiento, y sostener y graduar el efecto desde el principio hasta el fin. Por último, los versos aunque mas tolerables que los del tiempo antiguo, tenían el gran inconveniente de la monotonia, y de no poderse acomodár á la variedad, elevacion, y grandeza que deben tener los periodos poéticos, segun las imágenes, afectos y pensamientos que encierran.

ARTÍCULO III.

Desde Garcilaso hasta los Argensolas.

Se atribuye generalmente á Juan Boscan la introduccion en nuestra poesia de los endecasílabos y artificio de la versificación italiana. Andres Navagero, Embaxador de Venecia en España aconsejó á Boscan esta novedad, que empezado por él, y seguida de Garcilaso, Mendoza, Acuña, Cetina y otros buenos ingenios, hizo enteramente mudar de semblante al arte. No porque ya no se conociesen antes de él los endecasílabos en Castilla. Hay algunos en el Conde Lucanor escrito en el siglo XIV, y el Marques de Santillana en el XV compuso un-

estos sonetos al modo que los italianos. Pero estos ensayos no habian tenido consequencia, y solo al tiempo de Boscan fué quando se dedicaron generalmente á esta clase de versificación. Y si bien yo creo, que mas influxo tuvo en esto la relacion íntima que ya por aquel tiempo habia entre las dos naciones, que la autoridad de un poeta mediano, como Boscan; todavia sin embargo es muy glorioso para él haber sido autor de tan feliz revolucion, y contribuir con su exemplo y sus esfuerzos á establecerla.

Pero los que se hallaban bien con la versificación antigua, levantaron al instante el grito contra la innovacion, y trataron á sus factores como reos de lesa poesia y alevosos á la patria. Al frente de ellos *Cristóbal de Castillejo* en las sátiras que escribia contra los *Petrarquistas* (que así los llamaban) comparaba esta novedad á las que Lutero introducía entónces en la Fe; y haciendo comparecer en el otro mundo á Boscan y Garcilaso ante el tribunal de Juan de Mena, Jorge Manrique y otros trabajadores del tiempo anterior, ponía en su boca el juicio y condenacion de las nuevas rimas. A este fin

supone que *Bosque* dice un soneto, y *Garcilaso* una octava delante de sus juces, y luego añade:

Juan de Mena como oyó
La nueva troba pulida,
Contentamiento mostró,
Caso que se sonrió
Cuando de cosa sabida.
Y dixo: según la prueba
Once sílabas por pie,
No halló causa porque
Se tenga por cosa nueva,
Pues yo también las usé.

Don Jorge dixo: no yro
Necesidad ni razón
De vestir nuestro dextro
De cojula, que por rodeo
Van diciendo su intencion.
Nuestra lengua es muy devota
De la clara brevedad,
Y esta troba á la verdad
Por el contrario denota
Obscura proliadad. . .

Castagna dixo luego
Como práctico en autores,
Con la fuerza de este fuego
No nos ganarán el juego

Estos nuevos trochaeos.
Muy melancolicos son
Estas trobas á mi ver,
Enfadadas de leer,
Tardias de relacion,
Y enemigas de placer.

Si Juan de Mena y Manrique hubieran podido manifestar entónces algun sentimiento, fuera el de no hallar establecida ya la versificación nueva quando escribieron. El genio fogoso y strevido del uno, el grave y sesudo del otro, hubrian hallado para la expresion de sus pensamientos y pinturas un instrumento á propósito en el caderasilabo. Hubieran conocido al instante que las coplas de arte mayor reducidas á sus elementos eran una combinacion continua y cansada de versos de seis sílabas; que los octosilabos aconsonastados servian mas para el epigrama y el madrigal que para la grande poesia, y que las coplas de pie quebrado esencialmente opositas á toda armonia y á todo placer no debian sostenerse. Esto no lo podia conocer *Castrojo*: escribia si la lengua castellana con propiedad, facilidad y pureza; pero el numen, la invencion, las imágenes altas y animadas, la fuerza del pensamiento, el calor

de los afectos, la variedad, la armonía; todas estas dotes sin las cuales, ó á lo ménos sin muchas de ellas, nadie es considerado poeta, todas le faltaban. Así no es de extrañar que encastillado en sus coplas, suficientes para la expresión de los pensamientos agudos é ingeniosos en que abundaba, desconociese la necesidad que tenía nuestra poesía de la versificación nueva para salir de su infancia. Esta tenía mas libertad y soltura, daba oportunidad para variar las pausas y las cesuras, y presentaba á la infinita variedad de formas que tiene la imitación, la muchedumbre de combinaciones que puede recibir la colocación de los versos largos y cortos. Tales ventajas se lograban con el nuevo sistema, y todas fueron reconocidas por los nuevos ingenios que las adoptaron; pero para ello era preciso tener la calidad de poeta, y *Castillo*, rigorosamente hablando, no la tenía.

Esta circunstancia era para la disputa mucho mas necesaria de lo que parece: pues aunque no hubiese la grande diferencia que existia entre unos y otros metros, siempre llevaria la palma aquel partido, que pudiese en su favor mejores versos y composiciones mas agrada-

ble.

bles. En tal posicion el solo talento de *Garcilán* debia zozocar, como lo hizo, y convertir en polvo á todos los copleros. ¡ Cosa verdaderamente extraña, por no decir admirable! un jóven que muere á la edad de treinta y tres años; entregado á la carrera de las armas, sin estudios conocidos, con solo su particular talento auxiliado de su aplicación y buen gusto, saca de repente á nuestra poesía de su infancia, la encamina felizmente por las huellas de los antiguos y de los mas célebres modernos que entonces se conocian; y rivalizando á veces con ellos, la engalana con arreos y sentimientos propios, y la hace hablar un lenguaje puro, armonioso, dulce y elegante. Su genio, mas delicado y tierno que fuerte y elevado, se inclina de preferencia á las imágenes dulces del campo y á los sentimientos propios de la égloga y la elegía. Tenia una fantasía viva y amena, un modo de pensar decoroso y noble, una sensibilidad exquisita; y este feliz natural, ayudado del estudio de los antiguos, y de la comunicacion con los italianos, produjo aquellas composiciones, que aunque tan pocas, se conciliáron al instante una estima-

Tomo I.

5

cion y un respeto, que los tiempos siguientes no han cesado de confirmar.

Desearan algunos que se hubiese abandonado mas á sus propias ideas y sentimientos; que estudiando igualmente á los antiguos no se dexase llevar tanto del gusto de traducirlos, y que no abandonase las imágenes y afectos que su excelente talento le sugeria por las imágenes y afectos ajenos; que ya que en la mayor parte es un modelo de cultura y de elegancia, hubiera hecho desaparecer algunos rastros que tiene de la rudeza y desaliño antiguo; por último quisiera que la disposicion de sus conceptos tuviese mas unidad, y hubiese mas conexion entre las personas y objetos que intervienen en ellas. Pero estos defectos no pueden contrapesar las muchas bellezas que aquellas poesías contienen; y es privilegio concedido á todos los que abren una nueva carrera el poder errar sin que su gloria padezca. *Garcilaso* es el primero que dió á nuestra poesia alas, gentileza y gracia, y para esto se necesitaban mas talento y mas fuerza sin conporacion alguna, que para evitar las faltas en que la necesidad, su juventud, y la flaqueza indispensable en la naturaleza humana le hicieron caer.

A las prendas sobresalientes que tiene como poeta, se añade la de ser el escritor castellano que manejó en aquel tiempo la lengua con mas propiedad y acierto. Muchas voces y frases de sus contemporaneos, muchas de otros autores posteriores han envejecido ya y desaparecido: el lenguaje de *Garcilaso* al contrario, si se exceptúan algunos italianismos que su continuo trato con aquella nacion le hizo contrar, está vivo y floreciente aun, y apenas hay modo de decir suyo que no se pueda usar oportunamente hoy dia.

Tantas especies de mérito reunidas en un hombre solo excitó la admiracion de su siglo que le dió al instante el título de Principe de los poetas castellanos: los extrangeros le llaman el Petrarca español: tres escritores célebres le han ilustrado y comentado; infinitas veces se ha impreso, y todos los partidos y sectas poéticas le han respetado. Sus bellísimos pasages corren de boca en boca por todos los que gustan de pensamientos tiernos y de imágenes apacibles; y si no es el mas grande poeta castellano, es el mas clásico á lo ménos, el que se ha conciliado mas aplauso y mas votos,

aquel cuya reputacion se ha mantenido más intacta, y que probablemente no perecerá mientras haya lengua y poesia castellana.

El impulso dado por *Garcilaso* fué seguido de algunos buenos ingenios de su tiempo, que fueron *Don Hernando de Acuña*, *Gutierre de Cetina*, *Don Luis de Haro*, *Don Diego de Mendoza* y otros pocos, pero todos muy desiguales á él; y para encontrar un escritor en que el arte hiciese algun progreso, es preciso buscarle en *Fr. Luis de Leon*. Este hombre doctísimo, versado en toda clase de erudicion, inteligente en las lenguas antiguas, enlazado con relaciones de amistad á todas las sabios de su tiempo, fué uno de los escritores á quienes la lengua castellana debió mas por el nervio y propiedad con que la escribia; y el que dió á nuestra poesia un carácter no conocido hasta él. Las canciones y sonetos de *Garcilaso* estaban escritos en el tono elegiaco y sentimental de *Petrarca*, y sola su *Flor de Guido* era la composicion en que se acercó mas al carácter de la poesia lirica antigua. *Luis de Leon*, lleno de *Horacio*, á quien constantemente estudiaba, tomó de él la marcha, el entusiasmo y el fuego de la

oda; y en una dicción natural y sin aparato supo manifestar elevacion, fuerza y magestad. Su profesion y su genio le inclinaban mas al género lírico moral que al heroico, sin embargo de que su *Profecía del Tajo* manifieste lo que hubiera podido hacer en este último; pero en aquel dexó unas quantas odas excelentes, que se acercan mucho, si no igualan, á los modelos que se propuso imitar. Su principal mérito y su carácter en ellas es el de producir pensamientos magestuosos y fuertes, imágenes grandes, sentencias profundas, sin que le cuesten ningun esfuerzo, y con la mayor sencillez. La dicción y el estilo son animados puros y abundantes como que salen de un manantial rico y limpio. No es tan feliz en la versificación: aunque dulce, fluido y gracioso en ella, carece de gravedad, y desmaya no pocas veces por falta de número y plenitud. A este defecto se añade otro, mayor todavía en mi dictámen, que es el de que nadie tiene ménos poesia quando el calor le abandona: languido entónces y prosayco ni toca, ni mueve, ni emagena; y solo le queda el mérito de su dicción y su estilo, que son sanos siempre y puros, aun quando no tengan vida ni color. § **

A este mismo tiempo pertenecen en mi opinion las poesias de *Francisco de la Torre*, publicadas por Quevedo en 1631. Nadie dudó entonces que estas obras fuesen de un poeta anterior al editor; pero casi en nuestros dias un hambre de mucho mérito (Don Luis Velazquez) las reimprimió con un discurso al frente en que aseguró eran una produccion de Quevedo; el qual habia querido publicar con nombre ageno sus versos amatorios. La absoluta ignorancia en que se está de la calidad y circunstancias del tal *Francisco de la Torre*; el exemplar de Lope de Vega que habia publicado con el nombre de Burguillos poesias concididamente tuyas; la semejanza de estilo que creia ver Velazquez entre estos versos y los de Quevedo, con otras razones ménos importantes fueron los fundamentos de esta opinion, que por entonces se siguió sin contradiccion alguna.

Pero estas pruebas no pasan de meras conjeturas, que además de no afirmarse en hecho ninguno positivo, quedan desvanecidas al instante que se examinan la naturaleza y carácter de aquellas poesias. El que no sepa distinguir

los versos de Quevedo de los de Garcilazo, ú otro qualquiera poeta de la época anterior, ese solo podrá confundir con él á *Francisco de la Torre*. No son bastante prueba de semejanza unos quantos versos rebuscados en las obras de uno y otro, sacados de su lugar, confundidos entre sí, y que ni aun de este modo tienen, si bien se miran, la semejanza de estilo que se supone. Para saber si las poesias de *Francisco de la Torre* pueden ser ó no de Quevedo, es preciso despues de leer las primeras, buscar en la Erato ó Enterpe del segundo las poesias que allí se dan por pastoriles; entonces es quando se palpa la enorme diferencia que hay entre uno y otro, ya se mire la dición, ya el estilo, ya los versos, ya las imágenes, ya la composicion, ya el todo. No es posible equivocarlos; como no es posible equivocar jamas á las mugeres que son bellas naturalmente con las que se martirizan para parecerlo. (*)

(*) Estas indicaciones creo yo que basten para el intento. El que quiera todavia mas pruebas puede comparar la oda de *Torre* que empieza *Salte de la segrada*, con las dos canciones de Quevedo *Pues quita prima-*

Con efecto estas poesías de *Francisco de la Torre* son de los frutos mas exquisitos que dió entónces nuestro Parnaso. Todas pastoriles, sus imágenes, sus pensamientos y su estilo no desdichen nunca de este carácter, y guardan la propiedad mas rigurosa con él. Sus dotes mas eminentes son la sencillez de la expresion, la viveza y ternura de los afectos, la lozanía y

vert al año *el ceño*, y *Dulce esíen mio*, puestas en la *Euterpe*, de donde *Velarques* tomó los versos que cita mezclados en su discurso para probar su semejanza. Puede hacer mas, y ex buscar en la *Melpómene* la silva funeral de la *Tórculo*, y cotarla con la bellissima caucion de *Torre*, á la misma avezida. Que ingeniosidad tan importuna; quanta exageracion, quanta hipérbole, quanta frialdad en la primera; quanta melancolía, ternura y sentimiento en la segunda: Es imposible de toda posibilidad, que un mismo objeto pueda producir inspiracion tan diversa en una misma fantasia. Se cita el exemplo de *Lope* en las poesías de *Burguillos*; pero la semejanza real y efectiva que hay entre los versos y direccion de *Lope* y de *Burguillos*, sin embargo de la diversidad de asuntos y carácter; las imitaciones del mismo *Lope*: la de *Queredo* en su aprobacion á aquellas poesías; la autoridad terminante de *Montávan* y *Antonio de Leon*, amigos y contemporaneos de *Lope* que se las atribuyen, hacen tan evidente la identidad de *Lope* con *Burguillos*, como las razones antes alegadas la diversidad de *Francisco de la Torre* y de *Queredo*.

amenidad risueña de la fantasia. Ningun poeta castellano ha sabido como él sacar de los objetos campestres tantos sentimientos tiernos y melancólicos: una tórcula, una cierva, un tronco derribado, una yedra caída, le sorprenden, le conmueven y excitan su entusiasmo su ternura. Las imitaciones de los antiguos en que estas poesías abundan, están refundidas tan naturalmente en su carácter y estilo, que se identifican enteramente con él. Es lástima que á la pureza de su lenguaje no añadiese mayor cuidado en la elegancia, que á veces padece por expresiones y voces triviales y prosycas. A veces tambien la locucion se manifiesta oscura por didocuciones ú omisiones de expresion, acaso hijas del descuido y corrupcion de los manuscritos. Por último se etha de menos en sus églogas variedad, conocimiento del arte del dialogo, oposicion y contraste entre las situaciones de los interlocutores; el poeta que pinta y siente con tanta delicadeza y fuego quando habla por sí mismo, no acierta á hacer hablar á los otros, y se pierde en descripciones uniformes y prolixas, que al fin cansan y fastidian.

Hasta ahora la Poesía conservaba las galas naturales y sencillas que habia tomado de Garcilaso: y si bien Luis de Leon le dió alguna elevacion y grandeza, se inclinaba mas á los argumentos que piden un estilo medio, como son los que presenta la naturaleza campestre. Tenia ornamentos de gusto; pero sin ostentacion ni riqueza, y su lenguaje era mas puro y gracioso que magestuoso y brillante. Mantenedores de este carácter natural modesto y sencillo fueron *Francisco de Figueroa*, que en su égloga de *Tercia* dió el primer exemplo de buenos versos sueltos castellanos; *Jorge de Montemayor*, que con su *Diana* introduxo el gusto y la aficion por las novelas pastorales; y *Gil Polo* uno de sus continuadores, que ménos feliz que él en la invencion, le aventajó mucho en los versos, y casi llegó á obscurecerle. Pero pasando de estos escritores á los Andaluces (*) ya se ve al arte mudar de gusto, tomar un tono mas elevado y vehemente, enriquecer y engalanar la diction, y manifestar la intencion.

(*) Luis de Leon, aunque natural de Granada, se formó y vivió en Salamanca, y por consiguiente no contradice á esta observacion general.

de sorprender y arrebatar: en suma, aspirar al *mens diviniar atque os magna sonaturum*, por donde Horacio caracteriza la verdadera poesia.

Al frente de estos autores debe sin disputa nombrarse á *Fernando de Herrera*; hombre á quien la elocucion poética debe mas que á ninguno. Su talento era igual á su estudio; y familiarizado con las lenguas latina, griega y hebrea, se dedicó á imitacion de los grandes escritores antiguos, á formar un lenguaje poético que compitiese en pompa y riqueza con el que ellos usaron en sus versos. Es verdad que ya no estaba él en la situacion de Juan de Mena, y que no tenia facultades para suprimir sílabas, sincopar frases, mudar terminaciones. Esta parte física de la lengua estaba ya fixada por Garcilaso y sus imitadores, y no podia sufrir alteracion. Pero la parte pintoresca podia recibir, y de hecho recibió de el grandes mejoras: valióse mucho de las palabras compuestas que ya habia, introduxo otras nuevas, restableció muchos adjetivos olvidados á que dio nuevo vigor y frescura por la oportunidad con que los aplicó, y usó en fin de mas frases y modos de decir separados de la leu-

gua usual y comun que ningun otro poeta. A este esmero añadió otro no ménos esencial, que fué el cuidado de pintar al oído por medio de la armonía imitativa, haciendo que los sonidos tuviesen analogía con la imagen. El los rompe ó los suspende, los arrastra penosamente, ó los precipita de golpe, ya los hace rozarse con aspereza, ya tocarse con blandura; en fin, unas veces corren flúidos y fáciles, otras penetran el oído con sosegada y apacible melodía. Estas dotes que tienen los versos de *Herrera* en el mecanismo de su language, los hacen distinguir de la prosa en tal manera, que descompuestos y rotos, perdida su medida y su cadencia, son los que mas conservan el carácter pintoresco y divino que les dió el poeta.

Si de las formas exteriores se pasa á las dotes esenciales, puede decirse que nadie sobrepaja á *Herrera* en fuerza y osadía de imaginacion, muy pocos en el calor y vivacidad de los afectos, y ninguno le iguala, si se exceptúa á *Rioja*, en dignidad y en decoro. La mayor parte de sus poesías se reducen á elegías, canciones y sonetos en el gusto de *Petrarca*. Fue este poe-

ta el primero que separándose del modo con que los antiguos habian pintado al amor, dió á esta pasión un tono mas ideal y mas sublime. El la acrisoló de la flaqueza de los sentidos, convirtiéndola en una especie de religion; y reduxo su actividad á estar continuamente admirando y adorando las perfecciones de la cosa amada, á complacerse en sus penas y martirios, y á contar los sacrificios y privaciones por otros tantos placeres. *Herrera* apasionado toda su vida por la Condesa de Gelves, dió á su amor el heroismo del amor platónico, y con los nombres de *Luz*, de *Sol*, de *Estrella* y de *Elodora*, le consagró una pasión fogosa, tierna y constante; pero acompañada de tal respeto y tal decoro, que el pudor no podia alarmarse de ella, ni la virtud ofenderse. En todos los versos que dedicó á este objeto hay mas adoraciones, mas enagenacion de sí mismo, que esperanzas y deseos. Tiene este gusto un inconveniente, que es dar en una metafísica nada inteligible, en un alambicamiento de penas, dolores y martirios muy distante de la verdad y de la naturaleza, y que por lo mismo ni interesa ni conmueve. A este mal, que

de quando en quando se dexa notar en *Herrera*, se añade que su diction demasiado estudiada y esmerada peca casi siempre por afectacion, y no pocas veces por obscuridad. El estilo y language del amor quieren ir mas descargados y ligeros para ser graciosos y delicados. Así *Herrera*, que sin duda amaba con vehemencia y con ternura, parece al decir sus sentimientos, más ocupado del modo de expresarlos, que del deseo de interesar con ellos; y á esto debe atribuirse que sea de nuestros poetas el que ménos versos amorosos ha hecho propios para andar en boca de las gentes.

Pero en donde esta diction rica y poética luce á la par que su imaginacion ardiente y vigorosa, es en la oda elevada, donde *Herrera*, feliz imitador de la poesia griega, hebreo y latina, supo llenarse de su fuego, y rivalizar con ella. Este género en su origen estaba muy distante de las ideas ordinarias. El Poeta poseído de una exaltacion que no estaba en su mano ni moderar ni regir, cantaba sus versos junto á las aras de los templos, en los teatros públicos, al frente de los exercitos, en las grandes solemnidades nacionales. El quince

que le inspiraba le hacia volar entonces á otras regiones, y ver cosas escondidas al coman de los hombres. Desde allí en un language de fuego, y por todas sus circunstancias maravilloso, hacia descender la verdad de lo alto en grandes y fuertes lecciones para los pueblos; abria las puertas del destino, y anunciaba lo futuro; entonaba himnos de gratitud y de alabanza á los dioses y á los héroes; ó llenando de furor patriótico y guerrero á los escuadrones armados, los llamaba á los combates y á la victoria. En tal posicion el poeta lirico no debia parecer un hombre como los demas; su agitacion, su language, los números á que le reducia; la música con que le cantaba, la audacia de sus figuras, la grandezza de sus pensamientos, todo debia contribuir á considerarle en aquellos momentos de entusiasmo como un ser sobrenatural, un intérprete de la divinidad, una Sibila, un Profeta.

Tal fue en la antigüedad el carácter de la oda; que despues las naciones modernas han introducido con mas ó ménos buen éxito en su poesia. Pero despojada del canto, y alejada de las solemnidades y concurrencias numerosas

BIBLIOTECA UNIV. 6*

"ALFONSO RIVERO"

MEXICO, 1825

no ha sido mas que un débil reflexo de la inspiracion primera. Los grandes poetas modernos han creido que para restituírle el carácter exáltado y divino que tuvo en su origen, era preciso transplantarls otra vez al país en que nació, y llenarla de las ideas, imágenes, y aun frases antiguas. Fue Herrera el primero que la concibió así entre nosotros: Horacio habria adoptado con gusto su cancion á Don Juan de Austria: el himno por la batalla de Lepanto respira en todas partes aquel fogoso entusiasmo, y está adornado de las imágenes ricas, y frases atrevidas que caracterizan la poesía hebrayca: y la cancion elegiaca al Rey Don Sebastian, animada del mismo espíritu que el himno, pero mucho mas bella, está llena de la melancolía y agitación que debia producir en una imaginacion viva aquella catástrofe miserable. Hasta en canciones poco interesantes por su asunto y su composicion se hallan vue-
los oaxdos y dignos de Pindaro: sobresaliendo siempre aquel esmero en la diction, aquella siempre de estilo, por la qual jamás podrán confundirse tres versos suyos con los de otro ningún poeta. Servirán de muestra en esta parte

los siguientes sacados de su cancion á San Fernando, que no es de las mejores.

Cubrió el sagrado Bétis de florida
Párpura, y blandas esmeraldas Brea,
Y tierras perlas la ribera onulosa,
Y al cielo alzó la barba revestida
De verde mango, y remorío en la arena
El movable cristál de la sombra
Genta, y la fax haurosa
De juncos, cañas y coral ornada,
Cendía los cueernos húmidos, erreciendo
La abundosa corriente dilatada,
Su imperio en el océano atendido.

Al citar Lope de Vega estos versos, como un modelo de locucion poética, tan opuesta á las extravagancias del culteranismo; lleno de entusiasmo exclamaba: *Aquí no excede ninguna lengua á la nuestra, perdonen la griega y latina. Nunca se me aparta de los ojos Fernando de Herrera.*

Sus payssanos le dieron el renombre de Divino, y de todos los poetas castellanos, á quienes se dió este título, ninguno le mereció sino él. A pesar de esta gloria, y de las alabanzas de Lope, su estilo y sus principios tuvieron po-

cos imitadores entonces; y hasta el restablecimiento del buen gusto en nuestro tiempo, no se ha conocido bien el mérito eminente de su poesía, y la necesidad de seguir sus huellas para elevar la lengua poética sobre la lengua vulgar. Imitóle *Don Juan de Arguijo* en sus asuntos, descargando un poco el estilo del excesivo ornato que tiene en Herrera; pero quien le mejoró infinitamente mas fué *Franco de Rojas*, Sevillano tambien como los otros dos, y discípulo de la misma escuela, aunque floreció bastantes años despues.

Igual en talento á Herrera, y superior en gusto, *Rojas* hubiera fixado sin duda los verdaderos limites entre la lengua prosaica y la poética, si hubiese escrito mas, ó se conservasen sus composiciones. ¿Como es posible que un hombre de tan grande ingenio, y que vivió tantos años, no escribiese mas que una rancion, una epistola, trece silvas, y unos quantos sonetas? Mas fácil de creer es que sus escritos se perdiesen en las diferentes vicisitudes que tuvo su vida, ó que yezcan olvidados entre los muchos monumentos literarios, que entre nosotros incluyen todavía con el

polvo y los gusanos. Lo poco suyo que ha quedado es suficiente sin embargo á darnos idea de su carácter poético, sobresaliente entre los otros por la nobleza y serenidad de la sententia, por la novedad y eleccion de los asuntos, por la fuerza y vehemencia de su entusiasmo y su fantasia, y por la excelencia del estilo que es siempre culto sin afectacion, elegante sin nimiedad, sin hinchazon grandiosa, y adornado y rico sin ostentacion ni aparato. Un mérito que le distingue particularmente es el acierto con que construye sus periodos; los quales ni dan en secos por la brevedad, ni se arrastran penosamente por lo prolixo; defecto frecuente y grande en los mas de nuestros poetas; cuyas cláusulas no bien distribuidas fatigan el aliento quando se recitan. Bien sé que aun en estas pocas composiciones hay resabios del prosaismo de los poetas del siglo XVI, y del falso drapej de los del siguiente; pero ademas de que son rarissimos, debe tenerse presente que no limó él ni dispuso estos versos para publicarlos, disculpa bastante de mayores yerros. Por mucha importancia que se les quiera dar, no po-

drán quitar la primacía que gozan entre nuestros tesoros poéticos las delicadas silvas á las flores, la magnífica caucion á las Ruinas de Itálica, y la casi perfecta epistola moral á Publio.

Al último tercio del siglo XVI corresponden otros Poetas, célebres entónces, pero de mérito y órden muy inferior á los nombrados: *Juan de la Cueva* que mas propiamente pertenece á la historia de la Comedia, entre cuyos primeros corruptores se le cuenta, *Vicente Espinel*, á quien la Música debe la introduccion de la cuerda quinta en la vihuela, y la poesia la combinacion de rimas en los versos octosílabos á que se dió entónces el nombre de *espínola*, despues mas conocida con el de *decima*; *Luis Barahona de Soto*, autor de las *Lágrimas de Angélica*, poema muy célebre entónces y de nadie leído ahora; *Pablo de Céspedes* escultor, pintor y poeta, en cuyo poema didáctico sobre la pintura respira á veces el estilo vigoroso y pintoresco de Virgilio; *Pedro de Padilla* que algunos aprecian mucho por la pureza de la dición y fluidez de los versos pero pobre de imaginacion y de fuego; otros

en fin, ménos señalados, que cultiváron el arte, y que si no consiguiéron grande reputacion en él, contribuyéron comp los demas á dar á los versos y al estilo mas facilidad, número y abundancia.

ARTÍCULO IV.

De los Argensolas y otros poetas hasta Góngora.

NOMBRE de los autores de este tiempo igualó á los *Argensolas* en circunspeccion y en cordura, en facilidad de rimar, y en correccion y propiedad de lenguaje. Son tan sobresalientes en esta última parte, que Lope de Vega decia de ellos, que habian venido á Castilla desde Aragon á enseñar la lengua castellana. Su erudicion, la severidad de su doctrina, sus conexiones, la grande proteccion que les dispensó el Conde de Lémos, fueron las causas de aquella especie de magisterio que exercieron sobre sus contemporáneos, y de aquella superioridad reconocida y confirmada por las alabanzas que de todas partes se les prodigaban. Dióseles el titulo de Horacios españoles; y siempre se les reputó como poetas de primer

orden , conservando una opinion casi tan exacta como la del mismo Garcilaso.

Sin intentar disminuir la justa estimacion que se les debe, ni contender con sus muchos apasionados; yo diria que su fama me parece mucho mayor que su mérito; y que si la lengua les debe mucho por el esmero y la propiedad con que la escribian, la poesia no tanto, donde su reputacion está al parecer mas afianzada en los vicios que les faltan, que en las virtudes que poseen. En el genero lirico son fáciles, cultos, ingeniosos; pero generalmente desnudos de entusiasmo, de grandiosidad, de fantasía. Tampoco en los amores tienen la gracia y la ternura que la poesia erótica pide, y si se exceptúa algun otro soneto de *Luperón*, no puede citarse en esta parte composicion ninguna de ellos, que merezca llamar la atencion, y encomendarse á la memoria de los amantes. No hablaré de la *Isabela* y la *Alexandra*, porque todos convienen, hasta los ménos doctos, que estas composiciones no tienen de tragedias mas que el nombre y las miserias friamente atroces con que se terminan. Su carácter sendo, la índole de su espíritu mas ingenioso y

discreto que fúrido y expansivo, la sal y el gracejo que á veces sabian esparcir tenían mas cabida en la poesia satirica y moral, donde realmente han sido mas felices. Hay en ellos infinidad de rasgos, preciosos algunos por la profundidad y valentía, y muchos por aquella ingeniosidad de pensamiento, aquella facilidad y propiedad de expresion, que los constituye proverbiales.

Y el vulgo dice bien que es desaliado
El que tiene de vidrio su tejado
Estar apedreando al del vecino.

La grave autoridad de la moneda
Del aspero deuden nunca ofendida,
Porque jamás oyó respuesta aceda.

Los lechos conjugales y aun las cuas
Mancilla vuestra industria o las abrasa.

El agraz virginal de las lagunas
En las prensas arroja suu no maduro
Sin aguardar tardanzas importunas.
Desocujata el candado, humilla el muro.

En la familia toda infunde odio.

¡ Ah! tal vez falta en tu hermosura
La saltétre gentil con los fingidos
Zelos de su consorte se arguya.

Ya se desmaya y turba los sentidos,
Dentro del pecho desheal sujara
Los ojos á llorar aprehidos.

Culpa á los siervos con la limpia ira
De los reos legitimos bramando;
Su noble esposa crédulo la mira

Enterracido, y ultrajado, y dando
Satisfaccion mutal á su alexa,
La abraza y pide el corazon mas blando.

Y con los labios abrasados bebe
De su Poesia las lágrimas atroces
Que de los ojos bien manifiados fluye.

Cuyo llanto, ó marido, cuyas voces,
Te dirá su escritorio, si son fieles,
Si con curiosidad lo reconoces.

¡O santo Dios! ¿Que trazas, que papeles
Pécidos has de hallar!

Y si es de plata, ó nielado el jarro,
Con el rostro de un sátiro en el pico,
¿Aplicarle ha la sed mas que el de barro?

Pues la seguridad con que lo aplica
A la sedicula boca de agua lleno,
¿Darámela en palacio un vaso rico?

En el oro mezclaban el veneno
Los tiranos de Grecia.

Esto.

Estos pasages sacados de varias sátiras de *Barabrant*, y otros muchos de mérito igual ó superior, que pudieran citarse así de él como de *Luperco*, prueban su feliz disposicion para esta clase de poesia. Se los ha comparado á Horacio, y sin duda tienen con él mas semejanza, sin embargo de la preferencia que *Barabrant* daba á *Juvenal* (*) ; Pero á quanta distancia no están de él! La vivacidad, la soltura, la variedad, la concision, la mezcla exquisita y delicada de censura y de alabanza, el abandono amable, y la efusion amistosa que encantan y desesperan en su admirable modelo; todas las faltan, y acusan la condescendencia excesiva ó el defecto de gusto con que sus contemporáneos les dieron el titulo de Horacios. La facilidad de rimar les hacía encadenar tercetos sin fin, en que si no se encuentran rios de palabras, hay muchos de

(*) Pero quando á escribir otras llegues,
A unguen iritado certipacio
Sino al del canto *Juvenal* te entregues.

Porque nada á las gestas de palacio
Tanto el patio jamás con tanto acerio,
Con permiso de nuestros insignes Horacios.

Tomo I:

7

pensamientos. Esto hace que sus sátiras y epítolas parezcan frecuentemente próximas y aun á veces casadas. Horacio hubiera aconsejado á *Luperio* que abreviase la entrada de su sátira á la Marquaila y muchos pasages de los cuentos que hay en ella; á *Berónimo* que suprimiese en la fábula del Aguila y la Golondrina la larga enumeracion de las aves, inútil é importuna para un poeta, superficial y excisa para un naturalista; hubiera en fin advesido á uno y otro, que los rasgos satiricos, semejantes á las Echinas, deben llevar plumas y volar, para hevir con impetu y certeza. Es triste por otra parte ver que no salgan jamás de aquel tono desahogado y desengañado que una vez toman sin que la indignacion hacia el vicio los exalte, ni la amistad ó admiracion les arranque un sentimiento ni un aplauso. Elige unos enemigos entre los autores que lee, como entre los hombres que trata; yo confieso que no lo soy de estos poetas, que á juzgar por sus versos, parece que nunca amaron ni estimaron á nadie.

Discipulo del menor Argensola fué *Allegro*, que si el talento natural hubiera hermanado al

guna parte del juicio y sensatez de su maestro, nada dexara que desear en los géneros que cultivó. El fué el primero que hizo conocer la Anecdótica entre nosotros; y á pesar de sus defectos, sus continelas y monótonos se leen todavia con agrado, y quedan grabadas en la memoria de la juventud. La causa de esto es que en ellas hay vivacidad, ligereza, gracia, cadencia, que son las prendas características del género á que pertenecen, y halagan á un tiempo la imaginacion y el oido. Sus versos grandes no han tenido la misma aceptación; y es que la facilidad, el número y la erudicion no compensan en ellos el desagrado que causan la afectacion, la pedanteria, la falta de calor y de entusiasmo, las transposiciones violentas, las locuciones viciosas, en fin los retruécanos, y antitesis pueriles de que abundan. (*)

(*) ¿ Pues que diré del gran Léo Argüeso?
Mas preguntado á *Vasco Cabeza*
Quien es el burlesco de sus lieros,
O el pincel en el ída de su líber:
¿ Agrícola de maros no era Ulises,
Pues como de Calipso ganó éra?
¿ Que ridícula gerigonz! ¿ Podrá nadie creer que

Otra novedad intentó, que pedía para arrojarse mas fuerzas que las suyas. Probóse á componer sílicos, exámetros y dísticos castilianos; y aunque las muestras que publicó no sean del todo infelices; especialmente en los ríscos por su analogia con nuestro endecasílabo; no ha tenido despues quien le siga en esta empresa. Pide el exámetro una posodia mas determinada y fija que la que tiene nuestra lengua para contentar el oído; y por lo mismo su imitación es tanto mas difícil, por no decir imposible. Sin duda hubiera ganado el arte en el establecimiento de esta novedad; pero para ello se necesitaba que hubiese estado entonces en sus principios; que la lengua dócil y flexible se prestase á la voluntad del poeta, y que este tuviese un genio colosal,

esos versos son del mismo autor, y de la composicion misma donde se hallan estos otros?

Ven pues, serrana; ven y no te escondas,
Serás, con ser esposa de este río,
Tú es feliz de las mujeres rudas
Que baxan á dar lustre al mar sombrio.
Mira que es justo que al amor respondas
Con dulce agradecer, no con desvio.

que subyugase á los otros; y les hiciese una ley de versificar como él. Es un mal tiempo de introducir otros ritmos aquel, en que se conocen tan bellos versos endecasílabos de Garcilaso, Leon y Herrera; y la consistencia y fixacion, que tenian la lengua y la poesia, no les permitian retroceder á su infancia, como era preciso para adestrarse en el manejo de la versificacion latina.

La reputacion de este poeta no correspondió entonces á las esperanzas orgullosas de que se alimentaba quando publicó su libro. En el insulto á Cervantes, motejó á Góngora, se hurló de Lope de Vega; y elevándose un astro superior que iba á eclipsar á sus contemporáneos, se representó al frente de sus Eroticas como sol nascente que amotigua con sus rayos á las estrellas, llevando el arrogante lema: *Sicut sol mutatus: Me surgente, quid estis?* Aun quando habria reunido en sí los talentos de Horacio, Pindaro y Anacreonte en toda su extension y pureza, de lo que estaba muy lejos, siempre era imperdonable esta jactancia, que ni aun puede disculparse con sus pocos años. El público es siempre mayor que

BIBLIOTECA UNIV.?

ALFONSO J. ...

188. 1885 MONTEVILLY, MEXICO

qualquiera escritor por grande que sea; y es preciso presentarse delante de él con modestia, á ménos de querer pasar ó por loco ó por necio. *Villegas* pues irritó impertinentemente á sus iguales; no hizo sensacion ninguna en el público, y se atraxo los sarcasmos groseros y mordaces de Góngora, y la reprehension justa y moderada de Lope. (*) Sepultado en olvido hasta la aparicion del Parnaso español, en cuya coleccion tuvo gran lugar, fué reimpresso por aquel tiempo, con un discurso al frente, en que Don Vicente de los Rios, hombre de una erudicion vasta, y de un gusto exquisito, pero excesivamente condescendiente entónces, le atribuyó la palma de nuestra poe-

(*) Anacreonte español, no hay quien os tope
Que no diga con mucha cortesía,
Que ya que vuestros pies son de elegía,
Que vuestras habilidades son de zarpas...

Con cuidado especial vuestros anteojos
Dicen que quieren traducir del griego,
No habiéndolo mirado vuestros ojos.

GÓNGORA.

Aunque digo que todos se confundieron,
Quando los rayos de su ingenio vieten,

LOPE.

sa lírica; que una crítica mas severa y mas justa no le ha conservado después.

Habian cultivado nuestros poetas hasta este tiempo casi todas las especies de versificacion italiana. La octava numerosa y rotunda, el terceto exacto y laborioso, el artificioso soneto, la impertinente sextina, la cancion en sus infinitas combinaciones, el verso suelto, aunque por lo comun pésimamente manejado (*), eran los instrumentos de sus composiciones todas; las cuales veian á ser reflexas mas ó ménos luminosas de la poesia antigua y la toscana. Algunas coplas y trobas se hacian, bien que pocasísimas, en que duraba el gusto anterior á Garcilaso; pero quando el uso del asonante se generalizó en el último tercio del mismo siglo XVI, el gusto y afición á los *Romances* se generalizó tambien, y con

(*) La égloga de Tirsi, de Figueroa, y la tradccion del Aminta por Jansqui son las únicas excepciones de esta decision general; y los doctos exemplares que pueden citarse entre nuestros antiguos poetas de versos sueltos han contruidos.

ellos se continuó, y como que vino á perpetuarse la antigua poesia castellana. (*)

Desnudados verdaderamente del artificio y violencia á que precisaba la imitacion en los otros géneros; cuidándose poco sus autores de que se pareciesen á odas de Horacio ó á canciones de Petrarca, y componiéndose mas bien por instinto que por arte, los *Romances* no podian tener el aparato y la elevacion de las odas de Leon, Herrera y Rioja. Pero ellos eran propiamente nuestra poesia lirica: en ellos empleaba la música sus aceros; ellos eran los que se oian por la noche en los estrados y en las calles al son del arpa ó la vihuela; servian de vehiculo y de incentivo á los amores, de flechas á la sátira y á la venganza; pintaban firmemente las costumbres moriscas y las pastoriles, y conservaban en la memoria del vulgo las proezas del Cid y otros campeones. En fin mas flexibles que los otros géneros se plegaban á toda clase de asuntos,

(*) Este juicio de nuestros *Romances* ha sido publicado ya por el colector en otro opusculo suyo; así como el de Quevedo, que sigue mas adelante, siempre con alguna alteracion.

se valian de un lenguaje rico y natural, se vestian de una media tinta amable y suave, y presentaban por todas partes aquella facilidad, aquella frescura propias solamente de un carácter original que procede sin violencia y sin estudio.

Hay en ellos mas expresiones bellas y enérgicas, mas rasgos delicados é ingeniosos que en todo lo demas de nuestra poesia. Los *Romances* moriscos principalmente están escritos con un vigor y una lozanía de estilo que encantán. Aquellas costumbres en que se unian tan bellamente el esfuerzo y el amor, aquellos Moros tan bizarros y tan tiernos, aquel pais tan bello y delicioso, aquellos nombres tan sonorosos y tan dulces, todo contribuye á dar novedad y poesia á las composiciones en que se pintan. Los poetas despues se cansaron de disfrazar las galansterias con el traje morisco, y se acogieron al pastoril. Entónces á los desafíos, cabalgadas y divisas sucedieron los campos, los arroyos, las flores, las cifras en los árboles; y lo que con esta mudanza perdieron en vigor los *Romances*, lo ganaron en amenidad y sencillez.

La invencion en unos y en otros es bellisima, y admira ver con quan poco esfuerço, y con que brevedad describen el sitio, el personage y los sentimientos que le agita. Aquí es el Alceyde de Molina que entra alarmando á los Moros contra los christianos que les talan los campos: allí es el malagrado Alatar que, en medio de la pompa fúnebre que le trae, entra sangriento y difunto por la misma puerta que el día anterior le vió salir lleno de lozanía; ya es uno simplecilla, que habiendo perdido los zarcillos que le dió su amante, se affige pensando en las reconveuciones que la esperan; ó bien es un pastor, que solo y desdichado, se ofende de ver que dos tórtolas se besen en un flamo, y las espanta á pedradas.

Los defectos de estas composiciones nacen de la misma fuente que sus buenas prendas, ó por mejor decir son el exceso ó el abuso de ellas mismas. Su facilidad y soltura se convierten muchas veces en abandono y desaliño, su ingeniosidad en afectacion; los equívocos, los conceptos, las falsas flores, se introduxeron en ellos con tanta mayor libertad, quanto mas syndaban tales juguetes á la galantería

que las tenia por discreciones; y porque parecian mas disimilables en unas otras que se hacian como jugando. No pueden determinarse fixamente los autores principales de esta poesia: pero la buena época de los *Romances* es aquella en que Lope de Vega, Liano y otros mil desconocidos aun no se habian acalado de corromper con el pésimo gusto que despues lo ahogó todo; comprende la juventud de Góngora y de Quevedo, y termina en el Principe de Esquilache, que fué el único que desde ellos acertó á dar á los *Romances* el colorido, la gracia y ligereza que ántes tuvieron. Pero este gusto si por una parte contribuyó á popularizar la poesia, á darle mayor sencillez y soltura, y á sacarla de los límites de la imitacion á que los anteriores poetas la habian reducido; influyó tambien para descorregirla y desalinarla, convidando á éste abandono la misma facilidad de su composicion. Así es que los poetas que florecieron á fines del siglo XVI y principios del siguiente, mas numerosos, mas faciles, mas sencillos, y sobretodo mas originales que los anteriores, seran al mismo tiempo mas descuidados, y tendrán ménos ar-

tificio, ménos esmero, y ménos pureza y correccion en su diction y en su estilo.

Vivian en este tiempo los tres poetas que mas amenidad, mas abundancia y facilidad han poseido. El primero es *Balbuena*, nacido en la Mancha, educado en México, y autor del *Siglo de oro*, y del *Bernardo*. Nadie desde Garcilaso ha dominado como él la lengua, la versificación y la rima, y nadie al mismo tiempo es mas desaliñado y desigual. Su poema, semejante al nuevo mundo donde el autor vivia, es un pais inmenso y dilatado, tan férax como inculto, donde las espigas se hallan confundidas con las flores, los tesoros con la escasez, los páramos y pantanos con los montes y selvas mas sublimes y frondosas. Si á veces sorprende por la soltura del verso, por la novedad y viveza de la expresion, por el gran talento de describir en que no conoce igual, y aun tal vez por la osadía y profundidad de la sentençia; mas frecuentemente ofende por su prodigalidad importuna, y por su inapreciable descuido. El mayor defecto del *Bernardo* es su extension excesiva, siendo moralmente imposible dar á una obra de cinco mil

mil octavas la igualdad y elegancia continuada que son precisas para agradar. Las églogas del *Siglo de oro* no tienen los defectos de composicion que el poema, y gozan en la estimacion pública el lugar mas próximo á las de Garcilaso. Sin duda le merecen, atendida la propiedad del estilo, la facilidad de los versos, la oportunidad y frescura de las imágenes, y la sencillez de la invencion. Si sus pastores no fueran á veces tan rudos; si hubiera tenido un cuidado mas constante con la elegancia en la diction, y con la belleza en los incidentes; si su fustera en fin mas variedad en la versificación, reducida casi enteramente á tercetos, no dudo que el buen gusto le concediera en esta parte una absoluta primacia.

El segundo de estos poetas es *Javergui*, célebre por su traduccion del *Aminta*, poeta florido, versificador elegante y numeroso. Este escritor es el que con mas facilidad y cultura ha expresado sus pensamientos en verso; pero tenia poco nervio y espíritu, y era tambien escaso en la invencion. Su gusto en sus primeros tiempos fué muy puro, como sus *Ensayos* lo manifiestan. Mas despues de haber sido uno

de los mas acérrimos impugnadores del culto, se dexó al fin arrastrar de la corriente, y en su traduccion de la *Farsalia*, y en su *Orfeo*, se abandonó á todas las extravagancias de que ántes se hablaba.

Pero el hombre que recibió de la naturaleza mas dones de poeta, y el que mas abusó de ellos fue sin duda *Lope de Vega*. Don de escribir su lengua con pureza, con claridad suma y con elegancia; don de inventar, don de pintar, don de versificar de la manera que quería, flexibilidad de fantasia y de espíritu para acomodarse á todos los géneros y á todos los tonos, una elocuencia que jamas conocia estorbo ó escasez; memoria enriquecida con una vasta lectura; aplicación instigable que aumentaba la facilidad que naturalmente tenía. Con estas armas se presentó en la arena; no conociendo en su subiciosa osadía, ni límites ni freno. Desde el madrigal hasta la oda, desde la égloga hasta la comedia, desde la novela hasta la epopeya todo lo recorrió, todos los géneros cultivó, y en todos dejó señales de desolacion y talento.

Avalló el teatro, llamó á sí la atencion

universal, los poetas de su tiempo fueron nada delante de él. Su nombre era el sello de aprobacion para todo: las gentes le seguian en las calles, los extranjeros le buscaban como un objeto extraordinario, los Monarcas paraban su atencion á contemplarle. Hubo criticos que alzaron el grito contra su culpable abandono, envidiosos que le marmuraban, infames que le calumniaron. Exemplo triste, añadido á los otros muchos que prueban que la envidia y la calumnia nacen con el mérito y la celebridad: puesto que ni la amable costumbre del poeta, ni la apacibilidad de su genio, ni el gusto con que se prestaba á alabar á los otros pudieron desarmar á sus detractores, ni templar su malignidad. Pero ninguno de ellos pudo arrebatarle el cetro que tenía en sus manos, ni le consideracion que tantos y tan celebres trabajos le habian adquirido. Su muerte fue un luto público, su entierro una concurrencia universal: hay un libro de poesías españolas hechas á su muerte, otro de italianas; y viviendo y muriendo, siempre estuvo oyendo alabanzas, siempre cogiendo laureles, admirado como un portento y aclamado *Fuiz de las Ingenias*.

¿Que queda al cabo de dos siglos de toda aquella pompa, de aquellos ruidosos aplausos que entonces fatigaron los ocos de la fama? Al ver que de tantas poesias y poemas como compuso, es muy raro, quizá ninguno, el que puede leerse entero, sin que á cada paso choque por su repugnancia; que su obra mas estudiada y querida, su *Jerusalem* (*), es un compuesto de absurdos, donde lo poco bueno que se encuentra hace todavia mas deplorable el abuso de su talento; que de tantos centenares de comedias apenas habrá una que pueda llamarse buena; en fin que de tantos millares de versos como su incansable vena produjo, son tan pocos los que han quedado grabados en las tablas del buen gusto; no puede ménos de exclamarse: ¿donde están pues los cimientos de aquel edificio de gloria levantado en ob-

(*) Muestra que llega el fador que obliga
De la Jerusalem, de aquel poema,
Que escrito, imito, y con rigor castigo.

EPÍSTOLA A GÁSPAR DE BARRIOVENTO.

¿Que ideas para tibia de gusto, de correccion, de órden, de elegancia; el hombre que con tanto estudio y esmero produce una obra tan destinada?

sequio de un hombre solo por el siglo en que vivia, y que asombra y da envidia á la imaginacion que lo contempla desde lejos?

No era posible que tuviesen otro resultado trabajos hechos con tal precipitacion, con semejante olvido de todos los buenos principios, y de todos los grandes modelos; sin plan, sin preparacion, sin estudio ni atencion á la naturaleza. La necesidad de escribir precipitadamente para el teatro, donde él habia acostumbrado al público á novedades casi diarias, descompuso y como que relaxó todos los resortes de su ingenio, llevando la misma prisa y el mismo abandono á todos sus demas escritos. (*) Así es que á excepcion de algunas poesias cor-

(*) Si no me emborazara el libre cuello
De la necesidad el fiero yugo
Por lo que al cielo pliego;
Yo viera en mi cabello
Algun honor que á la virtud se debe,
Que diera vanda lustre á tanta nieve.

Del vulgo vil solicite la ría
Siempre ocupado en fabula de amores;
Asi grandes pintores
Manchan la tálida aprisa.

LOPE Y ECOLOGIA A CLÁUDIO

tas en que la buena inspiración del momento podía aprovecharse en él, en todas las otras hay faltas imperdonables de invención, de composición y de estilo. ¡Facilidad fatal que corrompió en él todo quanto bueno había! Ella le hizo deslucir la claridad, el número, la elegancia, la sencillez, la afluencia y aun la fuerza de que también estaba dotado; dando lugar á figuras impropias, á alusiones históricas ó fabulosas pedantescas é importunas, á explicaciones frías y prolixas de lo mismo que ya ha dicho; en fin, á la floxedad, á la llaneza, á la falta de tono insufrible, en que degeneran la rica abundancia y la candidez amable de su dición y sus versos.

Era pues bárbaro, se dirá, el siglo que consentía tales extravíos, y que daba tanto aplauso á un escritor tan defectuoso. No era bárbaro; aunque sí condescendiente con exceso. Habo entonces muchos buenos ingenios que deploraban este desórden; pero no podían contrastar al aura popular que la clase de trabajos de *Lope* se llevaba consigo, y que en algun modo su talento autorizaba. La general dulzura y fluidez de su poesía, la claridad de

su expresión inteligible casi siempre al ménos docto, el lenguaje de la galstería fina y culta que él inventó, y puso en uso en las comedias, el decoro y aparato con que autorizó la escena (*); los rasgos de sensibilidad viva y delicada que de quando en quando presentaba; el papel sobresaliente y brillante que las mugeres hacen generalmente en sus obras; en fin su imperio absoluto en el teatro donde los aplausos tienen mas solemnidad y energía; todas son circunstancias que concurren á disculpar al público de entónces, el qual no era injusto en admirar mas á quien mas placer le daba. (**)

(*) Pintar las iras del armado Aquiles,
 Guardar á los palacios el decoro
 Iluminados de oro
 Y de lasojas riles,
 La furia del amante sin consejo,
 La hermosa dama, el sentencioso viejo;
 ¿A quien se debe, Claudio?

(**) Muerto él, Calderon, Moreto y otros que en vida suya se hubieron contentado con el título de sus discípulos, le sobornaron en la escena, sin embargo de que su nombre fue siempre respetado como escritor. Este respeto se iba disminuyendo mucho con la observación mas atenta de sus buenos principios, y

ARTÍCULO V.

De Góngora y Quevedo, y sus imitadores.

PARA dar á la poesía castellana el tono y el vigor que le iban faltando, apenas fueran suficientes Horacio y Virgilio con la grandeza de su ingenio, la perfeccion de su gusto, y la alta proteccion que disfrutaron. Dos hombres se aplicaron entre nosotros á esta empresa; los dos de gran talento, pero de un gusto depravado, y diferentes estudios. Sus vicios que participan alguna vez de sus buenas prendas, tuvieron la propiedad de un contagio, y pro-

de los grandes modelos; hasta que ultimamente algunas de sus comedias representadas con aplauso y concurrencia general han vuelto á restablecer su reputacion vacilante. En frances se ha hecho en estos últimos años una muy buena traduccion de algunas poesias suyas por el señor Marques de Aguilar; y en Inglaterra, un hombre tan respetable por su dignidad y carácter, como por su erudicion, filosofo y buen gusto (Milord Holland) ha publicado una disertacion excelente sobre su vida y sus obras. Alternativa por cierto hien extraña (y que prueba á lo menos, que aun quando Lope sea un escritor muy imperfecto, está sin embargo muy lejos de ser un objeto poco interesante en la historia de nuestras letras.

duxéron consecuencias mas fatales que el mal mismo que intentaron remediar.

El primero fué Don Luis de Góngora, padre y fundador de la secta llamada de los *cultras*. Todos saben que despues de un siglo de adoraciones que logró en los sequaces de su estilo, Luxan y los demas humanistas que restablecieron el buen gusto, se aplicaron á destruir la secta desacreditando á su fundador; y para ellos Góngora y poeta detestable fué todo uno. Mas esto era injusto, y deben distinguir-se siempre en este autor el poeta brillante, ameno y lozano del novador extravagante y caprichoso. Su genio independiente era incapaz de seguir ni de imitar á nadie: su imaginacion en extremo fogosa y viva no veia las cosas de un modo comun, y el colorido débil y pálido de los otros poetas no puede sufrir comparacion con la bizarría, si así puede decirse, de su expresion y su estilo. ¿En qual de ellos se encontrarán períodos poéticos iguales, que en riqueza de lenguaje, en lozanía y en número, puedan competir con los siguientes?

Roy de los otros rios candaloso
 Que en fama claro, en agua cristalino,
 Toca guacolda de robusto pino
 Como la fruta y tu cabello ondoso.

Baya, dorado sol, rima y colora
 Del alto monte la lozana cumbre.
 Sigue con apacible mansedumbre
 El roxo vaso de la blanca uinera.
 Salta las riendas á Fábiano y Fiera...

¿En qual imágenes mas delicadas, mas oportunas
 y mas naturalmente expresadas que estas?

La dulce boca que á gustar convoca
 Amantes, no toques á guerra vira,
 Que entre el un labio y otro colorado
 Amor está de su venena armada,
 Qual entre flor y flor sierpe escondida.

Dormid, que el dios alado
 De vuestras almas dueño
 Con el dedo en la boca os guarda el sueño.

Ondébase el viento que corria
 El oro fino con error galano,
 Qual verde hoja de álamo lozano
 Se tiende al roxo despanzar del dia.

No hay en todo Anacreonte un pensamiento tan gentil como el de aquella cancion, en que presentandó unas flores á su amada, le pide tantas besos como heridas le habian dado las abejas que las guardaban. Si de la poesia italiana se pasa al romance castellano y á las letrillas, *Góngora* es el rey de este género, que de niña ha recibido tanta gracia, tantas galas, tanta poesia. Su mérito es tal en esta parte, y los buenos ejemplos tan comunes, que no dexan para demostrarlo otro trabajo que el de escoger. Este trozo bastará al intento, sacado del romance de Angélica y Medoro.

Todo es gala el africano,
 Su vestido es pura olores,
 El linado arco suspende,
 Y el corvo alifango depaña.
 Tortolitas esmeraldas

Son sus roncós atambores,
 Y los volantes de Vanga.
 Sus lien agudós penónes,
 Detonda el pecho anda ella,
 Vuela el cabello sin orden,
 Si le alivota es con virutas,
 Con jarambes si le coge...
 Todo sirve á los amantes;

Plumas los lutes veloces
 Ayrcillos flamígeros,
 Si no esis mermadores,
 Los ramos los dan alfombras,
 Los árboles pabellones,
 Le espacile fuente sereno,
 Música los rucadores,
 Los troncos los dan torrezas
 Es que se guarden sus nombres
 Mejor que en tablas de marfil
 O que en lincinas de bronce.
 No har verde fresco sin letra,
 No har blanco el oro sin mate,
 Si un valle Angelica torna,
 Otro Angelica responde.

¿ Como un hombre que posea esta fuerza y esta abundancia, pudo después abandonarse á los delirios lastimosos que le perdieron sin que le quedase ni una sombra de sus excelentes disposiciones? Creyendo que el lenguaje de la poesía se encerraba, y reputando la naturalidad por pobreza, la parca por sujecion, y la facilidad por abandono, aspiró á extender los límites de la lengua y de la poesía; y dióse á inventar un nuevo dialecto, que remontase el arte de la llanca rastroa, á que segun el esta

taba

taba reducido. Este dialecto se halla de distinguir por la novedad de las palabras ó de su aplicacion, por la extrañeza y la dislocacion de la frase, por la osadía y abundancia de las figuras: y no solo compuso en él sus *Soleadas* y su *Polifemo*, sino que alzó del mismo modo casi todos sus sonetos y cancionas, salpicando tambien con él bastantes pasages de sus romances y letrillas.

Si Góngora á las excelentes disposiciones que tenia hubiese juntado la instruccion y el buen gusto que le faltaba: si hubiese hecho de su lengua el estudio profundo que Herrera, y meditado sobre los recursos que presentaba el idioma, atendidos su caracter, su caudal y su armonia; tal vez consiguiera lo que deseaba, y tendria la gloria de ser un restaurador del arte, y no el oprobio de haberle corrompido. Pero le sucedió lo que á todos los que quieren levantar un edificio sin cimientos: dió consigo en un abismo de extravagancias y delirios; en una gerigonza detestable, tan opuesta á la verdad como á la belleza; y que al paso que fué seguida de una muchedumbre de ignorantes, fué reprobada de quantos

Tomo I.

conservaban todavia un poco de juicio y sensatez.

Quiso, dice Lope de Vega, enriquecer el arte y con la lengua con tales extracciones y figuras, quibus nunci fuerunt imaginadas, si hasta su tiempo vistas... Bien convinguís lo que intentó á mi juicio, si aquello era lo que intentaba; la dificultad está en recibirlo... A muchas ha llevado la novedad hácia este género de poesía, y no se han engañado; pues en el estilo antiguo en su vida llegaron á ser poetas, y en el moderno lo son en el mismo día; porque con aquellas transposiciones, quatro preceptos y seis voces latinas ó frías enfáticas, se hallan levantados autores que ni míramos se conocen, ni se al se entienden. Lipsis exstitit aquil suavis latin, de quo dicuntur los que le saben, que se han visto Cicero y Quintiliano en el otro mundo... Todo el fundamento de este edificio es el trapasar, y lo que le hace más duro es el apartar tanto los castigos de los méritos dando es imposible el perdetes... esto es una composición llena de trapas y figuras; un rostro colorado á manera de los ángeles de la tróspeta del juicio, & de las nubes de las mapas... Las voces avaras, y las figuras emulan la uración; pues si el castillo embriese todo el

oro, no sería gracia de la joya, sino fealdad notable. Y en otra parte dice: Sin andar á buscar tantas metáforas de metáforas, gastando en afeytes lo que falta de faciones, y ensanguinando el alma con el peso de tan excesivo cuerpo. Cosa que ha destruido gran parte de los ingenios de España, con tan lastimoso exemplo, que poeta imigne, que escribiendo en sus fuerzas naturales y lengua propia, fué leído con general aplauso, después que se pasó al culteranismo lo perdió todo.

No contento con estas demostraciones de severidad este hombre apacible, que apenas conocía la malignidad ni la hiel, creyó que debía perseguir aquel contagio á sangre y fuego, y en sus comedias, en las poesías burlescas de Burgoillos, en el Laurel de Apolo, y en otras mil partes huió y maldixo semejante poesía, que él caracterizaba de invención oscura para hacer bárbara la lengua. Auxiliáronle en esta guerra Janregui, Quevedo y algún otro; pero sus esfuerzos fueron inútiles, y ellos mismos al fin se vieron precisados á ceder al contagio. Pues aunque no se los pueda llamar cultos en todo rigor, adoptaron algunos de los elementos que componían el dialecto, como

UNIVERSIDAD DEL PRINCIPAL DE MEXICO
BIBLIOTECA

"ALFONSO NÚÑEZ"

AÑO 1825 MONTREUX, MEXICO

INTRODUCCION.

fueron las transposiciones violentas, las hipérbolos extravagantes, y las figuras incoherentes. Góngora entre tanto, que no había conocido jamás ni sujeción ni freno alguno, vomitaba contra sus adversarios los dictérios groseros que su mordacidad le sugeria, y fiero y orgulloso con el aplauso de los ignorantes, gozaba en su interior de toda la gloria de un triunfo. A esto se añadió la recomendacion que daban á su partido el célebre predicador Fr. Hortensio Paravicino por el influxo grande que tenia con los teólogos y oradores sagrados y el malgrado Conde de Villaverdehana, por el favor secreto y poderoso con que se le suponía en palacio. Los dos imitaron á Góngora, y arrastraron consigo á otros escritores de menor crédito, propagándose así este bárbaro lenguaje hasta mediados del siglo pasado, en que Luzán y los demás buenos críticos lograron al cabo desterrarle enteramente.

Al mismo tiempo que los cultos vinieron los conceptistas, los equivoquiastas, y los frimemente sentenciosos; entre quienes descuella Don Francisco de Quevedo; así por su mérito, como por el influxo en el nacimiento y progresos de

INTRODUCCION.

ci

estas sectas diversas. Quevedo para algunos es el padre de la riaz, el tesoro de los elixires, la fuente de las sales, el inventor de tantas frases y refranes felices; en una palabra, el maestro de la agudeza y de la jocosidad. Para otros al contrario es un hombre omisoso á la belleza y decoro del ingenio: su espíritu, dicen, en vez de ser festivo, es chocarrero; él ha empobrecido la lengua, privándola de infinitos modos de decir que ántes nobles y decentes, son ya por culpa suya baxos é indecorosos; y si alguna vez divierte es por la extravagancia original de sus delirios. Estos dos juicios tan encontrados son al mismo tiempo verdaderos, y considerando atentamente el carácter de este escritor, se ve quanto fundamento tienen unos y otros para sus criticas y sus aplausos. Quevedo era extremado: de la misma manera que nadie, en lo serio ostenta una gravedad tan seca, y una moral tan austera; nadie en lo joco muestra un humor tan festivo, tan libre y tan abandonado. La eleccion de sus asuntos se resiente tambien de esta contrariedad. Alguaciles, escribanos, tercetas, maridos fáciles, rufianes y mugercillas componen generalmente

el fondo de sus bufonadas, y es preciso confesar que muchas veces los zahiere maestraamente. Teólogo y Estoyco por otra parte, traduce á Epicteto, comenta á Séneca, interpreta la Escritura, y se enreda en vanos laberintos de metafísica e trabajos perdidos, que en su mayor parte ya no se leen, y que apenas tienen otro mérito que el de su erudicion inmensa.

De esta contradiccion nace tal vez el esfuerzo y la violencia con que procede en los dos géneros. Su estilo en prosa como en verso, en lo serio como en lo jocoso, es siempre cortado, sin trabazon ninguna, sin progresion, y sacrificando casi siempre la naturaleza y la verdad á la exágeracion y á la hipérbole. Su imaginacion era vivissima y brillante, pero superficial y desentendida; y el genio poético que le anima, centellea y no inflama, sorprehende y no conmueve, salta con impetu y con fuerza, pero no vuelta ni toma nunca una elevacion sostenida. La manía, ó mas bien la rabia de expresar las cosas con novedad, le hará llamar *ley de arena* á la orilla del mar, al amor guerra civil de los mudos, *vision libro escrito en cenizas*

rábde á los troncos donde están grabadas las cifras de los asirios. En los versos burlescos amontonará las alusiones forzadas, los equívocos y los despropósitos. Un xaque para denotar quan sentida ha sido su desgracia, dirá que le han llorado *soga á soga*, y no hilo á hilo; dirá que ha tenido *mas grillos que el verano*, *mas guardas que el monumento*, *mas gustos que el misal*. Yo bien sé que Quevedo se divierte frecuéntemente con lo que escribe, y delira porque quiere; sé que los equívocos tienen su lugar propio en estas composiciones, y que nadie los ha usado con mas felicidad que él. Pero todo tiene su término; y amontonados con semejante prodigalidad, en vez de agrandar causan fastidio.

La misma incorreccion y mal gusto que hay en su estilo, compuesto de frases y voces altas y nobles, unidas á otras triviales y bajas, se halla en sus imágenes y pensamientos, los quales se ven mezclados unos con otros sin economia, sin juicio y sin decoro. El soneto siguiente hará ver esta miserable confusion mejor que descripcion ninguna.

Faltó el *Coro*, *fortunado y fuerte*;
 Ignoran la *piadad* y el *ocurramiento*,
 Séñala de su *glorioso monumento*,
 Porque también *pasa el sepulcro hay muerte*.

Muere la *vida*, y de la *misma suerte*
 Muere el *satirico* y *upulante*,
 La *hora* con oculto *morimiento*,
 Acúlla el *grito* que la *luz* *vierte*.

Duran *sol* y *luz* *noche* y *día*
 Del *mundo* la *robusta vida*; y *libras*
 Las *advertencias* que la *edad* *tecuria*?
Risiosa enfermedad son las *Auroras*,
Lema de la *salud* se en *alegra*,
Licas, *espulseros* son las *horas*.

A pesar de estos defectos, que sin duda alguna son grandes, Quevedo será leído con estimación, y admirado justamente en muchos pasages. En primer lugar sus versos son de ordinario llenos y sonoros, sus rimas ricas y fáciles. Y aunque este mérito, el primero que debe tener un poeta no sea el principal; nuestro escritor sabe acompañarle de muchos rasgos, excelentes unos por la viveza de los colores, otros por la robustez y el vigor. Su poesia nerviosa y fuerte va impetuosamente á

su fin; y si sus movimientos se resienten demasiado de los esfuerzos, afectacion y mal gusto del escritor, se la ve marchar no pocas veces con una fiereza, una audacia, y una singularidad que sorprende. Sus versos de quando en quando salen del fondo general, y sin necesidad del auxilio de los otros vienen á hecir el oido con su vibracion fuerte y sonora; ó á grabarse en la mente por la profundidad de la sentensia que contienen, ó por la novedad y energia de la expresion. De nadie se pueden citar tantos bellos versos aislados como de él; de nadie periodos poéticos mas pomposos y valientes:

Todas matronas y ninguna dama.

Joya era la virtud pura y ardiente.

Fatigó su furor el emisferio.

Faltar pudo su patria al grande Otusa.

Veñida de la edad sacó su espada.

De amenazas del ponto ruidoso,

Y de enojos del viento secollido,

Tu pompa es la horraica, y su gemido
 Mas splendo te da que no cuidado.
 Reinas con magestad, estrella oado,
 En las iras del mar.

De estrál una acuar al suelo
 Porque á los gritos tuyos no se mueva;
 ¿Presumes, necio, de mandar la nieve
 Y al invierno tasar quares el yelo?

Y Lotos que los desórdenes del viento
 Satisfagan sus impetus violentas,
 Yermos hay de quedar los elementos
 Para que el orbe en sus angustias entre.

Al encontrar en sus obras estos pasages
 Brillantes despues de tributarles la justa ad-
 miracion que se les debe, no puede ménos de
 sentirse un movimiento de indignacion, vien-
 do el lastimoso abuso que *Quevedo* ha hecho
 de sus talentos, y empleados en equilibrios
 vanos y suertes de volteador, los vigorosos
 músculos y fuerzas de un Alcides.

Amigo de *Quevedo* fué *Don Francisco Manuel*
Nelo, Portugués, y escritor tan infatigable
 como activo político y guerrero. Manejaba con
 igual facilidad el idioma castellano que el soya

nativo; y poeta, historiador, moralista, au-
 tor político, militar, y aun ascético; es so-
 bresaliente en algunos de estos ramos, y en
 ninguno despreciable. El libro de sus versos
 es rarísimo, y aunque algunos le han hecho
 imitador de *Góngora*, tiene mas puntos de se-
 mejanza con *Quevedo*. El mismo gusto en ver-
 sificar, la misma austeridad de principios, la
 misma afectacion de sentencias, la misma co-
 pia de doctrina. Tiene ademas con *Quevedo*
 la conformidad de haber publicado sus versos
 distribuidos por *Musas*, bien que tres de ellas
 estan en portugués. Hay en el español colores
 mas brillantes y rasgos mas valientes; en *Melo*
 mas sobriedad y ménos extravagancias. Su es-
 tilo aunque elegante y culto apénas tiene poe-
 sia; y sus versos amatorios carecen de ternura
 y de fuego como sus odas de entusiasmo y de
 elevacion. Tampoco tenia indole para los mu-
 chos versos burlescos de que está lleno el gran
 volumen de sus poesias: mas quando la sus-
 tancia es seria y grave, entónces su filosofia y
 su doctrina le sostiene, y su expresion igna-
 la á sus ideas. Naturalmente inclinado á las
 máximas y á las sentencias, era mas á propó-

sito para las poesías morales, para la epístola principalmente, en que la fuerza y la severidad del pensamiento se combinan mejor con una fantasía templada y poco profunda. En este género, si no es siempre un gran pintor, es por lo menos castigado y severo en el lenguaje y estilo; sonoro en los versos, grave y elevado en los pensamientos, moralista respetable en el carácter y en los principios. Sin embargo de estas prendas, los títulos de su gloria como escritor están mas bien adelantados en sus otras producciones: en otros poetas por exemplo, en su *Don Quijote*, y sobre todo en su *Historia de las alteraciones de Cataluña*; la producción mas sobresaliente de su pluma, y quizá la mejor obra de su clase que hay en castellano.

La poesía entre tanto agonizaba: martirizada por estos embargos no podia recobrar su bello y su tesoro con el auxilio de algunos pocos que todavía componian con circunspeccion y escribian con mas pureza. *Rebolledo* no trata fuerza ni fantasía; y sus escritos no son otra cosa que una prosa rimada: *Espanole* aunque con alguna mas gracia

en los Romanes, lamido y amanerado, carecia tambien del espíritu y nervio necesario para composiciones mas altas. *Ulloa* nada hizo bueno sino su *Raquel*: *Solis* en fin que se mostró alguna vez poeta en sus comedias, y frecuentemente en su historia; no es mas que un coplero en sus poesías líricas, que ya nadie lee. ¿Como pudieran las endeblés fuerzas de estos escritores vanos levantar el arte del abismo en que se hallaba? Ya no era posible. El mal gusto estaba sancionado y reducido á teoría en la obra extravagante y singular de *Gracian Agudeza y Arte de ingenio*, que es un arte de escribir en prosa y verso, fundado en los principios mas absurdos, y apoyado con exemplos buenos y malos, confundidos entre sí de la manera mas repugnante. Este mismo *Gracian* es el que compuso un poema descriptivo sobre las estaciones con el título de *Selva del año*; el primero segun creo que se ha escrito en Europa sobre este asunto, y sin duda alguno el peor. Para muestra de su estilo, y de la risible degradacion á que habia llegado la poesia, bastarán los versos siguientes sacados de la entrada del Estío.

Después que en el celeste anfiteatro
 El ginete del día
 Sobre Flegante toró valiente
 Al luminoso toro,
 Vibrando por rejonas rayas de oro;
 Aplaudiendo sus suertes
 El hermoso espectáculo de estrellas,
 Turba de damas bellas,
 Que á gustar de su tallo alegre mora
 Encima los balcones de la astora:
 Después que en singulares metamorfosis
 Con talones de pluma,
 Y con cresta de fuego,
 A la gran multitud de astros orientes,
 Gallinas de los campos celestiales,
 Presidió gallo el boquirrinito Febo,
 Entre los pollos del tindario huevo.

No hay mas que ver, ni mas que decir: todo el poema está escrito de este modo bárbaro y ridículo; y es una prueba tan evidente como triste de que ya no quedaban principios ningunos de imitación ni vestigios de elocuencia. Los ornatos propios del madrigal y del epigrama pasaron á los géneros mayores, y todo se volvió conceptos, retruécanos, equívocos y antitesis. Así acabó la poesía castellana:

en su juventud mas tierna le bastaron para adorno las flores del campo con que la había engalanado Garcilaso: en las buenas composiciones de Herrera y de Rioja se presenta con la ostentacion de una hermosa dama ricamente ataviada: en Balbuena, Juregui y Lope de Vega, aunque con alguna libertad y abandono, conserva todavía gentileza y hermosura: pero desfiguradas sus formas con las contorsiones á que la obligan Góngora y Quevedo, se abandona después á la turba de bárbaros que acaban de corromperla. Desde entonces sus movimientos son convulsiones, sus colores postizos, sus joyas piedras falsas y oropel grosero; y vieja y decrepita, no hace mas que delirar puerilmente, secarse y perecer.

ARTÍCULO VI.

Reflexiones generales; restablecimiento del buen gusto.

Si en este estado se echa una ojeada por los pasos que habia dado el arte en poco mas de un siglo que habia tenido de vida, se verá que nada habia dexado por intentar. Estaban

traducidos todos, ó buena parte de los autores antiguos, se habian hecho poemas épicos de todas clases, el teatro habia tomado una extension, y presentaba una abundancia, que tuvo para comunicarse de sus riquezas á los extranjeros; la oda en fin en todas sus especies, la égloga, la epístola, la sátira; la poesia descriptiva, el madrigal, el epigrama, todo se habia recorrido y cultivado.

Si esta extension y variedad hacen honor á su flexibilidad, aplicacion y osadia, no es igual la felicidad de su desempeño en todas partes. Ya en primer lugar las traducciones son casi todas malas ó medianas. ¿Quién puede decir de buena fe que la de la Odisea por Gonzalez Perez, la de la Eneida por Hernandez de Ferlisco, la de los Metamorfisicos por Sigler, pueden suplir por el original? ¿Qual es el hombre, que teniendo algun gusto en el lenguaje poetico, y en la versificación, puede leer dos páginas de estas versiones, en que los ingenios mayores de la antigüedad están convertidos en copleros triviales sin elegancia y sin armonía? Tenemos un buen número de poemas épicos; y aunque de ellos se pueden entresacar algu-

nos trozos de buena poesia; no hay uno que se pueda mirar como una fábula bien ordenada, y que corresponda en su interes y dignidad á su título y argumento. (*) Es notorio que los defectos de nuestras comedias sobrepujan mucho á sus buenas dotes. Mas felices en los géneros cortos, nuestras odas, elegias, sonetos, romances y letrillas se acercan mas á la perfeccion. Pero aun en estos, ¡que olvido de decoro, que desaliño á veces; y á veces que de pedantismo, y quanto falso gusto no hay que disimular! En los mejores escritores, en las composiciones mas esmeradas se ofende el espíritu de hallar frecuentemente junto á un acierto un desbarro, junto á una flor una espina.

Una cosa que se extraña en los buenos poetas del siglo XVI es que su genio poetico no se alzase al nivel de las circunstancias que por todas partes los rodeaban. Las composiciones de Virgilio y de Horacio en Roma correspon-

(*) Los dos poemas épicos castellanos que tienen mejor disposicion, y están escritos mas correctamente son *La Guinayagua* y *la Moqueca*; pero no me atrevo á decir, si esto nos debe causar mas satisfaccion que vergüenza.

dian á la dignidad y magestad del imperio. Lucano despues, aunque muy distante de la perfeccion de sus predecesores, conservó en su poema el tono fiero y arrojado, conveniente al asunto que escribia, y al entusiasmo patriótico que le animaba. Dante en su extraño poema se muestra inspirado por todos los sentimientos que el rencor de la faccion, las disensiones civiles y la exáltacion de los ánimos daban de sí. Petrarca, si en sus amores sacrificó á la galanteria de su tiempo, en sus triunfos está al nivel de la altura y de la ilustracion, á que ya iba subiendo entónces el espíritu humano. No así nuestros poetas. Los árabes arrojados de la península; el mundo desdoblado presentando un nuevo emisferio á la fortuna española; nuestras flotas yendo de un extremo al otro del océano, acompañadas de terror, y volviendo cargadas de las riquezas de oriente y occidente; la religion cristiana desgarrada por la faccion de Lutero; Francia, Holanda, Alemania conmovidas y desoladas con la guerra civil y las disensiones religiosas; la potencia otomana arrollada en la agua de Lepanto; Portugal cayendo en Africa

para despues unirse á Castilla; la espada española agitando todo en la tierra por espíritu de heroismo, de religion, de ambicion y de codicia; ¿ que tiempo hubo nunca mas lleno de prodigios, ni mas propio para exaltar la fantasia y el ingenio? Y sin embargo las musas castellanas sordas, indiferentes á esta agitacion universal, apenas saben inspirar á sus favoritos otra cosa que moralidades vagas, imágenes campestres, amores y galanteria (*).

La falta de esta especie de grandeza se compensa en parte con una qualidad moral que distingue á aquellos poetas, y los recomienda infinito. Ni en Garcilaso, ni en Luis de Leon, ni en Francisco de la Torre, ni en Herrera se hallan muestras ningunas de rencor y envidia literaria, de indecencia grosera, ni de adulacion servil y descarada. Las alabanzas que alguna vez tributan al poder, se contienen en aquel justo comedido y de-

(*) Tres cauciones de Herrera y algun trozo poco importante no son mas que una excepcion de esta idea general. Ni el *Golfo de Lepanto*, ni la *Cayetea*, ni la *Asustada*, ni el *Carlo famoso* se acercan con mucho á su argumento. En la *Araxace* mismas; si hay algo bien pintado, no con los españoles, son los indios.

coro que las hace tolerables. Hasta que se corrompió el gusto literario, no empezó á manifestarse esta degradacion moral, compuesta de haxeza con los mayores, de insolencia con los iguales, y de olvido de todo respeto hácia el público; vicios harto contagiosos por desgracia, y que disfamán y destruyen la nobleza y dignidad de un arte, que por la naturaleza de su objeto y de sus medios tiene algo de sobrehumano.

No puede negarse á una buena parte de nuestros autores talento admirable, erudicion extensa, y gran manejo en los clásicos antiguos; y sin embargo no es comun en ellos la elegancia sostenida y la perfeccion de gusto, que otros autores modernos han bebido en las mismas fuentes. A esto contribuyeron muchas causas. Una de ellas es que estos poetas comunicaban poco entre sí: faltaba un centro comun de urbanidad y de gusto; una legislacion literaria, que trazase la línea entre la hinchazon y la grandeza, la exágeracion y la fuerza, la afectacion y la elegancia. Las universidades donde habia mas conocimientos, no podian serlo por la naturaleza de sus estudios,

mas escolásticos que amenos. La corte donde se perfecciona mas pronto el espíritu de sociedad y de concurrencia, hubiera sido mas á propósito; pero vagante con Carlos V, severa y melancólica con Felipe II, no dió hasta Felipe III al talento poético la atencion necesaria para perfeccionarse; y ya entónces, y mucho mas en tiempo de su sucesor, el gusto estaba estragado, y la proteccion y aficion de los príncipes y grandes no podia hacer otra cosa que autorizar la corrupcion. En suma faltó en España una corte como la de Augusto, la de Leon X, la de los Duques de Ferrara, la de Luis XIV, donde la buena y delicada conversacion, la aficion á las musas, la cultura y elegancia, y otras circunstancias felices contribuyeron poderosamente á la perfeccion de los grandes escritores que vivian en ellas.

Otra causa es el lugar secundario que tenia la poesia en muchos de los que la cultivaban. Hacian versos para distraerse de otras ocupaciones mas serias, y el que hace versos para divertirse, no es por lo comun muy cuidadoso de la eleccion de asunto, ni muy esmerado en

la execucion. ¡ Suerte fatal, que ha cabido entre nosotros á la mas bella y mas difícil de todas las artes! La poesia que es una diversion y entretenimiento para los que la disfrutan, debe ser una ocupacion muy seria y casi exclusiva para los que la profesan, si aspiran á tener un lugar distinguido en la reputacion. Quando se considera que Homero, Sófocles, Virgilio, Horacio, Tasso, Racine, Pope y otros pocos mas han sido los mas grandes poetas y los mas laboriosos; no debe extrañarse que se hayan quedado tan detras de ellos los que, sin suponiéndoles igual talento, no los han igualado ni en aplicacion ni en constancia.

A este mal se añadió otro peor, nacido en gran parte de la misma causa. Muy pocos de nuestros buenos poetas, publicaron sus obras en vida. Garcilaso, Luis de Leon, Francisco de la Torre, Herrera, los Argensolas, Quevedo y otros han sido dados á luz despues de su muerte por sus herederos y amigos, con mas ó ménos inteligencia. ¡ Quanto no hubieran ellos desechado de lo que se publicó con su nombre, quantas correcciones no hubieran hecho en lo escogido, y quantos lunares de des-

aliño, de mal gusto y de obscuridad no habieran hecho desaparecer!

Pero aun quando por este motivo no les sea tan imputable la falta de perfeccion, no por eso dexa de ser cierta. Ella ha dado motivo á la contrariedad de opiniones sobre el mérito de nuestros poetas antiguos, á quienes algunos reputan como modelos excelentes, mientras que otros los desprecian hasta el punto de creerlos indignos de leerse. En esto, como en todo, la parcialidad y las pasiones suelen llevar á los críticos mas allá del término que prescriben la verdad y la justicia; y ensalzar ó deprimir á los muertos, no viene á ser en ellos otra cosa, que una manera indirecta de ensalzar ó deprimir á los vivos. Mas aun prescindiendo de esta circunstancia; puede decirse que esta enorme diferencia nace del diverso punto que se toma para la comparacion. Cotejados Leon, Garcilaso, Herrera, Rioja y otros pocos con las extravagancias monstruosas que Góngora y Quevedo introduxéron y autorizaron, no hay duda que los primeros deben parecer escritores clásicos, perfectos, dignos de imitarse y de seguirse; pero si á estos mismos se los compa-

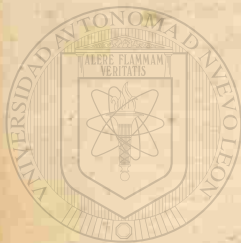
ra con los grandes autores de la antigüedad, ó con los pocos modernos que se han acercado á ellos, ó los han excedido; viene ya á descubrirse la razon porque muchos los tratan con el excesiva rigor que se ha indicado. Yo, sin pretender dar por regla mi opinion particular, y juzgando por el efecto que en mí hace su lectura, diria que aunque contemplo nuestras poetas antiguas á bastante distancia de la perfeccion, todavia sin embargo producen en mi espíritu y en mi oido el placer suficiente para disimular en gracia suya los descuidos y lunares que encuentro. Me atreveria tambien á decir, que si nuestros poetas hubieran cultivado los géneros grandes de la poesia, la epopeya y el drama, con el esmero y felicidad que la oda y demas géneros cortos; podríamos estar contentos del lote que nos cabia en esta amena parte de literatura. Añadiré en fin, que á mi juicio es absolutamente necesario leer y estudiar á estos poetas para aprender la pureza, la propiedad y la índole de la lengua, y para formar el gusto y el oido en el número y fluidez de los versos, y en la estructura del período poético castellano. No sería difícil, ni quizá fuera

fuera de propósito, manifestar en nuestras composiciones modernas el influxo que ha tenido en sus autores la admiracion exclusiva, ó el desprecio exágerado de los padres de la poesia española; pero estas aplicaciones, necesariamente odiosas, no entran ni en mi carácter ni en mis principios.

Sepultada la poesia castellana entre las ruinas donde se hundieron las otras artes, las ciencias y el poder en los tiempos de Carlos II, volvió á renacer hácia la mitad del siglo pasado, por los laudables esfuerzos de algunos literatos, que se dedicaron todos al restablecimiento de los buenos estudios. La principal gloria de esta revolucion feliz se debe á Don Ignacia de Laxan, que no contento con señalar la senda del buen gusto en su *Poética* publicada en 1737, dió tambien el exemplo de marchar por ella con los buenos rasgos poéticos que se leen en las pocas composiciones que de él se han publicado. Su poesia, como la de todos los preceptistas, se recomienda mas por la nobleza, la circunspeccion y el decoro, que por la elevacion y la osadia; pero su memoria será para siempre respetable como la del restau-

rador de nuestro Parnaso. Siguiéronle otros ingenios en la misma carrera: el *Conde de Torrepalacio*, cuyo *Descalzo* á pesar de algunos rebatos de lynchazon y culismo que conserva todavía, es uno de los trozos de poesia descriptiva mas sostenidos y valientes que hay en castellano: *Don Josef Farcel* autor de unas églogas venatorias muy alabadas de todos sus contemporáneos; pero que no he leído, ni sé si llegaron á publicarse: *Don Agustín Montiano*, hombre docto y de buen gusto, bien que escaso de imaginacion y de ingenio: *Don Nicolas de Maratín*, poeta dotado de fantasía viva y flexible y de expresion original y robusta; que toda su vida estuvo luchando con infatigable ardor á favor de los principios y de las buenas reglas del componer; en fin, *Don Josef Cadalso*, en quien revivió la Anacreóntica al cabo de siglo y medio que estaba enterrada con Villegas. En este escritor festivo y ameno es en quien se terminan los ensayos y esfuerzos para restablecer el arte. Desde entónces empieza una nueva época en la poesia castellana, con otro fondo, otro caracter, otros principios, y aun puede decirse que con otros

modelos: época cuya description y juicio no pertenecen á mi plan; y que la posteridad sabrá hacer con mas justicia, autoridad y decoro, que el que se supone generalmente en un contemporáneo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

MUESTRAS

DE

LA POESÍA CASTELLANA,

EN EL SIGLO XV.

DE JUAN DE MENA. (*)

MUERTE DEL CONDE DE NIEBLA.

Labrinto, Orden de Marte, Copla 150.

AQUEL que en la barca parece sentado,
Vestido en engño de las bravas ondas,
En aguas crucies ya mas que no hondas
Con mucha gran gente en la mar anegado,
Es el valiente, no bien fortunado,
Muy virtuoso, perinclito Conde
De Niebla, que todos sabeis bien adonde
Dió fin al día del curso hadado.

(*) Cordobes : murió en 1456.

Y los que lo cercan por el derredor,
Puesto que fuesen magníficos hombres,
Los títulos todos de todos sus nombres
El nombre les cubre de aquel su señor:
Que todos los hechos que son de valor,
Para se mostrar por sí cada uno
Quando se juntan y van de consuno
Pierden el nombre delante el mayor.

Arlanza, Pisuerga y aun Carrion,
Gozan de nombres de ríos, empero
Después de juntados llamámostos Duero,
Hacemos de muchos una relación:
Oye por ende pues la perdición
De solo el buen Conde sobre Gibraltar;
Su muerte llorada de digno lugar
Provoque tus ojos á lamentación.

En la su triste hadada partida
Por muchas señales que los marineros
Han por auspicios y malos agüeros
Le fué denegado hacer su venida:
Los cuales veyendo con voz dolorida
El canto maestro de toda su flota,
Al Conde amonestá del mal que denota
Porque la via fuese resistida.

Ca he visto, dice, señores, nuevos yerros.
La noche pasada lucer los planetas,
Con crines tendidos arder los cometas,
Y dar nueva lumbré las armas y hierros:

Ladrar sin herida los canes y perros,
Triste presagio hacer de peleas
Las aves nocturnas y las fueneras
Por las alturas, collados y cerros.

Ví que las guminas gruesas quebrahan
Quando las áncoras quise levantar;
Y ví las antenas por medio quebrar,
Aunque los carbasos no desplegaban;
Los masteles fuertes en calma temblaban,
Los flacos triquetos con la sa mezana
Ví levantarse, no de buena gana,
Quando los vientos se nos convidaban.

En la partida del resto Troyano
De aquella Cartago del Byrseo muro,
El voto prudente del buen Palinuro
Toda la flota loó de mas sano:
Tanto que quiso el rey muy humano,
Desde lo vido llegar á Achèronte
Con Leucaspis á cerca de Oronte
En el Averno tocarle la mano.

Ya pues si se debe en este gran lago
Gozarse la flota por dicho del sage,
Vos dexeredes aqueste viage
Hasta ver dia no tan aciago:
Las deidades llevar por balago
Debedes, pues veis señales de plaga
No dedes causa á Gibraltar, que haga
En sangre de reynos dos veces estrago.

El Conde que nunca de las abusiones
 Creia, ni ménos de tales señales,
 Dixo, ni apruebo por muy naturales,
 Maestro, ninguna de aquestas razones;
 Las que me dices ni bien perfecciones,
 Ni veras pronósticas son de verdad,
 Ni los indicios de la tempestad
 No vemos fuera de sus opiniones.

Aun si yo viera la ménstrua lana
 Con cuernos oscuros mostrarse fuscada,
 Muy rubicanda y muy colorada
 Temiera que vientos nos diera fortuna.
 Si Phebo dexada la Delia ena
 Igneo lo vieramos ó turbulento,
 Temiera yo pluvias mezcladas con viento;
 En otra manera no sé que reputa.

Ni veo tampoco que vientos delgados
 Muevan los ramos de nuestra montaña,
 Ni fieren las ondas con su navea sña
 La playa con golpes mas demasiados;
 Ni veo delphines de fuera mostrados,
 Ni los marinos volar á lo seco,
 Ni los caystros hacer nuevo trueno,
 Dexar las lagunas por ir á los prados.

Ni batan las alas ya los alciones,
 Ni tiantan jugando de se rocíar,
 Los quales amasan la furia del mar
 Con sus cantares y linguidos sónes,

Y dan á sus hijos contrarias sazones
 Nido en invierno con nueva pruina,
 Do puestos acerca de la costa marina
 En un semilunio les dan perfecciones.

Ni la corneja no anda señera
 Por el arena seca paseando,
 Con su cabeza su cuerpo bañando
 Por preocupar la lluvia que espera,
 Ni vuela la garza por alta manera,
 Ni sale la fúlica de la marina
 Contra los prados, ni va ni declina
 Como en los tiempos adversos hiciera.

Desplega las velas pues ¿ya que tardamos?
 Y los de los barcos levanten los remos
 A vueltas del tiempo mejor que perdemos,
 No los agujeros, los hechos sigamos:
 Y pues una empresa tan asuta levamos;
 ¿Qual otra en el mundo podrá ser alguna?
 Presuma de vos y en mí la fortuna,
 No que nos fuerza, mas que la forzamos.

Tales palabras el Conde decia,
 Que obedecieron al su mandamiento,
 Y diéron las velas infladas al viento,
 No padesciendo tardanza la via:
 Segun la fortuna lo ya disponia,
 Llegaron acerea de la fuerte villa
 El Conde con toda su rica quadrilla
 Que por el agua su flota seguia.

Con la bandera del Conde tendida
 Ya por la tierra su hijo viniera
 Con mucha mas gente que el padre le diera
 Bien á caballo y á punto guarnida ;
 Porque á la hora que fuese la grida,
 Subitamente en el mesmo desate
 Por ciertos lugares oviese combate
 La villa que estaba despercebida.

El Conde y los suyos tomaron la tierra,
 Que estaba entre el agua y el borde del muro,
 Lugar que en menguante es seco y seguro,
 Mas con la creciente del todo se cierra:
 Quien llega mas tarde presume que yerra,
 La pavesada ya junta á las alas,
 Levantan los trozos, crecen las escalas,
 Crescen las artes mañosas de guerra.

Los Moros veyendo crecer los engaños,
 Y viendose todos cercados por artes,
 Y combatidos por tantas de partes,
 Allí socorriendo do ya han mas daños,
 Y con necesarios dolores extraños
 Resisten sus sañas las fuerzas ajenas,
 Y lanzan los cantos desde las almenas,
 Y botan los otros que no son tamaños.

Bien como médico mucho famoso,
 Que trae el estilo por mano seguido,
 En cuerpo de golpes diversos herido
 Luego socorre á lo mas peligroso;

Así aquel pueblo maldito sañoso
 Sintiendo mas daño de parte del Conde,
 Con todas sus fuerzas juntando responde
 Allí do el peligro mas era dañoso.

Allí disparaban lombardas y truenos,
 Y los trabacos tiraban ya luego
 Piedras y dardos y hacías de fuego,
 Con que los nuestros hacían ser ménos:
 Algunos de muros tenidos por buenos
 Lanzan temblando las sus azagayas,
 Pasan las lindes, palenques y rayas,
 Doblan sus fuerzas con miedos ajenos.

Mientras morían y uientra mataban
 De parte del agua ya crecen las hondas,
 Y cobran los mares soberbias y ondas
 Los campos que ante los muros estaban:
 Tanto, que los que de allí peleaban,
 A los navios si se retraían
 Las aguas crescidas les ya defendían
 Tornar á las fustas que dentro dexaban.

Con peligrosa y vana fatiga
 Pudo una barca tomar á su Conde,
 La qual le levava seguro, si donde
 Estaba, bondad no fuera enemiga:
 Padece tardanza, si quier que lo diga,
 De los que quedan y irlo veían,
 Y otros que ir con él no podían,
 Presume que voz doliente sería.

Entrando tras él por el agua decían,
Magnífico Conde, ¿y como nos dexas?
Nuestras finales y últimas quejas
En tu presencia favor nos serian:
Las aguas las vidas ya nos desafian,
Si tú no nos puedes prestar el vivir,
Dános linage mejor de morir,
Derémos las manos á mas que debian.

O volverémos á ser sometidos
A aquellos adarves magüer no debamos,
Porque los tuyos muriendo podámos
Ser dichos muertos, mas nunca vencidos;
Solo podremos ser redargüidos
De temeraria y loca osadía,
Mas tal infamia mejor nos sería
Que no so las aguas morir sepelidos.

Hicieron las voces al Conde á deshora
Volver la su barca contra las saetas
Y contra las armas de los mahometas,
Ca fué de temor piedad vencedora:
Había fortuna dispuesto la hora,
Y como los suyos comienzan á entrar
La barca con todos se ovo de anegar
De peso tamaño no sostenedora.

Los miseros cuerpos ya no respiraban
Mas so las aguas andaban ocultos,
Dando y trayendo mortales singultos
De agua la hora que mas anhelaban:

Las

Las vidas de todas así litigaban,
Que aguas entraban do almas salian,
La pérdida entrada las aguas querian
La dura salida las almas negaban.

¡O piedad fuera de medida!
¡O inclito Conde! quisiste tan fuerte
Tomar con los tuyos en ántes la muerte
Que con tu lijo gozar de la vida:
Si fe á mis versos es atribuida,
Jamás la tu fama, jamás la tu gloria
Darán en los siglos eterna memoria,
Será la tu muerte por siempre plañida.

DEL MISMO.

MUERTE DE LORENZO DAVALOS.

Laberinto. Orden de Muerte. Copla 201.

AQUEL que allí ves al cerco trabajado
Que quiere subir y se halla en el ayre,
Mostrando en su rostro doblado dowsyre
Por dos deshonestas feridas llagado,
Es el valicute, no bien fortunado,
Muy virtuoso mancebo Lorenzo,
Que hizo en un día su fin y comiezo,
Aquel es el que era de todos amado.

El mucho querido del señor Infante
Que siempre le fuera señor como padre,

Tomo I,

12

El mucho llorado de la triste madre,
Que muerto ver pudo tal hijo delante.
¡O dura fortuna, cruel, tribulante!
Por ti se pierden al mundo dos cosas;
Las vidas y lágrimas tan piadosas
Que ponen dolores de espada tajante.

Bien se mostraba ser madre en el duelo
Que hizo la triste después que ya vido
El cuerpo en las andas sangriento tendido
De aquel que criara con tanto desvelo:
Ofende con dichos crueles al cielo,
Con nuevos dolores su flaca salud,
Y tantas angustias roban su virtud
Que cae la triste muerta por el suelo.

Rasga con uñas crueles su cara,
Hierre sus pechos con medida poca,
Besando á su hijo la su fría boca
Maldice las manos de quien lo matara;
Maldice la guerra do se comenzara,
Busca con ira crueles querellas,
Niega á sí misma reparo de aquellas,
Y tal como muerta viviendo se para.

Decía llorando con lengua rabiosa:
O matador de mi hijo cruel,
Mataras á mí, dexaras á él,
Que fuera enemiga no tan porfiosa:
Fuera á la madre muy mas digna cosa,
Para quien mata llevar menos cargo,

Y no te mostraras á él tan amargo,
Ni triste dexaras á mi querellosa.

Si antes la muerte me fuera ya dada,
Cerrara mi hijo con estas sus manos
Mis ojos delante de los sus hermanos,
E yo no muriera mas de una vegada;
Moriré así muchas desaventurada,
Que sola padezco lavar sus heridas,
Con lágrimas tristes y no agradecidas,
Magüer que lloradas por madre cuitada.

Así lamentaba la piz matrona, etc.

DEL MARQUES DE SANTILLANA. (7)

CANCION.

Querrela de Amor.

Y a la gran noche pasaba
E la luna sescondia:
La clara lumbre del dia
Radiante se monstraba:
Al tiempo que reposaba
De mis trabajos é pena

(*) Nació en Carrion de los Condes año de 1398, y murió en 1458 en Guadalajara.

Oi triste cantilena
Que tal cañcion pronunziaba.

Amor cruel é hirioso,
Mal haya la tu alicza,
Pues no faces igualeza
Seýendo tau poderoso.

Desperté como espantado,
E miré doude sonaba
El que d'amor se quejaba
Bien como damnificado:
Vi un hombre ser llagado
De gran golpe de una flecha,
E cantaba tal endecha
Con semblante atribulado:

De ledo que era, triste,
Ay amor! tú me tornaste,
La hora que me tiraste
La señora que me diste.

Pregunté ¿ por que facedes,
Señor, tan esquivo duelo,
O si puede haber consuelo
La cuita que padecedes?
Respondióme, non curedes,
Señor, de me consolar,
Ca mi vida es querellar
Cantando así como vedes.

Pues me falleció ventura
En el tiempo del placer,

Non espero haber folgura
Mas por siempre entristecer.

Dixele: segunt paresco
El dolor que vos aqueja
Es alguna que vos dexa
E de vos no se adolesce.
Respondióme: quien padescer
Cruel plaga por amar,
Tal cañcion debe cantar
Jamás pues le portenesce.

Catívo de miña tristura
Ya todos prenden espanto
E preguntan, ¿ que ventura
Es que matormenta tanto?

Dixele, non vos queixedes
Que non sois vos el primero,
Niñ seréis el postrinero
Que saben del mal que avedes.
Respondióme: fallaredes
Que mi cuita es tan esquiva,
Que jamás en quanto viva
Cantaré, segunt veredes.

Pero te sirvo sin arte:
¡ Ay amor, amor, amor!
Gran cuita de mí nunca se parte.
¿ Non puede ser al sabido
Repliqué, de vuestro mal,
Niñ de la causa especial

Por que así fuistes ferido?
Respondió: trunque y olvido.
Me fueron así ferir,
Por do me convien decir
Este cantar dolorido.

Crueldad, é trocamento
Con tristeza me conquiso;
Pues me lexa quien me priso,
Ya non sey amparamento.

Su tantar ya non sonaba
Segun antes, nin se oía,
Mas manifesto se vía
Que la muerte lo aquejaba:
Pero jamas non cesaba,
Nin ensó con grant quebranto.
Este dolorido canto
A la sazón que espiraba:

Pois placer non poto haber
A meu querer degradado;
Seray morrer, mas non ver
Meu bien perder coitado.
Por eade quien me creyera,
Castigue en cabeza agena,
E no entre tal cadena
Do no salga si quisiere.

SONETO. (*)

Del mismo.

Lejos de vos, é cerca de cuidado,
Pobre de gozo, é rico de tristeza,
Fallido de reposo, é abastado
De mortal pena, congoja é graveza;

Desuado de esperanza, é shrigado
De inmensa cuita, é visto d'aspereza,
La mi vida me huye mal mi grado,
La muerte me persigue sin pereza.

Ni son hastantes á satisfacer
La sed ardiente de mi gran deseo
Tajo al presente, ni á me socorrer

La enferma Guadiana, ni lo creo:
Solo Guadalquivir tiene poder
De me sanar, é solo aquel deseo.

DEL MISMO.

Lebrilla.

Moza tan fermosa
Non vi eo la frontera
Como una vaquera
De la Finojosa.

(*) Se pone este soneto no tanto por su mérito, como por ser la prueba mas convincente de haberse conocido entre nosotros el verso endecasílabo ántes de que le introduxese Boscan.

Faciendo la via
De Calateveño
A Santa María,
Vencido del sueño.
Por tierra fragosa
Perdi la carrera,
Do vi la vaquera
De la Finojosa.

En un verde prado
De rosas e flores
Guardando ganado
Con otros pastores
La vi tan fermosa,
Que apenas creyera
Que fuese vaquera
De la Finojosa.

Non creo las rosas
De la primavera
Sean tan fermosas
Nin de tal manera,
Fahlando sin glosa
Si antes supiera
Daquella vaquera
De la Finojosa.

Non tanto mirara
Su mucha beldad
Porque me dexara
En mi libertad.

Mas dixr, donosa,
Por saber quien era
Aquella vaquera
De la Finojosa.

 DE DON JORGE MANRIQUE. (*)

COPLAS

A la muerte de su padre el Maestre Don Rodrigo.

RECUERDA el alma adormida,
Avivo el seso y despierde,
Contemplando
Como se pasa la vida,
Como se viene la muerte,
Tan callando.
Quan presto se va el placer,
Como después de acordado,
Da dolor;
Como a nuestra parecer
Qualquiera tiempo pasado,
Fue mejor.
Y pues vemos lo presente,
Como en un punto se es ido,

 (*) Murio en 1479.

Y acabado ;
 Si juzgamos sabiamente ;
 Darémos lo no venido ,
 Por pasado .
 No se rogañe nadie no ,
 Pensando que ha de durar
 Lo que espera

Mas que duró lo que vió ;
 Porque todo ha de pasar ,
 Por tal manera .

Nuestras vidas son los ríos ,
 Que van á dar en la mar ,
 Que es el morir :
 Allí van los señorios
 Derechos á se acabar
 Y consumir :
 Allí los ríos caudales ,
 Allí los otros medianos
 Y mas chicos ,

Allegados son iguales ,
 Los que viven por sus manos ,
 Y los ricos .

Dexo las invocaciones
 De los famosos Poetas
 Y Oradores ,
 No curo de sus ficciones ,
 Que traen yerbas secretas ,
 Sus sabores :

A aquel solo me encomiendo ,
 Aquel solo invoco yo ,
 De verdad ,
 Que en este mundo viviendo ,
 El mundo no conoció ,
 Su deidad .

Este mundo es el camino
 Para el otro que es morada
 Sin pesar ;
 Mas cumple tener buen tino ,
 Para andar esta jornada
 Sin errar .

Partimos quando nascemos ,
 Andamos mientras vivimos ,
 Y allegamos
 Al tiempo que fenescemos ;
 Así que quando morimos ,
 Descansamos .

Este mundo bueno fué ,
 Si bien usásemos del ,
 Como debemos ;
 Porque segun nuestra fe
 Es para ganar aquel ,
 Que atendemos .
 Y aun el Hijo de Dios
 Para subirnos al cielo ,
 Descendió
 A nacer acá entre nos ,

Y vivir en este suelo,
Do murió.

Ved de quan poco valor
Son las cosas tras que andamos,
Y corremos.

En este mundo traydor,
Que aun primero que muramos

Los perdemos,
Dellas deshace la edad,
Dellas casos devastados,
Que acrescen,
Dellas por su calidad
En los mas altos estados,
Desfallecen.

Decidme, ¿ la hermosura,
La gentil frescura y tez
De la cara,
La color y la blancura,
Quando viene la vejez,
Que se para?

Las manos y ligereza,
Y la fuerza corporal
De juventud,
Todo se torna graveza,
Quando llega al arrabal
De senectud.

¿ Pues la sangre de los Godos,
El linage y la nobleza,

Tan

Tan crecida;
Por quantas vias y modos,
Se pierde de su alteza,
En esta vida?
Unos por poco valer,
¡ Por quan baxos y abatidos
Que los tienen!
Otros que por no tener,
Con officios no debidos,
Se mantienen.

Los estados y riqueza,
Que nos dexan á deshora,
¿ Quien lo duda?
No les pidamos firmeza,
Porque son de una señora
Que se muda.
Que bienes son de fortuna,
Que resuelve con su rueda
Presurosa,
La qual no puede ser una,
Ni ser estable ni queda,
En una cosa.

Pero digo que acompañen,
Y lleguen hasta la buesca
Con su dueño,
Por eso no nos engañen,
Que se va la vida aprisa
Como sueño,

Tomo I.

13

Y los deleytes de acá
 Son en que nos deleytamos
 Temporales,
 Y los tormentos de allí,
 Que por ellos esperamos,
 Eternales.

Los placeres y dulzores
 De esta vida trabajada
 Que tenemos,
 ¿Que son sino corredores?
 Y la muerte es la celada,
 En que caemos
 No mirando á nuestro daño
 Corrientes á rienda suelta,
 Sin parar:
 Desde vemos el engaño,
 Y queremos dar la vuelta,
 No hay lugar.

Si fuese en nuestro poder
 Tornar la cara hermosa
 Corporal,
 Como podemos hacer
 El alma tan gloriosa
 Angelical;
 ¿Que diligencia tan viva,
 Tuviéramos toda hora,
 Y tan presta,
 En componer la captiva,

Dexándonos la señora
 Descompuesta?

Estos Reyes poderosos
 Que vemos por escrituras
 Ya pasadas,
 Con casos tristes llorosos,
 Fuéron sus buenas venturas,
 Trastornadas.
 Así no hay cosa tan fuerte,
 Que á Papas y Emperadores
 Y Prelados,
 Así los trata la muerte,
 Como á los pobres pastores
 De ganados.

Dexemos á los Troyanos,
 Que sus males no los vimos
 Ni sus glorias:
 Dexemos á los Romanos,
 Aunque oímos y leímos
 Sus historias.

No curemos de saber
 Lo de aquel siglo pasado:
 ¿Que fué de ellos?
 Vengamos á lo de ayer,
 Que también es olvidado
 Como aquello.

¿Que se hizo el Rey Don Juan,
 Los Infantes de Aragon,

Que se hicieron?

¿Que fué de tanto galán,
Que fué de tanta invención,
Como traxéron?

Las justas y los torneos,
Paramentos, bordaduras
Y cimeras

Fuéron sino devaneos,
¿Que fuéron sino verduras
De las eras?

¿Que se hicieron las damas,
Sus tocados, sus vestidos,
Sus olores?

¿Que se hicieron las llamas
De los fuegos encendidos
De amadores?

¿Que se hizo aquel tobar,
Las músicas acordadas,
Que tañan?

¿Que se hizo aquel danzar,
Aquellas ropas chapadas,
Que traian?

Pues el otro su heredero
Don Henrique, ¿que poderes
Alcanzaba?

¡Quan blando, quan halaguero
El mundo con sus placeres
Se le daba!

Mas verá quan enemigo,
Quan contrario, quan cruel
Se monstró;
Habiéndole sido amigo,
¡Quan poca duró con él
Lo que dió!

Las dádivas desmedidas,
Los edificios Reales
Llenos de oro,
Las Faxillas tan febridas,
Los Henriques y reales
Del Tesoro,

Los jaceos y caballos
De su gente y atavios,
Tan sobrados,
¿Donde iremos á buscarlos?
¿Que fuéron sino rocios
De los prados?

Pues su hermano el inocente,
Que en su vida sucesor
Se llamó,

¿Que Corte tan excelente
Tuvo, y quanto gran Señor,
Que lo siguió?

Mas como fuese mortal,
Metiólo la muerte luego
En su fragua,

¡O juicio divinal!

Quando mas ardia el fuego
Echaste el agua.

Pues aquel gran Condestable,
Maestre que conocimos
Tan privado,
No cumple que del se hable,
Sino solo que lo vimos
Degollado.

Sus infinitos tesoros,
Sus villas y sus lugares,
Y su mandar
¿Que le fueron, sino lloros,
Que fueron, sino pesares
Al dexar?

Pues los otros dos hermanos
Maestres tan prosperados
Como Reyes,
A los Grandes y medianos
Traxeron muy sojuzgados
A sus leyes.

Aquella prosperidad,
Que tan alta fué subida
Y ensalzada,
¿Que fué sino claridad,
Que quando mas encendida
Fué amatada?

Tantos Duques excelentes,
Tantos Marquoses y Condes

Y Barones
Como vimos tan potentes
Di, muerte, ¿do los escondes
Y traspones?
Y sus muy claras hazañas,
Que hicieron en las guerras
Y en las paces,
Quando tú, cruel, te enseñas,
Con tus fuerzas las aterras
Y deshaces.

Las huestas innumerables,
Los pendones, estandartes
Y banderas,
Los castillos impenables,
Los muros y baluartes
Y barreras,
La cava honda chapada,
O qualquier otro reparo
¿Que aprovecha?
Que si tú vives airada,
Todo lo pasas de claro
Con tu flecha.

Aquel de buenos abrigo,
Amado por virtuoso
De la gente,
El Maestre Don Rodrigo
Manrique tan famoso
Y tan valiente,

Sus grandes hechos y claros,
 No cumple que los alabe
 Pues los vieron;
 Ni los quiero hacer casos,
 Pues el mundo todo sabe
 Quales fueron.

Amigo de sus amigos,
 ¡Que Señor para criados
 Y parientes!
 ¡Que enemigo de enemigos!
 ¡Que maestro de esforzados
 Y valientes!
 ¡Que seso para discretos!
 ¡Que gracia para donosos!
 ¡Que razón!
 Muy benigno á los sujetos,
 Y á los bravos y danosos
 Un león, etc.

SIGLO XVI.

POESÍAS DE GARCILASO.

ÉGLOGA PRIMERA.

Salicio, Nemoroso, Poeta.

POETA.

EL dulce lamentar de dos pastores,
 Salicio juntamente y Nemoroso,
 He de cantar sus quejas imitando;
 Cuyas ovejas al cantar sabroso
 Estaban muy atentas, los amores,
 De pacer olvidadas, escuchado.
 Tú, que ganaste obrando
 Un nombre en todo el mundo,
 Y un grado sin segundo;
 Agora estás atento, solo y dado
 Al inclito gobierno del Estado,
 Albano; agora vuelto á la otra parte,
 Resplandeciente, armado,
 Representando en tierra el fiero Marte.

Agora de cuidados enojosos
 Y de negocios libre, por ventura,
 Andes á caza el monte fatigando
 En ardiente ginece, que apresura
 El curso tras los ciervos temerosos,
 Que en vano su morir van dilatando,
 Espera que en tornando
 A ser restituido
 Al ocio ya perdido,
 Luego verás exercitar mi pluma
 Por la infinita innumerable suma
 De tus virtudes y famosas obras;
 Antes que me constanza,
 Faltando á ti, que á todo el mundo sobras.

En tanto que este tiempo que adivino
 Viene á sacar me de la deuda un día,
 Que se debe á tu fama y á tu gloria;
 Que es deuda general, no solo mía,
 Mas de qualquier ingenio peregrino,
 Que celebra lo digno de memoria:
 El árbol de vitoria,
 Que ciñe estrechamente
 Tu gloriosa frente,
 Dé lugar á la yedra, que se planta
 Debaxo de tu sombra, y se levanta
 Poco á poco arrimada á tus loores:
 Y en quanto esto se canta,
 Escucha tú el cantar de mis pastores.

Saliendo de las ondas encendido
 Rayaba de los montes el altura
 El sol, quando Salicio recostado
 Al pie de un alta laya en la verdura
 Por donde un agua clara con sonido
 Atravesaha el fresco y verde prado:
 El, con canto acordado
 Al rumor que sonaba
 Del agua que pasaba,
 Se quejaba tan dulce y blandamente
 Como si no estuviera de allí ausente
 La que de su dolor culpa tenia:
 Y así como presente
 Razonando con ella le decía:

SALICIO.

¡O mas dura que mármol á mis quejas,
 Y al encendido fuego en que me quemó,
 Mas helada que nieve, Galatea!
 Estoy muriendo, y aun la vida temo,
 Témola con razon, pues tú me dexas;
 Que no hay, sin ti, el vivir para que sea.
 Vergüenza he que me vea
 Ninguno en tal estado,
 De ti desamparado;
 Y de mi mismo yo me corro agora.
 ¿De un alma te desdénas ser señora
 Donde siempre moraste, no pudiendo

Della salir un hora?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

El sol tiende los rayos de su lumbre
Por montes y por valles, despertando
Las aves y animales y la gente:
Qual por el ayre claro va volando,
Qual por el verde valle ó alta cumbre
Paciendo va segura y libremente:
Qual con el sol presente
Va de nuevo al oficio,
Y al usado exercicio
Do su natura ó menester le inclina:
Siempre está en llanto esta ánima mezquina
Quando la sombra el mundo va cubriendo,
O la luz se avvicina.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Y tú de esta mi vida ya olvidada,
Sin mostrar un pequeño sentimiento
De que por tí Salicio triste muera,
Dexas llevar, desconocida, al viento
El amor y la fe, que ser guardada
Eternamente sólo á mí debiera?
O Dios! ¿por que siquiera,
(Pues ves desde tu altura
Esta falsa perjura
Causar la muerte de un estrecho amigo)
No recibe del cielo algun castigo?

Si en pago del amor yo estoy muriendo,
¿Que hará el enemigo?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Por tí el silencio de la selva umbrosa,
Por tí la esquividad y apartamiento
Del solitario monte me agradaba:
Por tí la verde yerba, el fresco viento,
El blanco lirio y colorada roa
Y dulce primavera deseaba,
¿Ay quanto me engañaba!
¿Ay quan diferente era,
Y quan de otra manera
Lo que en tu falso pecho se escondia!
Bien claro con su voz me lo decia
La siniestra corneja repitiendo
La desventura mia.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Quantas veces durmiendo en la floresta
(Reparándolo yo por desvario)
Vi mi mal entre sueños, desdichado!
Soñaba que en el tiempo del estio
Llevaba por pasar allí la siesta
A beber en el Tajo mi ganado:
Y despues de llegado,
Sin saber de qual arte,
Por desusada parte
Y por nuevo camino el agua se iba:
Ardiendo yo con la calor estiva,

El curso enagenado iba siguiendo
Del agua fugitiva.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Tu dulce habla en cuya oreja suena?
¿Tus claros ojos á quien los volviste?
¿Por quien tan sin respeto me trocaste?
¿Tu quebrantada fe de la persiste?
¿Qual es el cuello que como en cadena
De tus hermosos brazos amudaste?
No hay corazon que haste
Aunque fuese de piedra,
Viendo mi amada yedra,
De mi arrancada, en otro muro aida,
Y mi parra en otro olmo entretexida,
Que no se esté con llanto deshaciendo
Hasta acabar la vida.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Que no se esperará de aquí adelante
Por difícil que sea y por incierto,
O que discordia no será juntada?
¿Y juntamente que terná por cierto,
O que de hoy mas no temerá el amante,
Siendo á todo materia por ti dada?
Quando tú enagenada
De mi cuidado inaste,
Notable causa diste,
Y exemplo á todos quantos cubre el cielo.
Que el mas seguro tema con recelo,

Perder lo que estuviere poseyendo.
Salid fuera sin duelo,
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Materia diste al mundo de esperanza
De alcanzar lo imposible y no pensado,
Y de hacer juntar lo diferente,
Dando á quien diste el corazon malvado,
Quitándolo de mi con tal mudanza,
Que siempre sonará de gente en gente.
La cordera paciente
Con el lobo hambriento
Hará su ayuntamiento,
Y con las simples aves sin ruido
Harán las bravas sierpes ya su nido;
Que mayor diferencia comprendo
De ti al que has escogido.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Siempre de nuestra leche en el verano
Y en el invierno abundo: en mi majada
La manteca y el queso está sobrado:
De mi cantar pues yo te vi agrada.
Tanto, que no pudiera el Mantuano
Titiro ser de ti mas alabado.
No soy, pues, bien mirado,
Tan disforme ni feo,
Que aun agora me veo
En esta agua que corre clara y pura;
Y cierto no trocara mi figura

Con ese que de mí se está riendo :
 Trocara mi ventura.
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿ Como te vine en tanto menosprecio ?
 ¿ Como te fui tan presto aborrecible ?
 ¿ Como te faltó en mí el conocimiento ?
 Si no tuvieras condición terrible,
 Siempre fuera tenido de tí en precio
 Y no viera este triste apartamiento.
 ¿ No sabes que sin cuento
 Buscan en el estío
 Mis orejas el frío
 De la sierra de Cuenca, y el gobierno
 Del abrigado Estremo en el invierno ?
 ¡ Mas que vale el tener, si derritiendo
 Me estoy en llanto eterno !
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Con mi llorar las piedras enternecen
 Su natural dureza, y la quebrantan :
 Los árboles parece que se inclinan :
 Las aves que me escuchan, quando cantan,
 Con diferente voz se condolesen,
 Y mi morir cantando me adivinan,
 Las fieras que reclinan,
 Su cuerpo fatigado,
 Dexan el sosegado
 Sueño por escuchar mi llanto triste.
 Tú sola contra mí te endureciste,

Los ojos sin siquiera no volviendo
 A lo que tú hiciste.
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Mas ya que á socorrerme aquí no vienes,
 No dexes el lugar que tanto amaste ;
 Que bien podrás venir de mí segura,
 Yo dexaré el lugar do me dexaste :
 Ven, si por solo esto te detienes.
 Ves aquí un prado lleno de verdura,
 Ves aquí una espesura,
 Ves aquí una agua clara,
 En otro tiempo cara,
 A quien de tí con lágrimas me quejo.
 Quizá aquí hallarás, pues yo me alejo,
 Al que todo mi bien quitarme puede ;
 Que pues el bien le dexo,
 No es mucho que el lugar tambien le quede.

POETA.

Aquí dió fin á su cantar Salicio,
 Y aspirando en el postrero acento,
 Soltó de llanto una profunda vena.
 Queriendo el monte al grave sentimiento
 De aquel dolor en algo ser propicio,
 Con la pasada voz retumba y sueña.
 La blanda Filomena,
 Casi como dolida
 Y á compasion movida,

Dulcemente responde al son lloroso,
Lo que cantó tras esto Nemoroso:
Decidlo, vos Piéridas; que tanto
No puedo yo, ni osó,
Que siento enflaquecer mi débil canto.

NEMOROSO.

Corrientes aguas, puras, cristalinas,
Árboles, que os estáis mirando en ellas,
Verde prado, de fresca sombra lleno,
Aves, que aquí sembráis vuestras querellas,
Yedra, que por los árboles camufla
Torciendo el paso por su verde seno:
Yo me ví tan ageno
Del grave mal que siento,
Que de puro contento
Con vuestra soledad me recreaba,
Donde con dulce sueño reposaba,
O con el pensamiento discurría
Por donde no hallaba
Sino memorias llenas de alegría.

Y en este mismo valle, donde agora
Me entristezco y me canso, en el reposo
Estuve yo contento y descansado:
¡O bien caduco, vano y presuroso!
Acuérdome, durmiendo aquí algun hora,
Que despertando, á Elisa ví á mi lado,
O miserable hado!

¡O tela delicada,
Antes de tiempo dada
A los agudos filos de la muerte!
Mas conveniente fuera aquesta suerte
A los cansados años de mi vida,
Que es mas que el hierro fuerte,
Pues no la ha quebrantado tu partida.

¿Do están agora aquellos claros ojos,
Que llevaban tras sí como colgala
Mi ánima do quier que se volvia?
¿Do está la blanca mano delicada
Llena de vencimientos y despojos,
Que de mí mis sentidos le ofrecían?
¿Los cabellos que vian
Con gran desprecio al oro
Como á menor tesoro,
Adonde están? ¿Adonde el blanco pecho?
¿Do la colana que el dorado techo
Con presunción graciosa sostenía?
Aquesto todo agora ya se encierra,
Por desventura mis,
En la fría, desierta y dura tierra.

¿Quien me dixera, Elisa, vida mía,
Quando en aqueste valle al fresco viento
Andábatnos cogiendo tiernas flores,
Que habia de ver con largo apartamiento
Venir el triste y solitario día,
Que diese amargo fin á mis amores?

El cielo en mis dolores
 Cargó la mano tanto,
 Que á sempiterno llanto
 Y á triste soledad me ha condenado:
 Y lo que siento mas, es verme atado
 A la pesada vida y enojosa,
 Solo, desamparado,
 Ciego sin lumbré en cárcel tenebrosa.

Después que nos dexaste, nunca paxe
 En hartura el ganado ya, ni acude
 El campo al labrador con manallena,
 No hay bien que en mal no se convierta y mude,
 La mala yerba al trigo ahoga, y nace
 En lugar suyo la infelice avena.
 La tierra que de buena
 Gana nos producía
 Flores con que solía
 Quitar en solo vellas mil enojos,
 Produce agora en cambio estos abrojos,
 Ya de rigor de espinas intratable:
 Y yo hago con mis ojos
 Crecer llorando el fruto miserable.

Como al partir del sol la sombra crece,
 Y en cayendo su rayo, se levanta
 La negra escuridad que el mundo cubre:
 De do viene el temar que nos espanta,
 Y la medrosa forma en que se ofrece
 Aquello que la noche nos encubre.

Hasta que el sol descubre
 Su luz pura y hermosa:
 Tal es la tenebrosa
 Noche de tu partir, en que he quedado
 De sombra y de temor atormentado,
 Hasta que muerte el tiempo determine,
 Que á ver el deseado
 Sol de tu clara vista me encamine.

Qual suele el ruiseñor con triste canto
 Quejarse, entre las hojas escondido,
 Del duro labrador, que cantamente
 Le despojó su caro y dulce nido
 De los tiernos hijuelos, entre tanto
 Que del amado ramo estaba ausente;
 Y aquel dolor que siente,
 Con diferencia tanta
 Por la dulce garganta,
 Despide, y á su canto el ayre suena,
 Y la callada noche no refrina
 Su lamentable oficio y sus querellas,
 Trayendo de su pena
 Al cielo por testigo y las estrellas.

De esta manera suelto yo la rienda,
 A mi dolor, y así me quejo en vano
 De la dureza de la muerte airada.
 Ella en mi corazón metió la mano,
 Y de allí me llevó mi dulce prenda,
 Que aquel era su nido y su morada.

10106

¡Ay muerte arrebatada!
 Por tí me estoy quejando
 Al cielo, y ensajando
 Con importuna llanto al mundo todo.
 Tu desigual dolor no sufre modo.
 No me podrán quitar el dolorido
 Sentir, si ya del todo
 Primero no me quitan el sentido.

Una parte guardé de tus cabellos,
 Elisa, envueltos en un blanco paño,
 Que nunca de mi seno se me apartan:
 Descójolos, y de un dolor tamaño
 Enternecerme siento, que sobre ellos
 Nunca mis ojos de llorar se liantan.
 Sin que de allí se partan,
 Con suspiros calientes,
 Mas que la llama ardientes,
 Los enxugo del llanto, y de consuno
 Casi los paso y cuento uno á uno:
 Juntándoles con un cordón los ato:
 Tras esto el importuno
 Dolor me dexa descansar un rato.

Mas luego á la memoria se me ofrece
 Aquella noche tenebrosa, oscura,
 Que siempre aflige esta mísera merquina
 Con la memoria de mi desventura.
 Verte presente agora me parece
 En aquel duro trance de Lucina,

Y aquella voz divina,
 Con cuyo son y acentos
 A los airados vientos
 Pudieras amansar, que agora es muda;
 Me parece que oygo, que á la cruda
 Inexorable diosa demandabas
 En aquel paso ayuda:
 ¿Y tú rústica diosa donde estabas?

¿Ibate tanto en perseguir las fieras?
 ¿Ibate tanto en un pastor dormido?
 ¿Cosa pudo bastar á tal cruexa,
 Que comovida á compasion, oído
 A los vótos y lagrimas no dieras,
 Por no ver hecha tierra tal belleza?
 ¡O no ver la tristeza,
 En que tu Nemoroso
 Queda, que su reposo
 Era seguir su oficio persiguiendo
 Las fieras por los montes, y ofreciendo
 A tus sagradas aras los despojos?
 ¡Y tú, ingrata, riendo
 Dexas morir mi bien ante mis ojos!

Divina Elisa, pues agora el cielo
 Con inmortales pies pisas y mides,
 Y su mudanza ves, estando queda,
 Porque de mí te olvidas, y no pides
 Que se apresure el tiempo en que este velo
 Rompa del cuerpo, y verme libre pueda?

Y en la tercera rueda,
 Contigo mano á mano,
 Busquemos otro llano,
 Busquemos otros montes y otros rios,
 Otros valles floridos y sombríos,
 Do descansar, y siempre pueda verte
 Ante los ojos míos,
 Sin miedo y sobresalto de perderte.

FORTI.

Nunca pasieran fin al triste lloro
 Los pastores, ni fueran acalladas
 Las canciones, que solo el monte oía,
 Si mirando las nubes coloradas,
 Al trasmontar del sol hordadas de oro,
 No vieran que era ya pasado el día.
 La sombra se veía
 Venir corriendo apriesa
 Ya por la falda espesa
 Del altísimo monte, y recordando
 Ambos como de sueño, y acabando
 El fugitivo sol de luz escaso,
 Su ganado llevando
 Se fueron recogiendo paso á paso.

DE LA ÉGLOGA SEGUNDA.

ALBANIO.

Ora, Salicio, escucha lo que digo:
 Y vos, ó Ninfas deste bosque umbroso,
 A do quiera que esteis, estad conmigo.

Ya te conté el estado tan dichoso
 A do me paso sinor, si en él yo firme
 Pudiera sostenerme con reposo.

Mas como de collar y de encubirme
 De aquella por quien vivo me encendia,
 Llegué ya casi al punto de morirne.

Mil veces ella preguntó que habia,
 Y me rogó que el mal le descubriese,
 Que mi rostro y color le descubria.

Mas no acobó con quanto me dixese,
 Que de mí á su pregunta otra respuesta
 Que un suspiro con lágrimas hubiese.

Aconteció que en una ardiente sicca
 Viniendo de la esca fatigados,
 En el mejor lugar de esta floresta,

Que es este donde estamos asentados,
 A la sombra de un árbol alloximos
 Las cuerdas á los arcos trabajados.

En aquel prado allí nos reclinamos,
Y del zéfiro fresco recogiendo
El agradable espíritu respiramos.

Las flores á los ojos ofreciendo
Diversidad extraña de pintura,
Diversamente así estaban oliendo;

Y en medio aquesta fuente clara y pura,
Que como de cristal resplandecía
Mostrando abiertamente su hondura,

El arena que de oro parecía,
De blancas pedruzuelas variada,
Por do manaba el agua, se bollía:

En derredor ni sola nos pisada
De fiera, ó de pastor, ó de ganado
A la sazón estaba señalada.

Después que con el agua resfriado
Hubimos el calor, y juntamente
La sed de todo punto mitigado:

Ella, que con cuidado diligente
A conocer mi mal tenía el intento,
Y á escudriñar el ánimo doliente,

Con nuevo ruego y firme juramento
Me conjuró, y rogó que le contase
La causa de mi grave pensamiento:
Y si era amor que no me reciasse
De lucelle mi caso manifiesto,
Y de mostralle aquella que yo amase:

Que me juraba que también en esto
El verdadero amor que me tenía
Con pura voluntad estaba presto.

Yo, que tanto callar ya no podía,
Y claro descubrir ménos osaba
Lo que en el alma triste se sentía,

Le dije que en aquella fuente clara
Veris de aquella que yo tanto amaba
Abiertamente la hermosa cara.

Ella, que ver aquesta deseaba,
Con ménos diligencia discuriendo
De aquella con que el paso apresuraba,

A la pura fontana fué corriendo
Y en viendo el agua, toda fué alterada,
En ella su figura sola viendo,

Y no de otra manera arrebatada,
Del agua rebuyó, que si estuviera
De la rabiosa enfermedad tocada:

Y sin mirarme desdenosa y fiera,
No sé que allá entre dientes murmurando,
Me dexó aquí, y aquí quiere que muera,

Quedé yo triste y solo allí culpanda
Mi temerario osar, mi desvarío
La pérdida del bien considerando.

Creció de tal manera el dolor mio,
Y de mi loco error el descauselo,
Que hice de mis lágrimas un río.

Fixos los ojos en el alto cielo
Estuve boca arriba una gran pieza,
Teñido sin moverme en este suelo.

Y como de un dolor otro se empieza
El largo llanto, el desvanecimiento,
El vano imaginar de la cabeza,

De mi gran culpa aquel recordimiento,
Verme del todo al fin sin esperanza,
Me trastornaron casi el sentimiento.

Como deste lugar hice mudanza,
No sé, ni quien de aquí me conduxese
Al triste albergue, y á mi pobre estancia.

Sé que tornando en mí, como estoviese
Sin comer ni dormir bien quatro dias,
Y sin que el cuerpo de un lugar moviese:

Las ya desumparadas vacas mías
Por otro tanto tiempo no gustáron
Las verdas yerbas, ni las aguas frías.

Los pequeños hijuelos, que halláron
Las tetas secas ya de las hambrientas
Madres, bramando al cielo se quejáron.

Las selvas á su voz tambien atentas,
Bramando pareció que respondían
Candolidas del daño y descontentas.

Aquestas cosas nada me movían;
Antes con mi llorar hacía espantados
Todos quantos á verme allí venían.

Viniéron los pastores de ganadas:
Viniéron de los sotos los vasperos,
Para ser de mí mal de mí infirmados:

Y todos con los gestos lastimeros
Me preguntaban quales habian sido
Los accidentes de mi mal primeros.

A los quales, en tierra yo teñido,
Ninguna otra respuesta dar sabia,
Rompiendo con sollozos mi gemido,

Sino de rato en rato les decía:
Vosotros los de Tajo, en su ribera
Cantaréis la mi muerte cada dia.

Este descanso llevaré, aunque muera,
Que cada dia cantaréis mi muerte,
Vosotros los de Tajo, en su ribera.

La quinta noche en fin mi cruda suerte,
Queriéndome llevar do se rompiese
Aquesta tela de la vida fuerte.

Hizo que de mi ciezra me saliese
Por el silencio de la noche oscura
A buscar un lugar donde muriese.

Y caminando por do mi ventura
Y mis enfermos piez me conduxéron,
Llegó á un barranco de muy gran altura,

Luego mis ojos le reconocieron,
Que pende sobre el agua, y su cimiento
Los ondas poco á poco le comieron.

Al pie de un olmo hice allí mi asiento;
Y acordéme que ya con ella estuyé
Pasando allí la siesta al fresco viento.

Y con esta mesurta me detuve
Como si aquesta fuesse medicina
De mi furor, y quanto mal sostuve.

Denunciaba el ayora ya vecina
La venida del sol resplandeciente,
A quien la tierra, á quien la mar se inclina,

Entónces, como quando el cisne siente
El ansia postrimera que le aqueja,
Y tiente el cuerpo misero y doliente,

Con triste y lamentable son se queja,
Y se despide con lastoso canto
Del espíritu vital que del se aleja:

Así, aquejado yo de dolor tanto,
Que el alma abandonaba ya la humana
Carne, solté la rienda al triste llanto,

O flora, dixé, mas que tigre Hircana,
Y mas sorda á mis quejas que el ruido
Embravecido de la mar insana!

Heme entregado, heme aquí rendido;
He aquí vences, toma los despojos
De un cuerpo miserable y afligido.

Yo porné fin del todo á tus enojos:
Ya no te ofenderá mi rostro triste
Mi temerosa voz y húmidos ojos.

Quizá tú que en mi vida no moviste
El paso á consolarme en tal estado,
Ni tu dureza cruda enterreciate,

Viendo mi cuerpo aquí desamparado,
Vernás á arrepentirte y lastimarte,
Mas tu socorro tarde habrá llegado.

¿Como pudiste tan presto olvidarte
De aquel tan luengo amor, y de sus ciegos
Nudos en sola una hora desligarte?

¿No se te acuerda de los dulces juegos
Ya de nuestra niñez, que fueron leña
De estos dañosos y encendidos fuegos,

Quando la encina desta espesa hieña
De sus bellotas dulces despojaba,
Que íbamos á comer sobre esta pena?

¿ Quien las castañas tiernas derrocaba
Del árbol al subir dificultoso ?

¿ Quien en tu limpia falda las llevaba ?

¿ Cuando en valle florido, espeso, umbroso
Meti jamas el pie, que del no fuese
Cargado á ti de flores y oloroso ?

Jurábame si ausente yo estuviese,
Que ni el agua sabor, ni olor la rosa,
Ni el prado yerba para ti tuviese.

¿ A quien me quexo, que no escucha cosa
De quantas digo, quien debria escucharme ?
Ecu sola me muestra ser piadosa.

Respondiendome, prueba conhortarme
Como quien probó mal tan importuno ;
Mas no quiere mostrarse y consolarme.

¡ O Dioses, si allí juntos de consuno
De los amantes el cuidado os toca,
O tú solo, si toca solo á uno !

Recibid las palabras que la boca
Echa con la doliente suelta fuerza,
Antes que el cuerpo torne en tierra poca.

¡ O Náyades de aquesta mi ribera
Corriente moradoras ! ¡ ó Napeas,
Guarda del verde bosque verdadera !

Alte una de vosotras, blancas Deas,
Del agua su cabeza rubia, un poco ;
Así, Ninfa, jamas en tal te veas.

Podré decir que con mis quejas toco
Las divinas orejas, no pudiendo
Las humanas tocar, cuerdo ni loco.

¡ O hermosas Oreadas, que teniendo
El gobierno de selvas y montañas,
A caza andáis por ellas discurriendo !

Dexad de perseguir las alimañas,
Venid á ver un hombre perseguido,
A quien no valeis fuerzas ya ni mañas.

¡ O Driades ! de amor hermoso nido,
Dulces y graciosísimas doncellas
Que á la tarde salís de lo escondido,

Con los cabellos rubios, que las bellas
Espaldas dexan de oro cobijadas ;
Parad mientes un rato á mis querellas.

Y si con mi ventura conjuradas
No estais, haced que sean las ocasiones
De mi muerte aquí siempre celebradas.

¡ O lobos, ó osos, que por los rincones
De estas fieras cavernas escondidos
Estais oyendo agora mis raxones,

Quedaos á Dios ; que ya vuestros oídos
De mi raxpona fuerza halagados,
Y alguna vez de amor enternecidos.

A Dios montañas, á Dios verdes prados,
A Dios corrientes rios esummosos.

Vivid sin mí con siglos prolongados,

Y mientras en el curso presurosos

Ircis al mar á darle su tributo,

Corriendo por los valles pedregosos:

Haced que aquí se muestre triste luto

Por quien viviendo alegre os alegraba

Con agradable son, y viso caxuto:

Por quien aquí ans vacas alreعبو,

Por quien ramos de lauro entrecruzando

Aquí sus fuertes toros coronaba:

Estas palabras tales en diciendo,

En pie me alcé por dar ya fin al duro

Dolor, que en vida estaba padeciendo,

Y por el paso, en que me ves, te juro

Que ya me iba arrojar de do te cuento,

Con paso largo, y corazón seguro:

Quando una fuerza súbita de viento

Vino con tal furor, que de una sierra

Pudiera remover el firme asiento.

De espaldas como atónito, en la tierra,

Desde á gran rato me hallé tendido,

Que así se halla siempre aquel que yerza.

Con mas sano discurso en mi sentido

Comencé de culpar el presupuesto

Y temerario error que habia seguido,

En querer dar con triste muerte al resto
De aquesta breve vida sin amargo,
No siendo por los hados aun dispuesto.

De allí me fuí con corazón mas largo
Para esperar la muerte, quando venga
A relevarme de este largo cargo.

Bien has ya visto quanto me convenga,
Que pues buscalla á mí no se consiente,
Ella en buscarme á mí no se detenga.

Contado te he la causa, el accidente,
El daño y el proceso todo entero:
Cúmpleme tu promesa prestamente.

Y si mi amigo cierto y verdadero
Eres como yo pienso, vete agora;
No estarbes un dolor acerbo y fiero
Al afligido y triste quando llora.

DE LA ÉGLOGA TERCERA.

Tirreno, Alcino.

TIRENNO.

Fierda, para mí dulce y sabrosa
Mas que la fruta del cercado ageno,
Mas blanda que la leche, y mas hermosa
Que el prado por Abril de flores lleno:
Si tú respondes pura y amorosa

Al verdadero amor de tu Tirreno,
A mi majada arribarás primero
Que el cielo nos demuestre su lucero.

ALCINO.

Hermosa Filis, siempre yo te sea
Amargo al gusto mas que la retama, *gentil*
Y de tí despojado yo me vea
Qual queda el tronco de su verde rama.
Si mas que vo el aureo lagos desee *chavis*
La escuridad, ni mas la luz desee,
Por ver el fin de na término tamaño
Deste día, para un mayor que un año.

TIRRENO.

Qual anhe acompañada de su bando
Aparecer la dulce primavera
Quando lavonta y zefiro soplando
Al campo tornara su beldad primera,
Y van artificiosos esmolando
De roxo, azul y blanco la ribera:
En tal manera á mí, Flérida mía
Viniedo, reverdecer mi alegría.

ALCINO.

¿ Ves el furor del enojoso viento
Embravecido en la fragosa sierra,
Que los antiguos robles ciento á ciento,
Y los pinos altísimos atierra,

Y de tanto destrozo aun no contento
Al espantoso mar mueve la guerra?
Pequeña es esta furia comparada
A la de Filis con Alcino airada,

TIRRENO.

El blanco trigo multiplica y crece,
Produce el campo en abundancia tierno
Pasto al ganado, el verde monte ofrece
A las fieras salvages su gobierno:
A do quiera que miro me parece
Que derrama la copia todo el cuerno;
Mas todo se convertirá en ahrojos,
Si de ello aparta Flérida sus ojos.

ALCINO.

De la esterilidad es oprimido
El monte, el campo, el soto y el ganado:
La malicia del ayre corrompido
Hace morir la yerba mal su grado:
Las aves ven su descubierta nido,
Que ya de verdes hojas fue crecado;
Pero si Filis por aquí tornare,
Hara reverdecer quanto mirare.

TIRRENO.

El flamo de Alcides escogido
Fué siempre, y el laurel del roxo Apolo:
Tomo I. 16

De la hermosa Venus fué tenido
 En precio y en estima el micto solo:
 El verde sauz de Flórida es querido,
 Y por muy entre todos escogió;
 Do quiera que de hoy mas sauzes se hallen,
 El álamo, el laurel y el mirto callen.

ALEXICO.

El Fresno por la selva en hermosura
 Sabemos ya que sobre todos vaya,
 Y en aspereza y monte de espesura
 Se aventaja la verde y alta haya:
 Mas el que la beldad de tu figura
 Donde quiera meado, Filis, haya,
 Al Fresno y á la haya en su aspereza
 Confiará que vence tu belleza.

CANCIÓN.

El aspereza de mis males quiero
 Que se muestre también en mis razones,
 Como ya ea los efectos se ha mostrado.
 Lloraré de mí mal las ocasiones;
 Sabrá el mundo la causa porque murro,
 Y moriré á lo ménos confesado.
 Pues soy por los caballos arrastrado
 De un tan desatinado pensamiento,
 Que por agudas penas peligrosas,
 Por justas espinosas

Corro con ligereza mas que el viento,
 Bañando de mi sangre la carrera
 Y para mas despacio atormentarme,
 Llevame alguna vez por entre flores,
 A do de mis tormentos y dolores
 Descanso, y de ellos vengo á no acordarme:
 Mas el á mas descanso no me espera;
 Antes como me ve desta manera,
 Con un nuevo furor y destino
 Torna á seguir el áspero camino.

No vine por mis pies á tantos daños;
 Fuerzas de mi destino me traxéron,
 Y á la que me atormenta me entregaron.
 Mi razon y juicio bien creyéron
 Guardarme, como en los pasados años
 De otros graves peligros me guardaron:
 Mas quando los pasados compararon
 Con los que venir viéron, no sabian
 Lo que hacer de sí, ni do meterse;
 Que luego empezó á verse
 La fuerza y el rigor con que venian.
 Mas de pura vergüenza constreñida
 Con tardo paso, y corazón medroso
 Al fin ya mi razon salió al camino.
 Quanto era el enemigo mas vecino,
 Tanto mas el recelo temeroso
 Le mostraba el peligro de su vida,
 Pensar en el temor de ser vencida.

La sangre alguna vez le calentaba;
Mas el mismo temor se la enfriaba.

Estaba yo á mirar, y peleando
En mi defensa mi razon estaba
Cansada, y en mil partes ya herida;
Y sin ver yo quien dentro me incitaba,
Ni saber como, estaba deseando
Que allí quisiese mi razon vencida.
Nunca en todo el proceso de mi vida
Cosa se me cumplió que deseara
Tan presto como aquesta; que á la hora
Se rindió la señora,
Y al siervo consintió que gobernase.
Y usase de la ley del venimiento:
Entonces yo sentíme saltado
De una vergüenza libre y generosa;
Corrimo gravemente, que una cosa
Tan sin razon hubiese así pasado.
Luego siguió el dolor al corrimiento,
De ver mi reyno en mano de quien cuento
Que me dá vida y muerte cada día,
Y es la mas moderada tiranía.

Los ojos, cuya lumbre bien pudiera
Tornar clara la noche tenebrosa,
Y escurecer el sol á mediodía,
Me convirtieron luego en otra cosa.
En volviéndose á mi la vez primera
Con la calor del rayo que salía

De su vista, que en mí se difundía,
Y de mis ojos la abundante vena
De lágrimas, al sol que me inflamaba
No ménos ayudaba
A hacer mi natura en todo agena
De lo que era primero. Carromperse
Sentí el sosiego y libertad pasada,
Y el mal de que muriendo está engendrarse,
Y en tierra sus raices ahondarse
Tanto quanto su cima levantada
Sobre qualquier altura hace verse.
El fruto que de aquí suele cogerse,
Mil es amargo, alguna vez sahroso;
Mas mortifero siempre y ponzoñoso.

De mí agora huyendo voy buscando
A quien huye de mí como enemigo
Que al un error añado el otro yerro:
Y en medio del trabajo y la fátiga
Estoy cantando yo, y está sonando
De mis atados pies el grave hierro.
Mas poco dura el canto, si me encierro
Aes dentro de mí, porque allí veo
Un campo lleno de desconfianza:
Muéstrame la esperanza
De léjos su vestido y su meneco;
Mas vez su rostro nunca me consiente.
Torno á llorar mis daños, porque entiendo
Que es un crudo linage de tormento

Para matar á aquel que está sediento,
 Mostralle el agua por que está muriendo:
 De la qual el cuitado juntamente
 La claridad contempla, el ruido siente;
 Mas quando llega ya para bebellá,
 Gran espacio se halla lejos della,

De los cabellos de oro fué teñida
 La red que fabricó mi sentimiento,
 Do mi razon revuelta y enredada
 Con gran vergüenza suya y corrimiento
 Sujeta al apetito y sometida,
 En público adulterio fue tomada,
 Del cielo y de la tierra contemplada.
 Mas ya no es tiempo de mirar yo en esto,
 Pues no tengo con que considerallo,
 Y en tal punto me hallo,
 Que estoy sin armas en el campo puesto,
 Y el paso ya cerrado y la huida,
 ¿Quien no se espantará de lo que digo?
 Que es cierto que he venido á tal extremo,
 Que del grave dolor que huyo y temo
 Me hallo algunas veces tan amigo,
 Que en medio dél, si vuelvo á ver la vida
 De libertad, la juzgo por perdida,
 Y maldigo las horas y momentos
 Gastadas mal en libres pensamientos.

No reyna siempre aquesta fantasía,
 Que en imaginacion tan variable

No se reposa una hora el pensamiento.
 Viene con un rigor tan intratable
 A tiempos el dolor, que al alma mia
 Desampara, huyendo el sufrimiento,
 Lo que dura la furia del tormento
 No hay parte en mi que no se me trastorne,
 Y que en torno de mi no esté llorando.
 De nueva protestando
 Que de la via espantosa atras me torne.
 Esto ya por razon no va fundado,
 Ni le dan parte dello á mi juicio,
 Que este discurso todo es ya perdido;
 Mas es en tanto daño del sentido
 Este dolor, y en tanto perjuicio,
 Que todo lo sensible atormentado,
 Del bien, si alguno tuvo, ya olvidado
 Está de todo punto, y solo siente
 La furia y el rigor del mal presente.

En medio de la fuerza del tormento
 Una sombra de bien se me presenta,
 Do el fiero ardor un poco se mitiga.
 Figúrame cierto á mi que siento
 Alguna parte de lo que yo siento
 Aquella tan amada mi enemiga.
 Es tan incomparable la fatiga,
 Que si con algo yo no me engañase
 Para poder llevalla, moriría;
 Y así me acobaría,

Sin que de mí en el mundo se hablase.
 Así que del estado mas perdido
 Saco algun bien; mas luego en mí la suerte
 Truena y revuelve el orden; que algun hora
 Si el mal acaso un poco en mí mejora,
 Aquel descanso luego se convierte
 En un temor, que me ha puesto en olvido
 Aquella por quien sola me he perdido.
 Así del bien que un rato satisfací,
 Nace el dolor que el alma me deshace.

Cancion, si quien te viere se espantare
 De la inestabilidad y ligereza,
 Y revuelta del vago pensamiento;
 Estable, grave y firme es el tormento,
 Le di, que es causa; cuya fortaleza
 Es tal, que en qualquier parte que tocare,
 La hará revolver, hasta que pare
 En aquel fin de lo terrible y fuerte,
 Que todo el mundo afirma que es la muerte.

ODA

A la flor de Guido.

Si de mí baxa lira
 Tanto pudiese el son, que en un momento
 Aplacase la ira
 Del animoso viento,
 Y la furia del mar, y el movimiento:

Y en ásperas montañas
 Con el suave canto enterneciése
 Las fieras alimañas,
 Los árboles moviése,
 Y al son confusamente los truxese:
 No pienses que contado
 Seria de mí, hermosa flor de Guido,
 El fiero Marte airado,
 A muerte convertido,
 De polvo y sangre y de sudor teñido.

Ni aquellos Capitanes,
 En la sublime ruda colocados,
 Por quien los Alemanes
 El fiero cuello atados,
 Y los Franceses van domesticados.

Mas solamente aquella
 Fuerza de tu hieldad seria cantada,
 Y alguna vez con ella
 Tambien seria notada
 El aspereza de que estás armada.

Y como por ti sola,
 Y por tu gran valor y hermosura,
 Convertida en viola,
 Lloro su desventura,
 El miserable amante en tu figura.
 Hablo de aquel castivo
 De quien tener se debe mas cuidado,

Que está muriendo vivo,
Al remo condenado,
En la concha de Vénus amarrado.

Por tí, como solía,
Del áspero caballo no corrige
La furia y gallardía,
Ni con freno le rige,
Ni con vivas espuelas ya le aflige.

Por tí, con diestra mano,
No resuelve la espada presurosa,
Y en el dudoso llano
Huye la polvorosa
Palestra, como sierpe ponzoñosa.

Por tí, su blanda Musa,
En lugar de la cítara sonante,
Tristes querellas usa,
Que con llanto abundante
Hacen bañar el rostro del amante.

Por tí, el mayor amigo
Le es importuno, grave y enojoso:
Yo puedo ser testigo,
Que ya del peligroso
Naufragio fui su puerto y su reposo;

Y agora en tal manera
Venice el dolor á la razon perdida,
Que ponzoñosa lieva
Nunca fue aborrecida
Tanto, como yo dél, ni tan temida,

No fuiste tú engendrada,
Ni producida de la dura tierra;
No debe ser notada
Que ingratamente yerra
Quien todo el otro error de sí destierra.

Hágate temerosa
El caso de Anaxárete, y cobarde,
Que de ser desdeñosa
Se arrepintió muy tarde,
Y así su alma con su mármol arde.

Estabase alegrando
Del mal ajeno el pecho empedernido,
Quada abaxo mirando,
El cuerpo muerto rido
Del miserable amante allí tendido.

Y al cuello el lazo atado,
Con que desenlaza de la cadena
El corazón cuitado,
Que con su breve pena
Compró la eterna puñacion ajena.

Sintió allí convertirse
En piedra amorosa el aspereza.
¿O tarde arrepentirse!
¿O última ternura!
¿Como te sucedió mayor dureza?

Los ojos se enclavaron
En el tendido cuerpo que allí víeron,

Los huesos se tornaron
Mas duros, y crecieron,
Y en sí toda la carne convirtieron.

Las entrañas heladas
Tornaron poco á poco en piedra dura;
Por las venas cuitadas
La sangre su figura
Iba desconociendo, y su natura:

Hasta que finalmente
En duro mármol vuelta y transformada,
Hizo de sí la gente
No tan maravillada,
Quanto de aquella ingratitud vengada.

No quieras tú, Señora,
De Némesis airada las saetas
Prohar, por Dios, agora;
Basta que tus perlas
Obras y hermosura á los poetas

Den inmortal materia,
Sin que tambien en verso lamentable
Celebren la miseria
De algun caso notable,
Que por tí pase triste y miserable.

SONETO I.

¡O dulces prendas por mi mal halladas,
Dulces y alegres quando Dios queria!
Juntas estais en la memoria mia,
Y con ella en mi muerte conjuradas.

¿ Quien

¿ Quien me dixera, quando las pasadas
Horas en tanto bien por vos me via,
Que me habiais de ser en algun dia
Con tan grave dolor representadas?

Pues en un hora junto me llevastes
Todo el bien que por términos me distes,
Llevadme junto el mal que me dexastes.

Sino sospecharé que me pusistes
En tantos bienes, porque deseastes
Verme morir entre memorias tristes.

SONETO II.

Hermosas Ninfas, que en el rio metidas,
Contentas habitais en las moradas,
De relucientes piedras fabricadas,
Y en columnas de vidrio sostenidas;

Agora esteis labrando embecidas,
O texiendo las telas delicadas;
Agora unas con otras apartadas
Contándoos los amores y las vidas:

Dezad un rato la labor, alzando
Vuestras rubias cabezas á mirarme:
Y no os detendréis mucho segun ando:

Que no podréis de lastima escucharme;
O convertido en agua aqui llorando,
Podréis allá despacio consolarme.

Tomo I.

17

SONETO III.

Gracias al cielo doy que ya del cuello
Del todo el grave yugo he sacudido,
Y que del viento el mar embravecido
Veré desde la tierra sin temello.

Veré colgada de un antil cabello
La vida del amante embebecido
En su error, y en su engaño adormecido,
Sordo á las voces que le avisan dello.

Alegrárame el mal de los mortales,
Mas no es mi corazón tan inhumano
En aqueste mi error, como parece:

Porque yo huelgo, como huelga el sano,
No de ver á los otros en los males,
Sino de ver que dellos él carece.

NOTICIAS DE GARCILASO DE LA VEGA.

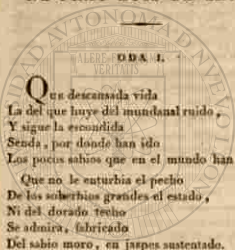
Nació en Toledo el año de 1503 de una familia muy ilustre, y fúe caballero del Orden de Alcántara. Desde sus primeros años siguió las banderas de Carlos V, y se halló en todos las más eslabres acciones militares de su tiempo, alcanzando en ellas el renombre de esforadísimo soldado, especialmente en la defensa de Vinga, y en el año de Tunes, de donde salió herido. Vuelto á Nápoles después de estos servicios, incurrió en la desgracia del Emperador, por haber protegido á amigos de su sobrino suyo que aspiraba á un en-

lae superior á su paracua; y fúe desterrado á una Isla del Danubio. Mas luego vuelto á la gracia del Príncipe, le acompañó al Pisuerto mandando once banderas de infantería. Seguí el Emperador el alrante del ejército francés que se retiraba, y mandó que se escalase una torre de un lugar cerca de Fojus, donde se defendían desesperadamente cincuenta paisanos franceses. Garcilaso subió de los primeros, pero herido de una piedra en la cabeza, cayó, y llevado á Niza, sobrevivió veinte y un dias al golpe, del qual murió á los treinta y tres años de su edad en 1536. Carlos V indignado de la pérdida de un joven que prometía tan grandes esperanzas, hizo pasar á cuchillo todos aquellos franceses.

Pero aunque su vida fué tan corta, su nombre durará quanto dure la lengua castellana. El entusiasmo de su tiempo le dió el título de Príncipe de los Poetas españoles, la posteridad se le ha confirmado; y sus obras, aunque pocas, conocidas y leídas de todos los que aman nuestra lengua y poesia, son de quantas han producido nuestros antiguos poetas, las que gozan de una reputación ménos controvertida.

POESÍAS

DE FRAY LUIS DE LEÓN.



Que descansada vida
La del que huye del mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Senda, por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido!

Que no le enturbia el pecho
De los soberbios grandes el estado,
Ni del dorado techo
Se admira, fabricado
Del sabio moro, en jaspes sustentado.

No cura si la fama
Canta con voz su nombre pregonera,
Ni cura si cacarema
La lengua lisongera
Lo que condena la verdad sincera.

¿Que presta á mi contento
Si soy del vano dedo señalado?
Si en busca de este viento

POESÍAS DE FRAY LUIS DE LEÓN.

73

Ando desalentado
Con ansias vivas, con mortal cuidado?

O monte! ó fuente! ó río!
¡O secreto seguro delectoso!
Roto casi el navío,

A vuestro almo reposo
Huyo de aqueste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,
Un día puro, alegre, libre, quiero:
No quiero ver el ceño
Vanamente severo
De á quien la sangre ensalza, ó el dinero.

Despiértense las aves
Con su cantar sabroso no aprendido,
No los cuidados graves
De que es siempre seguido
El que al ageno arbitrio está atenido.

Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo,
A solas sin testigo,
Libre de amor, de zelo,
De odio, de esperanzas, de recejo.

Del monte en la ladera
Por mi mano plantado teago un huerto,
Que con la primavera
De bella flor cubierto
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa,
 Par ver y acrecentar su hermosura:
 Desde la cumbre ayrosa
 Una fontana pura
 Hasta llegar corriendo se apresura.

Y luego sostegada,
 El paso entre los árboles torciendo,
 El suslo de pasada
 De verdura vistiendo,
 Y con diversas flores va esparciendo.
 El ayre el huerto orea,
 Y ofrece mil olores al sentido,
 Los árboles menes
 Con un manso ruido,
 Que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro
 Los que de un falso leño se confían:
 No es mio ver el lloro
 De los que desconfían
 Quando el ciezo y el ábrego porfían.

La combatida antena
 Cruce, y en ciega noche el claro día
 Se torna, al cielo suena
 Confusa vocería,
 Y la mar enriquecen á porfia.

A mí una pobrecilla
 Mesa, de amable paz bien abastada

Me basta, y la vaxilla
 De fino oro labrada
 Sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable-
 mente se están los otros abresando
 Con sed insaciable
 Del peligroso mando,
 Tendido yo á la sombra esté cantando.

A la sombra tendido
 De yedra y lauro eterno coronado,
 Puesto el atento oido
 Al son dulce acordado
 Del plectro sabiamente meneado.

ODA II.

Profecía del Tajo.

Folgaba el Rey Rodrigo
 Con la hermosa Caba, en la ribera
 Del Tajo, sin testigo;

El pecho sacó fuera
 El río, y le habló de esta manera:

En mal punto te goces
 Injusto forzador, que ya el sonido
 Oyo ya, y las voces
 Las orotas y el bramido
 De Marte, de furor y ardor ceñido.

Ay! esa tu alegría
 ¡Que llantos acarrea! y esa hermosa,
 Que vió el sol en mal día,
 A España, ay! ¡quán llorosa,
 Y al cetro de los Godos quan costosa!

Llamas, dolores, guerras,
 Muertes, asolamiento, fieros males
 Entre tus brazos cierras,
 Trabajos inmortales,
 A ti y á tus vasallos naturales.

A los que en Constantiná
 Rompen el fértil suelo, á los que bañan
 El Elbro, á la vecina
 Santsuena, á Lusitania,
 A toda la espaciosa y triste España.

Ya dende Cádiz llama
 El injuriado Conde, á la venganza
 Atento, y no, á la fama,
 La bárbara pujanza
 En quien para tu daño no hay tardanza.

Oye, que al cielo toca
 Con temeroso son la trompa fiera,
 Que en África conyoca
 El moro á la bandera,
 Que al ayre desplegada va ligera.

La lanza ya blandes
 El árabe cruel, y hiere el viento
 Llamado á la pelea,
 Innumerable cuento
 De esquadras juntas veo en un momento.

Cubre la gente el suelo,
 Debaxo de las velas desaparece
 La mar, la voz al cielo
 Confusa y varia crece,
 El polvo roba el día, y le oscurece.

Ay! que ya presurosos
 Suben las largas naves, ¡ay! que tienden
 Los brazos vigorosos
 A los remos, y encienden
 Las mares espumosas por do hienden.

El Eolo derecho
 Hinché la vela en popa, y larga entrada
 Por el Hércules estrecho
 Con la punta acerada
 El gran padre Neptuno da á la Armada.

Ay triste! ¿y aun te tiene
 El mal daleos regazo? ¿ni llamado
 Al mal que sobreviene
 No acorres? ¿ocupado
 No ves ya el puerto á Hércules sagrado?

Acude, acorre, vuela,
 Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,

No perdones la espuela,
No des paz á la mano,
Menea fulminando el hierro insano.

¡Ay quanto de fatiga,
Ay quanto de sudor está presente
Al que viste Juriga,
Al infante valiente,
A hombres y caballos juntamente.

Y tu, Beis diximo,
De sangre agena y tuya amancillado,
Darás al mar vecino,
¡Quanto yelmo quebrado!
¡Quanto cuerpo de nobles destrozado!

El furibundo Marte
Cinco veces las haves desordena
Igual á cada parte;
La sexta, ay! te condena,
O cara patria, á bárbara cadena.

ODA III.

Noche serena.

Quando contemplo el cielo
De innumerables luces adornado,
Y miro hácia el suelo
De noche rodeado,
En sueño y en olvido sepultado;

El amor y la pena
Despiertan en mi pecho un ansia ardiente,
Despiden larga vena
Los ojos hechos fuente,
Oloarte, y digo al fin con voz doliente.

Morada de grandeza,
Templo de claridad y hermosura,
El alma que á tu síteza
Nació, ¿que desventura
La tiene en esta cárcel haza, oscura?

¿Que mortal desatino
De la verdad aleja así el sentido,
Que de tu bien divino
Olvidado, perdido
Sigue la vana sombra, el bien fingido?

El hombre está entregado
Al sueño, de su suerte no cuidando,
Y con paso callado
El cielo vueltas dando,
Las horas del vivir le va hurtando.

Oh! despertad, mortales,
Mirad con atencion en vuestro daño!
¡Las almas inmortales,
Hechas á bien tamaño,
Podrán vivir de sombras y de engaño?

Ay! levantad los ojos
A aquella celestial eterna esfera,

Burlaréis los antojos
De aquesta livongera
Vida, con quanto teme y quanto espera.

¿La mas que un breve punto
El baxo y torpe surlo, comparado
Con este gran transunto
Do vive mejorado
Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?

Quien mira el gran concierto
De aquestos resplandores eternos,
Su movimiento cierto,
Sus pasos desiguales,
Y en proporcion concorde tan iguales.

La luna como mueve
La plateada rueda, y va en pos de ella,
La luz do el saber llueve,
Y la graciosa estrella
De amor la sigue reluciente y bella.

Y como otro camino
Prosigue el sanguinoso Marte airado,
Y el Júpiter benigno
De bienes mil cercado
Serena el cielo con su rayo amado.

Rodéase en la cumbre
Saturno padre de los siglos de oro,
Tras él la muchedumbre
Del reluciente coro
Su luz va repartiendo y su tesoro.

¿Quién

¿Quién es el que esto mira,
Y precís la luxera de la tierra,
Y no gime y suspira,
Y rompe lo que encierra
El alma, y de estos bienes la destierra?

Aquí vive el contento,
Aquí reyna la paz, aquí asentado
En rico y alto asiento
Está el amor sagrado,
De glorias y deleytes rodeado.

Inmensa hermosura
Aquí se muestra toda, y resplandece
Clarísima luz pura
Que jamás anochece,
Eterna primavera aquí florece.

¡O campos verdaderos!
¡O prados con verdad frescos y amenos!
¡Riquisimos mineros!
¡O deleytesos senos!
¡Repuestatos valles de mil bienes llenos!

ODA IV.

A Felipe Ruiz.

¿Quando será que pueda
Libre de esta prision volar al cielo,
Felipe, y en la rueda,
Que huye mas del suelo,
Contemplar la verdad pura sin duelo?

Tomo I.

18

Allí á mi vida junto,
 En luz resplandeciente convertido
 Veré distinto y junto
 Lo que es, y lo que ha sido,
 Y su principio propio y escondido.

Entonces veré como
 La soberana mano echó el cimiento
 Tan á nivel y plomo,
 Do estable y firme asiento
 Posee el pesadísimo elemento.

Veré las inmortales
 Columnas do la tierra está fundada,
 En lindes y señales
 Con que á la mar hinchada
 La providencia tiene aprisionada.

Porque tiembla la tierra,
 Porque las hondas mares se embravecen.
 Do sale á mover guerra
 El cierzo: y porque crecen
 Las aguas del Océano, y decrecen:

De do manan las fuentes:
 Quien ceba y quien hasece de los ríos
 Las perpetuas corrientes:
 De los helados frios
 Veré las causas, y de los estíos:

Las soberanas aguas
 Del ayre en la region quien las sostiene,
 De los rayos las fraguas,

Do los tesoros tiene
 De nieve Dios; y el trueno donde viene.

¿No ves quando acontece
 Turbarse el ayre todo en el verano?
 El dia se ennegrece,
 Sopla el gallego insano,
 Y sube hasta el cielo el polvo vano:

Y entre las nubes mueve
 Su carro, Dios ligero y reluciente,
 Horrible son con nieve,
 Relumbra fuego ardiente,
 Treme la tierra, humillase la gente.

La lluvia baña el techo,
 Envian largos rios los collados;
 Su trabajo deshecho,
 Los campos amagados,
 Miran los labradores espantados.

Y de allí levantado
 Veré los movimientos celestiales,
 Así el arrehatado,
 Como los naturales,
 Las causas de los hados, las señales.

Quien rige las estrellas
 Veré, y quien las enciende con hermosas
 Y efrazes centellas,
 Porque están las dos osas
 De hañarse en el mar siempre medrosas.

Veré este fuego eterno,
Fucate de vida y luz do se mantiene;
Y porque en el invierno
Tan presuroso viene:
Quien en las noches largas le detiene.

Veré sin movimiento
En la mas alta esfera las moradas
Del gozo y del contrato,
De oro y luz labradas,
De espiritus dichosos habitadas.

ODA V.

A la Ascension.

¿Y dexas, Pastor santo,
Tu grey en este valle hondo, oscuro,
Con soledad y llanto,
Y tú rompiendo el puro
Ayre, te vas al inmortal seguro?

Los antes bien hadados,
Y los agora tristes y alligidos,
A tus pechos criados,
De ti desposeidos
¿A do convertirán ya sus sentidos?
¿Que mirarán los ojos
Que vieron de tu rostro la hermaosura,
Que no les sea enojos?

Quien oyó tu dulzura,
¿Que no tendrás por sorda y desventura?
¿Aqueste mar turbado
Quien le pondrá ya freno? ¿quien concierto
Al viento fiero airado?
¿Estado tú encubierto
Que norte guiará la nave al puerto?
Ay! nube envidiosa
Aus de este breve gozo, que te agnexas?
¿Do vuelas presurosa?
¿Quan rica tú te alejas!
¿Quan pobres, y quan ciegos, ay, nos dexas!

SONETO.

Ahora con la Aurora se levanta
Mi lux, agora coge en rico nudo
El hermoso cabello, agora el crudo
Pecho cine con oro, y la garganta.
Agora vuelta al cielo pura y santa
Las manos y ojos bellos alza, y pido
Doleza agora de mi mai agudo,
Agora incomparable tañe y canta.
Asi digo, y del dulce error llevado
Presente ante mis ojos la imagino,
Y lleno de humildad y amor la adoro.
Mas luego xvuelve en si el engañado
Animo, y conociendo el desatino,
La rienda suelta largamente al flloro.

EPITAFIO

Al túmulo del Príncipe Don Carlos.

Aquí yacen de Carlos los despojos ;
La parte principal volvióse al cielo,
Con ella fue el valor ; quedóle al suelo
Miedo en el corazón , llanto en los ojos.

COPLAS

A una Desdenosa.

Vuestra tirana esencia,
Y ese vuestro cuello erguido,
Estoy cierto que Cupido
Pondrá en dura sujecion.
Vivid esquivo y esenta,
Que a mi cuenta
Vos serviréis al amor,
Quando de vuestro dolor
Ninguno quiera hacer cuenta.

Quando la dorada cumbre
Fuere de nieve esparcida,
Y las dos luces de vida
Recojieren ya su lumbrre :
Quando la ruga enojosa
En la hermosa
Frente y cara se mostrare ,

Y el tiempo que vuela helare
Esa fresca y linda rosa.

Quando os viéredes perdida,
Os perderéis por querer,
Sentiréis que es padecer,
Querer y no ser querida :
Diréis con dolor , señora,
Cada hora :
; Quien tuviere , ay sin ventura,
O agora aquella hermosura,
O entónces el amor de hora !

A mil gentes que agraviadas
Teneis con vuestra porfia,
Dexaréis en aquel dia
Alegres y bien vengadas :
Y por mil partes volando,
Publicando
El amor irá este cuento,
Para aviso y escarmiento
De quien no siga su bando.

Ay por Dios , señora bella,
Mirad por vos mientras dura
Esa flor graciosa y pura,
Que el no gozalla es perdella :
Y pues no menos discreta
Y perfecta
Sois que bella y desdenosa ,

Mirad que ninguna cosa
Hay, que á amor no esté sujeta.

El amor gobierna el cielo,
Con ley dulce e tirramente;
¿Y queréis vos ser valiente
Contra él? Acá en el suelo,
Da movimiento y viveza
A la belleza

El amor, y es dulce vida,
Y la suerte mas valida
Sin él es pobre tristeza.

¿Que vale el heber en oro,
El vestir seda y brocado,
El techo rico labrado,
Y los montes del tesoro?
¿Y que vale si, á derecho,
O, da pecho
El mundo todo y adora,
Si á la fin dormis, señora,
En el solo y frio lecho?

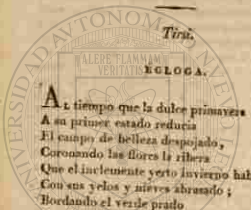
NOTICIAS DE FRAY LUIS DE LEÓN.

Nació en Granada en el año de 1527. Tomó el hábito de San Agustín en el Convento de Salamanca donde profesó en 29 de Enero de 1544. Siguió allí sus estudios con tanto aplauso, recibiendo el grado de Doctor en Teología por aquella Universidad, y ganándolo por oposición al año siguiente de su grado, que fué en 1561, la Ctedra que llamaban de Durando, y al

gun tiempo despues de la Escritura. Su gran conocimiento en lenguas orientales, y la copiosa erudición de que estaba dotado, le hacian mirar como uno de los mas sabios Expositores de su tiempo. Pero esta misma reputación le atraxo una grave persecución de parte de sus entules. Baxo el pretexto de que habia traducido el Libro de los Cantares al castellano contra la prohibición que habia entouces de hacer versiones de la Escritura en lengua vulgar, lograron sus iniquos enemigonos que se le formase causa por la Inquisición de Valladolid como sospechoso en la fe. Cinco años estuvo preso en las cárceles de aquel Tribunal, al cabo de los quales logró iniciarse de todos los cargos que se le hicieron, y salió libre y triunfante de la calumnia. Volvió á la Universidad con júbilo de todos, y fué restituido á su Cátedra y á sus honores. Su Religión le condecoró con varios empleos; y últimamente con el de Provincial. Pero antes de exercerlo, falleció en Médica de una enfermedad aguda que le atribuyó á los 64 años de su edad en 23 de Agosto de 1591. Don Francisco de Quevedo fué el primer editor de sus Poesías, que se publicaron por él, dedicadas al Conde Duque, quarenta años despues de la muerte de su Autor.

POESÍAS

DE FRANCISCO DE LA TORRE. (*)



Al tiempo que la dulce primavera
 A su primer estado reducía
 El campo de belleza despojado,
 Coronando las flores la ribera
 Que el inclemente yerto invierno había
 Con sus yelos y nieves abrasado;
 Bordando el verde prado
 Con los vivos colores
 De azules, blancas flores,
 Vistiendo las desnudas plantas de hojas,
 Quilés escaras verdes, quales roxas,
 Entretexiendo el arboleda umbrosa,
 Yedra con roble, vil con olmo hermosa;
 En las concavidades de una piedra,
 Que el presto curso de las aguas hace

(*) Autor desconocido.

En la ribera del Tesin florido,
 Ornada toda de verbenas y yedra,
 Que á pura fuerza de las olas nace.
 En el yerto peñasco endurecido:
 Lugar sacro, ofrecido
 A las Ninfas sagradas
 De sus claras moradas:
 Al tiempo que la luz del claro Apolo
 El cóncavo orizonte dexa solo,
 Para gozar del presto movimiento,
 Del animoso y encendido viento;

Aquí donde la fuente resonaba,
 El ayre entre las flores se mecía,
 Los valles resonaban sin aliento,
 El viento su braveza suspendía,
 Y las yerbas y rosas meneaba,
 Dando á su perfeccion mas ornamento;
 Donde el divino acento
 De las bellas sirenas
 De las aguas serenas
 Del cristalino rio sossegado
 Detenía el ánimo pasmado,
 Haciendo la caduca vida eterna
 Al regalado son de la voz tierna;
 Cuando la clara luz del roxo Apolo
 Por el profundo reyno de Neptuno
 Al reyno de la aurora descendía,

Dexando al mundo con su ausencia solo
 Del rayo reluciente, que importuno,
 Con mas ardor, que su sazón herís;
 Los vientos encendía,
 Las aguas aumentaba,
 Con las que derramaba
 Tiris cuitado, de quien es temida
 Mas que su muerte su cansada vida,
 Cuya probada y rigurosa suerte
 Le acrecienta la vida por la muerte.

De su dolor gravísimo vencido,
 Tales extremos suspirando hacia
 Que los penascos duros allandara,
 Si consistiera en ellos el sentido,
 Que en su Nieta terrible consistía,
 Filis sin duda su enemiga cara:
 Cuya belleza rara
 No á Tirisis pastor solo,
 Mas al dixino Apolo
 Dexar hiciera su dorada esfera
 Por su hermosura rigurosa y fiera;
 Quando cobrando su perdido alizate,
 Así solto la triste voz al viento.

Ahora que mi suerte me concede
 Tiempo para llorar mi desventura,
 Mayor ventura que del cielo espero,
 Fuerza será que convertido quede

En

En una planta, en una piedra dars,
 Pues que de mi remedio desespero.
 Amor injusto y fiero
 Dismalado amigo,
 Encubierto enemigo
 Que mi rendido y lastimado pecho
 Un infierno de penas tienes hecho,
 Por haberme mostrado escosamente
 La gloria de tu cielo reluciente:

Si con el alma, con la vida y gloria
 Que mi perdida libertad me daba,
 Satisfice la gloria que me dieste,
 Y si de mis despojos y victoria
 Ganada voluntad, firmeza esclava,
 Corona y triunfo al enemigo licite:
 ¿Que cruda furia triste
 Persigue mi sosiego
 Talando á sangre y fuego
 El real de mi pecho saqueado
 A mi contrario francamente dado,
 Si hasta ser como á prision rendido,
 Sin ser como enemigo perseguido?
 Allí tu poderosa mano vuelve,
 Dando por el rigor del mar helado
 No se puede extender tu ardiente fuego;
 Que si como la siento, allí révuelve,
 Poco será quedar tan abrasado
 Como yo de llorar mis males, ciego.

Tomo I.

19

Pasa encendiendo luego
 Aquel esento pecho
 Que niega tu derecho
 Despreciando soberbia y crudamente
 La dulce ley de tu rigor elemento,
 De cuyo rigoroso altivo hrio
 Tiene principio el grave llanto mio.

No pudo proseguir las justas quejas,
 Que del injusto y fiero amor formaba
 El desdichado Tirsi desamado
 Por llegar resonando á sus orejas
 Un ay de rato en rato, que arrancaba
 El corazon mas libre de cuidado:
 Y habiendo apresurado
 Por entre lo escondido
 De un valle florecido
 Siguiendo los suspiros dolorosos
 Los tardos pasos menas perzozos,
 Hallando la ocasion de aquel estruendo,
 Descuidado de sí quedó advirtiendo.

La mano de alabastro sustentando
 El claro cielo al suelo reclinado
 Alfofrando el prado florecido,
 Como queda la mustia Clizie, quando
 Su claro amante queda transportado,
 Una Ninfa del sacro rio vido,
 Cuyo dolor crecido
 Vertido por los ojos,

Por últimos despojos
 De la alma mas rendida, que affigida,
 Y mas aborrecida, que rendida,
 Declaraban la pena lamentable
 Del espíritu suyo miserable.

Cuya belleza celestial mirando
 Tan elevado se quedó advirtiendo
 Como si la divina inmensa viera:
 Y si del triste sentimiento blando,
 Con que sus ansias iba despidiendo,
 Al lastimado suyo no volviera,
 No dudara que fuera
 En piedra convertido,
 Estando suspendido
 En aquella vision maravillosa
 A su sentido natural gloriosa:
 Cuyo causado extraordinario espanto
 No pudiera venir sino de tanto.

Y habiendo con suspiros dolorosos,
 Con tristisimas lágrimas habiendo
 Su gravissima pena declarado,
 Deteniendo los vientos animosos,
 Las sonoras aguas deteniendo
 Con un volver de ojos mosqueado,
 Al son dulce acordado
 De una sonora lira
 Amansando la ira
 De los contrarios fieros elementos

Revueltos de la furia de los vientos,
Dixo aquellas palabras lastimadas
De un mar de llanto y penas escapadas.

Injustísimo amor, ¿por que consentes,
Que el triunfante contrario de mi vida
Desprecie los despojos ofrecidos?
Tú que los rigurosos accidentes
Que el alma triste tienen consumida
Tienes injustamente concebidos,
Abresas los sentidos
Mas helados que nieve
De un libro que se atreve,
En solo su flaqueza confiado,
Resistir tu poder jamas durado.
Basta morir continuo lastimada,
Sin vivir juntamente despreciada.

Tú que los abresadas coraxones
Con hielo enciendes, y con fuego hielas,
Prendes, y libras milagrosamente:
Tú que las ardentísimas pasiones
De los amantes miserables conuelas
Con la esperanza que el dolor consiente,
Vuelves furiosamente
Tu no vencida mano
Al corazón tirano
Del riguroso endurecido pecho,
De solz su dureza satisfecho:
Y sienta tu potencia poderosa
Quien la desprecia como poca cosa.

Porque si justo, amor injusto fueras,
Ya tuvieras pasado el pecho esento
Del fiero monstruo, que adurando vivo:
Ya tuviera tu mano cruda y fiera
Ablandado el rigor del erudo intento
Que tu descuido tiene tan altivo.
Basta el cuerpo cautivo,
Sin rogar tanto en vano
Al vencedor tirano,
Que desprecia de un alma la victoria
Por ser para su luto poca gloria,
Por ser, ay triste, de quien él desama;
Que á ti te puede dar un alma fama.

Las derramadas lágrimas ardientes,
El ahínco del pecho levantado
Con las ansias del alma desamada,
Con otros mil contrarios accidentes
Que en un pecho de amor jamas tocado
Acabaran la vida fatigada:
La triste voz cansada
Apenas despedida
Del alma entristecida,
El aliento vital entorpecido,
El sentimiento sin ningun sentido,
Tanto con sus pasiones acabaron
Que la divina Ninfa desmayaron.

En el suelo cayó, como la rosa,
Que habiendo sido en el florido prado

Del néctar del Aurora sustentada,
 Apenas la sazón del año hermosa,
 Que sustentó su tiempo florecido,
 Tras el invierno yerto fué pasada,
 Quando tras ella entrada

La sazón inclumente
 De la calor ardiente
 Los campos delectosos abrasando,
 Las sombras de los árboles negando,
 Quando de su color hermoso falta
 Reclina la corona de hojas alta.

Y el cuitado pastor, que atento había
 Las dolorosas quejas escuchado
 Con lágrimas de amor solemnizadas,
 Viendo la Ninfa desmayada y fría,
 El color de su rostro desahogado,
 Luego salió de aquellas enramadas;
 Y con voces turbadas,
 Hermosa Ninfa, dios,
 ¿Que fortuna infelice
 Turbó la nieve, y el cristal, y el rostro,
 Colores vivas de tu bello rostro,
 Que muestras tu belleza milagrosa,
 Perdido el vivo de su luz hermosa?

Volvió luego la Ninfa suspirando,
 Y al desahogado Tirai conociendo,
 No desdeñó su dulce compañía:
 Y los cansados miembros levantando

Poro á poco se fueron recogiendo
 A la parte del valle mas sombria:
 Cuya caverna tumbria
 De plantas coronada,
 De flures matizada,
 Es delectosa parte defendida
 De la furia del ayre embravecida,
 De los ardientes rayos, que el verano
 Apolo tiende por el monte y llano.

De donde sobre mármoles de Faro
 Como la nieve de la sierra helada,
 Una fuente clarísima salia,
 Cuyo cristal mas puro, vivo y claro,
 Que el agua de la sierra despenada,
 El alameda fresca producía,
 Donde despues que habia
 Por un camino usado
 Los árboles regado,
 Por unos yertos riscos empinado
 Del curso de las aguas quebrantados,
 Haciendo un ronco son de peña en peña
 En el sagrado rio se despeña.

Cuya rara belleza contemplando
 Del delectoso valle convidados,
 En torno de la fuente se sentiron
 Y sus penas gravísimas contando,
 Uno del otro amante consolados,
 El rigor de sus males aliviaron,

Quando cerca escucháron
 Un pastor lastimado
 De su bien apartado
 Que cantando divina y dulcemente,
 De aquella gloria que gustó presente,
 A la fuente purísima venia
 Buscando su querida compañía.

Y á cantar incitados juntamente
 Del mandamiento de la Ninfa hermosa,
 Sus sonoras liras acordadas,
 Al río deteniendo su corriente
 Y al aura su presteza bulliciosa
 Dulcemente sonaron menadas:
 Las selvas admiradas
 No resonaron tanto
 Al sonoro canto
 Con que los dos pastores lastimados
 Aliviaron cantando sus cuidados,
 Como quando las hiere Boreas crudo,
 Noto furioso de piedad desando.

Pusieron fin al canto sonoro
 Y el claro sol al espacioso día,
 Acaso por oídos detenido,
 Y dexando la fuente y valle umbroso,
 Se fueron recogiendo en compañía
 A su común albergue conocido.
 Cuyo techo floecido,
 De plantas caramado

Habiéndose acabado,
 La Ninfa se dexó llevar del río
 A su profundo cavernoso y frío,
 Y los pastores, apartados della,
 A su cabana fresca, verde y bella.

CANCION PRIMERA.

A una Tórtola.

Tórtola solitaria, que llorando
 Tu bien pasado, y tu dolor presente,
 Esordeces la selva con gemidos:
 Cayo ánimo doliente
 Se mitiga penando
 Bienes asegurados y perdidos:
 Si inclinas los oídos
 A las piadosas y dolientes quejas
 De un espíritu amargo,
 (Breve consuelo de un dolor tan largo)
 Con quien, aueriga soledad, me aquejas,
 Yo con tu compañía,
 Y acabo á tí te aliviara la misa.

La rigurosa mano, que me aparta
 Como á tí de tu bien, á mí del mío
 Cargala va de triunfos y victorias:
 Sábelo el monte y río,
 Que está cansada y harta
 De marchitar en flor mis dulces glorias:
 Y si eran transitorias,

Acábralas golpe de fortuna:
 No viera yo cubierto,
 De turbias nubes cielo que vi abierto
 En la fuerza mayor de mi fortuna;
 Que acabado con ellas
 Acabaran mis llantos y querellas.

Parece que me escuchas, y parece
 Que te cuentas tu mal, que roncamente
 Lloras tu compañía desdichada:
 El ánimo doliente
 Que el dolor apetece
 Por un alivio de su suerte airada,
 La mas apasionada.
 Mas agradable le parece, en tanto
 Que el alma doliente
 Llorando su desdicha rigurosa
 Baña los ojos con eterno llanto;
 Cuya pasión aflora
 La vida al cuerpo, al alma la cobroja.

¿No regalaste con tus quejas tiernas
 Por solitarios y desiertos prados,
 Hombres y fieras, cielos y elementos?
 ¿Lloraste tus cuilados
 Con lágrimas eternas,
 Duras y encomendadas á los vientos?
 ¿No son tus sentimientos
 De tanta compasión, y tan dolientes
 Que enternecen los pechos,

A rigurosas sinrazones hechas,
 Que los baces crucies de dementes?
 ¿En que ofendiste tanto
 Cuitada, que te sigue miedo y llanto?

Quien te vé por los montes solitarios
 Mustia y enmohecida, elevada
 De los cazados árboles huyendo,
 Sola, y desamparada
 A los fieros contrarios,
 Que te tienen en vida padeciendo:
 Señal de agüero horrendo
 Mostrarian tus ojos azublados,
 Con las cerradas nieblas
 Que levantó la muerte, y las tinieblas
 De tus hijos supremos y pasados:
 Lloro entada, llora
 Al venir de la noche, y de la aurora.

Llora desventurada, llora quando
 Vieres resplandecer la sobetana
 Lámpara del Oriente luminoso:
 Quando su blanca hermana
 Muestra su rostro blando
 Al pastorcillo de su Sol quejoso:
 Y con llanto piadoso
 Quejate á las estrellas relucientes,
 Regálale con ellas,
 Que ellas también amáron bien, y dellas
 Padecieron mortales accidentes:

No temas que tu llanto
Escanda el Cielo en el noturno espanto.

¿Dónde vas avejilla desdichada?
¿Dónde puedes estar mas afligida?
Hágame compañía con mi llanto:
¿Busco ya nueva vida
Que la desventurada
Que me persigue, y que te allige tanto?
Mira que mi quebranto,
Por ser como tu pena rigurosa,
Busca tu compañía:
No menosprecies la doliente mia,
Por menos fatigada y dolorosa,
Que si te persuadieras,
Con la dureza de mi mal vivieras.
Vueltas al fin, y al fin te vas llorando.
El Cielo te delicada, y acreciente
Tu soledad, y tu dolor eterno,
Avejilla doliente
Andes la selva errando
Con el sonido de tu arrullo eterno:
Y quando el sempiterno
Cielo cerrare tus cañados ojos,
Llórato Filomena
Ya regalada un tiempo con tu pena,
Sus hijos hechos miseros despojos
Del azor atrevido
Que adulteró su regalado nido

Cancion

Cancion, en la corteza de este roble
Solo y desapareado
De verdes hojas, verde vid, y verde
Yedra quedad; que el lado,
Que mi ventura pierde,
Mas estéril y solo se me ha dado.

CANCION SEGUNDA.

La Cierva.

Doliente cierva, que el herido lado
De ponzoñosa y cruda yerba llevo
Buscas el agua de la fuente pura,
Con el cansado aliento, y con el seno
Bello, de la corripiente sangre hinchado,
Débil, y descaida tu hermosura:
Ay! que la mano dura,
Que tu nevado pecho
Ha puesto en tal estrecho,
Gozosa vs con tu desdicha, quando
Cierva mortal, viviendo, estás pensando
Tu desagrado y dulce companero,
El regalado y blando
Pecho pasado del veloz monterero:

Vuelve cuitada, vuelve al valle, donde
Queda muerto tu amor, en vano dando
Términos desdichados á tu suerte.
Morirás en su seno, reclinando

Tomo I.

20

La beldad, que la cruda mano esconde
 Delante de la nube de la muerte.
 Que el paso duro y fuerte,
 Yz forzoso y terrible,
 No puede ser posible
 Que le escusen los Cielos; permitiendo
 Crudos astros, que amera padeciendo
 Las archanzas de un montero crudo,
 Que te vino siguiendo
 Por los desiertos de este campo mudo.

Mas ay! que no dilatas la inclemente
 Muerte, que en tu sangriento pecho llevas,
 Del crudo amor vencido, y maltratado.
 Tú con el fatigado aliento pruebas
 A rendir el espíritu doliente,
 En la corriente de este valle amado,
 Que el ciervo desangrado,
 Que contigo la vida
 Tuvo por bien perdida,
 No fue tan poco de tu amor querido,
 Que habiendo tan cruelmente padecido,
 Quieras vivir sin él, quando pudieras
 Lihrar el pecho herido
 De crudas llagas, y memorias fieras.

Quando, por la espesura deste prado
 Como tortolas solas y queridas,
 Solos, y acompañados anduvistes:
 Quando de verde mirto y de floridas

Violetas, tierra acanto y lauro amado,
 Vuestras frentes bellisimas ceñistes.
 Quando, las horas tristes,
 Ausentes, y queridos,
 Con mil mustios bramidos
 Ensordicistes la ribera umbrrosa
 Del claro Tajo, rica y venturosa
 Con vuestro bien, con vuestro mal sentida;
 Cuya muerte penosa
 No dexa rastro de contenta vida.

Agora el uno, cuerpo muerto lleno
 De desden y de espanto, quien solia
 Ser ornamento de la selva umbrrosa:
 Tú, quebrantada y mustia, al agonias
 De la muerte rendida, y el bello seno
 Agonizando, el alma congojosa:
 Cuya muerte gloriosa,
 En los ojos de aquellos
 Cuyos despojos hellos
 Son victorias del crudo amor furioso,
 Martirio fue de amor, triunfo glorioso
 Con que corona, y premia dos amantes
 Que del siempre sabioso
 Trance mortal, salieron muy triunfantes.

Cancion, fabula un tiempo, y caso agora
 De un ciervo doliente, que la dura
 Flecha del cazador dexó sin vida.
 Errad por la espesura

Del monte, que de gloria tan perñida
No hay sino lamentar su desventura.

ODA I.

Mira Filis, furiosa
Onda, que sigue, y huve la ribera
Y torna presurosa
Echando al punto fuera
Del agua el peso de la nao ligera.

Aquellas despojadas
Plantas, que son estériles abrojos
Solian adornadas
De cardenos, y roxos
Ramos lucir ante tus bellos ojos.

Vino del Austro frío
Invierno yerto, y abrasó la hermosa
Gloria del valle umbrío,
Y derribó la hojosa
Corona de los árboles umbrosa.

Ahora que el Oriente
De tu belleza reverbera, agora
Que el rayo trasparente
De la rosada Aurora
Abre tus ojos, y tu frente dora:

Antes que la dorada
Cumbre de relucientes llamas de oro,
Húmeda y argentada

Quede inútil tesoro
Consagrado al errante y fixo coro.

Goza Filis del aura
Que la concha de Vénus hierre; dado
Que apenas se restaura
El contento pasado,
Como el día de ayer, y el no gozado.

Vendrá la temerosa
Noche, de nieblas y de vientos llena,
Marchitará la rosa
Purpúrea, y la azucena
Nevada, mustia tornará de amena.

ODA II.

Tiris! ah Tiris! Vuelve y endereza
Tu navicilla contrastada, y frágil
A la seguridad del puerto: mira
Que se te cierra el cielo.

El frío Boreas, y el ardiente Noto,
Apoderados de la mar insana,
Anegóron agora en este piolago
Una dichosa nave.

Clamó la gente misera, y el cielo
Escendió los clamores y gemidos
Entre los rayos y espantosos truenos
De su turbada cara.

Ay! que me dice tu animoso pecho,
Que tus atresimientos mal regidos
Te ordenan algun caso desastrado
Al romper de tu Oriente.

¿No ves, enitado, que el hinchado Noto
Trae en sus remolinos polvorosos
Las imitadas mal seguras alas
De un atrevido mozo?

¿No ves, que la tormenta rigurosa
Viene del abrasado monte donde
Yace muriendo vivo el temerario
Enceládo y Tifeo?

Conoce desdichado tu fortuna,
Y preven á tu mal, que la desdicha
Prevenida con tiempo no penetra
Tanto como la subita.

Ay que te pierdes! Vuelve Tirisís, vuelve;
Tierra, tierra, que brama tu navío,
Hecho prision y cueva sonora
De los hinchados vientos.

Allí se avenga el mar, allí se avengan
Los mal regidos vódditos del fiero
Eolo, con soberbios navegantes,
Que su furor desprecian.

Miremos la tormenta rigurosa
Desde la playa, que el airado cielo

Ménos se encrucelese de continuo
Con quien se anima ménos.

ODA III.

¿Viste, Filis, herida
Cierva de la saeta, que temiendo
Nuevo daño, la vida
Cara pierde, verticado
La roxa sangre que dilata huyendo?

¿Viste resplandeciente
Cielo, del cuerpo de las nubes surtido
Turbarse, y el ardiente
Soplo de Boreas vuelto,
Dexar el mundo en sombra y agua envuelto?

¿Viste de la empinada
Cumbre sacar á Pecho la cabeza
Roxa, y acelerada
Noche con gran tristera
Salir escureciendo su belleza?

¿Viste volando hermosa
Garza señorearse deste Cielo:
Y salir de la odiosa
Mano, torciendo el vuelo,
Sacre, que la derriba por el suelo?
¿Lucidas flores viste,
A quien, ó Aurora, fuiste su Lucina,

Y viene el Euro triste,
Y a la tierra reclina
La corona de hojas mortecinas?

Así fué mi ventura,
Y así, Fátis, podría ser tu suerte:
No vivas tan segura
Del mal, que hasta la muerte
No hay estado tan firme, que sea fuerte.

Quando Júpiter tira
A las alturas de la humilde tierra,
Jamás alcanza su ira
Al valle; que en la siega
Yace penando quien le armó la guerra.

El ayre se embravece,
Y entre los verdes árboles bramando
Cobra fuerzas y crece,
Sopla y está silvando,
Y en el suelo las flores regalando.

ODA IV.

Sale de la sagrada
Cipro la soberana Ninfa Flora,
Vestida, y adorada
Del color de la Aurora,
Con que pinta la tierra, el cielo dora.
De la nevada, y llama
Frente del levantado monte arroja

La cabellera caua
Del viejo invierno, y moja
El nuevo fruto en esperanza y hoja.

Deslízase corriendo
Por los hermosos mármoles de Paro,
Las alturas huyendo.
Un arroyuelo claro,
De la cuesta beldad, del valle amparo.

Corre bramando, y salta
Y codiciosamente procurando
Adelantarse, espuma
De plata el cristal blando,
Con la espuma que cuaja golpeando.

Viste, y ensoberbece
Con diferentes hojas la corona
De plantas, y florece
Las que apenas perdona
Furioso rayo de la ardiente zona.

El regalado aliento
Del bullicioso Zéfiro encerrado
En las hojas, el viento
Enriquece, y el prado,
Este de flor, y aquel de olor sagrado.

Y reducido, quanto
Baña el mar, tiene el suelo, el cielo cria,
A mas bien con el llanto,

Que al asomar del día
Viene haciendo la Aurora húmida y fría:

Todo brota, y extiende
Ramas, hojas y flores, nardo y rosa;
La vid entaza, y prende
El olmo, y la hermosa
Yedra sube tras ella presurosa.

Yo triste, el cielo quiere,
Que yerto invierno ocupe el alma mía,
Y que si rayo viere
De aquella luz del día,
Furioso sea, y no como solía.

Reunexa Ella esta
Esperanza marchita, que la helada
Aura de tu respuesta
Tiene desalentada:
Ven, Primavera, ven mi flor amada.

Ven, Filis, y del grato
Invidiado contento del aldea
Goza, que el pecho ingrato,
Que tu beldad afea,
Aquí tendrá el descanso que desea.

SONETO I.

Salve sagrado y cristalino río
De sauros y de cañas coronado,
De arenas de oro y de cristal ornado,
Y de crecientes con el llanto mío.

Salve, y dilata tu ancho poderío
Por la orla Sabes, y el dorado
Cercos de perlas, que el licor sagrado
Eurigece tu eterno señorío.

Y así tus Ninfas te detengan, quando
Pases por el estrecho deleytoso
De la concha de Venus amorosa;

Que saques la cabeza serenando
Este cerco de nubes espantoso,
En compañía de mi Ninfa hermosa.

SONETO II.

¡Quantas veces te me has engalanado,
Clara y amiga noche! ¡Quantas lleas
De oscuridad y espanto, la serena
Mausedumbre del cielo me has tuchado!

Estrellas hay que saben mi cuidado,
Y que se han regalado con mi pena:
Que entre tanta beldad, la mas agena
De amor, tiene su pecho enamorado.

Ellas saben amar, y saben ellas
Que he contado su mal llorando el mío
Envuelto en los dobleces de tu manto.

Tú, con mil ojos noche, mis querellas
Oye y esconde; pues mi amargo llanto
Es fruto inútil, que al amor envió.

SONETO III.

Bella es mi Ninfa, si los lazos de oro
Al apacible viento desordenan:
Bella si de sus ojos enagena
El olvido desdeñ que siempre lloro.

Bella, si era la luz que sola adoro
La tempestad del viento y mar serena;
Bella si a la dureza de mi pena
Vuelve las gracias del celeste coro.

Bella si mansa, bella si terrible,
Bella si cruda, bella esquivada, y bella
Si vuelve grave aquella luz del cielo;

Cuya beldad humana y apacible,
Ni se puede saber lo que es sin vella,
Ni, vista, entenderá lo que es el suelo.

SONETO IV.

Si lo que el alma me revela, quando,
Filis, contemplo la divina y rara
Beldad al mundo, mas que el cielo clara,
Que adoro ardiendo, y reverencio amando,

Con el acento doloroso y blando,
Que me quejo de ti significas,
Parara al sol, las fieras humillara,
Agregatara el cielo contemplando.

Mas;

Mas como el rayo de tus bellas ojos
Otras tinieblas amanece agora
En el que fué mi oceso escurecido;

Silencio eterno escoude el que te adora,
A quien los rayos de tu oriente roxas
Encubren nubes de perpetuo olvido.

SONETO V.

Viva yo siempre así con tan crecido
Lazo, Filis, contigo, como aquesta
Yedra inmortal, en esta encina puesta,
Que le enreda su tronco envejecido.

Mira allí un olmo seco, y un florido
Junta a la fuente, que una vid le presta
Hermosura y valor; y tu dispuesta
A perseguirme, ponésme en olvido.

Por ti, cruel, olvido mi ganado,
Y le dexo sin guarda del ardiente
Lobo cruel (ganado que tu amaste);

Un Cabritillo deste coronado
Monte vi yo llevar; lloré, y presente
A mi dolor soberbia te gozaste.

SONETO VI.

Filis, mas bella y mas resplandeciente
Que el claro cielo, y que el amado peado,
Este gamo de flores coronado,
Que a su madre quité, te olrezco presente.

Tomo I.

21

Riéndoseme agora dulcemente,
Me le pilló Testis: mas cansado
Me tienen ya sus risas; que tu helado
Ceño me há de perder eternamente.

A ti le doy, y á ti tambien te guardo
Dos tortolas hermosas, y una bella
Gurza, que ayer cogí del monte al río.

Y si el amor de Tisis por el mío
Quieres dexar, escoge tú de aquella
Manada mía un toro blanco y pardo.

SONETO VII.

Pastor, que lees en esta, y en aquella
Planta, Fili, y Dama, que á Fili adora,
Sabe, que tanto fue piadosa agora
Fili á Demon, quanto es terrible, y bella;

Ay! yo la llamo, yo la ruego, y ella
Miserico me escucha, y huye á la hora,
Y quanto me huye mas, mas me enamora,
Que en ella puso su crueldad mi estrella.

Ayer llevando mi ganado al río,
Al pie de un verde mirto entretejiendo
Violetas, y amaranto la vi sola:

Ladró Melampo y ella cruel leyendo,
Desaparrando monte, y valle umbrío,
Huyó de mí, y el viento socorrióla.

SONETO VIII.

Mi propio amor entiendo, que es la cierta
Causa que mi ganado sin contento
Se rige apenas en pie; no lloró á viento,
Ni pasto amargo de montaña yerta.

¿Mas que cuidado es este, si la incierta
Muerte inchando con el alma siento,
Y Filis cruda, nunca me arrepiento
De verte siempre de piedad desierta?

O! si alménos sobre este monte yetto
Adonde lloro de continuo tanto,
Aquel pino cubriese el cuerpo mío:

Y pasando por este valle umbrío,
Dixeses, Filis, con amargo llanto,
Allí yace mi triste amante muerto.

SONETO IX.

Esta es, Tiris, la fuente do solía
Contemplar su belidá mi Filis bella:
Este el prado gentil, Tiris, donde ella
Su hermosa frente de su flor ceñía.

Aquí, Tiris, la ví quando salía
Dando la luz de una y otra estrella,
Allí, Tiris, me vido, y tras aquella
Haya se me escondió, y así la ví.

En esta cueva de este monte amado
Me dió la mano, y me señaló la frente
De verde yedra, y de violetas tiernas.

Al prado y laya, y cueva y monte, y fuente,
Y al cielo, desapareciendo olor sagrado,
Riudo por tanto bien gracias eternas.

ENDECHAS.

I.

El pastor mas triste,
Que ha seguido el Cielo,
Da fueras sus ojos,
Y un fuego su pecho;
Llorando caidas
De altos pensamientos,
Solo se quezella,
Riberas del Duero.
El silencio amigo,
Compañero eterno
De la noche sola
Oye su tormento.
Sus endechas llevan
Rigurosos vientos,
Como su firmeza
Mal tenidos celos.
Solo y pensativo
Le halla el claro Febo,

Salen su Diana,
Y hállale gemiendo.
Cielo que le aparta
De su bien inmenso,
Le ha puesto en estado
De ningún consuelo.
Túrcula cautada,
Que el montero fiero
Le quitó la gloria
De su compañero,
Elevada y mustia
Del piadoso acento,
Que oye suspirando
Entregar al viento
Porque no se pierdan
Suspiros tan tiernos,
Ella los recoge,
Que se duelen dellos,
Y por ser mas dulces,
Que su arrullo tierno
De su soledad
Se queja con ellos.
¿Que ha de hacer el triste?
Pierda el sufrimiento,
Que tras lo perdido
No quedará contento.

II.

Corona del Cielo,
 Ariadna bella,
 Conocida estrella
 Del nocturno velo,
 Tú sola del coro
 De las lumbres bellas,
 Oye mis querellas,
 Pues tus males lloro.
 Tú fuiste querida,
 Y olvidada fuiste,
 Yo querido y triste,
 Quien me amó, me olvida.
 Si el dolor estrecho
 De mi suerte airada
 Trae mi alma forzada
 Dentro de mi pecho,
 ¿Que pretende el Cielo
 Tras agravio tanto,
 Si al verter mi llanto
 Le transforma en hielo?
 ¿Por ventura fui
 Tan terrible y duro,
 Que miré seguro
 El bien que perdi?
 Mas mi dolor fiero,
 Como ha de acobarme,
 No viene á matarme

Sin mortal agüero.
 ¡Ay del sin ventura,
 Que ha de amar forzado!
 Siempre al desdichado
 Sigue suerte dura.

III.

Viuda sin ventura,
 Tórtola cuñada,
 Muñita y asombrada
 De una muerte dura,
 Tú qué el valle sineno
 Con tu arrullo blando
 Serenaste, quando
 Vió tu bien sereno.
 Quejas inmortales
 Hierren tus sentidos,
 Que á bienes perdidos
 No hay medianos males.
 Vuelve donde nuevas
 Las fieras que dexas,
 Que no son tus quejas
 Para monte y cuevas.
 En el valle donde
 Tu dolor te celsa,
 Nadie te consuela,
 Nadie te responde.
 Lloro Filomena,
 Cierva herida brama,

Y Eco que te llama
Te cuenta tu pena.
Tu gloria fue tal,
Que hizo ser temida;
Pero tu caída
Fue tenido mal.
Si mi compañía
Triste y desdichada,
Por sola te agrada,
Oye mi agonía.
Cielos y hadas craso,
Monte y valle ofrado,
Los ayres enciendo,
Las aguas amanto...

IV.

Filis rigurosa
Sobre quantas crías
La ribera fría
De Xarama hermosa:
Y á mi fiel lamento
Mas endurecida,
Que montañas herida
De alterado viento.
¡Ay, que la razón
Que á llorar me fuerza,
Tu tigor la esfuerza,
Como á mi pasión!
Si Cielo piadoso

Por mí permitiera,
Que no me doliera
Tu desden rabioso;
Quejas inhumanas
No te endurecieran,
Porque á humanas fueran
Canciones humanas.
Mas pues duro Cielo
Con mi fe y mi llanto
Te endurece tanto,
No me sufra el suelo.
Mi dolor te cause,
Mi razón te radine,
Y el Cielo se incline
Contra quien te amas.
Triste y apartado
En esta ribera,
Piedra, planta ó fiera
Quede transforado.
Mis penas y enojos
Rompan con mi amor,
Y no haya pastor,
Que cierre mis ojos.
Qué tú, que mi vida
Tienes ya de suerte,
Que deses la muerte
Puedes abortecida
Tu dirás, en vano,
¡Ay pecho nevado,

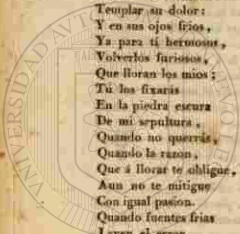
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA GENERAL DE LA UNIV.

"ALFONSO DE LOS RÍOS"

AV. LOS RÍOS 1015 - BUENOS AIRES, ARGENTINA

Que mal que has tratado
 Su amor soberano!
 Tú, que con tu amor
 Suelas piadosa
 Por la selva umbrrosa
 Templar su dolor:
 Y en sus ojos frios,
 Ya para ti hermosos,
 Volverlos furiosos,
 Que lloran los míos;
 Tú los fixaris
 En la piedra escura
 De mi sepultura,
 Quando no querrás,
 Quando la razon,
 Que á llorar te obligue,
 Aun no te mitigue
 Con igual pasión.
 Quando fuentes frias
 Laven el error,
 Que causó el rigor
 De mis agonias.
 Quando coronando
 Mi sepulcro triste
 Con la flor que viste
 Flora el campo blando,
 Suspiros despidas,
 Quejas te oya el Cielo,
 Que este es el consuelo

De glorias perdidas.
 Mas, ay Fátis! tenso
 Tu visto rigor,
 Que de mi dolor
 No es el bien supremo.
 Qualquiera contento
 Fuera bien crecido;
 Pero lo sufrido
 No tiene descuento.
 Ni tú tratarás
 De aliviar mi llanto,
 Tú á quien mi québranto
 No movió jamás.
 Que pues tanta muerte
 Nunca te ha movido,
 La que tú has querido
 No podrá moverte.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA
 ALFONSO REYES
 MONTERREY, MEXICO

POESÍAS

DE FERNANDO DE HERRERA.

CANCIÓN I.

A Don Juan de Austria.

QUANDO con resonante
Rayo y furor del brazo impetuoso
A Ruclade arrogante
Júpiter poderoso
Después airado en Etna cavernoso ;
Y la vencida tierra,
A su imperio rebelde , quebrantada
Desamarró la guerra,
Por la sangrienta espada
De Marte , aun con mil muertes no domada ;
En el sereno pulo
Con la maye citara presente
Cantó el crinado Apolo
Entozes dalemosente ,
Y en oro y lauro coronó su frente.

La

POESÍAS DE FERNANDO DE HERRERA. 139

La canora armonia
Suspendia de Dioses el Senado ;
Y el cielo que movia
Su curso arrebatado ,
El vuelo reprimia enagenado.

Halagaba el sonido
Al pielago sañudo, al raudó viento
Su fragor encogido ,
Y con divino aliento
Las Musas cousasaban á su intentor

Cantaba la victoria
Del ejército etéreo y fortaleza,
Que engrandeció su gloria ;
El horror y aspereza
De la Titania estirpe y su fereza.

De Palas Atenea
El Gorgóceo terror, la ardiente lanza ;
Del Rey de la onda Egrea
La indómita pujanza ;
Y del Escudeo brazo la venganza.

Max del Bistonio Marte
Hizo en grande alabanza lengua maestra,
Cantando fuerza y arte
De aquella armada diestra,
Que á la Flegrea huerte fue siniestra.
Atí, decia, escudo,
Atí, del cielo esfuerzo generoso,

Tomo I.

22

Poner temor no pudo,
 El escuadron sinuso
 Con serpes euroscaldas espantoso;
 Tú solo á Oromedonte
 Traxiste al hierro agudo de la muerte,
 Junto al doblado monte;
 Y abrió con diestra suerte
 El pecho de Peloro tu lanza fuerte.
 O hijo esclarecido
 De Juno!; ó duro y no cansado pecho!
 Por quien cayó vencido,
 Y en peligroso estrecho
 Mímate pavoroso fué deshecho.
 Tú cubierto de acero,
 Tú estrago de los hombres indignado,
 Con sangre horrída y fiero,
 Rompiste acelerado
 Del ancho muro el torreón alzado.
 A ti libre ya debe
 Del recelo Saturnio; que el profano
 Linage, que se atreve
 A alzar la osada mano,
 Sin tu su bravo orgullo salir vano.
 Mas aunque resplandezca
 Esta victoria tuya conocida
 Con gloria, que merezca
 Gozar eterna vida,
 Sin que yaga en tinichlas ofendida:

Vendrá tiempo en que tenga
 Tu memoria el olvido, y la termine;
 Y la tierra sostenga
 Un valor tan insigne
 Que ante él desmaye el tuyo, y se le incline.
 Y el fértil occidente,
 Cuyo inmenso mar cerca el orbe y boña,
 Descubrirá presente
 Con prex y honor de España
 La lumbré singular de esta hazaña.
 Que el cielo le concede
 A aquel ramo de César invencible,
 Que su valor herede,
 Para que al Turco horrible
 Derrite el corazón y ardor terrible.
 Vese el péruido bando
 En la fragosa, yerba, aerea cumbre,
 Que sube amenazando
 La soberana lumbré,
 Fiado en su animosa muchedumbre.
 * Y allí, de miedo ageno,
 Corre qual suelta cabra, y se abalanza
 Con el fogoso trueno
 De su cubierta estancia,
 Y sigue de sus odios la venganza.
 Mas despues que aparece
 El Joven de Austria en la enriscada sierra,

Frio miedo entorpece
Al rebelde, y atierra
Con espanto y con muerte la impia guerra.

Qual tempestad ondoza
Con horrisono estruendo se levanta,
Y la nave medrosa
De rabia y furia tanta,
Entre penascos asperos quebranta;

O qual de cerco estrecho
El flamigero rayo se desata
Con luengo sulco hecho,
Y rompe y desbarata
Quanto al encuentro su impetu arrebatá.

La fama alzará luego
Y con las alas de oro la victoria
Sobre el giro del fuego,
Resonando su gloria,
Con puro lampo de inmortal memoria.

Y extenderá su nombre
Por do Zéfiro espira en blando vuelo,
Con inclito renombre
Al remoto Indio suelo,
Y á do esparce el rigor helado el cielo.

Si Peloro tuviera
Parte de su destreza y valentía,
El solo te venciera,
Gradivo, aunque á porfía,
Tu esfuerzo acrecentaras y osadía.

Si este al cielo amparara
Contra las duras fuerzas de Mimante,
Ni el trauce recelara
El vencedor Tonante,
Ni sacudiera el brazo fulminante.

Traed, Cielos, huyendo
Este cansado tiempo espacioso
Que oprime deteniendo
El curso glorioso:
Haced que se adelante presuroso.

Así la lira suena,
Y Jove al canto afirma, y se estremece.
El Olimpo, y resuena
En torno, y resplandece,
Y Mavorte dudoso se oscurece.

CANCIÓN II.

A la batalla de Lepanto.

Cantemos al Señor que en la llanura
Venció del ancho mar al Trauce fiero:
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
Salud y gloria nuestra.
Tú rompiste las fuerzas y la dura
Frente de Faraon, feroz guerrero:
Sus escogidos Principes cubrieron
Los abismos del mar, y descendieron,

Qual piedra, en el profundo; y tu ira luego
Los tragó, como arista seca el fuego.

El soberbio Tirano, confiado
En el grande aparato de sus naves,
Que de los nuestros la cerviz cautiva,
Y las mecas aviva
Al ministerio injusto de su estado,
Derribó con los brazos suyos graves
Los cedros mas excelsos de la cima;
Y el árbol, que mas yerto se sublima,
Belicando agenas aguas, y atrevido
Pisando el bando nuestro y defendido.

Temblaron los pequeños confundidos
Del impio furor suyo, alzó la frente
Contra tí, Señor Dios, y con semblante
Y con pecho arrogante,
Y los armados brazos extendidos,
Movió el airado cuello aquel potente:
Cercó su corazón de ardiente saña
Contra las dos Esperas que el mar baña;
Porque en tí confiadas le resisten,
Y de armas de tu fe y amor se visten.

Dixó aquel insolente y desdenoso:
¿No conocen mis iras estas tierras,
Y de mis padres las illustres hechas?
¿O valieron sus pechos
Contra ellos con el Ungaro medroso,
Y de Dalmezia y Rodas en las guerras?

¿Quien los pudo librar, quien de sus manos
Pudo salvar los de Austria y los Germanos?
Podrá su Dios, podrá por suerte ahora
Guardallos de mi diestra vencedora?

Su Roma, temerosa y humillada,
Los cánticos en lágrimas convierte;
Ella y sus hijos tristes mi ira esperan
Quando vencidos mueran.
Francia está con discordias quebrantada;
Y en España amenaza horrible muerte,
Quien honra de la Luna las banderas,
Y aquellas en la guerra gentes fieras
Ocupadas están en mi defenza;
Y aunque no; quien hacerme puede ofensa?

Los poderosos pueblos me obedecen,
Y el cuello con su daño al yugo inclinan,
Y me dan, por salvarse ya, la mano,
Y su valor es vano,
Que sus luces cayendo se oscurecen,
Sus fuertes á la muerte ya caminan;
Sus virgenes están en cantiverio;
Su gloria ha vuelto al cetro de mi inopio;
Del Nilo á Eufrates fértil é latro frio,
Quanto el sol alto mira, todo es mio.

Tú, Señor, que no sufres que tu gloria
Usurpe quien su fuerza osado estima,
Prevalciendo en vanidad y en ira;
Este soberbio mira

Que tus aras afea en su victoria;
 No dexes, que los tuyos así oprima,
 Y en sus cuerpos cruel las fieras cebe
 Y en su esparcida sangre el odio pruebe:
 Que hechas ya su opróbrio, dice: ¿donde
 El Dios de éstos está? ¿de quien se asconde?

Por la debida gloria de tu nombre;
 Por la justa venganza de tu gente;
 Por aquel de los miseros gemido,
 Vuelve el brazo tendido
 Contra este, que aborrece ya ser hombre,
 Y las honras, que zelas tú, consiente;
 Y tres y quatro veces el castigo
 Esfuerza con rigor á tu enemigo,
 Y la injuria á tu nombre cometida
 Sea el yerro contrario de su vida.

Levantó la cabeza el poderoso,
 Que tanto odio le tiene, en nuestro estrago,
 Juntó el consejo; y contra nos pensaron
 Los que en él se hallaron.

Venid, dixéron; y en el mar ondo
 Hagamos un gran lago;
 Destruyamos á estos de la gente,
 Y el nombre de su Christo juntamente;
 Y dividiendo de ellos los despojos
 Hántense en muerte suya nuestros ojos.

Viniéron de Asia y portentosa Egipto,
 Los Arabes y levas Africanos;

Y los que en Grecia junta mal con ellos
 Con los erguidos cuellos,
 Con gran poder, y número infinito;
 Y prometer osaron con sus manos
 Encender nuestros fines, y dar muerte
 A nuestra juventud con hierro fuerte,
 Nuestros niños prender y las doncellas,
 Y la gloria manchar, y la luz de ellas.

Ocupáron del piélago los senos
 Paesta en silencio, y en temor la tierra,
 Y cesáron los nuestros valerosos,
 Y calláron dudosos,
 Hasta que al fiero ardor de Sarracenos,
 El Señor eligiendo nueva guerra
 Se opuso el Joven de Austris generoso
 Con el claro Español helicoso;
 Que Dios no sufre ya, en Babel cautiva
 Que su Sion querida siempre viva.

Qual Leon á la presa apercebido,
 Sin recelo los impios esperaban
 A los que tú, Señor, eras escudo,
 Que el corazón desnudo
 De pavor, y de fe y amor vestido,
 Con celestial aliento confiaban.
 Sus manos á la guerra compusiste
 Y sus brazos fortísimos puniste
 Como el asco acerado, y con la espada,
 Vibraste en su favor la diestra armada.

Turbáronse los grandes, los robustos
Rindiéronse temblando, y desmayaron;
Y tú entregaste, Dios, como la rueda,
Como la arista queda
Al ímpetu del viento á estos injustos
Que mil huyenda de nio se pasmaron:
¿Qué fuego abrasa selvas cuya llama
En las espesas cumbres se derrama,
Tal en tu ira y tempestad seguiste,
Y su faz de aguominia convertiste.

Quebrantaste al cruel dragon, cortando
Las alas de su cuerpo temerusas,
Y sus brazos terribles no vencidos,
Que con hondos gemidos
Se retira á su cueva, do silvando
Ticmba con sus culchras venenosas,
Lleno de miedo torpe en sus entrañas,
De tu Leon temiendo las hazañas,
Que, saliendo de España, dió un rugido,
Que lo dexó asombrado y aturrido.

Hoy se vieron los ojos humillados
Del subliase varon y su grandeza,
Y tú sólo, Señor, fuiste exáltado;
Que tu día es llegado,
Señor de los exercitos armado,
Sobre la alta cerviz y su dureza,
Sobre derechos cedros y estendidos,
Sobre empinados montes y crecidos,

Sobre torres y muros, y las naves
De Tiro que á los tuyos fueron graves.

Babilonia y Egipto amedrentada,
Temerá el fuego y la asta violenta;
Y el humo subirá á la luz del cielo;
Y falta de consuelo,
Con rostro oscuro y soledad turbada,
Tus enemigos llorarán su afrenta.
Mas tú, Grecia, concorde á la esperanza
Egicia, y gloria de su confianza,
Triste, que á ella pareces, no temiendo
A Dios, y á tu remedio no atendiendo.

Porque, ingrata, tus hijas adornaste
En adulterio infame á una impia gente,
Que desecha profanar tus frutos;
Y con ojos caxutos,
Sus odiosos pasos imitante,
Su aborrecida vida y nul presente;
Dios vengará sus iras en tu muerte,
Que llega á tu cerviz con diestra fuerte
La aguda espada suya, ¿quien, cuitada,
Reprimirá su mano desatada?

Mas tu fuerza del mar, tu excelsa Tiro,
Que en tus neves estabas gloriosa
Y el término espantabas de la tierra,
Y así hacías guerra,
De temor la cubrias con suspiro;
¿Como acabaste fiera y orgullosa?

¿ Quien puso á tu cabeza daño tanto?
 Dios para convertir tu gloria en llanto,
 Y derribar tus inclitos y fuerzas,
 Te hizo perecer con tantas muertes.

Llorad, y naves del mar, que es destruida
 Vuestra vana soberbia y pensamiento:
 ¿ Quien ya tendrá de ti lástima alguna,
 Tú, que sigues la luna,

Aun adúltera, en vicios sumergida?
 ¿ Quien mostrará un liviano sentimiento?
 ¿ Quien rogará por ti? Que á Dios enciende
 Tu ira y la arrogancia, que te ofende;
 Y tus viejos delitos y mudanzas
 Han vuelto contra ti á pedir venganza.

Los que vieron tus brazos quebrantados
 Y de tus pipos ir el mar desnudo,
 Que sus ondas turbáron y llanura;
 Viendo tu muerte oscura,
 Dirán de tus estragos quebrantados:

¿ Quien contra la espantosa tanto pudo?
 El Señor, que mostró su fuerte mano
 Por la fe de su Príncipe Christiano,
 Y por el nombre santo de su gloria
 A su España concede esta victoria.

Bendita, Señor, sea tu grandeza,
 Que despues de los daños padecidos,
 Despues de nuestras culpas y castigo,
 Rompiete al enemigo

De la antigua soberbia la dureza.
 Adórente, Señor, tus escogidos:
 Confiese, quanto cerca el anhelado cielo,
 Tu nombre, ó nuestro Dios, nuestro consuelo
 Y la cerviz rebelde condenada,
 Perezca en hirvas llamas abrasada.

SONETO I.

Al mismo asunto.

Hondo Panto que bramas atronado,
 Con tumulto y terror, del turbio seno
 Saca el rostro, de torpe miedo lleno,
 Mira tu campo arder ensangrentado:

Y junto en este cerco y encontrado
 Todo el Christiano esfuerzo y Sarraeno,
 Y cubierto de humo, y fuego y trueno,
 Huir temblando el impio quebrantado.

Con profundo murmurio la victoria,
 Mayor celebra, que jamas vió el cielo,
 Y mas dudosa y singular bazaña;

Y di, que solo mereció la gloria,
 Que tanto nombre da á tu sacro suelo,
 El Joven de Austria, y el valor de España.

CANCION III.

A la pérdida del Rey Don Sebastián.

Voz de dolor, y canto de gemido,
 Y espíritu de miedo, envuelto en ira,
 Hagan principio ardebo á la memoria
 De aquel día fatal aborrecido,
 Que Lusitania misera suspiró
 Desnuda de valor, falta de gloria:
 Y la llorosa historia
 Asombre con horror funesto y triste,
 Dende el Africo Atlante y seso ardiente,
 Hasta do el mar de otro color se viste;
 Y do el límite roxo de Oriente,
 Y todas sus vencidas gentes lioras
 Ven tremolar de Christo las banderas.

¡Ay de los que pasaron confiados
 En sus caballos, y en la muchedumbre
 De sus carros, en ti, Libia desierta!
 Y en su vigor y fuerzas engañados
 No alzaron su esperanza á aquella cumbre
 De eterna luz; mas con soberbia cierta
 Se ofrecieron la incierta
 Vitoria; y sin volver á Dios sus ojos,
 Con verbo-cuello y corazon ufano
 Solo atendiéron siempre á los despojos;
 Y el santo Israel abrió su mano,

Y los dexó, y cayó en despenadero
 El carro y el caballo, y caballero.

Vino el día cruel, el día lleno
 De indignacion, de ira y furor, que puso
 En soledad, y en un profundo llanto
 De gente y de placer el reyno ageno.
 El Cielo no alumbró, quedó confuso
 El nuevo Sol, presago de mal tanto;
 Y con terrible espanto
 El Señor visitó sobre sus males,
 Para humillar los fuertes arrogantes;
 Y levantó los bárbaros no iguales,
 Que con osados pechos y constantes
 No busquen oro; mas con hierro airado
 La ofensa venguen y el error culpado.

Los impios y robustos indinados
 Las ardientes espadas desnudaron
 Sobre la claridad y hermosura
 De tu gloria y valor; y no cansados
 En tu muerte, tu honor todo aleáron,
 Mezquina Lusitania sin ventura;
 Y con frente segura
 Rompiéron sin temor con fiero estrago
 Tus armadas esquadras y braveza.
 La arena se tornó sangriento lago,
 La llanura con muertos asperéza;
 Cayó en unos vigor, cayó denuedo;
 Mas en otros desmayo y torpe miedo.

¿Son estas por ventura los famosos,
 Los fuertes, los beligeros varones
 Que conturbaron con furor la tierra,
 Que sacudieron reynos poderosos,
 Que domaron las horribas naciones,
 Que pusieron desierto en cruda guerra
 Quanto el mar indó encierra,
 Y soberbias ciudades destruyéron?
 ¿Do el corazón seguro y la osadía?
 ¿Como así se acabaron y perdieron
 Tanto heroico valor en solo un día;
 Y lejos de su patria derribados,
 No fuéron justamente sepultados?

Tales ya fueron estos, qual hermoso
 Cedro del alto Libano, vestido
 De ramos, hojas, con excelsa alteza;
 Las aguas lo eridian poderoso,
 Sobre empinados árboles crecido,
 Y se multiplicaron en grandeza
 Sus ramos con belleza;
 Y estendiendo su sombra, se anidaron,
 Las aves que sustenta el grande cielo;
 Y en sus hojas las fieras engendraron,
 Y hizo á mucha gente umbroso velo:
 No igualó en celsitud y en hermosura
 Jamas árbol alguno á su figura;
 Pero elevóse con su verde cima,
 Y sublimó la presuncion su pecho,

Desvanecido todo y confiado,
 Haciendo de su alteza solo estina:
 Por eso Dios lo derribó deshecho,
 A los impios y agepos entregado,
 Por la raiz cortado:
 Que opreso de los montes arrojados,
 Sin ramos y sin hojas, y desnudo,
 Huyéron de él los hombres espantados,
 Que su sombra tuvieron por escudo:
 En su ruina y ramos, quantas fueron
 Las aves y las fieras se pusieron.

Tú, infanda Libia, en caya seca arena
 Murió el vencido reyno Lusitano,
 Y se acabó su generosa gloria,
 No estás alegre y de ufania llena;
 Porque tu temerosa y flaca mano,
 Hubo sin esperanza tal vitoria,
 Indina memoria;
 Que si el justo dolor mueve á venganza
 Alguna vez el Español corage,
 Despedazada con aguda lanza
 Compensarás muriendo el hecho ultrage;
 Y Lugo amedrentado, al mar inmensa
 Pagará de Africana sangre el censo.

SONETO II.

A Marco Bruto.

Yaces al fin, ó del valor Latino
 Última gloria, por tu fuerte mano;
 Tentado habiendo reducir en vano
 La libertad al orbe, de ella indiano.

Tu virtud te guió, perdió el destino;
 Pero pudo tu esfuerzo soberano
 Mostrar, que fuiste capitán Romano,
 Y solo sucesor de Bruto dino.

¡O si agena ambicion no te moviera
 A desnudar el hierro, ó ya desnudo,
 Siguiera á tus hazañas la ventura!

Que ninguno tu igual en Roma hubiera:
 Mas truxote en desprecio el hado cruel
 Del grave seso y la virtud segura.

ELEGIA I.

Estoy pensando en medio de mi engaño
 El error de mi tiempo mal perdido,
 Y quan poco me ofendo de mi daño.

Vuelvo los ojos que el mejor sentido
 Alumbraba; y hallo una pequeña senda,
 Do paso humano apenas está esculpido.

Procuro, ántes que el herve sol descienda
 A encubrirse en el último Occidente,
 Llegar al fin de esta mortal contienda.

Y como quien se ve del daño ausente,
 Que considera su temor pasado,
 Y aun no descansa con el bien presente;

Tal de mi afrenta y mi dolor cargado
 En la seguridad nunca sosiego,
 Y en el sosiego siempre estoy turbado.

Aquel vigor, aquel celeste fuego,
 Que enciende mis entrañas, me levanta
 De la oscura tiniebla y error ciego.

Veo el tiempo veloz que se adelanta,
 Y derriba con vuelo presuroso
 Quanto el hombre fabrica y quanto planta.

¡O cierto desengaño vergonzoso!
 ¡O grave confusion de nuestro yerro!
 ¡Claro enemigo, amigo sospechoso!

Tú me pusiste solo en un destierro,
 De quanto me podia dar tormento,
 Y por tí á la alegría el paso cierro.

¡Quantas veces me diate al pensamiento
 Ocasiones de gloria, si yo osara
 Valerme del honor de tu tormento?

Fueme la suerte en lo mejor avara,
 Sombras fuéron de bien las que yo tuve,
 Oscuras sombras en la luz mas clara.

Ninguna en tantas penas que sostuve
Puso merecimiento al amor mio,
Quando de merecer mis cerca estuve.

Acabe ya este grande desvario,
O, pues no acaba, estas razones vanas,
Que sin provecho á quien no escucha envio.

Tus mudanzas, ó tiempo! soberanas,
Las cosas que revuelven y quebrantan,
Movibles, graves, firmes y livianas,

Me arrebatan el ánimo y levantan
De este cansado peso que contrasta,
Y en su diversa condicion me espantan.

La edad robusta huye aprisa y gasta
Las fuerzas; y se pierde la ofania;
Y á tu furor ninguna fuerza hasta,

¡Quantas cosas mostró el sereno dia
Alegres, que tu furia apresurada
Entristeció en la noche y sombra fria!

Venció vencida Troya, y derribada
Se alzó, y en su ruina se postraron
Los muros de Micéna estimada.

Las vencedoras llamas abrasaron
Las altas torres, que labró Neptuno,
Y á Grecia sus cenizas acabaron.

El Africano exercito importuno
A España sepultó en sangriento lago,
Y libre su furor dexó á ninguno.

Mas roto sufre igual el duro estrago
Por la mano Española; y al fin siente
El hierro, no una vez, la gran Cartago.

Y el que en el patrio suelo estrechamente
Vivía oscuro, estado se aventura
Por el remoto golfo de Occidente:

Y con valor igual á su ventura
Bravas gentes sujeta y fieros pechos,
Sin rendirse al temor de muerte oscura.

Arcos y claros títulos estrechos
Son á su gloria inmensa; pues el solo
Vence los grandes hechos con sus hechos.

No descubre la luz del roxo Apolo
Tal vigor y osadía, y brazo fuerte,
En quanto ceta en uno en otro polo.

Tú, domador de toda humana suerte,
Al fin vences, abates su grandeza,
Y entregas á los brazos de la muerte.

Tú exercitas ahora la riqueza,
Las armas del soberbio Turco fiero,
Y del Persa el valor y fortaleza.

Las celadas y escudos el ligero
Arzács vuelve en ondas espumosas,
Del bravo Trace y Medo caballero.

Osadas gentes, duras y sañosas,
A la ambicion de cuyo grande pecho,
Es pequeño el imperio de las cosas.

Teñid en sangre el hierro, y el estrecho
Paso abrid, ó cruces! á la muerte;
Vengad el daño á vuestras honras hecho.

No volvais la fiereza y brazo fuerte,
Y el furor de la ira no vencida,
Sobre nuestra desauada y flaca suerte.

Que ya la gloria del valor perdida,
Nuestra virtud en ocio se remata;
Nuestra virtud que tanto fué temida.

Culpa, de quien, pudiendo, la maltrata,
Y no le da lugar; antes procura,
Que muera á manos de la envidia ingrata.

La ardiente Lilib es triste sepultura
Del destruido reyno Lusitano,
Y eterna pena á su fatal locura:

Bañado en noble sangre el Africano
Campo rebosa, y con dolor suspira,
Léjos Atlante, y Avila cercano.

El impio Cimbro osadamente aspira,
Y espera el cetro, y sin pavor seguro
A un marino claustro se retira.

El alto, fuerte, inexpanable muro
Pasó la fuerza Hispana, y puso á tierra
Quanto halló el furor del fuego oscuro.

Mas ¡ó infame remate de tal guerra!
Reyna el vencido, y el engaño tanto
Puede, que al mismo vencedor destierra.

¡O quanto en vano te ha expandido! ¡ó quanto
Vasior asconde aquel ingrato suelo,
Que al Turco de temor cubriera y llanto!

No ha visto, el que ve todo, inmenso cielo
Empresa de mayor atrevimiento,
Mas firme corazon y sin recelo.

Contumaz y colorde movimiento,
Furor plebeyo, y desleal nobleza,
Indiana de sufrir vital adiento,

¿Do está la fe, que á la real alteza
Debes? ¿á do huyó de tu memoria?
¿A do la religion y su firmeza?

¿Piensas ó esperas alcanzar victoria
Contra Dios? contra el Rey? ¿ó intento ciego,
Digno de vituperio y no de gloria!

¡O como crías en tu pecho fuego,
Que ha de abrasar tu patria generosa,
Sin que esfuerzo te valga ó humilde ruego!

Qual soberbio turbion de la fragosa
Alcazar se despena de Aprinno,
Tal va contra ti España poderosa.

Apremar el paso á su destino
Ven las cosas todas; y en mi pecho
Hacer los pensamientos un camino.

No puedo, aunque procuro á mi despecho
Librarme de ellos y mal grado mio
Voy con ellos adonde el mal me han hecho.

Oso temiendo, y con el mal porfío,
Y tal vez la razón lugar me dexa,
Contra mi obstinacion y desvarío.

Mas poco dara, porque al fin se aleja
En la ocasion que viene, y quedo ulano
De aquello, que debiera tener queja.

¡ Quien pudiera traer siempre á la mano
De la razón la voluntad perdida,
Sin que temiera su impetu liviano!

Varias revueltas de confusa vida,
Dexadme respirar de mi deseo,
Dexadme ya curar esta herida:

Que todo quanto pienso y quanto veo,
Es dar aliento á la amorosa llama,
Dar vigor sin provecho al devaneo.

¡ Dichoso aquel á quien jamas inflama
Vano amor, ambicion, y lo que odora,
Y teme el vulgo incierto siempre y amal

Que el miedo y la esperanza engañadora
Con gran pecho seguro y sosegado
En todo trance doma, á qualquier hora.

Y de quanto fatiga y da cuidado
A nuestros votos libre va, y paciente,
En todos los peligros no turbado.

Y no sufre su pecho ni consiente
Que algun liviano afecto le dé asalto,
Y ofenda su sosiego injustamente.

Antes

Antes mayor, mas glorioso y alto,
Que lo que alcanza fortaleza alguna
Se ve, y de ricos bienes ménos fulto.

Firme y constante, sin temer fortuna,
Con mesurado curso va continuo,
Y qualquier ocasion le es importuna.

No lo ve en el dudoso torbellino
De las cosas el dia extremo; pero
Dispuesto si á seguille en su camino.

Nosotros, turba vil, con afan fiero
Puestos en desear y amar estamos,
Y en servir á este bien percedero.

En mil casos presentes peligramos;
Y en pocas ó ninguna vez concede
Nuestra ruda ignorancia que huyamos.

Nuestro valor tan cortamente puede,
Que caemos de la alta pesadumbre
Y alzarnos así nunca nos sucede.

El mira de la sacra excelsa cumbre
Los que erramos, y el gozo y vano intento
Desprecia con aguda y pura lumbre.

Soplo arado no hate el yerto asiento,
Del elevado Olimpo, si no alcanza
A su ensalzada cima el fiero viento.

Quien tan rastroera trae la esperanza;
Desespere llegar á tal estado,

Tomo I.

24

Que aunque tenga de sí mas confianza,
Al fin verá que en vano se ha causado.

SONETO III.

Del mar las ondas quebrantarse via
En las desuadas peñas, desde el puerto,
Y en conflicto las naves que el desierto
Bóreas, bramando con furor batia.

Quando gozoso de la suerte mía,
Aunque afligido del naufragio cierto,
Dixe: no cortará del Ponto incierto
Jamás mi nave la temida via.

Mas ay triste! que apenas se presenta
De mí fugido bien una esperanza,
Quando las velas tiendo sin recelo:

Vuelo qual rayo, y súbita tormenta
Me niega la salud y la bonanza,
Y en negra sombra cubre todo el cielo.

SONETO IV.

Do vas? do vas, cruel, do vas? refrena,
Refrena el presuroso paso, en tanto
Que de mi grave afa el luengo llanto
Abre en prolixo curso hñida vena.

Oye la voz de mil suspiros llena,
Y de mi mal sufrido el triste canto;

Que ser no podrás fiera y dura tanto,
Que no te mueva al fin mi acerba pena.

Vuelve á mi tu esplendor, vuelve tus ojos,
Antes que oscuro quede en ciega niebla,
Decia en sueño, ó ilusion perdido.

Volvi, halléme solo y entre abrojos,
Y en vez de luz cercado de tiniebla,
Y en lágrimas ardientes convertido.

ELEGIA II.

Esta amorosa luz serena y bella,
Que en el usado curso á la alma mia
Es eterno esplendor, y al cielo estrella:

Esta, que en sombra oscura, en claro día
Con el inmenso ardor me abraza el pecho,
Quedando toda en sí nevada y fria:

De mi dolor, del grande agravio hecho
Con su valor me paga, y aunque muero,
Me hallo en mi tormento satisfecho.

Amor me traxo el mal, y en él espero
Volver al bien perdido; y si esto niega,
El sentido acabó el dolor primero.

Suleó el áspero mar en noche tibia,
Siguiendo porfioso mi deseo,
Que sin pavor al piélago se entrega.

Yo, que al fin naufragar al triste veo
Entre las altas ondas, ¿que esperanza
Buscar podré al temor con que pelco?

No procuro á mi daño seguridad
En la fortuna mía, ni pretendo
Mis éxitos mejorar en la mudanza.

Ni ya huyo, ni uso, ni defiendo
Mi alma del peligro, ni me escuso
Del mal, que en mi cercana muerte entiendo.

Todo para mí pena se dispuso,
Y lo debo, pues di ocasión en ello,
Su flecha quando amor al pecho puso.

Mi osado orgullo, y mi lozano cuello,
La razón y el gallardo pensamiento
Quedáron enredados de un cabello.

No sienta en el insano, oscuro asiento,
Los cien brazos y cuerpo relizados,
Egeon, con sus nudas mas tormento.

Las trenzas de oro crespo, enortijado,
Que, qual cometa ardiente, resplandecen
Eparcidas con arte, á sin cuidado:

De quien las tersas hebras se enriquecen
Del ardiente hijo de Latona.

Y en color y en belleza se engrandecen:

Juntas en ricos circos y corona,
Entre lucientes piedras anudadas,
Do mi impio Rey alegre se corona.

En sus hermosas vueltas y sagradas
El corazón lleváron, y herido
Halló el error y muerte en sus lazadas.

De allí quedé sujeto, y sin sentido,
Sino para el dolor; y de alegría,
En quanto amando viva, despedido.

Conmigo este mi afán y suerte mía
Tempraxo acabará con pena indina,
Que no dura en dolor luenga porfia.

Pues consiente mi excesa luz divina
Que celebre la gloria de su nombre,
Y al cuerpo humano el fuego suyo afina;

Hacer sublime espero su renombre,
Y que en sus fines últimos la aurora,
Y el negro hielo y frio mar lo nombre.

Ensalce al veris luto en voz canora
El tierno, dulce y amador Toscano
La belleza y el bien, que humilde honora.

Que yo canto, aunque el duro amor tirano
En mis entrañas fiero el odio incita,
El valor de mi hambre soberano,

Y si en mi pena y hisma infinita
Se me concede espacio de reposo,
Su memoria en el tiempo será escrita.

En tanto, á do alza Bétis delectoso
Las verdes cañas, y la ovosa frente
Del puro vaso de cristal hermoso,

Y con llena, espumosa, alta corriente
 Entra, donde Neptuno la encha y honda
 Ribera ocupa y ciñe de Occidente;

En la rica, dorada y fértil onda
 Haré los sacros juegos en su gloria,
 Y que el coro de Náyades responda.

Y al árbol generoso de victoria
 Remilirá el tierno mirto, aunque mi canto
 Por sí no espera honrarse en tal memoria.

¡Quantas veces rei del blando llanto
 De Lazo, cuyo igual no sufre España,
 Ni tiene á quien venerar y precie tanto!

Qualquier dolor de amor, qualquier hazaña,
 Me pareció, y aquel temor fugido
 Que ahora siento bien su fuerza extraña.

Amor, que no comporta un atrevido
 Y libertado pecho, el arco fiero
 Torció, y al desarmar dió un gran sonido.

Pasóme el corazon, y con severo
 Imperio me usurpó el dichoso estado,
 En que ufano cuídé vivir primero.

Quedé siempre cautivo y sojuzgado
 De tales dos estrellas, que en el cielo
 A todas la hermosad han despojado.

Y en la purpúrea red y rico velo
 De la hermosa frente vi mi vida
 Presa, sin esperar algun consuelo.

Mas tal bien, y tal honra vi ofrecida
 A los trabajos míos, que contento
 Justamente la di por bien perdida.

De allí el soberbio y animoso intento
 Oscuro de mi canto quedar pudo,
 Que solo dió lugar á mi tormento:

Y aquel rayo de Júpiter sañudo,
 Y los fieros Gigantes derrihados,
 Principio de mis versos grande y rudo;

Y el valor de Españoles, olvidados
 Finciron, que pudieron en mi pena
 Mas mis nuevos dolores y cuidados.

Entre armas, y entre hierro mal resuena
 Causado, el noble espíritu amoroso,
 Del mal, que su sosiego desordena.

Dichoso, quien en verso generoso
 Celebra las hazañas inmortales,
 Y el vigor y el esfuerzo valeroso.

O quien en las regiones celestiales
 Termina el vuelo, y de su cumbre mira
 La vanidad, y cosas de mortales.

Quien de una bella luz arde y suspira,
 Quien se ve condenado al mal presente,
 Que de su pensamiento no retira;

No puede contemplar al sol lucente,
 Ni admirar la virtud, y el nombre ageno,
 Que amor tanto reposo no consiente.

Haata el dolor, en que muriendo peno,
Si cabe esta memoria en el mal nio,
Y de mi gloria ausente el tiempo bueno.

Mas yo temo, que yaze en horror frio
Que el ánimo es presago de su dño,
Del olvido, en que triste desconfío.

Fué siempre á mi deseo amor extraño,
Indució mi congoja y sentimiento,
Y me encubrió la sombra de mi engaño.

Mas pues que desconorto el pensamiento,
O siga olvido, ó el desden me liera,
Ya estoy hecho á cansar el sufrimiento.

Por do me lleva injusta suerte fiera,
Irán conmigo solos mis enojos,
Hasta el fin miserable que me espera.

Y siempre volveré los mustios ojos,
Dónde quedó (y do yo quedar deseo)
Mi gloria, mi fortuna y mis despojos.

Si de ellos levantara algun trofeo
Mi Luz, espero ver, que por ventura
Tierna se muestre, y mansa á mi deseo.

No es de roca engendrada alpestre y dura,
Es blanda y cortesmente piadosa,
Y canta mi pasión mi desventura.

En color de suave y pura rosa,
Dulces ojos y angelica armonia
Y noble trato, y gracia deleytosa

No reyna crueldad; ni ser podria,
Que en celestial belleza se hallase
Deseo de la pena y muerte mia.

Si á los hondos estrechos me llevase
Amor del ludo Océano, ó perdido
En la Africana arena me abrasase;

Firme siempre estaria, no randido;
Que en pecho, mas que fino diamante,
Está fixo el cuidado y esculpido.

Si puede ser, que Iperion levanto
Prüvera luz de España, y que el corriente
Ganges no entre en el gofo resonante;

Esperar se podrá, que al pecho ardiente
Oprima el frio intenso de la nieve,
O mitigue su fuego vehemente

La lluvia que en mi faz continuo llueve,
Regalar puede bien el puro yelo,
Aunque apretar su fuerza áquilon pruebe.

Gracias humilde hago al alto cielo,
Que ya que me perdí en mi daño cierto,
Monstró en mi tiempo esta mi Estrella al suelo.

Amor, quando el pesado cuerpo muerto
Mi espíritu dexare, á mi luz bella
Presenta mi peligro descubierto;

Que una lagrima puede sola de ella
Renovarme la gloria de la vida;
¡Dichosa, si tal bien hallase en ella!

En tanto que mi snerte aborrecida
Me aqueza, contaré desamparado
Mi presente fortuna y la perdida,
De todas esperanzas apartado.

ELEGÍA III.

Pues la luz, que escogí por cierta guía,
Sobira oscura del cielo me defiende;
Llora conmigo, amor, la pena mía.

Ya sobre mi nublado horror descende,
Y me affige la muerte, y rinde á llanto,
Que el fuego que me abrasa airado enciende.

En lágrimas deshago el triste canto,
Y en ellas ya debería estar deshecho
El duro corazon, que sufre tanto.

¿Que aspera condicion del fiero pecho
En tan sinestro caso me levanta,
Y me torcea á sufrir tan impio hecho?

¿Como explicar podré congoja tanta,
Si faltan las palabras, si el efecto
Triste el sentido misero quebranta?

¿Que podré ya tener? ¿que tierno afeto
Habrá que ablande en parte mi dureza,
Pues vivo en tal dolor con mal secreto?

¿Quien me impide mirar la gran belleza,
El celestial semblante y armonia
Que destrubian toda mi tristeza?

Ya para mí se ha oscurecido el día;
Y pues en las tinieblas me lamento,
Llora conmigo, amor, la pena mía.

El puro fuego, aquel divino aliento
Que en el blando y rendido pecho mio
Mi sol bello envió de un alto asiento,

Se altera con rigor en yelo frio,
Y acaba de la vida ya suspensa
La parte que estrenó mi desvario.

Y la virtud de la alma y fuerza inmensa
Que me llevaba sin graveza al cielo,
Entorpecida está de nieve intensa.

Ya no pretendo yo encombrar el vuelo
A algun favor, que estoy desconfiado,
Sin bien, oscuro y derribado al suelo.

Queda solo este bien á mi cuidado
Renovar con dolor esta memoria;
Amor, lloremos mi dichoso estado.

¿A do el favor antiguo? ¿á do la gloria
De mi pasado tiempo y venturoso?

¿A do tantos despojos y vitoria?

Collados altos, bosque delectoso,
Fuente abundosa, y agradable puesto,
Testigos de mi bien y mi reposo;

¿A do las luces y el semblante honesto,
El oro en rico cerco recogido
Con bello error en torno ó descompuesto?

¿A do el coral lustroso y encendido,
Y el color dulce de suave rosa
Tiernamente tal vez descolorido?

¿A do la blanca mano y generosa
Que el yngo puso blandamente al cuello,
Y fue prenda a mí alma dolorosa?

¿A do el ardor luciente del cabello?
¿A do mas que marfil, y no tocada
Nieva del pecho tierno el esador bello?

¿A do la perfeccion, nunca imitada
De aquella imagen viva y hermosura
Con envidia de todas admirada?

¿Que fuerza de astro, que cruel ventura
Puede apartarme el bien de mi deseo?

¿De mi grave temor quien me asegura
En un mismo lugar está, y no veo
La luz que á el alma da virtud ercida,
Y pierdo el bien que siempre ver deseo.

Grande dolor! pero en cuñada vida
Bien lo debe abrazar, quien lo consiente,
Y sufre sustentar esta envida.

Si donde el sol se asconde de la gente,
O á do en rosado carro va á la Aurora
Con purpúro celage y blanca frente,

Fortuna, de mi daño causadora,
Me llevase esta luz serena y bella
Que humilde reconozco por señora;

Aunque

Aunque mil muertes me ofreciese en ella,
Por la tiniebla y claridad del dia
Buscando iria mi fatal estrella.

Y ahora una enemiga compañía
El paso al bien abierto me deslata;
Llora como, amor, la pena mia.

En esta soledad me satisface
Quanto es triste y á muchos insufrible,
Y todo extraño desconcierto aplice.

¿Quien espera en amor, si aborrecible
Su bien y su mal es en su mudanza,
Y quanto mas alhaga mas terrible?

Si pudiese perderse la esperanza,
¿O quan breve seria el ciego engaño
Que nace de amorosa confianza!

Porque descubriria el desengaño
Presente al cielo que mis culpas mira
La vanidad y causa de su daño.

¿Misero, quien estima y quien admira
Simple tan frágil fuerza, y olvidado
De sí su perdicion busca y suspira!

Pues yo ausente aun no estoy desesperado;
Para que no desmaye el dolor crudo,
Amor, lloremos mi dichoso estado.

Mis quejas oyga el impetu saúdo

Tomo I.

25

De Vulturno, y las lleve resonando
Do Iperion asconde el rayo agudo.

Y traspase de allí el caliente bando,
Y la llena region de fria nieve,
Mi cuidada y dolor multiplicando.

Mi daño alcance quien sulcando debe
Abrir el hondo lago de Neptuno;
Y quita, ó Marte, á tu furor se atreve.

Si se bailare desdichado alguno,
Que tuvo bien, y lo perdió, este puede,
Consejo en mi tener mas oportuno.

Escrita mi infelice historia quede
En bronce; y lllore de mi gloria muerta
Quejoso el mal, que á tanto bien sucede.

Si algun amante en esta parte incierta
Llegare, lleno de mortal fatiga,
Y con dolor herido, y cuita cierta;

Señale en esta arena, y mustio diga,
Aquí no entra quien no es desdichado,
Y aquí la suerte á todo afan obliga.

En tanto que se acerca el impio lado,
Y nos escucha esta ribera fria,
Lloremos, ojos, mi trinchado estado.

Llore lúctis los versos que me oís;
Y tú que no te ofendes de mis males
Llora conmigo, amor, la pena mía.

Las aves con sus cantos desiguales
Acompañan la voz de mi lamento,
Y de esta fuente rotos los cristales.

No es mi queja mayor que mi tormento,
Que el corazón que tengo es bien bastante
Para qualquier profundo sentinarato.

Mas este que padrezco, va delante
A todos quantos tiene el amor fiero,
Ni puede alguno ser su semejante.

Desconfío, aborrezco, amo, espero,
Y llega á tal extremo el desconcierto,
Que ya no sé si quiero ó si no quiero:

Testigo es de mis males el desierto
Que me ve en su desnuda y roxa arena
Vencido de dolor y casi muerto.

Cándida Luna, que con luz serena
Oyes atentamente el llanto mio,
¿Has visto en otro amante otra igual pena?

Mírame en este solo y hondo rio
Lamentando mi mal con su ruido,
Y me cubre del cielo el manto frío.

Repara el carro instable á mi gemido;
Y pues amor toco su esento pecho,
Duelete de quien ama tan perdido.

Así el dormido jóven, satisfecho
Del hermoso fulgor de tu luz pura
Amancille jamas tu alegre pecho.

Pues de nieblas la faz rompiste oscura,
Para mirar el tiempo ufano y ledo,
Quando pude esperar de mi ventura,

En este mal en que me vence el miedo,
Ofrece algun remedio á tanto daño;
Pues valerme en mis ansias nunca puedo.

Que en este mi infortunio y mal extraño
Por ventura la suerte ofréciera
Algun flaco reparo á tal engaño.

Mas pues Diana sigue su alta via,
Y acogida á mis lágrimas me niega,
Llora conmigo, amor; la pena mis.

Ya que mudanza á tanto mal no llega,
Y roto del mar negro en la onda fiera,
Cruel fortuna á lústinas me entrega;

De este sonante río en la ribera,
Esperaré, si soy de tal bien digno,
Que mi esquivá pasión conmigo muera:

Y seré en esta tierra triste, indigno
Exemplo del dolor, que amor presenta
Al mas dichoso amante y mas mezquino.

Cubrirá mi sepulcro esta sedienta
Arena que el sol hierde en luengo día,
Y un verso que declare así mi afrenta.

Dió ausencia y soledad siendo su guía
A un misero amador injusta muerte,

Amor que siempre fué en su compañía
Yace con él en una misma suerte.

ELEGIA IV.

Bien debes esconder, sereno cielo,
Tus luces, y texer de oscuro manto
En torno lornamente el ancho velo;

Y España deslacerse en mustio llanto,
Y volver en un triste sentimiento
Siempre la dulce voz, y alegre canto;

Y Bética remover del hondo asiento
Negras ondas, creciendo el mar hinchado
El curso de su misero lamento

Pues ¡oh dolor tardo temido! el hado
Pudo tirado robar la luz hermosa
Al suelo eternamente despojado.

Perpetua sombra y niebla tenebrosa
Disconorte los pechos espantados
De dureza tan aspera y llorosa.

Acábense con este los cuidados,
Las congojas antiguas, y el gemido
Por todos los sucesos desdichados.

El sol de hermosura esclarecido,
Rayo de la divina hermosura
Yace en fría tiniebla oscurecido.

Quien pudo ver la luz suave y pura,
Clarísima Eliodora, de tus ojos,
Nunca esperó tan grande desventura.

Las ricas hebras, lucidos manojos
De oro terso, sutil y ensoñado,
Son ya de muerte miseros despojos.

Vese el dulce color amortiguado,
Y sin vigor la bella y blanca frente,
Y queda el cuello apuesto derribado.

El blanco trato, el corazón clemente,
La gracia generosa y cortesía,
La fe y modestia, y la virtud presente

Entrega un desdichado, y cruel día
En duros brazos de la muerte fiera,
Quando ménos al miedo se debía.

Esa engañosa vida lisongera
Desierta, y en confuso error perdida,
Después de tanto mal, ¿ que bien espera?

Con esta triste y última partida
Es dulce vida ya la amarga muerte,
Y amarga muerte ya la dulce vida.

Ningun caso tan áspero, ó tan fuerte
Estrago, y ningún impetu sañoso
Del cielo, que contrasta nuestra suerte,

Puede, aunque quebrantando proceloso,
Araucque gruesos muros bien trabados,
Y se confunda el orbe temeroso;

Bruñir los corazones levantados;
Que el valor glorioso los alienta,
Entre peligros mil nunca turbados.

Mas esta, que enemiga se presenta,
Y deshace cruel con impia mano
La verde flor, indigna de esta afrenta;

Al mas excelso pecho, y sobre humano
Desanda de la usada fortaleza,
Que contra su rigor se opone en vano.

Terrible mal, pero común tristeza,
Que desbarata la ambicion profana,
Freno de vanas pompas y grandeza.

Contra esta furia, rígida tirana,
Solo finca un reparo no ofendido,
Que es la ardiente virtud y soberana.

Rompa el cielo, en mil rayos enoñado,
Y con pavor horrisono cayendo,
Se despedaze en hórrido estampido:

Tal es, que este furor y horror tremendo,
Y quanto conspirare por su daño,
Replido ante ella quedará gimiendo.

Bien puede al hombre ciego y dola extraño,
Enflaquecer; y su memoria injusta
Acabar del olvido en lento engaño.

Mas nunca podrá haber victoria justa
De quien se aparta, y singular contino
Sigue, y alcanza al bien con gloria augusta.

Dichoso aquel espíritu divino,
Que la alta frente descubrió seguro,
Sin temer el común peligro indiano.

Y al estrellado claustro y ardor puro
Encumbro el fácil vuelo en paz, purgado
De cortés mortal y error oscuro.

Si amor de la virtud jamas cansado,
Si piedad, si corazón honesto,
Si sufrimiento á penas casado;

Y si ánimo humillado, y bien dispuesto;
Si trabajos de inmenso sentimiento;
Si á santas obras pecho firme y pausto,

Paeden de este apartado y grave asiento
Colocarte, ó sin par bella Eñodora,
En los giros de eterno movimiento;

Tú serás en el cielo nueva Aurora,
Antes luciente Sol, que muestre al día
La riqueza y valor que en tí atesora.

Y quando la desnuda noche fría
Oscuraleza el fulgor, serás Lucero,
Que descubra en su horror serena vía.

Y viendo el color tuyo verdadero,
Variado en la púrpura y la nieve
Y el oro, que igual nunca vió el Ibero;

Dirá, quien te mirare, si osar debe
En tanto mal, ingrato á tu belleza,
¿ El impio hado á tanto bien se atreve ?

Tú jamas descansaste en la estrechez
Que tu alma ofendia, y padeciste
Dolor, y s'empre afanes y tristez.

No quiso el claro Olimpo, ni pudiste
Ya esperar mas trabajos, y dexaste
Alegre al cielo todo, á España triste.

Contigo arrebatado nos llevaste
El deseo de amor honesto y santo,
Con el que en nuestros pechos inflamaste.

Yo canté tu valor, y ahora canto
El premio merecido de tu gloria,
Aunque á la voz impide el tierno llanto:

Mas en mi no desmaya la memoria
De tu virtud, de quien el tibio olvido
Desespere ganar jamas victoria;

Y veo, que es el llanto mal perdido;
Porque descansas libre ya, y segura,
Y la ocasion de mi dolor olvido.

No podia tu inmensa hermosura,
Tu valor, tu divino entendimiento
Contento sosegar en sombra oscura;

Y desdenando, el duro ligamiento
Desalzaste, y en leve vaslo suelta
Pisas el cerco etéreo, y firme asiento.

Si puede renovarte alguna vuelta
La memoria del suelo despreciado,
En dichosa alegría y lien envuelta;

Da esfuerzo á este mi espíritu cuidado,
Para sufrir la acerba y luenga pena
De esta vida la lástima y cuidado,

Que ya de la esperanza se enagena
Ya su intento engañado y error siente,
Y en tormento molesto se condena.

Que en tu honra inclinado el Occidente
El río Ebro, el Tajo caudaloso
Venerará este día humildemente.

El Ectis, que contigo fué dichoso;
Pero ya desdichado que te pierde,
Y triste, y sin el ancho curso hondoso;

En medio de su fértil campo verde
Hará, que el coro todo se levante
De Ninfas, que con dulce voz concuerde;

Y moviendo en el piélago de Atlante
La frente por su abierto y hondo seno,
Con impetu estendido, resonante,

Dará ocasion, que el mar de penas lleno,
Alee el canto en tu gloria, rodeando
Sus bandas, de otra alguna voz ageno.

Hasta que el claro son multiplicando
Entre volviendo el paso en el Egeo,
En el último Euxino reparando.

Y, si el cielo, presente á mi deseo,
No corta el hilo frágil de esta vida,
Y al canto aspira espíritu Febeo;

Espero, tu memoria esclarecida
Hacer insigne exemplo de la fama,
Prenda solo á mis lágrimas debida.

Y quien oír pudiere de tu llama
Viva el puro esplendor, y la belleza,
Que, por quanto el sol cerca, se derrama,

Culpara de sus hados la dureza
Que le negó admirar en este suelo
La luz excelsa de inclita grandeza.

Alma dichosa, tú que al alto cielo
Enriqueces alegre, y gloriosa
Te cubres de purpúreo y sutil velo;

Vuelve á mirar á España lastimosa
En tu partida, que de bien ya agena,
Yace en terreno afecto congajosa.

Esta triste ribera, de afán llena,
Que vió desaparecer su blanca Aurora,
Con mustio verso murmurando suena:

• La sublime y bellísima Eliodora,
Roto el cansado y grave peso frío,
Abrasada en la eterna luz que adora,
Es tutela del sacro Esperio río.

ÉGLOGA VENATORIA.

De aljaba y arco, tu Dima armada,
Que por el monte umbroso y extendido
Fatiga á las fieras presurosa,

Huye del alto Ladmo, desdichada,
 Donde tu cazador duerme escondido;
 Que ya otra cazadora mas hermosa
 Persegue impetuosa
 Al Jahali espumoso y enojado;
 Que ya otra mas hermosa cazadora
 Al ciervo sigue ahora.
 Si Endimion la viere, tu cuidado,
 Venciendo de las fieras la braveza,
 Te dexará por ella con tristeza,

A Endimion no dexes tú, Diana,
 Queda con él, no siga al amor mio:
 Tu amor, Endimion, esté contigo;
 En la callada noche, en la mañana,
 Al sol ardiente, al importuno frio
 Mi dulce cazadora esté conmigo:
 Este bosque es testigo,
 Quantas veces la llamo, y busco en vano,
 La aurora me oye sola sin su amante,
 Y si ofrece delante,
 Quando espera las fieras en lo llano,
 Suspira ella su amor, yo lloro el mio,
 Si al monte mira, yo á mi valle y rio.

Hermosa cazadora, que has llevado
 Del frio bosque mi herido pecho,
 Con el cabello de oro suelto al viento,
 Y de flores y rosas coronado;
 ¿Eres Napea de este valle estrecho,

Que

Que alcanza con ligero movimiento,
 Al Jahali sediento,
 Y del ciervo la planta voladora?
 Que tu paso, tu voz y tu belleza,
 Mas que mortal grandeza
 Descubre á tu Melanio que te adora:
 Tal va Cintia con trage soberano,
 Y enciende en fuego al amador Silvano.

¿Que Dios, ó Clearista, te ha ofrecido
 A mis ojos, corriendo yo una fiera
 Sin cuidado de amor, y vista largo
 Te me llevó, dexándome perdido,
 Porque en llama inmortal ardiendo muera?
 De tus luces probó el tirano fuego
 Con mi daño su fuego.
 Mas tú habites el bosque oscuro y prado,
 O la tendida selva de este rio,
 Jamas del pecho mio
 Se apartará el amor que me ha abrasado:
 El bosque y prado del amor testigo,
 A suarte aprenderán tambien conmigo.

O la ligera garza levantando
 Mire al halcon veloce y ztrevido,
 O espere el Jahali cerdoso y fiero,
 O la aura entre los árboles gozando,
 Con silencio y voz muda lo escondido
 Del pecho solo lloraré primero,
 El dolor en que muero.

Tempo I.

26

Sin tí el veloz caballo, el rayo ardiente
Del imitado trueno, y la sabrosa
Caza me es enojosa,
Pues tú me dexas misero y doliente;
Todo me agrada y será mi gloria
Si vuelves, y de mí tienes memoria.

¿Por que huyes y quieres que sin lumbré
En estas breñas muera con tormento,
Y no miras tu amante que te llama?
Baxa de esa fragosa y alta cumbre,
Que según el ruido grave siento,
Por entre una y otra espesa rama
Que las hojas derrama,
Un feroz Jabali se ha recogido:
Con el arco en la blanca y tierna mano
Baxa, que antes que al llano
Llegues, atravesado y extendido
De mí venablo, y muerto, la espumosa
Cabeza llevarás victoriosa.

No fies, Clearista, en tu belleza
Que vendrá el día en que las hebras de oro
Mude la edad ligera en blanca plata.
Antes muera que vea tu tristeza:
¿Mas para que suspiro triste y lloro
Por quien á mis querellas es ingrata?
¿Si tu dureza mata,
A quien te sigue, aquel que te aborrece
Que pena habrá que iguale con su culpa?

¿Pero quien do te culpa
Pues sigo solo el mal que se me ofrece?
Suspenso en el amor y en el desco
Al fin doy en un ciego devaneo.

Mas vos, amores roxos, dulcemente
Dexad las ondas claras de Citera,
Y á mi Ninfas herid con vuestra llama;
Que su hermosa flor perder no siente,
Sin fruto, inútil, en la edad primera.
Y tú, Lafonia, pues amor te inflama
Quando el monte te llama
Por el dormido amante, y ya el tormento
Conoces del amor; si he venerado
Tus aras, y colgado
Del Jabali terrible y violento
La alta frente y del ciervo la ramosa;
Muéstrate á mis dolores piadosa.

Si contigo viviera, Ninfá mia,
En esta selva tu sutil cabello
Adornara de rosas, y cogiera
Las frutas varias en el nuevo día.
Las blancas plumas del gallardo cuello
De la garza ofreciendo, y te traxera
De la silvestre fiera
Los despojos, contigo recostado,
Y á la sombra cantando tu belleza,
Y en la verdh corteza
De la frondosa encina, mi cuidado

Entendiendo conmigo, lo leyeras,
Y sobre mí las flores esparcieras.

¡ Ah quantas veces entre aqueste juego
A tu cuello los brazos rodeara,
Y en tus ojos mis ojos encendiendo,
Quando mas descuidada de mi fuego
A tu boca el espíritu robara
Mi espíritu en el tuyo convirtiendo,
Dulcemente muriendo!
Esto preciará mas que ver el vuelo
Del halcon, mas que dar de un golpe muerte
Al Jabali mas fuerte,
O alcanzar por el ancho y largo suelo
Junto al agua herido y sin aliento
El ciervo que atras dexa el presto viento.

No dudes, ven conmigo, Ninfa mia:
Yo no soy feo aunque mi alviva frente
No se muestra á la tuya semejante;
Mas tengo amor, y fuerza, y osadía,
Y tengo parecer de hombre valiente,
Que al cazador conviene este semblante
Robusto y arrogante:
Iremos á la frente, al dulce frio,
Y en blando sueño puestos al ruido
Del murmurio esparcido
Del agua, tú en mis brazos, amor mio,
Y yo en los tuyos blancos y hermosos,
A los Faunos haria envidiosos.

Mas si te agrada; y ¡ oh si te agradase!
Ven conmigo á esta sombra do resuena
La aura en los ciclamones revestidos
De yedra, do se vió jamas que entrase
Alzado el sol con luz ardiente y llena.
Aqui hay salamos verdes y crecidos,
Y los pobos florides,
Y el fresco prado riega la alta fuente,
Con murmurio suave y sosegado:
Aqui el tiempo templando
Te convida á huir el sol caliente:
Ven, Clearista, ven ya, Ninfa mia
Este prado te llama, y fuente fria.

IDILIO.

El sol del alto cerco descendia,
Y el paso lentamente apresuraba,
Y no espiraba la aura mansa y fria;
Quando suspenso el curso, con que lava
El sacro muro, honor de Esperia y fama,
Bétis la frente ovusa triste alzaba.
No viendo la cruel por quien derrama
Mil suspiros lloroso, en voz agena
Dixo, ardiendo de amor en siera llama:
¿ A donde estas? escucha de mi pena
La fuerza, que en tu ausencia reverdece,
Y á mayor mal me obliga y me condena.

Ven, Ninfa, adonde el ciclamor florece,
Que en la entrepuenta yedra está sombrío,
Y do, al timbre igualando el pobo crece:

Que todo quanto abraza este gran río
Es mio, y será tuyo, si tú vienes.

Ven, ven; ó Galatea, al llanto mío,

Que tardas? ¿por que, ingrata, te detienes?

No cansas mi esperanza, que afligida
Penando en confusión y en miedo tienes.

Una guirnalda guardo retexida
De siempre ardientes rosas, blancas flores,
Y de violas blandas esparcida,

Que enlazada en tu frente con olores
Que cría el Oriente fortunado
Encenderás los sítiros de amores.

Cubrirá de ostro asirio un estimado
Y rico manto el cuerpo bello y puro,
Envidia de las Náydes y cuidado.

Consagraré á tu nombre un bosque oscuro
Con espinados árboles tendido,
Que nunca ote cortar el hierro duro.

Mas esto, Galatea, si rendido
No ha tu altivo corazón, yo quiero
Prometer otro don mas escogido.

Las torres que el Tebano alzó primero
Mira á quien la cerúlea y alta fuente
Y el curso inclina el mar de Atlante fiero;

Do vibra la asta Marte, que caliente
Bañó en la sangre Manz, y lleno de ira
Pone á la Aurora el yugo y á Occidente.

Donde valor, virtud el cielo inspira,
La grandeza el imperio glorioso,
Y felice fortuna siempre aspira.

En estos dará Febo poderoso
A sublimes espíritus noble aliento
Con industria y cuidado generoso.

Habrás quien cante humilde su tormento,
Quien beliger horror y aguda espada,
Y quien el dulce y rústico lamento.

Que aunque tú de pastores celebrada
Seas en Aretusa y Mincio lrio,
Y del lascivo Salmónes cantada;

Si atiendes á su alegre devuario
Te agradará en mis brazos blandamente
Su canto que suspira el dolor mio.

Ven pues, ven, Galatea; que el ardiente
Calor á estas mis ondas te convida,
Templadas con el zéfiro presente,

Y en la secreta urna y escondida
Trataremos de amor suave y blando,
Sin nunca desear mas dulce tida.

Cantando yo, tú ayudarás sonando,
Y la zampoña y canto confundido
Con lazo estrecho al fin ira cesando;

¡Dichoso yo, si alcanzo lo que pido!
Que si lo alcanzaré, pues tu deseo
No aborrece los juegos de Cupido.

Aunque á la Sircusia Ninfa Alfeo
Busque, y con Iliá el Tebro venturoso
Y esté con Tiro el horrido Enipeo;

Enalzaré yo el curso espacioso
Con puras ondas, esmaltado y lleno
De esmeraldas el suelo delectoso.

Y el vaso de cristal y el claro seno
Coronaré con oro y perlas bellas,
La aura esparciendo espíritu sereno.

Infundirán propicias tus estrellas
Virtud al campo alegre y flor hermosa,
Y arderé yo inflamado en sus contellas.

¿Que lira labra, que cítara llorosa,
Que no se rinda, humilde, y dé la gloria?
¿Que silvestre zampaña y amorosa?

Será eterna y sagrada tu memoria
En quanto cima el mar, y Cinto vea;
Pues das al amor mio esta victoria,
Mi dulce, bella, amada Galatea.

DE BALTASAR DE ESCOBAR,
en elogio de Herrera.

SONETO.

Así cantaba en dulce son Herrera,
Gloria del Bétis espacioso, quando
Iba las quejas amorosas dando,
A la mansa corriente en su ribera;

Y las Ninfas del bosque en la frontera
Selva de Alcides todas escuchando;
Y en cortezas de olivos entallando
Sus versos, qual si Apolo los dixera.

Y porque, tiempo, tú no los consumas,
En estas hojas trasladados fueron
Por sacras manos del Castalio coro:

Diéron los Cisnes de sus blancas plumas,
Y del río las Ninfas esparcieron
Para enxugarlos sus arenas de oro.

NOTICIAS DE FELIXANDO DE HERRERA.

De pocos literatos hay ménos noticias que de este poeta Sevillano, á pesar de su celebridad. Es de admirar que habiendo sido uno de los hombres mas famosos por su saber, nos creyese en nuestros tiempos tan poco interesados en las particularidades de su vida, que nos hayan dexado ignorar quando nació, qual fué su suerte, y quando ó donde murió.

Francisco Pacheco nos dejó el retrato de su amigo Herrera, y conservó parte de sus poesías, haciéndolas reimprimir en Sevilla, después de la muerte del autor, en 1619. Ya en 1582 se había publicado en dicha Ciudad un tomo de sus versos, y en 1580 sus *Anotaciones á Garcilaso*. Por estos datos podemos venir en conocimiento de que Herrera debió nacer á principios del siglo 16, supuesto que vivió hasta una edad muy avanzada, y que ya había muerto en los primeros años del 17. Por una desgracia que se ignora pereció el manuscrito de las poesías que tenía preparadas para la prensa, y la misma suerte cupo á otros trabajos históricos y literarios á que se había dedicado en su vida, consagrada toda al estudio y al retiro.

POESÍAS

DE FRANCISCO DE RIOJA. (*)

SILVAS.

I.

A la Rosa.

PUNA, encendida rosa,
 Emula de la llama
 Que sale con el día,
 ¿ Como naces tan llena de alegría,
 Si sabes que la edad, que te da el cielo,
 Es apenas un breve y veloz vuelo?
 Y no valdrán las puntas de tu rama,
 Ni tu púrpura hermosa,

(*) Sevillano: nació en 1659, de edad, según se dice, muy avanzada. Fue Racionero de la Iglesia de Sevilla, Inquisidor en la Suprema, y grande amigo del Conde Duque de Olivares. Aunque bastante posterior á Herrera, se colocan sus poesías en este lugar, por ser de la misma escuela, y mas satúrgas en gusto y carácter á las de este autor, que á las de sus contemporáneos.

Francisco Pacheco nos dejó el retrato de su amigo Herrera, y conservó parte de sus poesías, haciéndolas reimprimir en Sevilla, después de la muerte del autor, en 1619. Ya en 1582 se había publicado en dicha Ciudad un tomo de sus versos, y en 1580 sus *Anotaciones á Garcilaso*. Por estos datos podemos venir en conocimiento de que Herrera debió nacer á principios del siglo 16, supuesto que vivió hasta una edad muy avanzada, y que ya había muerto en los primeros años del 17. Por una desgracia que se ignora pereció el manuscrito de las poesías que tenía preparadas para la prensa, y la misma suerte cupo á otros trabajos históricos y literarios á que se había dedicado en su vida, consagrada toda al estudio y al retiro.

POESÍAS

DE FRANCISCO DE RIOJA. (*)

SILVAS.

I.

A la Rosa.

PUNA, encendida rosa,
 Emula de la llama
 Que sale con el día,
 ¿ Como naces tan llena de alegría,
 Si sabes que la edad, que te da el cielo,
 Es apenas un breve y veloz vuelo?
 Y no valdrán las puntas de tu rama,
 Ni tu púrpura hermosa,

(*) Sevillano: nació en 1659, de edad, según se dice, muy avanzada. Fue Racionero de la Iglesia de Sevilla, Inquisidor en la Suprema, y grande amigo del Conde Duque de Olivares. Aunque bastante posterior á Herrera, se colocan sus poesías en este lugar, por ser de la misma escuela, y mas satúrgas en gusto y carácter á las de este autor, que á las de sus contemporáneos.

A detener un punto
 La ejecución del hado presurosa.
 El mismo cerco alado,
 Que estoy viendo tiente,
 Ya temo amortiguado,
 Presto despojo de la llama ardiente.
 Para las hojas de tu crepao seno
 Te dió amor de sus alas blandas plumas,
 Y oro de su cabella dió á tu frente.
 ¡O fiel imagen suya peregrina!
 Búñote en su color, sangre divina,
 De la edad que diéron las espumas.
 ¿Y esto, purpúrea flor, esto no pudo
 Hacer menos violento el rayo agudo?
 Róhate en una hora,
 Róhate licencioso su ardimiento
 El color y el aliento:
 Tiendes aun no las alas abrasadas,
 Y ya vuelan al suelo desmayadas:
 Tan cerca, tan unida
 Está al morir tu vida,
 Que dudo si en sus lágrimas la aurora
 Mustia tu nacimiento ó muerte floza.

II.

Al Clavel.

A ti, Clavel ardiente,
 Envidias de la llama y de la aurora,
 Miró al nacer mas blandamente Flora:

Color

Color te dió excelente,
 Y del año las horas mas suaves.
 Quando á la excelsa cumbre de Montcayo
 Rompe luciente sol las canas nieves
 Con mas caliente rayo,
 Tiendes igual las hojas abrasadas;
 ¿Mas quien sabe, si á Flora el color debes,
 Quando debas las horas mas templadas?
 Amor, Amor sin duda dulcemente
 Te bañó de su llama resplendente,
 Y te dió el puro aliento soberano:
 Que eres, flor encendida,
 Pública admiracion de la belleza,
 Lustre y ornato á puro y blanca mano,
 Y ornato, lustre y vida
 Al mas hermoso pelo
 Que corona nevada y tersa frente;
 Sola merced de amor, no de suplicas
 Otra doidad alguna.
 ¡O flor de alta fortuna!
 Quantas veces te miro
 Entre los admirables luzos de oro,
 Por quien floza y suspiro,
 Por quien suspiro y floza,
 En envidia y amor junto me enciendo.
 Si forman por la pura nieve y rosa,
 Diré mejor por el luciente cielo
 Las dulces hebras amoroso velo;
 Quedas, Clavel, en cárcel amorosa

Tomo I.

27

Con gloria peregrina aprisionado.
 Si al dulce labio llegas que provoca
 A suave deleyte al mas helado;
 Luego que tu encendido seno toca,
 A tu color sangriento
 Vueltas ay, ó dolor! mas abrasador:
 ¿Dióte Naturaleza sentimiento?
 ¡O yo dichoso á haberseme negado!
 Hable mas de tu olor y de tu fuego
 Aquel, á quien envidias de favores
 No alteran el sosiego.

III.

Al Jazmin.

¡O en pura nieve y púrpura bañado,
 Jazmin, gloria y honor del seco Estio!
 ¿Qual habrás tan ilustre entre las flores,
 Hermosa flor que competir presume
 Con tu fragante espíritu y colores?
 Tuyo es el principado.
 Entre el copioso número que pinta
 Con su pincel y con su varia tinta
 El florido Verano,
 Naciste entre la espuma
 De las ondas sonantes
 Que blandas rompe y tiende el Ponto en Chlo;
 Y quizá te formó suprema mano,
 Como á Venus tambien de su rocío:

Y si no es rumor vano
 La misma blanca diosa de Citera,
 Quando del mar salió la vez primera,
 Por da en la espuma el blando pie estampaba
 De la playa arenosa
 Albos jazmines daba;
 Y de la tersa nieve y de la rosa,
 Que el tierno pie ocupaba,
 Piel copia apareció en tan breves hojas.
 La dulce flor de su divino aliento
 Liberal escondió en tu cerco alado:
 Hizo inmortal en el verdor tu planta,
 El soplo la respeta mas violento,
 Que impele vuelto en nieve el cierzo frio,
 Y la luz mas flameante,
 Que Apolo esparce altivo y arrogante.
 Si de suave olor despoja ardiente
 La blanca flor divina,
 Y amenaza á su cuello y á su frente
 Cierta y veloz ruina,
 Nunca tan licenciosa se adelanta
 Que al incansable suceder se opone.
 De la nevada copia,
 Que siempre al mayor sol igual florece,
 E igual al mayor hielo resplandece.
 ¡O Jazmin glorioso!
 Tú solo eres cuidado deleytoso
 De la sin par hermosa Citera,
 Y tú tambien su imagen peregrina.

Tu cándida pureza
 Es mas de mi estimada,
 Por nueva emulacion de la belleza
 De la aliva luz mila,
 Que por obra sagrada
 De la rosada planta de Diono :
 A tu excelsa blancura
 Admiration se debe,
 Por imitar de su color la nieve,
 Y á tus perfles roxos,
 Por emular los cercos de sus ojos.
 Quando renace el dia
 Fogoso en Oriente,
 Y con color medrao en Occidente,
 De la espantable sombra se desvia,
 Y el dulce olor te vuelve
 Que apaga el frio, y que el calor resuelve;
 Al espíritu tuyo
 Ninguno habrá que iguale:
 Porque entónçes imitas
 Al puro-olor que de sus labios sale.
 Oh! corona mis sienes,
 Flor, que al olvido de mí luz previenes.

I V.

A la Arrebolera.

Tristes horas y pocas
 Dió á tu vivir el cielo,
 Y tú á su eterna ley mal obediente

A no faciles iras lo provocas:
 Alras la tierna frente,
 ¿Diré en llama ó en púrpura bañada?
 De la gran sombra en el oscuro velo;
 Y mustia, y encogida, y desmayada
 Llegas á ver del dia
 La blanca luz rosada;
 Tan poco te desvia
 De tu nacer la muerte arrebatada.
 Si es, pues, de alto decreto,
 Que el tiempo breve de tu edad incluyas
 En solo el cerco de una noche fria,
 ¿Que te valdrá que huyas
 Con ambicioso afecto
 De acrecentar instantes á la vida?
 No inquietes atrevida
 El cao seno á los profundos mares,
 Que por ventura negarán camino
 En dano tuyo á tu serrado pino:
 Y en vez de la acogida,
 Que en las pardas entrañas
 Hallaste siempre de la tierra dura
 Hallarás en sus aguas sepultura.
 Dime: ¿qual necio ardor te solicita
 Por ver de Apolo el resfulgente rayo?
 ¿Que flor de las que en larga copia el Mayo
 Vierte, su grave incendio no marchita?
 ¿O como es error vano,
 Fatigarse por ver los resplandores

De un ardiente tirano,
 Que impio roba á las flores
 El lustre, y el aliento, y los colores!
 Y tu admirable, y vaga,
 Dulce honor y cuidado de la noche,
 Si la llama y color el sol te apaga,
 ¿ Qual mayor dicha tuya
 Que el tiempo de tu edad tan veloz luya?
 No es mas el luengo curso de los años
 Que un espacioso número de daños.
 Si vives breves horas,
 ¡ O quantas glorias tienes!
 Tú las divinas sienes
 Cintas de la callada noche obscura,
 O no una vez ofrece á las auroras
 La sonolienta Diosa
 De tus colores bellos,
 Tintas para su frente y sus cabellos.
 Dexa el mar, ambiciosa,
 Que por tu errar inmenso y dilatado
 No zudirá fortuna
 Hora á tu edad alguna,
 Ni por mudar lugar tan apartado
 Que otro sol le visite y otra luna.
 Y pasa en ocio y paz aventurada,
 De tu vivir el tiempo obscuro y breve,
 Esperando aquel último desmayo
 A quien tu luz y púrpura se debe.

V.

Al Verano.

Fonseca, ya las horas
 Del invierno aterido,
 Aunque tarde se fuéron
 Y su vez agradable permitiéron
 Al zéfiro florido.
 Ya el verano risueño
 Nos descubre su frente,
 De rosas y de púrpura ceñido:
 Remite el ayre el desabrido ceño,
 Y el sol libra sus rayos
 De las nubes obscuras;
 Y con luces mas vivas y mas puras,
 Regalando las nieves,
 Al blando pie de los parados rios,
 Las prisiones de hielo alegre quita,
 Y su antiguo correr les solicita.
 Viste de yerba el suelo,
 Y de verdor lozano
 Frontes que desundara el cierzo cano.
 En la copia de flores que aparece
 Por los troncos desuados,
 Que rara y breve hoja cubre apenas,
 Esperanzas ofrece
 Del rústico al sudor, premio mal cierto,
 Bien que sabroso engaño,
 De los frutos que espera

En el copioso ramo, y en la era.
 La pesadumbre líquida no crece
 Con el furor de los oscuros vientos
 Que ásperos la levantan y remueven
 De sus hondos asientos,
 Mas antes ya serena y blanda gime,
 Con el peso de máquinas aladas,
 Que su tranquila y lisa frente oprime.
 Filomena con voces acordadas.
 Se oye sonar en los confusos senos
 De ramas intrincadas,
 Y en los prados amenos.
 ; O, como es el verano
 Tiempo el mas genial y mas humano,
 Que otro alguno que da el volver del cielo!
 ; O qual número y quanto tras de flores!
 ; O qual admiracion en sus colores!
 De la imagen de amor, ardiente rosa,
 Las encendidas alas
 Que fueron ya de sus espinas galas,
 Con el color, con el olor divino
 Su lustre y ornamento al blanco lino
 Do al gusto se ministra, coronando
 La mesa regalada,
 Y fruta sazónada,
 Con el puro rocío blanqueando.
 ; Pues qual parece el búcaro saugriento
 De flores esparcido,
 Y el cristal veneciano,

A quien la agua de helada
 La tersa frente le dexó empañada!
 ; A qual vaga lazada de oro crespo,
 A qual gürpara y nieve
 Por do las gracias y el amor se mueve,
 No aumentó hermosura peregrina
 Alguna flor divina?
 ; O florido Verano!
 Si á mi afeto se debe,
 Camina á lento paso;
 Dexa el volar, dexa el volar ligero,
 Para tiempo mas triste y mas severo,
 Té cándido y suave, y blando espira,
 Y tarde te retira.
 Pero sordo y difícil á mi ruego,
 Veloz pasas volando,
 Al humano linage amonestando,
 Viendo las rosas que su aliento cria
 Como nacen y mueren en un día,
 Que las humanas cosas,
 Quanto con mas belleza resplandecen,
 Mas presto desvanecen.
 ; Y, tú, la edad no miras de las rosas!
 Arde, Fonseca, en el divino fuego,
 Que dulcemente engaña tu cuidado:
 Toma exemplo del tiempo que nos huye,
 Y en sus flores de tardos nos arguye,
 Y no dexes pasar en ocio un punto;
 Que tan excelsa llama

A nueva gloria y resplandor te llama.
 ¿Y sabes si á este día claro y puro
 Otro podrás contar lodo y seguro;
 O si del bello incendio que te apura
 Ha de lucir eterna la hermosura?

V L

A la Riqueza.

¡O mal seguro bien! ¡ó cuidadosa
 Riqueza, y como á sombra de alegría,
 Y de sosiego engañas!
 El que vela en tu alcance, y se desvía
 Del pobre estado, y la quietud dichosa;
 Ocio y seguridad pretende en vano.
 Pues tras el luego errar de agua y montañas,
 Quando el metal precioso coja á mano,
 No ha de ver sin cuidado abrir el día.
 No sin causa los Dioses te escondierot
 En las entrañas de la tierra dura:
 ¿Mas que halló difícil y encubierto
 La sedienta codicia?
 Turbó la paz segura,
 Con que en la antigua selva florecieron
 El abeto y el pino,
 Y trozálos al puerto
 Y por campos de mar les dió camino.
 Abrióse el mar, y abrióse
 Altamente la tierra,

Y saliste del centro al ayre claro,
 Hija de la Avaricia,
 A hacer á los hombres cruda guerra.
 Saliste tú, y perdióse
 La piedad que no habita en pecho avaro.
 Tantos daños, Riqueza,
 Han venido contigo á los mortales,
 Que aun quando los pagamos á la muerte,
 No cesan nuestros males:
 Pues el cadáver que acompaña el oro
 O el costoso vestido,
 Solo por opulento es perseguido,
 Y el último descanso y el reposo,
 Que tuviera en pobreza, le es negado,
 Siendo de su sepulcro conmovido.
 ¿A quantos arrojó el oro de cruzes!
 ¿Y á quantos ha dexado
 En el último trance! O dura suerte!
 Pierde su flor la virginal pureza
 Por tí, y vese manchado
 Con adulterio el lecho no esperado.
 Al menos animoso
 Para que te posea,
 Das, riqueza, ardimiento licencioso.
 Ninguno hay que se vea
 Por tí tan abastado y poderoso,
 Que carezca de miedo.
 ¿Que cosa habrá de males tan cercada,
 Pues ora pretendida, ora alcanzada,

Y aun estando en deseos,
 Pena ocultan tus ciegos devaneos?
 Pero cónsime en vano, decir puedo,
 Que si sombras de bien en ti se vieran,
 Los inmortales Dioses te tuvieran.

VII.

Fragmento.

El fuego que emprendió levas materias,
 Ligeras y atrevidas,
 Quanto fueron mas fáciles y serias,
 Quanto mas estrechadas y oprimidas,
 Tanto con mas espíritu se esfuerza
 A levantar en ans ardientes alas
 Los palacios angostos,
 Y los montes mas altos y robustos.
 Mas apenas tocante
 De los cóncavos senos de la mina,
 El ayce se arrebató,
 Y en círculos de humo se dilata;
 Quando no se ve mas que la ruina,
 Rotas columnas, y deshechas losas,
 Cenizas y polvo obscuro
 De la alta mole, y del trahado muro,
 ¡Impia hezaña y fierza,
 Per conseguir el natural intento,
 Resolver la firmeza al grave asiento
 De inmutable montaña!

¡Impia

¡Impia y atroz hezaña,
 Y cruda condicion, dar al desseo
 Imperio de tirano,
 Y al vano afeto poderoso mano!
 No así vagante llama,
 Tiende el cabello sobre antigua selva,
 Y rompe y se derrama
 Por los hojosos senos, ambiciosa
 De conservar su luz maravillosa,
 Y esforzada del viento
 Discurre por el bosque á paso lento.
 Esplende y arde en el silencio obscuro,
 Emula de los astros,
 Arde y esplende al rutilante y puro
 Cándido aparecer de la mañana,
 Y sobra y vence al sol siempre segura.
 Abrasadora del verdor del pino
 Levanta entre sus ramas
 Globos de fuego y máquinas de llamas;
 Y en el sólido tronco y mas secreto
 Del laurel y el abeto
 Estalla, y gime, y luce,
 Nunca del Euro ó Noto escurecida,
 Ni de la inmensa pluvia destruida.
 Tal en mi pecho inapagable incendio
 Eterno se sustenta,
 Y tal como violenta
 Y vana y leve exhalacion huyéron
 Las llamas, Clori, que en tu pecho ardieron.

Tomo I.

28

SONETO I.

Aunque pícaras, Layda, la sedienta
 Arena, que en la Libia Apolo enciende,
 Sintieras, ay! que el Aquilon me ofende,
 Y del yelo y rigor la pluvia lenta.

Oye con que ruido la violenta
 Faria del viento en el jardín se estiende;
 Y que apenas la puerta me defiende
 Del soplo que en mi daño se acrecenta.

Pon la soberbia, ó Layda! y blandos ojos
 Muestra, pues ves en lágrimas bañado
 El umbral que adornó de blanda rosa.

Que no siempre tu ceño y tos enojos
 Podré sufrir, ni el mustio invierno helado,
 Ni de Bóreas la saña impetuosa.

SONETO II.

Sube, frondosa vid, y en estendido
 Ramo corona la desnuda frente
 De este infelice pobo, que al corriente
 Cristal yace, de honor destituido.

Sube, así no amancille el aterido
 Invierno en duro yelo tu excelente
 Cima, ni Febo, quando mas ardiente
 Muestra á tu gloria el rayo embravecido.

Que pues quando en su lustre florecia,

Te dió el áspero tronco, y dilatado
 Seno, donde luciese tu ufania:

Es razon, sacra vid, que el despojado
 Leño, de verde y fresca lozania,
 Ornes agora en su fueusto estado.

CANCION

A las Ruinas de Itálica:

Estos, Fabio, ay dolor! que ves ahora
 Campos de soledad, mustio collado,
 Fuéron un tiempo, Itálica famosa:
 Aquí de Cipion la vencedora
 Colonia fué; por tierra derribado
 Yace el temido honor de la espantosa
 Muralla, y lastimosa
 Reliquia es solamente
 De su invencible gente.
 Solo quedan memorias funerales,
 Donde erraron ya sombras de alto exemplo!
 Este llano fué plaza, allí fué templo;
 De todo apenas quedan las señales:
 Del gimnasio, y las ternas regaladas
 Leves vuelven cenizas desdichadas;
 Las torres que desprecio al ayre fuéron
 A su gran pesadumbre se rindieron.

Este despedazado anfiteatro,
 Impio honor de los Dioses, cuya afrenta

Publica el amarillo xaramago,
 Ya reducido á trágico teatro
 ¡O fábula del tiempo! representa
 Quanta fué su grandeza, y es su estrago.
 ¿Como en el cerco vago
 De su desierta arena
 El gran pueblo no suena?
 ¿Dónde, pues fieras hay, está el desnudo
 Luchador? ¿Dónde está el atleta fuerte?
 Todo desapareció, cambió la suerte
 Voces alegres en silencio mudo:
 Mas aun el tiempo da en estos despojos
 Espectáculos fieros á los ojos,
 Y miran tan confusas lo presente,
 Que voces de dolor el alma siente.

Aquí nació aquel rayo de la guerra,
 Gran padre de la patria, honor de España,
 Pio, felice, triunfador Trajano,
 Ante quien muda se postró la tierra
 Que ve del sol la cuna, y la que baña
 El mar tambien vencido gaditano.

Aquí de Elio Adriano,
 De Teodosio divino,
 De Sillio peregrino,
 Radáron de marfil y oro las cunas.
 Aquí ya de laurel, ya de jarrines
 Coronados los viéron los jardines,
 Que ahora son zarzales y lagunas.

La casa para el César fabricada,
 Ay! yace de lagartos vil morada:
 Casas, jardines, Césares murieron,
 Y aun las piedras que de ellos se escribieron.

Falbio, si tu no lloras, pon atenta
 La vista en luengas calles destruidas,
 Mira mármoles y arcos destruzados,
 Mira estatuas soberbias que violenta
 Nemesis derribó yacer tendidas,
 Y ya en alto silencio sepultados
 Sus dueños celebrados.
 Así á Troya figuro,
 Así á su antiguo muro,
 Y á ti, Román, á quien queda el nombre apenas,
 ¡O patria de los Dioses y los Reyes!
 Y á ti, á quien no valieron justas leyes,
 Fábrica de Minerva, sábia Atenas:
 Emulacion ayer de las edades,
 Hoy cenizas, hoy vastas soledades:
 Que no os respetó el hado, no la muerte,
 Ay! ni por sabia á ti, ni á ti por fuerte.

¿Mas para que la mente se derrama
 En buscar al dolor nuevo argumento?
 Basta exemplo menor, basta el presente;
 Que aun se ve el humo aquí, se ve la llama,
 Aun se oyen llantos hoy, hoy ronco acento.
 Tal genio, ó religion fuerza la mente
 De la vecina gente,

Que refiere mirada,
 Que en la noche callada
 Una voz triste se oye, que llorando,
Ceyó Itálica, dice; y lastimosa
 Eco reclama *Itálica* en la hojosa
 Selva que se le opone resonando,
Itálica, y el claro nombre oído
 De *Itálica*, renuevan el gemido
 Mil sombras nobles de su gran ruina:
 Tanto aun la plebe á sentimiento inclina.

Esta corta piedad que, agradecido
 Huésped, á tus sagrados Muses debo,
 La doy y consagro á *Itálica* famosa:
 Tú, si el lloroso don han admitido
 Las ingratas cenizas de que llevo
 Dulce noticia asaz, si lastimosa:
 Permíteme piadosa
 Usura á tierno llanto:
 Que vea el cuerpo santo
 De Gerencio tu mártir y prelado:
 Muestra de su sepulcro algunas señas,
 Y cabaré con lágrimas las penas
 Que ocultan su sarcófago sagrado.
 Pero mal pido el único consuelo
 De todo el bien que airado quitó el cielo.
 Goza en las tuyas sus reliquias bellas
 Para envidia del mundo y las estrellas.

EPISTOLA MORAL.

Fabio, las esperanzas cortesanas
 Prisiones son, do el ambicioso muere,
 Y donde al mas astuto nacen causas.

Y el que no las finire ó las rompiere,
 Ni el nombre de varon ha merecido,
 Ni subir al honor que pretendiere.

El ánimo plebeyo y abatido
 Elija en sus intentos temeroso,
 Primero estar suspenso que caído:

Que el corazon entero y generoso,
 Al caso adverso inclinará la frente,
 Antes que la rodilla al poderoso.

Mas triunfos, mas coronas dió al prudente,
 Que supo retirarse, la fortuna,
 Que al que esperó obstinada y locamente.

Esta invasion terrible é importuna
 De contrarios sucesos nos espera,
 Desde el primer sollozo de la cuna.

Dexémosla pasar, como á la fiera
 Corriente del gran Bétis, quando airado
 Dilata hasta los montes su ribera.

Aquel entre los héroes es contado,
 Que el premio mereció, no quien le alcanza
 Por vanas conseqüencias del Estado.

Pecullo propio es ya de la privanza,
 Quanto de Austria fué, quanto regia,
 Con su temida espada y fuerte lanza.

El oro, la malidad, la tiranía
 Del iniquo procede, y pasa al bueno;
 ¡Que espere la virtud, ó en que confía!

Ven y reposa en el materno seno
 De la antigua Sionitea, cuyo clima
 Te será mas humano y mas sereno.

A donde por lo ménos, quando oprima
 Nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno,
 Blanda le sea, al derrozarla encina:

Donde no dexaras la mesa ayuno,
 Quando te fáltate en ella el pez raro,
 O quando su pavon nos niegue Juno.

Busca, pues, el asiego dulce y caro,
 Como en la obscura noche, del Egeo
 Busca el piloto el eminente faro:

Que si acortas y ciñes tu deseo,
 Dirás, to que desprecio he conseguido,
 Que la opinión vulgar es devaneo.

Mas precia el ruiseñor su pobre nido,
 De pluma y leves pajas, mas sus quejas
 En el bosque repuesto y escondido.

Que agradar leongero las orejas
 De algun Príncipe insigne, o prisionado,
 En el metal de las doradas rejas.

Triste de aquel que vive destinado
 A esa antigua colonia de los vicios,
 Angur de los semblantes del privado.

Cese el ansia y la sed de los oficios;
 Que acepta el don, y burta del intento
 El ídolo á quien haces sacrificios.

Iguala con la vida el pensamiento,
 Y no te pasarás de hoy á mañana,
 Ni quizá de un momento á otro momento.

Casi no tienes ni una sombra vana
 De nuestra antigua Italica, y esperas:
 ¡O error perpetuo de la suerte humana!

Las enseñanzas Grecianas, las banderas
 Del Senado, y Romano Monarquía
 Murieron y pasaron sus carreras.

¿Que es nuestra vida mas que un breve día
 Do apenas sale el sol, quando se pierdo
 En las tinieblas de la noche fría?

¿Que es mas que el bemo, á la mañana, verde,
 Seco, á la tarde? ¡ó ciego desvario!
 ¿Será que de este sueño me acuerdo?

¿Será que pueda ver que me desvío
 De la vida viviendo, y que está unida
 La canta muerte al simple vivir mio?

Como los rios en veloz corrida
 Se llevan á la mar, tal soy llevado
 Al último suspiro de mi vida.

¿De la pasada edad que me ha quedado?
 ¿O que tengo yo á dicha en la que espero
 Sin ninguna noticia de mi hado?

¡O si acabase viendo como muero,
 De aprender á morir, antes que llegue
 Aquel forzoso término postrero!

Antes que aquesta mies juvenil siegue,
 De la severa muerte dura mano,
 Y á la comun materia se la entregue.

Pasáronse las flores del verano,
 El otoño pasó con sus racimos,
 Pasó el invierno con sus nieves cano.

Las hojas que en las altas selvas vimos,
 Cayéron, y nosotros á porfia
 En nuestro engaño inmóviles vivimos.

Tenamos al Señor que nos envía
 Las espigas del año y la hartura,
 Y la temprana pluvia y la tardía.

No imitemos la tierra siempre dura
 A las aguas del cielo y al arado,
 Ni á la vid cuyo fruto no madura.

¿Pienzas acaso tú, que fué criado
 El varon, para el rayo de la guerra,
 Para sulcar el pielago salado,

Para medir el orbe de la tierra,
 Y el cerco, donde el sol siempre camina?
 ¡O quien así lo entienda, quanto yerba!

Esta nuestra porcion alta y divina,
 A mayores acciones es llamada,
 Y en mas nobles objetos se termina.

Así aquella, que solo al hombre es dada,
 Sacra razon y pura me despierta,
 De esplendor y de rayos coronada:

Y en la fria region dura y desierta
 De aqueste pecho enciende nueva llama,
 Y la luz vuelve á arder que estaba muerta.

Quiero, Fabio, seguir á quien me llama,
 Y callado pasar entre la gente,
 Que no afecto los nombres ni la fama.

El soberbio tirano del Oriente
 Que maciza las torres de cien codos
 Del cándido metal, puro y luciente,

Apénas puede ya comprar los modos
 Del pecar; la virtud es mas barata,
 Ella consigo mesma ruega á todos.

Pobre de aquel que corre y se dilata,
 Por quantos son los climas y los mares,
 Perseguidor del oro y de la plata.

Un ángulo me basta entre mis lares,
 Un libro y un amigo, un sueño breve
 Que no perturban deudas ni pesares.

Esto tan solamente es quanto debe
 Naturaleza al parco y al discreto,
 Y algun manjar comun, honesto y leve.

No, porque así te escribo, hagas concreto,
Que ponga la virtud en ejercicio,
Que aun esto fué difícil á Epiteto.

Basta al que empieza ahorracar el vicio,
Y el ánimo enseñar á ser modesto,
Después le será el cielo mas propicio.

Despreciar el dolo no es supuesto
De sólida virtud, que aun el vicioso
En sí propio le nota de molesto.

Mas no podrás negarme, quan forzoso
Este camino sea al alto asiento,
Morada de la paz y del reposo.

No sazona la fruta en un momento
A aquella inteligencia, que mensura
La duración de todo á su talento:

Flor la vimos primero, hermosa y pura,
Luego materia acerba y desabrida,
Y perfecta después, dulce y madura.

Tal la humana prudencia; es bien que mida,
Y dispense y comparta las acciones,
Que han de ser compañeras de la vida.

No quiera Dios que imite estos varones,
Que moran nuestras plazas, macilentos,
De la virtud infames histriones.

Essos inmundos, trágicos, atentos
Al aplauso común, cuyas entrañas
Son infuastos y oscuros monumentos.

¡Quan

¡Quan callada, que pasa las montañas
El aura respirando mansamente!
¡Que gárrula y souante por las cañas!

¡Que muda la virtud por el prudente!
¡Que redundante y llena de ruido
Por el vano ambicioso y aparente!

Quiero imitar al pueblo en el vestido,
En las costumbres solo á los mejores,
Sin presumir de roto y mal ceñido.

No resplandezca el oro y los colores
En nuestro traje, ni tampoco sea
Igual al de los dóricos cantores.

Una mediana vida yo poso,
Un estilo común moderado,
Que no lo note nadie que lo vea.

En el plebeyo barro mal tostado
Hubo ya quien bebió tan ambicioso,
Como en el vaso murino preciado:

Y alguno tan ilustre y generoso
Que usó, como si fuera plata neta,
De cristal trasparente y luminoso.

Sin la templanza ¿viste tú perfecta
Alguna cosa? ó muerte! ven callada
Como sueles venir en la saca,

No en la tonante máquina preñada
De fuego y de rumor, que no es mi puerta
De doblados metales fabricada.

Tomo I.

29

Así, Fabio, me muestra descubierta
Su esencia la verdad, y mi albedrío
Con ella se compone y se concierta.

No te burles de ver quanto confío,
Ni al arte de decir vana y pomposa
El ardor atribuyas de este brio.

¿Es por ventura menos poderosa
Que el vicio, la virtud? es menos fuerte?
No la arguyas de flaca y temerosa.

La codicia en las manos de la Suerte
Se arroja al mar; la ira á las espadas,
Y la ambicion se rie de la muerte:

¿Y no serán siquiera tan osadas
Las opuestas acciones, si las miro
De mas illustres genios ayudadas?

Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
De quanto, simple, amé, rompí los lazos:
Ven y verás al alto fin que aspiro,
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

POESÍAS

DE BERNARDO DE BALBUENA. (*)

ECLOGA I.

Rosario. Beraldo.

ROSARIO.

DIME, cabrero, ¿es tuyo aquel ganado
Con que te vide ayer pasar el río?
¿O á soldada con Clónico has entrado?

BERALDO.

No: mas á Tirsis guardo su cabrío:
Dos cabras solamente tengo mías,
Y el cabron la mitad tambien es mio:

ROSARIO.

¿Como tan desmedradas las traías?
¿Tú no solias ser pastor lozano,
Quando las vacas de Alemán pacías?

(*) Nació en Valdepeñas en 1563: fue Abad de la
Jamayca y Obispo de Puerto Rico, y murió en esta Isla
en 1627. Publicó la *Grandezza Mexicana*, el *Bernardo*,
poema épico, y el *Siglo de Oro*, de donde se han sacado
estas poesías: las demas obras suyas se han perdido.

HERALDO.

Ya pasó, compañero, ese verano,
Y sucedieron tantas tempestades,
Que igualaron los montes con el llano.

Lleva el cielo tras al las voluntades,
Y así nunca da vuelta que no sea
Ocazion de infinitas novedades,

Lo mismo que da en rostro, nos recrea,
Y aquello que parece mas durable
Ayer se desechó, y hoy se deseca:

ROSARIO.

Pastor, si á dicha el tiempo es variable,
El ánimo del hombre no es de tiempo,
Y así le azienta mal el ser mudable.

A quien tanta mudanza le da el tiempo
No le llamaré yo corazón noble.
Llámasle he corazón de pasatiempo.

HERALDO.

Mas firme soy que envejecido roble,
Pastor; palma inmortal es mi cuidado,
Que no sabe quebrar por mas que doble.

Si en otro tiempo andaba descuidado,
Y solo con mis cabras me ayenia,
Quizá que no sería enamorado:

Mas ahora yo pienso, que daría

La mitad del ganado á quien me diese
Ver unos ojos que otro tiempo via.

ROSARIO.

Yo tambien, si alabarme pretendiese,
Mi Filis tengo, y soy enamorado,
Y aun holganza que ella lo supiese.

Que quando llevo á casa mi ganado
Suele aguardarme sola en el camino,
Y me asombra si paso descuidado.

Rosas le llevo, y flores de continuo,
Y pongo mis guirnaldas á su puerta,
Y me huelgo hablar con su vecino;

Y de la primer fruta de mi huerta
Una cestilla le enviaré colmada
Toda de flores, y azahar cubierta.

HERALDO.

Esa, pastor, es afición pintada,
Ni el verdadero amor cabe en el seno,
Ni dexa el alma andar tan descuidada.

¿Yo no te vi pasar el sayo lleno
De paja, y todo tal, que me hiciste
Reir un grande rato con Fileno?

Y en mi calor te digo que persiste
Los ojos al pasar por cierto paso,
Que yo bien te miré, tú no me viste.

ROSARIO.

Será por ventura, quando acaso,
Cansado de coger fruta madura,
De mis huertos volvia paso á paso.

Mas si yo voy á ver la hermosura
De Filis, luego limpio mi vestido,
Y me cubro de rosas y frescura;

Y tan lozano voy por el exido,
Quella, segun me dicen, por mirarme
Mil veces de su madre se ha perdido.

Si me sienta cantar, baxa á azocharme;
Y esto, Filis, no es mucho, si el ganado
Se olvida de pacer por escucharme.

HERALDO.

Basta, pastor, que vives confiado:
¿Ya tú sabes juntar cañas con cera?
¿Tu voz en estas selvas ha sonado?
¿Yo no te oí un dia en la ribera
Una flauta sonar áspera y dura,
Y acompañarla de una voz grosera?

ROSARIO.

¿Quieres cantar conmigo por ventura?
¿Quieres que los dos juntos nos probemos,
Y tú salir quizá desá locura?

Sendas preseas nuestras apostemos:
Un arco nuevo he de tener curioso,
De cuerno reforzados los extremos,

Todo de un palo indico oloroso,
Con labores de estano guarnecido,
Digno de qualquier brazo valeroso,

Y un careax de lo mismo, do esculpido
El mal logrado Adónis yace muerto
Al pie de un fiero jabali tendido.

Mas contigo haré nuevo concierto:
Es precioso mi arco, y no querria
Aventurar tal joya á caso incierto.

Sola una cabra tengo toda mia,
A criar dos cabritos enseñada,
Y urdeñarse dos veces cada dia.

Aquesta sí será de mí apostada.
Bien es el premio harto aventajado;
Señálame otra tú de tu manada.

HERALDO.

No cabra, mas un vaso delicado,
Te apostaré de tanta hermosura
Que no te quejarás por agraviado.

Labrado es todo de madera oscura,
Clonjo en el monte se halló la rama,
Del divino Cleandro es la hecchura.

Es ébano, ó nogal quizá se llama,
Y bien cabe su entalle por famoso
Entre las cosas dignas de la fama.

Es todo el vaso un bosque delectoso,
Y en medio dél tres diosas hermosísimas,
Delante un pastorcillo venturoso.

Así hechas las hojas sutilísimas,
Que con ellas parece que se enamoran,
Y al pastor quieren parecer bellísimas.

A juzgar no sé que las tres le llaman;
Una pienso que es madre de Cupido,
No sé las otras dos como se llaman.

Por ser mi vaso, como ves polido,
Al labio hasta ahora no ha llegado,
Que en mi zurrón guardado le he tenido.

ROSARIO.

También á mi otro vaso delicado
Cleandro me labró, también el mio,
De Ninfas y de bosques ilustrado.

Donde pintó de Orfeo el desafío
Que hizo con los montes que le oían,
Y á oír su canto se dictó un río.

Las selvas puso allí que le seguían,
Y los pinos también, que sin ruido,
De las más altas sierras descendían.

Por ser mi vaso, como ves polido,
Al labio hasta ahora no ha llegado,
Que en mi zurrón guardado le he tenido.

Qualquiera cosa apostaré de grado,
Escoge tú, que si mi cabra vieses,
No hay que alabar tu vaso delicado.

BERALDO.

Bien cantaría yo quanto quisieses,
Mas somos compañeros, y algun día,
Juntos hemos segado nuestras mieses.

Por tanto si querrás, en compañía,
Dexando ahora nuestro honor aparte,
Los dos cantemos la pastora mía.

ROSARIO.

Canta, que soy contento de ayudarte,
Que nada habrá que tu amistad deshaga,
Aunque estaba resuelto de ganarte.

BERALDO.

El cielo con mí fe te satisfaga
La nueva obligacion en que me pones,
Pues solo amor con lo que obliga paga.

Oid, cielos, oid los ricos dones
Que en mi cielo encerrais; y tú, pastora,
Recibe nuestras puras intenciones.

ROSARIO.

Los nuevos resplandores de la aurora,
Las tiernas rosas, las dorsadas flores,
Quanto en los senos del verano mora;

No son, pastora, mas que borradores
Do quiso retratarse tu belleza,
Dados como al descuido los colores.

HERALDO.

Las perlas con que el alba se adereza,
Y el mundo argenta y viste de alegría,
Las nubes llenas de oro y de riqueza;

Los mensajeros del alegre día,
La luz que sieembran por la tierra y cielo,
Sin ti, pastora bella, es noche fría,
Tristeza, enfado, angustia y desconsuelo.

ROSARIO.

Pastor, si veo un monte en cuya cumbre
Dexó un cielo plantado
La primavera con alegres flores,
Que con la clara lumbre
Del nuevo sol dorado,
Echa de sí mil varios resplandores,
Me parece que miro alguna cosa,
Que es sombra del cabello de tu Diosa.

HERALDO.

Los lazos con que amar cautiva y prende,
Las redes y marañas
Con que enreda mil almas y mil vidas,
El oro con que enciende
El fuego en las entrañas,
Que las dexa en cenizas convertidas,
Dese cabello de oro ensortijado,
Por nuestro bien, pastora, fué robado.

ROSARIO.

Has visto los remansos mas hermosos
De la leche quajada,
Quando temblando apenas dexa verse,
O en llanos espacios
La nieve no pisada
Que abriendo el sol comienza á deshacerse;
Pues aun es mas hermosa y sin mancilla
La bella frente de tu pastorcilla.

HERALDO.

La bella frente de mi pastorcilla,
Si yo quisiese ahora,
Darla en comparacion justa y medida,
La plateada silla
De la rosada Aurora
Quedara en su retrato deslucida,
Amortiguado el sol resplandeciente,
Y el día en las ventanas del Oriente.

ROSARIO.

Unos arcos y venas van parejas,
Por la blanca azucena
Que te parecerán oro escarchado;
Mas mirando las cejas
Y la frente serena,
Donde tu paisaje está cifrado,
Verás, no oro escarchado con el yelo,
Mas dos arcos de gloria en solo un cielo.

HERALDO.

Si hay dos arcos de gloria en solo un cielo,
Serán, pastora mía,
Los dos arcos triunfales de tus ojos,
Con que amor tira al suelo
Sacas de alegría,
Y le siguen mil almas por despojos:
¡Dichosos arcos, y dichosa vira,
Y mas dichoso el blanco á quien se tira!

ROSARIO.

El sol, la luna, el alba y el lucero,
Las doradas estrellas,
Los exes de oro en que retriba el cielo,
El dia placentero
Bañado en luces bellas,
Lloviendo lumbré y gloria por el suelo,
Son, pastora, los bienes que á manojos
Saca amor por las puertas de tus ojos.

HERALDO.

Saca amor por las puertas de tus ojos,
Pastora de mi vida,
Quanto bien por el mundo se reparte,
Fenece los enojos
Y el alegría escondida
Brotó al moverlos tú por qualquier parte;
¡Ay ojos míos, quien volviere á veros,
Sin nuevo sobresalto de perderos!

ROSARIO.

ROSARIO.

Quisiera aquí pintar de tu pastora
La boca soberana
Conchuela en cuyos senos plateados
Un paraíso mora,
De adonde lueve y mana
La gloria que da amor á sus privados,
Donde lo ménos que hay es el concierto,
Del blanco aljofar en rubies enxerto.

HERALDO.

Del blanco aljofar en rubies enxerto,
Mas claro y mas lustroso
Que el que nace en conchuelas orientales,
El tesoro encubierto,
En el seno precioso
Do se crian mis bienes y mis males,
Es la riqueza que á la vista envía
Esa celestial puerta de alegría.

ROSARIO.

¿Has visto entre la nieve deshojada
Una encarnada rosa,
O algún rubí sobre marfil sentado,
O á la nieve mezclada.
La hojuela clorosa
Del clavel roxo en carmesí llamado?
Pues aquesto es tinieblas y pobreza,
Belisa, puesto ante tu gran belleza.

HERALDO.

Belias, puesto ante tu gran belleza
 El cielo arrebolado,
 El alba, la mañana y su frescura,
 Las galas, la riqueza,
 El primor mas cendrado
 Que hay en los cofres de la hermosura,
 Es comparar el sol con una estrella,
 O con la noche oscura el alba bella.

VERITAS
ROSARIO.

No mas, pastor, no mas, que se han pasado
 Las horas y el frescor de la mañana,
 Y el tiempo y la ocasión nos han burlado.

HERALDO.

Comenzamos labor muy soberana,
 Y trasladó el pincel, que era del suelo,
 De estampa celestial pintura humana.

ROSARIO.

Ya en lo mas alto del dorado cielo
 La carruza del Sol, fuente del día,
 Sigue con ruedas de oro el claro vuelo.
 Nuestro ganado busca el agua fria,
 Y el pasto fresco en que pasar la siesta
 Que entre silvestres árboles se cria.

HERALDO.

Ya el mio va subiendo por la cuesta,
 Corre, pastor, recorre tu manada,

Y allí te aguardo al val de la floresta,
 Cabe el pino, al baxar de la cañada.

ELEGIA II.

LEUCIFO.

¡ Quien pudiera poner en la memoria
 Hecha de aquel metal que son los ojos,
 Solo un cuidado, y una sola historia!

Y sin mirar las cosas por autojos,
 Ni de la paz cogiéramos la guerra,
 Ni entre rosas nacieran los abrojos,

Yo sé quando los pinos desta tierra,
 Con delgadas palabras repetian
 Mis cantares al tono de la sierra;

Y á las veces tambien me respondian,
 Que pudieran decir de mis canciones,
 Que con las de Sincero competian.

Trocadas siento ya las condiciones,
 Ya ni responden, ni escucharme quieren,
 Que á todos gustos causan mis razones.

Los que enfadados de vivir vivieren,
 Lleguen á mi dolor; y allí atajados,
 En ver otro mayor no desesperen.

Ninfas que entre las flores destes prados
 Vivis en tieruas plantas convertidas,
 Sin apartar de allí vuestros cuidados;

O ya en las claras aguas escondidas,
Guardéis por dicha aquesta dulce fuente,
Guardad también mas lígrimas perdidas.

Quando yo en medio de la siesta ardiente
Te busco, Filis, Filis deseada,
Y mi voz sola la cigarra siente.

Entró en el monte, dexó la cañada,
Subo al pinar y salgo por la sierra,
Y allí te llamo con la voz cañada.

Quémame el sol, abrázame la tierra,
Tú mas sorda que el mar á mis razones,
Mas cruel haces con callar mi guerra.

No me bastó sufrir las sinrazones,
Los altivos desdenes de Tirrena,
Iguales sois las dos en condiciones.

Aunque mas blanca tú que ella morena,
Aunque ella sea lirio, y tú seas rosa,
La una sea anapola, otra azucena;

No fies en hieldad, Filis hermosa,
El lirio vive, la azucena muere,
Y todo pasa con la edad forzosa.

Si, por ventura, alguno te dixere
Que en su huerto las rosas siempre viven,
Dile, tú Filis, que engañarte quiere.

Ya sé que mis cuidados se reciben
En gusto entretenido y ocupado,
Y en el agua tus dedos los escriben.

Despreciaste de mí, luego te enfado,
Pues aunque no merezca ser querido,
No soy digno de ser tan despreciado.

Bien sabes que revuelto en el exilio
Mil ovejas mas blancas que la nieve,
Siempre de leche y queso abastecido.

Ni quando abrasa el Sol, ni quando llueve,
Pasto verde le falta á mi rebaño,
Ora se seque el campo, ó se renueve.

Leche fresca me sobra todo el año,
Ni á mí el verano me acrecienta el queso,
Ni me hace el invierno ningún daño.

Pues en saber cantares yo confieso,
Que si Titir ahora me escuchara,
Que no perdiera su opinion por eso.

Y en hacer una osterá, una cuchara,
Labrar un caramillo y un cayado,
Si yo quisiera, nadie me igualara.

Ni soy de gesto yo tan mal formado
Si por dicho mi imagen no me vierte,
Que venga á ser por feo desamado.

Ya yo me vi del Tajo en la corriente,
Que como á ti de acero me servia,
Y aun ahora me veo en esta fuente.

Y si acaso la imagen por ser mia
No me engaña; por esa de tu Alfeo,
La ventura, y no el rostro trocaria.

Sé tu juez, que no por eso creo
Que si alzases los ojos á mirarme
No pareciese tu Narciso feo.

El cielo entre estos bienes quiera darme,
Gozar estos cortijos mal labrados,
Mil siglos de oro, sin de ti apartarme.

Y juntos por la sierra ambos ganados
Competir con los faunos en canciones,
Y componer guirnalda por los prados.

Mas ay! que Pan no escucha mis razones,
Fecho en oír mi canto de corrida
Euxuga en mi zampoña ya los sonos.

Su vox y mis cantares se han perdido,
La cava derretida se ha deshecho,
Y tres cañas de siete se han esido.

¿Por ventura mejor no hubiera hecho
De verdes mimbrres una blanca cesta,
Que no gastar el tiempo sin provecho?

Ya en la ribera entrando va la siesta,
Quiero llevar al agua mi ganado;
Y otra Filis habrá quizá sin esta,
Si aquesta sin razon me ha desechado.

EGLOGA III.

Arcisio.

Melancio.

ARCISIO.

¿Dime, pastor, á un pecho alborotado
De un liviano temor, qualquier reposo,
No bastará á dexarlo sostegado?

Mira que caso baxo y vergonzoso:
Pueda aquí la razon hacer su oficio,
Y tú ser mas discreto que zeloso.

Vuelve con paso llano á tu exercicio
Que vivir siempre á sombra de opiniones
Es levantar las cosas de su juicio.

Limpia y escombra el pecho de invenciones:
Que si una vez te haces señor de ellas
Fácil será romper las ocasiones.

Quantos peces el mar, el cielo estrellas,
Aves el viento y los collados flores,
Tiene amor sinrazones y querellas.

Oh! no pongas el gusto en sus favores,
O estimálos en precio moderado:
Si te costare un bien muchos dolores.

MELANCIO.

A un corazón de véras agraviado
Le das tú la razon por medicina,
Razon se admite en pecho lastimado.

Amor es ciego, á la razon no atina,
Si hiere el alma, ofusca el pensamiento,
El uno muere, el otro desatina.

Dame, pastor, tu libre entendimiento,
Y darte he en trueco yo todos mis males
Hechos ayre y sembrados por el viento.

ARCISIO.

Las grandes cosas piden sus iguales,
Ni rinde al diamante el hierro duro,
Ni el agua ablanda duros pedernales.

Para allanar ese encantado muro
Que ahora á la razon le quita el paso
Fuerzas son menester de animo puro.

Desear la vitoria es todo el caso,
En este punto tu salud se encierra,
De todo lo demas no hagas caso.

Yo vi pastor un dia en otra tierra
Que mil consejos á los hombres daba,
Para alcanzar vitoria desta guerra.

Si supiera decir lo que cantaba
Yo pensara de cierto que á sanarte
Oirlo solamente te bastaba.

MELANCIO.

Trabaja, compañero, en acordarte,
Y canta en mi dolor un cantar nuevo,
Que las Ninfas se gocen de escucharte.

ARCISIO.

Escucha ahora en tanto que yo pruebo
A acordarme mejor de sus canciones,
Que ya el principio en la memoria llevo.

Con ellas se curaron mis pasiones,
Aunque ásperas y duras de tratarse,
Sausado á la razon buenas razones.

MELANCIO.

Comience pues tu canto á mejorarse
Que tras el primer verso segun creo
Luego los otros suelen acordarse.

ARCISIO.

Quando por dar contento á Melibeo
Fui por otras riberas y cabañas
Cansado, y mas cansado mi deseo,

Pasé unas grandes selvas y montañas
Y quanto mas andaba, parecia
Que el fuego era mayor en mis entrañas.

Al fin por nuevas sendas hallé un dia
Una oueva y fresquísima floresta
Donde un sabio pastor viejo vivia.

Y allí mientras pasabamos la siesta
Esto le oi cantar con voz divina,
El haciendo una jaula, yo una cesta.

Pastor, si á desear salud te inclina
La pena y el dolor que te atormenta,
Y la razon tus pasos encamina;

Oyeme ahora sin que en ti se sienta
Flaqueza alguna que es un sentimiento
Que al uino infatiga, y la vejez afrenta.

Huye la ociosidad, zma el contento;
Que si amor busca gente descuidada,
La soledad levanta el pensamiento.

Echa en el hombro la industriosa azada,
Labra tu vna, planta tus parrales,
La fresca vid al alamo arrimada.

Haz en tu huerto al agua sus canales,
Con esto agotarás la de tus ojos,
Quedando claros para ver tus males.

Ocupate en arar nuevos rastrosjos,
Y escarilando en el trigo las espigas,
Arrancará del alma los abrojos.

Busca en las selvas, entre flores finas,
El cuidadoso enxambre edificando;
En secos troncos, sus zahrosas minas.

En esto irá tu corazon cohrando
Un alivio tan poco conorido,
Que aun sin él pensarás que estás penando.

Fingete sano, ya me ha acontecido
Fingir que duermo, y con estar despierto.
Hallarme sin saber como, dormido.

Deza la ociosidad, esto es muy cierto,
Que la imaginacion de ella ayudada
Resucita al amor quando mas muerto.

Si es nueva la pasion, será arrancada
Con mas facilidad, que el tiempo dexa
Seca la miel, la uva sazónada,

Tú ves aquella encina dura y vieja,
Un tiempo fué pimpollo ternezuelo,
Liviano de rendirse á qualquier reja.

No dilates los días en su vuelo,
El mar crece, y si llegas á mañana
Mas caro ha de vendésete el consuelo.

El nuevo rio que en su fuente mana
Es facil de atajar y darle vado,
Camina manso, y por su vega llana.

Légásele un arroyo, y otro al lado,
Y soberbio ¡hinchado y caudaloso
De su primera fuente va afrentado.

Aunque el amor es mal, es mal zahrosó,
Y así nos remitimos á otro día
Que siempre se apetece lo dañoso.

No pierdas tiempo, que por esta via
Lo que de diligencia no se gana,
Fierde tu corazon de mejoría.

Herida he visto yo harto liviana,
Peligrosa despues por dilatarse;
Quien hoy no puede, mal podrá mañana.

Quando es nuevo el amor ha de atajarse,
Que por medio el furor de la corriente
Querer pasar el río, es anegarse.

Pero si el mal en su vigor se siente
Ya del todo en el alma apoderado,
A viejo amor, remedio diferente.

Si poco a poco al hueso ha penetrado,
Poco a poco tambien acrá expelido,
A vieja enfermedad nuevo cuidado.

Saca tus ovejas al exido;
El fértil campo y el agricultura
Son medicina al pecho mas herido.

Ver los hueros abrir la tierra dura,
Sembrar á legro ciento alegres prados,
Gozar la fruta y su primer dulzura:

Los árboles de flores estrellados
Las sierpes de cristal que los enredan,
De cantoreillas aves visitados:

Vuelan las unas, y las otras quedan
Al murmurar del agua conversando
Los dulces cantos en que vos remedan.

Qual de quejas el ayre está sembrando,
De zelos llena, y qual de triste olvido;
Hasta allí, ó falso amor, llega tu mando.

Pues tras esto hallarse acaso un nido,
Y á su dueño espiar tras una mata
Podrá traerte un rato divertido.

Con

Con esto un grande amor se desbarata;
Si prendes el zorzal y quedas sano,
La salud te se vende bien barata.

¿Hay gusto igual, si sales el verano,
Sin sol el día, el campo verde y tierno,
Que echar un par de liebres por el llano?

Pues en el blanco y encogido invierno
En tu cabaña al fuego recostado
¿Como te hallará su llanto eterno?

El zurrón proveído, el río al lado,
Tiernas castañas, y manteca fresca,
Las migas hechas, y el corral nevado.

Siembra tu pedernal fuego en la yesca,
Y el amor en tu pecho brasa viva;
Una se apaga y otra se refresca.

Mas en el alma su veneno priva,
Procura ser señor de tus pasiones
Que es lo que todo su poder derriba.

Ama el trabajo, huye de ocasiones,
Busca la ausencia y hallará la vida,
Vete á la villa, dexa tus ríñones.

El alma se te parte á la partida,
Animo! que vencer dificultades
Nos hace la vitoria mas cumplida.

Libres son las humanas voluntades,
El cielo las crió sin ligadura,
Y es todo lo demas curiosidades.

Tomo 1.

31

Esto, en lenguaje lleno de daltura
Y en tono mas alegre que no el mio,
Cantó el pastor sentado en la frescura.

Y porque vió que entraba su cabrío
Ya tras la nueva yerba por el monte,
Se fué tras él, y yo pasando el río,
El sol pasó tambien nuestro oriente.

ÉGLOGA IV.

Clarenio. Delicio. Toribio.

CLARENIO.

Díme, rústico y nuevo cabrero,
¿Como en mi ausencia á Delio te alabaste
De lo que tu zampoña nunca hizo?

DELICIO.

¿Yo me alabé, ó tú que le contaste
Que él en río dos veces me venciste,
Y un cabrito por premio me llevaste?

CLARENIO.

¿Lá sulto que á Pollio le vendiste,
Aquí te quiero yo, responde, amigo,
Y dime sin pasión ¿dónde la hubiste?

DELICIO.

Nunca entraría yo por el prestigio
A hurtarla á Meliso, qual tú entraste
Por tu zampoña, siendo yo testigo.

CLARENIO.

Si yo te la hurté, tú me ayudaste;
Mas para no ser tuyo el caramillo
Mucho perdiste, y poco aventuraste.

DELICIO.

Quando yo te hallé tras el tomillo
Agachado de noche y espando,
Quizá andabas á caza de algun grillo.

CLARENIO.

Estaba por ventura contemplando
Quan justamente Tirsis dió el juicio,
En que aquel día te venci cantando.

DELICIO.

¿A mí tú me venciste? ¿ó con Galicio
Tu rústica zampoña resonaba,
Qual cordero llevado al sacrificio?

CLARENIO.

¿Quieres cantar á prueba? pues acaba,
Dexa las burlas, vamos á las veras,
Verémos quien se ofende ó quien se alaba.

DELICIO.

Pon tú de haya aquellas dos hojeras,
Que ayer ponias, yo este caramillo
Hecho de pegojotas ajonjeras.

CLARENIO.

Mas pon tú remendado cervatillo,
Yo mi mastin ahogador de lobos,
Que tiemblan los mas bravos en oïllo.

DELICIO.

Yo dos nuevos cayados de algarrobos
Pondré, pon tú el cordero, que perdido
Hallaste ayer al val de los escobos.

CLARENIO.

No aquel, mas sea este rebel polido,
Porque es de mi madrina la manada
Que me ves carear por el exido.

DELICIO.

Alfeo dexará determinada
Nuestra contienda, vamos por Alfeo,
Que yo le dexé anoche en su majada.

CLARENIO.

Toribio cumplirá nuestro deseo;
Que es de juicio, y seso mas maduro,
Y no lleva las ootas por rodeo.

DELICIO.

No te irás por sí, pastor, te juro;
Ven, Toribio, al ruido de esta fuente,
Sal de la sombra del nogal oscuro.

CLARENIO.

No huya yo, cabrero negligente,
Ven, Toribio, verás temblar mi canto,
Al son que hace el agua en la corriente.

TORIBIO.

Cantad: que el cielo os cubra con su manto,
Y al son dese dulcísimo exercicio
Se cueje el suelo de oloroso acanto.

DELICIO.

Este pastor que entra en juicio
Conmigo ahora; como no le tiene,
Cobrarlo piensa con ageno officio.

CLARENIO.

Este que á competir conmigo viene,
Toribio, es un pastor que quando canta
Algun novillo pensarás que suene.

DELICIO.

Triste ganado á quien tal voz espanta,
Que es qual lobo que ahulla su ruido,
Y él piensa que su canto nos encanta.

CLARENIO.

Seca dexa la yerba y el exido
La voz de este pastor; huid, pastores,
Canto tan duro, son tan desahrido.

DELICIO.

Ninfas venid, gorad de mis primores,
Oiréis mi dulce son antes que suene,
El que os destierra dentre aquestas flores.

CLARENIO.

Haz, rústico selvagio, que se enfrene
Esa lengua mas áspera y mas ruda
Que del novillo que al arado viene.

TORLEIO.

Aqueso no es cantar, mas guerra cruda;
Callad por Dios, y concertad el canto:
Di tú, Clarenio, y la sentencia muda.

CLARENIO.

Toque mi voz el estrellado manto,
Tú, dulce Apolo, haz como lo puedes,
Que al mundo cause mi zampoña espanto.

DELICIO.

Rústico Pan, así tu cuerpo enredas,
Entre los brazos de una Ninfa bella,
A honrar mi canto cabe mi te quedas.

CLARENIO.

O si mis versos una rubia estrella
Entre estas verdes matas escuchara,
O yo pudiera con mis ojos vella!

DELICIO.

Mi Filis, que es de hermosa raza,
Donde quiera que voy me va escuchando,
¡O si tambien ahora me escuchara!

CLARENIO.

Galatea conmigo anda jugando,
Llamame, vuelvo, y luego se me esconde,
Y huelgase de verme andar buscando.

DELICIO.

Canto á su puerta, y Filis me responde,
Híereme por detras con el cayado,
Y luego se me va no sé por donde.

CLARENIO.

Dos tórtolas hallé en su nido amado,
Eas pienso enviar á mi Amranta
Luego que el día asome por el prado.

DELICIO.

Una mina de miel me dió una planta,
Saqué una hortera para mi Tirreza,
Tambien mañana le enviaré otra tanta.

CLARENIO.

El panal mas sabroso á mi Filena
Es mi presencia, y mas quando le envia
Una cestilla de manzanas llena.

DELICIO.

Quando me aguarda Filis en el rio-
Yendo á lavar sus paños, luego pierdo
En el monte por ella mi cabrío.

CLARENIO.

Si yo soñando á Filida recuerdo,
Tal vez hay que en no verla qual soñaba,
De mi ganado ni de mí me acuerdo.

DELICIO.

Filida un día á voces me llamaba;
Por zarzas fui corriendo á ver que habia,
Y quando allá llegue burlando estaba.

CLARENIO.

A mi me llamó Filida otro día,
Mas tráxele en mis hombros fatigadas
Dos corderillas que perdido había.

DELICIO.

Aquella, que por selvas y quebradas
Seguir me hace amor, de mí se duele
Buen que la encubre, y borra las pisadas.

CLARENIO.

También sé yo, que mi pectora suele
Preguntar donde estoy, si no me halla,
Y llora porque vuelva, y la consuele.

DELICIO.

Si yo hablo á Belisa, Filis calla,
Y se enoja y se va sin que aproveche,
Quererla regalar, ni regalalla.

CLARENIO.

Quando mas enojada me deseehe
Filis, ya sé que me harán su amigo
Una hortera de miel, y dos de leche.

DELICIO.

Mi huerto por podar es buen testigo
Que no ha pintado la primer manzana,
Y esta sera de mi Amarantho digo.

CLARENIO.

Cegida tengo de una vid temprana
A Filis una cesta de dulzura,
De tiernas uvas de color de grana.

DELICIO.

El granizo á la fruta no madura
Derriba, el lobo estraga los ganados,
Y á mí de Filis la aspereza dura.

CLARENIO.

Dulce es el fresco humor á los sembrados,
Y al ganso es la sombra delectosa,
Y mas Tirrena á todos mis cuidados.

DELICIO.

Abre el clavel, desplégase la rosa,
Brotó el jazmin, y nace la azucena,
En dando luz los ojos de mi diosa.

CLARENIO.

Si en hieldad esconde mi Tirrena,
El jazmin car, la azucena muere,
Quando de mas frescor y aljofar llena.

DELICIO.

Haz tú que el sol de Filis reverbere,
Y verás que el invierno desahrido
Con el florido Abril competir quiere.

CLARENIO.

Vístase de mil flores el exido
Que si mi sol no abriere la mañana,
Todo queda en espinas convertido.

DELICIO.

Mas bella es mi Tirrena, y mas lozana,
Que las blancas ovejas de Taranto,
Y de árbol fértil la primer manzana.

CLARENIO.

Fresca es la fuente entre el florido acanto,
De rosas y violetas coronada;
Y mas es la pastora que yo canto.

DELICIO.

O si mi Galatea enamorada
Oyera aquí mi canto y sus primores,
Como fuera rendido y obligada!

CLARENIO.

Frescas guirnaldas de tempranas flores,
Ninfas, coronarán vuestros altares,
Si propicias guiáis nuestros amores.

DELICIO.

Silvano, guarda fiel de los lugares,
Sea en tu altar pechero mi rebaño,
Si límite á mi mal le señalares.

CLARENIO.

A tí, Priapo, al renovar del año
El mio sudor templada leche,
Si pones fin á mi amoroso daño.

DELICIO.

Haz que mi canto Filis no deseché,
Y darte he, Apolo, en premio mi zampoña,
Sin que Eclona della se aproveche.

CLARENIO.

Calla, rústico, que es tu voz ponzoua,
¿No miras como traes tu ganado
Masganto, sin pacer, lleno de roña?

DELICIO.

Pastor, este Clarenio descuidado
Quando acomete el lobo á su manada,
El durzme, y se revuelve de otro lado.

CLARENIO.

De Driadas y Faunos la sagrada,
Junta, olvidado el bayle, mis primores
Escucha en esta selva sosegada.

DELICIO.

Bústico, ¿tú no ves los hurladores
Sátiros como van de prado en prado,
Tus locuras riendo y tus errores?

CLARENIO.

Corre, rudo pastor desacordado,
A algun charco, y allí de rana en rana
Aprende canto y son mas catonado.

DELICIO.

Y tú busca zampoña mas galana
Para tocarla fuera de la sierra,
Que no es la que ahora tocas toda sana.

CLARENIO.

Dime, ¿qual es el ave que en la tierra
Sus esquadroues vela; y sin armarse
A la gente menuda hace la guerra?

DELICIO.

Dime tú, ¿que animal suele bañarse
Para limpiar las aguas de la fuente,
Y dexa do un a virgen enlazarse?

TORIZIO

El cielo ya, pastores, no consiente
 Pasar de aquí vuestro divino canto,
 Aunque el bosque os escucha alegremente.

Nuestro frágil saber no suhe á tanto,
 Vosotros ya tocáis divina historia,
 Que á mí es envidia y á la selva espanto.

Cellad, nuevos Apolos, y la gloria
 De vuestras venas de oro suya sea,
 Y á solo Apolo demos la vitoria.

Y vuestra fama así crecer se vea
 Qual crece el año con sus nuevos meses,
 El vivo fuego con la seca tex,
 O con el ayre las maduras mieses.

ÉGLOGA V.

ARISTEO.

De Tírsis y Damon el dulce canto
 Que en otro tiempo oyeron estos pinos,
 Y á Erifile divina puso espanto;

Y por entre los robles mas vecinos
 Las Ninfas asomaron las cabezas,
 Suspensas á cantares tan divinos:

Y las selvas decanda de fierozas
 Por aquel breve espacio se vistieron
 De mayores frescuras y riquezas:

A1

Al fin quanto estos árboles oyéron,
 Y lo que con suspiros y con llanto
 En sus verdes cortezas escribieron:

Si el cielo diere fuerzas para tanto,
 Cantaré aquí, y escribiré entre flores
 De Tírsis y Damon el dulce canto.

Dos pastorellos que entre los pastores
 A cantar y tañer acostumbrados,
 El menor foera aquí de los mayores.

Así cantar se oyéron por los prados,
 Que por oír las yacas sus canciones
 En la boca olvidáron los bocados.

Damon á quien en todas perfecciones
 Hizo el cielo cumplido y acabado,
 Así sembró en las selvas sus razones

DAMON.

¿Que haces di, zagal, aquí sentado?
 ¿Piensas que no podrá, si en él te cebas,
 Acabarte en un hora tu cuidado?

¿Dexaste de coger las flores nuevas,
 Y de alamos texer una guenalda,
 Por hacer en tu mal costosas pruebas?

Mira del monte la estrellada falda
 Que estrellas juzgarás que son sus flores,
 Y su yerba finísima esmeralda.

Mira que ya en el campo los pastores
 Tomo I. 32

Sienten que la florida primavera
Resucita en las selvas sus primares.

Yo quiero ahora desta hlanca caza
Remendar mi zampoña; tú, carillo,
Préstame si querrás tu padadera,

Que de aquí me han hurtado mi cuchillo,
O lo dexé do ayer corté un cayado,
O lo perdí quizás cogiendo un grillo.

Donde quiera que esté, lo habré buscado
Si no lueve esta tarde, como suele,
O me asombra algún lobo mi ganado.

Mas tú, pastor, que el cielo te consuele,
Y en el ardiente y caluroso estío
Erifile tu lengua y labios vele.

Mientras al fresco y apacible frío
Que corre aquí, templamos los ardores
Del Sol, al pie de este laurel sombrío;

Canta, pues cantor sabes tus dolores,
Que yo prometo en pago, compañero,
De coronar tu cítara de flores.

Y aun destas palmas tepré un sombrero,
Que si lo curmas de laurel precioso
Mas sombra te hará que un roble entero.

También allí en un valle temeroso
Donde canto de ave no se oía,
Que turbava su acento sonoro;

Y el mundo entre dos lunas parecia
Estar suspenso, ni la noche vuela,
Ni se puede decir perfecto el día.

Sin golpe oírse de mortal aznela,
Con un nueva hocico de mi mano
Labré de blanca laya una vihuela.

El suelo y las clavijas de avellano,
La voz es de laurel, y toda ella
De talle y artificio muy gatano.

Esta es tuya de hoy mas, porque con ella
Espero que harás tal son al mundo,
Que Apolo more en él de amores della.

Y á ti en un nuevo canto furibundo
Tan trocada verémos tu llaneza,
Que se ahogue el primero en el segundo.

Ahora en tanto que con la corteza
Del álamo silvestre te entretienes,
Y escribes tu tesoro en su pobreza;

Y en tanto que en el campo te detienes
Y usas de las abarcas y pellico
Y de leche y castaña te mantienes;

Y en tanto que de amores padre y rico
Haces reliquias de un favor liviano
Que se lo lleva un páxaro en el pico;

Canta, pastor, que el cielo soberano
Al regocijo y al placer perdido
Te vuelva como puede de su mano.

ARISTEO.

Esto es lo que cantó Damon tendido
Sobre la yerba, ¿quien dirá, pregunto,
Lo que de Tírsis aprendió el exido?

Musez, decidlo vos, que á tanto junto
Mi ánimo no basta, y fueron cosas
Dignas de ni quitar ni añadir punto.

Yo, selvas, cantaré las milagrosas
Palabras que pudieron darme vida,
A ser mis penas menos dolorosas.

Ya que de entera luz toda vestida
La Luna sobre el mundo se descubre
En purísimas llamas encendida,

Aquí donde con negra sombra encubre
La noche en sueño y luto sepultada
La casta yerba que estas aras cubre;

Primero una cordera degollada
Con lumbré de laurel, y azufre puro
Al silencio será sacrificada.

De aquí comenzará nuestro conjuro,
Ya aquí no hay que esperar sino la muerte,
El encanto es aquí lo mas seguro.

Y porque tú con ánimo mas fuerte
A semejantes cosas te apercibas,
Atento ahora mi cantar advierte.

De un negro río aquí las aguas vivas
Tengo guardadas para que con ellas
Ciertas palabras en mi sombra escribas.

De que serán testigos las estrellas,
Y la noche que oyendo está sig canto,
Y la luna tambien que vuela entrelas.

Y porque no te cieguen con espanto
Las sombras de los dioses que vinieren,
Forzados del apremio de mi encanto;

Así los que del ayre descendieren,
Como los que en sepuleros escondidos
Están siempre escuchando á los que mueren,

Con esta yerba claros y lucidos
Te dexaré los ojos, que con ellos
Podrás aun conocer los no nacidos.

Y contando uno á uno tus cabellos,
Si te hallare nones de tus males,
Podrás creer que morirás por ellos.

Mas si en tu dicha los hallare iguales
Sobre la tierra estéril y desnuda,
Contaré de tus huesos las señales.

Luego do el agua sin correr se muda,
Bañado nueve veces de mi mano,
Con la raíz de la encantada ruda,

Seguro cogerás por este llano
Las yerbas de virtud no conocida,
Que en él nació su primer verano.

Y con la vestidura desceñida,
Y descalzo el un pie, y en la cabeza
Esta corona de laurel ceñida,

Irás diciendo como yo una pieza
Ciertos cantares, si hallares día
Tu lengua de cantarlos con pureza.

Que en nuevas hojas de inmortal entina
Escritos parecieron en el mundo,
De oculta mano, y de virtud divina.

Bastante cada qual sin el segundo
Para baxar la luna de su cielo,
Y dar luz á las gentes del profundo,

Encadenar los rios con el yelo,
Abrir la noche y encerrar el día,
Y á las horas hacer parar el vuelo.

Vestir nuestros collados de alegría
En el invierno estéril, y el verano
Las rosas ahogar en nieve fría.

Y estos ya dichos, porque de tu mano
Cojas la libertad entre las flores,
Qual cogemos la fruta del manzano,

Con tres velos diversos en colores
Cercarás el altar que ya encendido
Con yerbas estará de tres colores.

De la costa verbena, y el florido
Arrayan, y del roxo y tierno acanto
En luna nueva de raíz cogido.

Y sobre todo del encenso santo,
El humo llevas en los ayres mudas
Tu dolor á los reynos del espanto.

Luego los miembros ligarás desnudos
De esta imagen que ves de limpia cera,
Tres veces, con tres lazos y tres nudos,

Y atándola dirás de esta manera:
La que me tiene ahora así ligado,
Ligada como yo de amores muera.

Y tres veces aquello pronunciado,
Tres veces cercarás el encendido
Altar donde se abraza tu cuidado.

Que el número ternario es escogido
De los sagrados Dioses, y en su acento
Cierta divino olor está escondido.

Y á la imagen ligado el pensamiento,
Así dirás poniéndola en la llama:
Aquí contigo acaba mi tormento.

Y encendiendo en el fuego aquesta rama,
Filia, dirás, me abraza en vivo fuego;
Y yo en este laurel quien me desama.

Y esto dicho verás que baxe luego
Buscándote por sendas escondidas,
Ciega, qual vives tú por ella ciego.

Que estas yerbas de Arcadia son traídas,
Allí tú las sembraste, Alcesibeo,
Y á tí, Aretusa te las dió escogidas.

Allí nacióron, aunque aquí las veo,
Ya de verdor y fruto tan caído,
Que no podrán cumplir algún deseo.

Con su virtud en cizne convertido
Vi su primer pastor, y con su canto
Dexar de seco el campo florecido,

Baxar los pinos á escuchar su canto,
Trocar las mieses, y encantar los rios,
Y esto es lo ménos, y lo mas no tanto.

Estas cenizas y carbones frios
Arroja por detras en la corriente,
Y aquí van, di, los pensamientos míos.

Mientras coges la brasa, un fuego ardiente,
Tírsis, tenlo á señal y dicha buena,
Hizo todo su altar resplandeciente.

Na sé que pueda ser, ni perro suena,
Si viene Filis, si nos han burlado,
Siempre juzgué por inmortal tu pena,
Siempre el bien del amante es bien soñado.

ÉGLOGA VI.

Ursanio.

Tírseo.

URSANIO.

No lo tendré, pastor, más encubierto,
Así el cielo me ponga de su mano
En el punto y compas de mi concierto:

Un rostro ví, carillo, soberano,
No era del suelo, no, que á tal belleza
Muy atras queda todo ser humano.

Al oro que llovía su cabeza,
La luz con que el sol baña tierra y cielo,
Comparada es tinieblas y pobreza.

¿Has visto quando Abril nos viste el suelo
De los esmaltes que el verano cria,
Desnudo ya del encogido yelo;

O quando el cielo al despuntar el dia
El tierno aljófar cierno por las flores,
Y al sol viste de grana el alba fria?

Pues si vieses, Tírseo, las colores
De sus mejillas, el jazmin y grana
Tienen de su primor por borradores.

Si la juzgases por pintura humana,
Yo quiero confesar que mi cuidado
Su asiento tiene en ocasión liviana.

TIRSEO.

Ursanio, quando yo vi aquel dechado
De quien el cielo saca su belleza,
Belleza que japas se vió en traslado;

Vi en él tan altas partes de riqueza,
Que no habra joya fuera de su vasta
Que en mis ojos no venga á ser pobreza.

Que en solo ella mi gloria y bien consista.

No hay para que, pastor, encarecello,
Pues en mí es cosa tan sabida y vista.

Las madejuelas de oro por cabello
En el divino cuello marañado,
Mi alma y vida marañada en ello;

Luxi yo un día en este verde prado,
Haciendo una guirnalda de mil flores,
Tejiendo quizá á vueltas mi cuidado.

VERBIS
TIRSEO.

¿Dime, Tirseo, y sabe tus amores?
Que yo de corto nunca me he atrevido
A contarle á la mía mis dolores.

TIRSEO

Vine al principio deste mal perdido,
A llorar me escondía entre mi pena
Mi cuidado también allí escondido.

Rompíase de apretada la cadena,
No acabo de entender como, carillo,
Mi suerte se trocó de más en buena.

Tenia yo un manchado cervatillo
Que los tiernos corderos retozaba,
Criado á hoja y flores de tomillo.

De mí mismo zurrón le regalaba,
Si seaso me escondía por el prado,
Con placenteras vueltas me buscaba.

Por collar al erguido cuello echado

De mil conchuelas un sartal curioso,
Que me trocó un pastor por mi cayado.

En él de un fiero Jahali cerdoso
Por remate un colmillo, en blanco estaño
Ligado con engaste artificioso.

En hechura, en belleza, y en tamaño
La luna de dos días ser dixeras,
Si dexaras llevarte del engaño.

Con mi cabrito un día á ver las eras
Soqué mi cervatillo regalado
De dices lleno, y hurlas placenteras.

Llegó Félis en esto á mi ganado
Quando yo en mi dolor á más perdido,
Y ella del y de mí á menor cuidado.

Con un cabrito, aun no de un mes nacido,
Tal le vió retozando, que le tuvo
El gusto por un rato embebecido.

Yo viendo que con esto se entretuvo
La que en gloria mi alma entretenia
El breve rato que conmigo estuvo;

La ocasión le ofrecí de su alegría,
Para que recibíendola hallase
En ella escrito quanto en mí tenia.

Y aunque al principio Félis no pasase,
Por el concierto, mi porfía hizo
Que ni el don ni el desseo despreciase.

Y pudo en ella tanto este hechizo
Que haciendo principios en mi gloria,
Mil nubes de tristeza me deshizo.

Fuese luego aclarando la victoria
Y á mostrarse fortuna de mi parte,
Y á verse mi ventura mas notoria.

¿De que me sirve, Ursanio mio, cansarte?
Sabe que un don ablanda el duro acero,
Y que podrá hasta el cielo levantarte.

URSANIO.

¿Que podrá dar un pobre ganadero,
O que tiene que dar, habiendo dado
Al primer lance el corazon entero?

Donde este rico don no es estimado
Por el mayor de quantos pueden darse,
Ya es aqueso querer amor comprado.

No es amor, ni es posible conservarse,
Que amor que al interes está rendido
Interes, y no amor ha de llamarse.

TIBAZO.

Ursanio mio, no lo has entendido,
No es yerro que por dádivas te quieran,
Ni lo es comprar por ellas ser querido.

Si algun valor secreto no tuvieran
Perá ablandar alifros corazonces,
Nunca los Dioses á ellas se rindiern.

No

No quiero yo hacer tus pretensiones
Venir por interes á ser amado,
Mas que ganes audiciencia por tus dones.

URSANIO.

Pastor, un vaso tengo delicado,
El cuerpo de taray, el pie de pino,
De liso cedro el tapador labrado.

Es todo de un entalle peregrino,
Y puede sin escrúpulo igualarse
De todo lo criado á lo mas fino.

Quiso en él de propósito extrenarse
El gran Alcimedonte, de manera
Que solo en él su sello pudo echarse.

Pintó en su pie la alegre primavera,
Y al veco estio frente coronada
De espigas roxas de color de cera.

El frio otoño con la espalda helada,
En mosto enxuelto, de uvas coronado,
La harba y cara sucia y enmostada.

El invierno el cabello rehejado,
Tal, que quica al estio no mirase
Teadrís frio en verlo tan helado.

Y porque mas la obra se estremase,
Cada tiempo está dando la manera,
Como la tierra en él ha de labrarse.

Quando se ha de coger la sementera,

Tomo I.

33

Quando sembrar, podar, y hacer el vino,
Y otras cosas al fin de esta manera.

Pues en el tapador de cedro fino
Están doce estrellados aposentos,
Y en cada quadro su dorado sino.

Los cielos con sus varios movimientos
Unos violentos, otros naturales,
Sobre sus exes de oro por cimientos.

Quantos clavos las puertas celestiales
Tienen para beldad y luz del mundo,
Allí alcanzan sus puntos y señales.

Y en el cuerpo del vaso sin segundo,
Por no cansarte hallarás cifrado
Quanto la luna encierra, y el profundo.

Pues este mundo frágil y abreviado
Que Alcimedonte aquí dexó esculpido,
De ningún labio ha sido deslustrado.

Helo siempre guardado y escondido,
Y ahora en el poder de mi pastora
Quedará con tal dueño enriquecido.

Ella sola merece ser señora,
De todo lo que en él está entallado,
Y á ella se lo ofrezco desde ahora.

TIRASO.

Ursanio, es ese don tan acabado,
Que no sé yo si á quien á darlo llega
Le queda mas que dar que haberlo dado.

Si tu grata pastora no te niega
La obligacion y fe de tal recibo,
Tuyo es el tiempo, á tu sabor navega.

URSANIO.

Entre esa confianza y temor vivo,
Con la frialdad de mi boxeza muero,
Con el calor de su valor revivo.

TIRASO.

Pues dime, así se logren, compañero,
Cuidados tan honrados, ¿quien te hizo
De tal beldad gallardo prisionero?

¿Que nombre le dió el cielo, que lechizo
Tan poderoso fué, que á un pecho esroto
La antigua libertad y brio deshizo?

URSANIO.

Levantóse tan alto el pensamiento,
Que aun ese nombre que en la lengua cabe
Quiso en el corazon tomar asiento.

Cerró el amor su cofre con la llave,
Y rompióla en cerrando, de manera
Que junto el cofre y el secreto acabe.

Y créeme pastor, que si tuviera
Puerta por do salir habiendo entrado,
Sola la llave de tu gusto abriera.

TIRASO.

Ahora, Ursanio, estimo tu cuidado,
En lo que con razon debe estimarse

El gran punto de un firme enamorado.

Que pechos que no saben conservarse
En guardar la importancia de un secreto,
Y con él y sus penas ahogarse,

Bien podrán alcanzar amor perfecto,
Mas no en mi estuacion que ya se sabe
Que solo asieta amor en el discreto.

Y si lo es tu pastora honesta y grave,
No pondria en tí mas punto de contento
Del que tardares en hallar la llave:
Y á Dios que se destempla mi instrumento.

ÉGLOGA VII.

Liranio.

Graciolo.

LIRANIO.

Saca pastor y temple tu vihuela,
Y asida á mi rabel discantaremos,
Mira que el tiempo y nuestra vida vuela.

Y si en melancolias nos metemos
Si no damos salida á las pasiones,
Espuelas á la muerte le ponemos.

Limpia y escombra el alma de invenciones,
Que es condicion de gente distraida
Traer puesta la vida en condiciones.

¿ Quien hay tan libre, que si trae metida
La fantasia en ocasiones vanas,
Le falte alguna en que perder la vida?

Contempla aquellas linceas soberanas,
Que la preciosa estambre van hilando
Que tú entre ciega vanidad devanas.

El cielo en exes de oro volteado,
Y en la incierta baraja de los dias,
Unos naciendo, y otros acabando.

Viene el verano envuelto en alegrías,
Y muere á manos de sus tiernas flores,
El triste invierno con sus canas frías.

Siembra disgustos, cogeras dolores,
Que quando salga la cosecha llena
Bico la habrán cultivado tus sudores.

Aza en el mar, y siembra en el arena,
Y en red procura de encerrar el viento,
Quien pretendo hallar vida sin pena.

GRACIOLLO.

Si yo viese, pastor, mi entendimiento
Escombrado de sombras contrahechas
Que tanto martirizan mi contento:

Si aquestas ataduras ya deshechas
Dexasen libre de su carga el cuello
En quien amor las puso tan estrechas;

Mi hien veria descubierto en yello,
Veria mis trabajos acabados,
Y no colgada el alma de un cabello.

Cantarian los montes mas callados,

33**

BIBLIOTECA

"ALFONSO REYES"

ADD. 1225 ANGLERNEY, MEXICO

Graciolo sus collados eterniza,
El mundo goza ya siglos dorados.

Y este que todo el mundo tirasias,
De sí mismo corrido y afrentado
Iris, sin triunfar de mi ceniza.

O cielos, llegue el día deseado
Que entugando á la orilla mi vestido
Seguro cuente el uracán pasado!

LIBRARIO.

Antes, vaquero, se verá vestido
El seco campo de doradas flores
En medio del invierno desabrido,

Que dexé de sembrar amor dolores,
Que es patrimonio suyo, y en su casa
Los que padecen mas son los mejores.

Oído he ya decir, que el alma abrasa,
No sé, ni veo por que, de aquella suerte
Quieres gozar de vida tan escasa.

¿No te valiera mas entretenerte
En labrar tus cortijos olvidadas,
Que en cultivar con lágrimas tu muerte?

Por ventura, pastor, pocos cuidados
De su cosecha el tiempo nos envía
Para andar en amores ocupados?

GRACIOLO.

Mi regalo, mi bien, la gloria mia
Nace y se cria desta dulce pena,
Y el sol es feo á quien enfada el día.

Maldigo, Amor, mil veces tu cadena,
Tu bien incierto, tu engañoso trato
Que á no fingidas muertes nos condena.

LIBRARIO.

Pastor, no lames al amor ingrato,
Porque te cueste un gusto mil dolores,
Si á nadie lo ha vendido mas barato.

Así diz que se arriendan sus favores,
Que si todo en amor fuera contento,
A dos días causarían los amores.

Alza tu rostro, limpia el pensamiento,
Sacude el ahaa, corta á la medida
De sola tu ventura el sentimiento.

No le tendrás con tino aborrecida,
Ni gastarás en vanas pesadumbres
Las horas robadoras de la vida.

Ni perderás por mucho que te encumbres
El seso con el bien desvanecido,
Ni colgado andarás de sus vialumbres.

Dale con tiempo al corazón rendido
Algun alivio, dale algun descanso
Que bien basta un tormento á un afligido.

GRACIOLO.

Cielo sereno, al parecer tan manso
Como duro, cruel y riguroso
A mí que con querellas mil te causo;

Bien sabes tú, teatro deleytoso,
 Quantas veces la muerte he deseado
 En este solitario bosque umbroso.

El río de mis quejas lastimado
 A veces en cristal se ha convertido,
 Y á veces de dolor se ha despenado.

Hacer acoso sobre un almo un nido
 A dos tórtolas vi en esta ribera,
 Con ellas el amor entretenido,

Y yo llorando dixé, ¿ó quien me diera
 Aquí la muerte, porque de mi vida
 Jamas nueva en el mundo se supiera!

LIRANIO.

Error, sin fin, de gente distraida
 Es el comun vivir destes que tienen
 El alma en vanidades convertida.

A cada paso sin morir se mueren,
 Olvidan un gran ható de ganado,
 Y en ver unos cabellos se entretienen.

Un día á Olimpo vi desesperado,
 Y otro día pensando que era muerto,
 Ya no le conocía de trocado.

Llévete uvas mi parral, frutas mi huerto,
 Y allá se lo haya con su amarga muerte,
 Amor, quien busca en vano tu concierto.

GRACIOLA.

Dorado cielo, si en el bien de verte
 Alguno se concede al que te mira
 Entre la luz que tu herinosura vierte:

Si algun Dios en tus sillas de oro aspira
 A cuyo cargo estén los desdichados,
 A quien el ciego amor sus flechas tira;

Desata destes miembros fatigados
 Un alma triste, puesta por consuelo
 A los que en él están mas agraviados.

Rayos que haceis estremecer el cielo,
 Pues los de amor pretenden destruirme
 Matadme, y no me mate este recelo.

Silvestres fieras, manzanas en oírme,
 Bosque espeso, cansado de escucharos,
 Y vosotros, Serranos, de auírarme!

Si no basta mi fin para llorarme,
 Muétraos á compasión el ver que muero
 Por quien tuvo en su mano el remediarame.

Y al corazón del pecho mas sincero
 En que el amor abrió mortal herida:
 Con dardo agudo de bruuido acero;

A lo ménos le dad á su medida
 Sepulcro, noble, rico y santuero,
 A honra de la que en él está esculpida.

Y por mas solo y ménos deleytoso

Sea de hazo de un ciprés copado
Que al viento forme un aliso temeroso.

O sea entre duros riscos quebrantado
El rigor grave de mi adversa suerte,
Que hoy me hace morir desesperado.

Zelos, quien no ha gustado vuestra muerte,
Ni el alma por los ojos ha perdido,
No es mucho que á entender mi mal no acierte.

O zelo que del mismo amor nacido
Es tu oficio abrasar vida y contento,
Y dexar el carbon mas encendido,

Eres muerte y dolor del pensamiento,
Fero verdugo de immortal contienda
Dadle del bien y el mal uso el tormento.

Llévame al fin por tan estrecha senda,
Que das imperfeccion en el cuidado
Donda apenas caer puede la enmienda.

LIRANIO,

Quien no teme, pastor, ser olvidado,
Quien no teme perder prenda divina
Poco la estima, y poco le ha costado.

GRACIOLA.

Ya, Liranio, al siniestro lado inclina
Atlante el cielo, y sobre entrambos exes
Su carro de oro en la mitad camina.

Razon es que tu canto y mi mal dexa

En las manos del sueño, y en tu choza
A descansar de mi dolor te alejes.

Que si en oírte el fresco campo goza
Una alegre y florida primavera,
Y entre sus flores el placer rezoza,

En mi suezo tu voz de otra manera,
Que lo que sule en otros ser contento:
Con eso quiere amor que pene y muera.

LIRANIO.

Ya va en las selvas refrescando el viento,
Calla, pastor, y en sueño sepultado
Desnuda el alma dese pensamiento.

Aquel hogar que ves amortiguado,
Los pastores en torno del dormidos,
Todo con la ceniza fria nevado,

No ha mucho que en sonoros estallidos
Arderle viste con la llama al cielo,
Mas que oro sus carbonos encendidos:

Pasóse aquella furia y vino el hielo,
Vistió de blanco su dorada brasa,
Así pasan las cosas deste suelo.

De aqueste forgo que tu pecho abrasa
Tambien presto versó la llama altiva
Deshecha en humo, y por el suelo raso,
Que amor y el tiempo todo lo derriba.

CANCION.

Aguas claras y puras,
 En cuyo lúmpio seno
 Vi la beldad mayor que el mundo encierra:
 Florestas y frescoras,
 Bosque de álamos lleno,
 Morada de los Dioses de esta tierra;
 Oid la nueva guerra
 En que amor me ha metido:
 Y vos, Ninfas divinas,
 Que en aguas cristalinas
 Gozais helado y transparente nido,
 Salid fuera á escucharme
 Mientras mi mal no acaba de matarme.

Si el rigor de mi suerte
 Ya tiene difinido
 Que en lágrimas de amor mi vida acabe;
 Por premio de mi muerte
 Séame concedido
 Un don, que en mí la haga ménos grave:
 Si en la ventura cabe
 De un vivir tan cansado,
 Que el cuerpo frío y mudo
 De la vida desuido
 Aquí entre flores quede sepultado,
 Y en esta fuente pura
 Alcance su holganza más segura.

Que

Que yo espero algun día,
 Segun amor me advierte,
 Que vuelva por aquí Cintia gozosa;
 Y la nueva alegría
 De mi sabida muerte
 Ya haga ménos grave, y más hermosa:
 Y ya no rigurosa,
 De un pídoso zelo
 Y compasion llevada
 Sobre mi tierra helada
 Enxugará los ojos con su velo;
 Y á ver esto cumplido
 Quedará aquí mi espíritu escondido.

A la sombra olorosa
 De aquel árbol sentada
 Ninfa de aquesta fuente parecia:
 Y una rama hermosa
 De jazmines nevada
 A dar sobre sus hombros descendia;
 Y allí flores lloriva
 Qual nieve por la sierra,
 Unas á los cabellos,
 Que el sol es ménos que ellos,
 Han otras al agua, otras á tierra;
 Y ella entre tantas flores,
 Por todas partes derramando amores.
 Yo viendo luz tan pura,
 Suspense y admirado.

Tomo I.

34

Bien creí que en el cielo me hallase,
 Y con su hermosura
 Entre flores echado
 Sentí que amor el alma me robase:
 Mas como se arrojase
 Ya mi ganado al río,
 Fuéme el perder forzoso
 Rato tan delectoso,
 Y caminar sin mí tras mi cabrío:
 Tal que al pasar el vado
 A la orilla el zurrón dexé olvidado.

Mientras que las estrellas
 Habitarán el cielo,
 Y del sol tomará lumbré la luna;
 Y mientras ella, y ellas
 Enviarán al suelo
 Los diversos sucesos de fortuna;
 Sin que mudanza alguna
 Deshaga esta memoria,
 Que mi será cantada
 Beldad tan celebrada,
 Y escrita en estos árboles su historia;
 Porque en los ramos bellas
 Crezcan sus loores como crecen ellos.

Cancion, si tanto de primor tuvieras
 Como tienes de amor, yo me obligara
 Que nadie por prosera te dexara.

POEMA

DE LA PINTURA.

POR PABLO DE GÉSPEDES. (*)

LIBRO I.

MUEVE á la alma un deseo que la inclina
 A seguir desigual atrevimiento,
 Ardor, que nos parece ser divina
 Inspiracion, de pretendido intento:
 Si el despierto vigor, donde se afina,
 En mí avivase el fugitivo aliento,
 Diria el artificio soberano
 Sin par, do llegar pudo estudio humano.
 Qual principio conviene á la noble arte
 Del dibujo, que el solo representa
 Con vivas líneas que redobla y parte
 Quanto el ayre, la tierra y mar sustentan:

(*) Cordoba: escultor, pintor, antiquario y poeta:
 fué Racionero en la Iglesia de Córdoba, nació en esta
 Ciudad en 1538, y murió allí en 1608. El poema
 presente no se ha conservado entero: solo han queda-
 do estos fragmentos, que se imprimen aquí según el
 orden que últimamente les ha dado Don Juan Coan en
 su Diccionario.

Bien creí que en el cielo me hallase,
 Y con su hermosura
 Entre flores echado
 Sentí que amor el alma me robase:
 Mas como se arrojase
 Ya mi ganado al río,
 Fuéme el perder forzoso
 Rato tan delectoso,
 Y caminar sin mí tras mi cabrío:
 Tal que al pasar el vado
 A la orilla el zurrón dexé olvidado.

Mientras que las estrellas
 Habitarán el cielo,
 Y del sol tomará lumbré la luna;
 Y mientras ella, y ellas
 Enviarán al suelo
 Los diversos sucesos de fortuna;
 Sin que mudanza alguna
 Deshaga esta memoria,
 Que mi será cantada
 Beldad tan celebrada,
 Y escrita en estos árboles su historia;
 Porque en los ramos bellas
 Crezcan sus loores como crecen ellos.

Cancion, si tanto de primor tuvieras
 Como tienes de amor, yo me obligara
 Que nadie por prosera te dexara.

POEMA

DE LA PINTURA.

POR PABLO DE GÉSPEDES. (*)

LIBRO I.

MUEVE á la alma un deseo que la inclina
 A seguir desigual atrevimiento,
 Ardor, que nos parece ser divina
 Inspiracion, de pretendido intento:
 Si el despierto vigor, donde se afina,
 En mí avivase el fugitivo aliento,
 Diria el artificio soberano
 Sin par, do llegar pudo estudio humano.
 Qual principio conviene á la noble arte
 Del dibujo, que el solo representa
 Con vivas líneas que redobla y parte
 Quanto el ayre, la tierra y mar sustentan:

(*) Cordoba: escultor, pintor, antiquario y poeta:
 fué Racionero en la Iglesia de Córdoba, nació en esta
 Ciudad en 1538, y murió allí en 1608. El poema
 presente no se ha conservado entero: solo han queda-
 do estos fragmentos, que se imprimen aquí según el
 orden que últimamente les ha dado Don Juan Coan en
 su Dictionario.

El concierto de músculos, y parte
Que á la invencion las fuerzas acrecienta:
El bello colorido, y los mejores
Modos con que florece y los colores,

Comenzaré de aquí. Pintor del mundo,
Que del confuso caos tenebroso
Sacaste en el primero y el segundo
Hasta el último día del reposo
A luz la faz alegre del profundo,
Y el celestial asicuto luminosa
Con tanto resplandor y hermosura
De varia y perfectísima pintura;⁶

Con que tan lejos del concierto humano
Se adorna el cielo de púrpuras tintas,
Y el translucido esmalte soberano,
Con inflamadas luces y distintas:
Muestras tu diestra y poderosa mano
Quando con tanta maravilla pintas
Los grandes signos del eterno claustra
De la parte del élice y del austro.

Al ufano pabon alas y faldas
De oro bordaste y de natia divino,
Do vive el rosicler, do la esmeralda
Reluce, y el záfiro alegre y fino:
Al fiero pardo la listada espalda
La piel al tigre en modo peregrino;
Y la tierra amenísima, que esmalta
El lirio y rosa, el anarato y calta.

Todo fiero animal por tí vestido
Va diverso en color del vario velo:
Todo volante género atrevido,
Que el ayre y niebla hiende en presto vuelo:
Los que costan el mar, y el que tendido
Su cuerpo arrastra en el materno suelo:
De tí, mi inculto ingenio, enfermo y poco,
Fuerzas alcance: yo á tí solo invoco.

Un mundo en breve forma reducida, (*)
Propio retrato de la mente eterna,
Hizo Dios, que es el hombre, ya escogido
Morador de su regia sempiterna;
Y la aura simple de inmortal sentido
Inspiró dentro en la mansion interna,
Que la parte exterior avive, y nueva
Los miembros frios de la imágen nueva.

Vistiólo de una ropa que compuso
En extremo bien hecha y ajustada,
De un color hermosísimo, confuso,
Que entre blanco se muestra colorada.
Como si alguno entre azucenas puso
La rosa, en bella confusion mezclada,
O del indio marfil trasflora y pinta
La limpia tez con la sidonia tinta. . . .

Primero romperás lo ménos duro (**)
Deste arte, poco á poco conquistando:

(*) Pintura del hombre. (**) Método de aprender.

Procura un orden, por el qual seguro
 Por sus términos vayas caminando.
 Comienza de un perfil sencillo y puro
 Por los ojos y partes figurando
 La faz; ni me desplugo deste modo
 Un tiempo lineal el cuerpo todo.

Un dia y otro dia, y el continuo
 Trabajo hace práctico y despierto,
 Y después que tendrás seguro el tino
 Con el estilo firme y pulso cierto
 No cures atajar luengo camino,
 Ni por allí te engañe cerca el puerto:
 Vedan que el deseado fin consigas
 Pereza y confianzas enemigas.

Así la universal naturaleza
 Quantos produce al esplendor del cielo
 No primero los arma de firmeza,
 Ni con osado pie huelan el suelo,
 Que el sabor de la leche y la terneza
 Funde y condense del corporeo velo,
 Y como va creciendo el alimento
 Refuerza con igual mantenimiento.

Hasta que ya crecida, llega al punto
 Adulta edad, de mas perfecto estado:
 El sustento dispone y dalo junto
 Al cuerpo y al vigor acomodado.
 No quieras adornar mas tu trasunto
 De lo que conviniere al primer grado,

Que quanto mas en el te detuviere,
 Irás mas pronto al otro á que subieres.

Ya que la aura segunda de la suerte
 Descubre en tu favor felice agüero,
 No puede segun esto sucederte
 Méas el resto que el sudor primero:
 Parende con ahinco antepouerte
 Pretende entre los otros delantero,
 Llevando siempre, y vencerás, por guía
 La libre obstinacion de tu porfia.

La elegancia y la suerte graciosa
 Con que el diseño sube al sumo grado
 No pienas descubrirla en otra cosa,
 Aunque industria acrecientas y cuidado,
 Que en aquella excelente obra espantosa,
 Mayor de quantas se han jamas pintado,
 Que hizo el Buonarota de su mano
 Divina, en el Etrusco Vaticano. (*)

Qual nuevo Prometeo, en alto vuelo
 Alzándose, extendió las alas tanto,
 Que parsto encima el estrellado cielo
 Una parte alcanzó del fuego santo;
 Con que tornando enriquecido al suelo,
 Con nueva maravilla y nuevo espanto,
 Dió vida con eternas resplandores
 A mármoles, á bronceas, á colores.

(*) El Juicio universal de Miguel Angel.

Esa perpetua noche y sombra oscura
 La ignorancia, que tanto ocupa y tiene,
 Cuando con llama relumbrante y pura
 Esta luz clara se aparece y viene:
 Vistióse de no vista hermosa
 El siglo inculto y rudo, á quien conviene
 Con título vencer debido y justo
 La fortunada edad del grande Augusto.

¿O mas que mortal hombre, ángel divino?
 ¿O qual te nombraré? No humano cierto
 Es tu ser, que del cerco impíreo vino
 Al estilo y pincel, vida y concierto.
 Tú mostraste á los hombres el camino
 Por mil edades escondido, incierto
 De la Reyna virtud: á ti se debe
 Honra, que en cierto dia el sol reanueve...

Será entre todos el pincel primero (*)
 En su cañon atado y recogido.
 Del blando pelo del silvestre vero
 (El belgíco es mejor y en mas tenido):
 Sedas el jabali cerdososo y fiero.
 Parejas ha de dar al mas crecido:
 Será grande ó mayor, segun que fuere
 Formado á la ocasión que se ofreciere.

Un junco, que tendrá ligero y firme
 Entre dos dedos la sinistra mano,
 Do el pulso incierto en el pintar se afirma,

(*) Instrumentos para pintar.

Y el teñido pincel vacile en vano;
 De aquellos que cargó de tierra-firme.
 Entre oro y perlas navegante ufano;
 De ébano ó de marfil hasta que se entre
 Por el cañon, hasta que el pelo encuentre.

Demas un tablancillo relumbrante
 Del árbol bello de la tierna pera,
 O de aquel otro, que del triste amante
 Imitare el color en su madera:
 Abierto por la parte de delante,
 Do salga el grueso dedo por defuera:
 En él asentará por sus tenores
 La variedad y mezcla de colores.

Un pórvido quadrado, llano y liso,
 Tal que en su tez te mires limpia y clara,
 Donde podrás con no pequeño aviso
 Trillarlos en sutil mistura y rara:
 De tres piernas la máquina de aliso,
 De una á otra poco mas que vira,
 Las clavijas pondrás en sus encajes,
 Donde á tu mano el quadro alee ó baxe.

De mazizo nogal y sazonado
 Derecha regla que el perfil requadra:
 Tendrás tambien de acero bien labrado
 (No faltará ocasion) la justa esquadra,
 Y el compas del redondo fiel trazado,
 A quien el propio nombre al justo quadra,
 Que abriéndose ó cerrando no se sienta
 El salto donde el paso mas se aumenta.

Demas de esto un cachillo acomodado
De sus perdidos filos ya desnudo,
Que incorpore el color; y otro delgado
Que corte sin sentir fino y agudo
Los despojos del pájaro sagrado,
Cuya voz oportuna tanto pudo
De la tarpea roca en la defensa,
Quando teoría el fiero Galo piensa.

Sea argentada concha, do el tesoro
Creció del mar en el extremo seno,
La que guarde el carmin y guarde el oro,
El verde, el blanco y el azul sereno:
Un ancho vaso de metal sonoro
De frescas ondas transparentes lleno,
Do molidos á olio en blando frío
Del calor los defienda y del estío.

Una ampolla de vidrio cristalina,
Que el perfecto barniz guarde, distinta
De otra, do se conserva, y do se afina
Olio, con que mas cómodo se pinta:
Con estas otra que á la par destina
A la letra y dibujo, oscura tinta,
De caparrosa hecha, agalla y goma
Con el licor que da la fértil Soma.

Tiene la eternidad ilustre asiento (*)
En este humor por siglos infinitos:
No en el oro, ó el bronce, ni ornamento

(*) Elogio de la tinta y su duración.

Pario, ni en los colores exquisitos:
La vaga fama con robusto aliento
En el esparce los canoros gritos,
Con que celebra las famosas lites
Desde la India á la Ciudad de Alcides.

¿Que fuera (si bien fué segura estrella,
Y el hado en su favor constante y cierto)
Con la soberbia sepultura y bella
De las cenizas del esposo muerto
La magnánima reyna, si en aquella
Noche oscura de olvido y desconcierto
La tinta la dexara, y los loques
De versos y eruditos escritores?

Los soberbios alcázares alzados
En los latinos montes hasta el cielo,
Anfiteatros y arcos levantados
De poderosa mano y noble zelo,
Por tierra desparcidos y asolados,
Son polvo ya, que cubre el yermo suelo:
De su grandeza apenas la memoria
Vive, y el nombre de pasada gloria.

De Priamo infelice solo un día
Destino el reino tan temido y fuerte:
Crece la inculta yerba, do crecía
La gran ciudad, gobierno y alta suerte:
Vienen espantosa con igual porfia
A los hombres y mármoles la muerte:
Llega el fin postrimero, y el olvido
Cubre en oscuro seno quanto ha sido.

Humo envuelto en las nieblas, sombra vana
Somos, que aun no bien vista desaparece:
Breve suma de números que allana
La Parca, quando multiplica y crece:
Turana suerte en condicion humana
Que con nuestros despojos enriquece,
Deuda cierta nacemos y tributo
Al gran tesoro del hambriento Plato.

Todo se anega en el Estigio lago:
Oro esquivo, noblera, ilustres hechos;
El ancho imperio de la gran Cartago
Tuvo su fin con los soberbios techos:
Sus fuertes muros de espantoso estrago
Sepultados encierra en sí y deshechos
El espacioso puerto, donde suena
Ahora el mar en la desierta arena.

Espantoso su nombre fué, espantoso
El hierro agudo á la Ciudad de Marte:
Ella lo sabe, y Trasimeno undoso,
Que en su sangre berrió de parte á parte:
Caverna ahora del leon velloso,
Do aspid socda y cerasta se reparte,
A do no humano acento, mas bramidos
De fieras resonantes son oidos.

Vos sentisteis tambien ménos amigos,
Los tristes ludos con discurso extraño,
No tanto por los golpes enemigos,
Mas por vuestro valor último daño.

O Numancia! O Sagunto! que testigos
Ahora sois de humano desengano:
Caísteis, mas quitó vuestra venganza:
Al vencedor la palma y la esperanza.

¡Que mucho si la edad hambrienta lleva
Las peñas enriscadas y subidas,
El fiero diente, y su cruzera ceba
De piedras arrancadas y esparcidas!
Las altas torres con extraña prueba
Al tiempo rinden las eternas vidas:
Hiéndose y abre el duro lado en tanto
El mármol liso, el simulacro santo.

Del gran Señor la omnipotente mano,
Que las ruedas formó del ancho mundo,
Y quanto adorna el pavimento humano,
Y el mar, y quanto escoude en el profundo
No vemos que refrena, ó va á la mano
De la natura el gran poder segundo,
Pues todo quanto á luz sacar le place
Acaba, y con morir su curso hace.

¿Quantas obras la tierra avara esconde,
Que ya ceniza y polvo las contemplo?
¿Dónde el bronce labrado y oro? ¿Y donde
Atrios y gradas del asirio templo,
Al qual de otro gran rey nunca responde
De alta memoria peregrino exemplo?
Solo el tesoro que el ingenio adquiere
Se libra del morir, ó se difiere.

No creo que otro fuese el sacro río
Que al vencedor Aquiles, y ligero
Le hizo el cuerpo con fatal rocío
Impenetrable al homicida acero,
Que aquella trompa y sonoro hirió
Del claro verso del etéreo Homero,
Que viviendo en la boca de la gente
Ataja de los siglos la corriente.

Como se opuso con igual aliento
El verso grande de Marón divino,
Quando con paso andaz de ilustre intento
De la aurea eternidad halló el camino:
Puso en el trono del púrpuro asiento
La noble tina del poeta Audino
Al magnánimo Enesias, no el único
Parrás, y la creciente de Numico.

LIBRO II.

Y aunque en la proporción generalmente (*)
De los antiguos muchos disfrerón,
Una intento seguir, la mas corriente,
Que en las mayores obras eligierón:
Yo la vi, y observé en aquella fuente
De perenne saber, de do salieron
Nobles memorias, de valiente mano
Que ornan la alta Torreya y Vaticano.
Del alto de la frente, do el cabello
Se comienza á espesar obscurecido,

(*) Simetría del hombre.

Hasta donde adornado de su vello
El perfil de la barba es mas crecido,
Y do mas baxo se avecina al cuello
En tres partes iguales dividido,
La medida será con que midieres
Grande ó pequeña imagen que hicieres. . . .

El estudio no ménos, y el cuidado (*)
Que pusiste en humanas proporciones,
A qualquier animal representado
Aplicarás por partes y razones:
Al corzo ligerísimo, al venado,
Pero en particular á los leones
Con fuerte garra, y con lanudas crines,
Y cierta ley de rigorosos fines.

El hermoso lebrél, el crudo alano,
Pintado ser de grande ornato hallo:
El jabali espumoso; el tigre hircano
Y otros en grande número, que callo:
Mas sobre todos ten siempre á la mano
El bizarro dibujo del caballo,
Con que tanto enriquece la pintura
El aliento, caudal y hermosura.

Muchos hay que la fama ilustre y nombre (**)
Por estudio mas alto ennobleciera
Con obras famosísimas, do el hombre
Explica el artificio y la manera:

(*) Simetría de los animales.

(**) Pintura del caballo.

Solo el caballo les dará renombre
Y gloria en la presente y venidera
Edad, pasando del dibujo esquivo
A descubrirnos quanto muestra el vivo.

Que parezca en el ayre y movimiento
La generosa raza, do ha venido,
Salga con altivez y atrevimiento,
Vivo en la vista, en la cerviz erguido:
Estribe firme el brazo en duro asiento
Con el pie resonante y atrevido,
Animoso, insolente, libre, ufano,³
Sin temer el horror de estruendo vano.

Brioso el alto cuello y enarcado
Con la cabeza descarnada y viva:
Llenas las cuencas; ancho y dilatado
El bello espacio de la frente altiva:
Breve el vientre rollizo, no pesado,
Ni caído de lados, y que aviva
Los ojos eminentes: las orejas
Altas sin derramarlas y parejas.

Bulla hinchado el fervoroso pecho
Con los músculos fuertes y carnosos:
Hondo el canal, dividirá derecho
Los gruesos cuartos limpios y hermosos:
Llena la anca y crecida, largo el trecho
De la cola y caballos desdenosos:
Ancho el hueso del brazo y descarnado:
El casco negro, liso y acopado.

Parezca que desdeña ser postrero,
Si acaso caminando, ignota puente
Se le opone al encuentro; y delantero
Preceda á todo el esquadron siguiente:
Seguro, osado, denodado y fiero,
No dude de arrojarle á la corriente
Randa, que con las ondas retorcidas
Resuena en las riberas combatidas.

Si de lejos al arm: dió el aliento
Ronco la trompa militar de Marte,
De repente estremece un movimiento
Los miembros, sin parar en una parte:
Crece el resuello, y recogido el viento
Por la abierta nariz, ardiendo parte:
Arroja por el cuello levantado
El cerdoso cabello al diestro lado.

Tal las ameltas madejas extendidas
De la fiera cerviz con fiero asalto,
Quando con los relinchos encendidas
El ayre y blanca nieve á Peño alto,
Las matas mas cerradas espacias
Al vago viento igual de salto en salto,
En el encuentro de tu Ninfa bella,
Saturno volador, delante de ella.

Tal el gallardo Cilaro iba en suma,
Y los de Marte atroz iban, y tales,
Fuego espiraba la zibicante espuma
De los sangrientos frenos y bozales:

Tal con el tremolar de líbia pluma
Volaban por los campos desiguales
Con ánimos y pechos varoniles
Los del carro feroz del grande Aquiles.

A los quales excede en hermosura
El cisne volador del señor mio,
Que la vitoria cierta se asegura
De otro qualquiera en gentileza y brio.
Va delante á la nieve helada y pura
En color, y en correr al Euro frio;
Y á quantos en su verso culto admira
La rouca voz de la Pelasga lira.

Salve, gran madre, á quien dichoso parto
Digno engrandeca de corona y cetro,
Cuyo esplendor se extiende y crece, harto
Mas vivo y puro que el diurno Electro:
Rendido el Persa, el Agareno y Parto
A su valor con sonoro plectro,
Si el cielo tiene aun quien venza y quiebre
De Smirna y Roma al presumir celebre.

Quales en torno el carro levantado
De uucidos ferocisimos leones
Van al abrigo del materno lado
De estrellas los ardientes esquadrones:
No menor gozo tienta el pecho amado
Ver tú salir de tí tales varones,
Cuya virtud, qual el celeste fuego
Reluce, y mas el gran Marques de Priega.

Este, por quien de gloria coronada
Viste de eterno honor mil ornamentos
Córdoba, de laureles adornada,
Y de palmas sus altos fundamentos:
Luz de su ilustre patria levantada
Encima á qualesquier merecimientos;
Y es bien razon que en serio della sea
De quanto alumbra el sol, y el mar rodea.

Y si tú, grave cítara, pretendes
Seguir este subido heroyco intento,
Y el valor celebrar, ¿dónde te enciendes
Tanto, y alzar tu voz al claro asiento?
No consienten tus fuerzas lo que emprendes,
Que pocas son, y el ya cansado aliento:
Vuelve, vuelve, y conoce la carrera,
Que ya tomaste, á proseguir primera.

Si enseñarte pudiese los conceptos (*)
Escritos, y la voz presente y viva,
Los primores abriera, y los secretos
Que encierra en si la docta perspectiva:
Como extendidos por el ayre y retos
Los rayos salen de la vista esquiva,
Como al término llegau de su intento,
Do paran, como en basa y fundamento. ®

Osaré confesar que alguna parte
El continuo trabajo alcanzar puede,
Por gastar largo tiempo en aquesta arte,

(*) Perspectiva y escorta.

Y la esperanza andaz, que al fin sucede:
De mirar donde acaba y donde parte
El corte de las líneas; y do quede
Señalado el escorzo, con certeza,
En breve forma, y con mayor belleza.

Acórtase por esto, y se retira
El perfil, que á los miembros ciñe y parte,
Asimismo escondiéndose á la mira,
Y desmiente á la vista una gran parte:
Donde una gracia se descubre y mira
Tan alta, que parece, que allí el arte,
O no alcanza de corta, ó se adelanta
Sobre todo artificio, ó se levanta.

Esto llaman escorzo introducido,
Que en la habla comun se entienda y nombre,
De tierras extranjeras conducido,
Traxo con la arte misma el mismo nombre:
Ora pues, ni el trabajo conocido
Tal vez te haga acobardar ni asombre,
Ni la dificultad severa pueda
Romperte el paso á la sublime rueda.

¿Que diré de la tabla que desvía
El fulminante trazo y los colores?
Vivo parece, y viva fuerza envía
El golpe entre fingidos resplandores,
Al qual se rindió la Asia, y la portija
De los Partos huyendo vencedores;
Y la pintura tan subida y nneva:
Que con relinchos su caballo sprueba.

Bien hay donde extender la blanda vela
Por sucho campo, donde el fin no es cierto,
Y traer mil preceos que la escuela
Tuvo de los antiguos y concierto;
Mas mientras la intencion mas se desvela,
Mas cerca pide al deseado puerto:
Con todo descubrir el fin se debe
Del camino mas fácil y mas breve.

Y para mayor luz sabrás, que hay una (*)
Industria, con que muchos han obrado,
Y acudiendo el favor de la fortuna,
Y el suceso al estudio y al cuidado,
Sus pinturas ilustres una á una
Las colocáron en tan alto grado,
Tan firmes, que la fuerza no ha podido
Del tiempo obscurecetas, ni el olvido.

Harás de quatro listas bien labradas,
Que entre si puedan encajarse un quadro,
Y por iguales trechos señaladas
A la redonda sean del requadro:
De señal á señal atravesadas
Vayan las hebras á encontrarse en quadro;
Qual el vario axetres suele mostrarse,
Y de ébano y marfil diferenciarse.

Podrás, como quisieres, la figura
En tabla ó en papel representarla,
En la qual se descubra en la escultura

(*) Quadrícula.

Un movimiento vivo en que mirarla;
De snerte la acomoda en la postura,
Que habrás después con tintas de pintarla,
Si aspira el noble pecho á la alta gloria,
Que da de siglo en siglo la memoria.

El ya dicho instrumento en medio puesto
De esta figura, y de tu opuesta vista
La membrana ó papel tendrás dispuesto,
Do tu dibuxo con razón consista:
Un trazo suba por derecho enhiesto,
Y corra por traves la ciega lista
Con otros tantos quadros y señales,
Todas al justo, ó todas desiguales.

Y luego mirarás por donde pasa
Cierta el contorno de la bella idea,
De rincón en rincón, de casa en casa
De aquella red que contrapuesta sea:
A tus quadros los perfiles casa
Con oscura ematite (*), do se vea
El escorzo tan justo con efeto,
Igual en todo al imitado objeto.

Y pues ya sale y resplandece y dora (**)
Con belleza de luz del nuevo día,
El cielo oscuro, la florida aurora,
Y alza la faz rosada á la aura fria;
A vos llamo, y á vos convoco ahora,

(*) Lápiz colorado. (**) Colorido.

Ilustre y animosa compañía,
Que conmigo entendido aquella parte
Habeis de los principios de aquesta arte:

¿Mas que me canso de pintar, si al vivo
Desallece el mastiz y apenas llega?
¿Si con humilde ingenio lo que escribo
Mal el verso declara, ó mal despiega?
Del natural pretende alto motivo
Seguir, que á solo estudio no se entrega:
Del natural recoge los despojos
De lo que pueden alcanzar tus ojos.

Buaca en el natural, y (si supieres
Buscarlo) hallarás quanto buscares:
No te cause mirarlo, y lo que vieres
Conserva en los diseños que sacares.
En la honrosa ocasion y menesteres
Te alegrará el provecho que hallares;
Y con vivos colores resucita
El vivo que el pincel, é ingenio imita.

No me atrevo á decir, ni me prometo
Todas las bellas partes requeridas
Hallaros de continuo en un sugeto,
Todas veces sin falta recogidas;
Aunque las cria sin ningún defecto
(A todas en belleza preferidas)
Naturaleza, tú entresaca el modo,
Y de partes perfectas haz un todo.

En el silencio oscuro su belleza, (*)
 Desnuda de afeytadas fantasías,
 Le descubre el pintor naturaleza
 Por tantos modos y por tantas vías,
 Para que la arte atienda á su lindeza
 Con nuevo ardor, quando en las cumbres frías
 La luna enviste blanca, y en cabello
 Al pastoreillo desdenoso y bello.

Las frescas espeluznas escondidas
 De arboresos silvestres y sombríos,
 Los sacros bosques, selvas estendidas
 Entre corrientes de cerúleos ríos,
 Vivos lagos y perlas esparcidas
 Entre esmeraldas y jacintos fríos
 Contemple, y la memoria entretenida
 De varias cosas quede enriquecida.

Si dispusiese el soberano cielo, (**)
 Cuyo imperio corrige y ley gobierna
 Quanto á luz manifiesta el áncico suelo,
 Y el estado mortal siguiendo alterna,
 Que despues que dé vuelta el leve vuelo
 Del tiempo, que consume y desgobierna
 Quanto produce y cria el universo,
 Viviese la memoria de mi verso:

(*) Imágenes de la fantasía.

(**) Conclusión.

Será

Será quizá que entre otros desvarios
 En que dau los que aquesta humana senda
 Huelen, mirase los preceptos míos
 Uno que alzarse á la virtud pretenda;
 Y añadiendo al cuidado nuevos bríos
 Levantar á su antiguo honor empresa
 Esta arte ya perdida y desechada,
 Sin honra en el olvido sepultada.

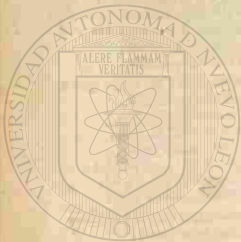
Como? No puede ser? Un tiempo estuve
 (Y pasaron mil años) escondida,
 En tanto que la niebla oscura tuvo
 De la ignorancia la virtud sin vida,
 Hasta que aventajadamente hubo
 Quien la ensaleo de ahora está subida;
 Mas (como todas cosas) nunca puedo
 Firmarse donde permanezca y quede.

No asienta en nada el pie, ni permanece
 Cosa jamas criada en un estado;
 Este hermoso sol que resplandece,
 Y el coro de los astros levantado,
 El vago ayre y sonante, y quanto crece
 En la tierra y el mar de grado en grado
 Mueven como ellos, cambian vez y asientos,
 Y revuelven los grandes elementos.

Fín del Tomo primero.

Tomo I.

36



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

DE LOS POETAS

Cuyas composiciones escogidas se contienen en este Tomo primero.

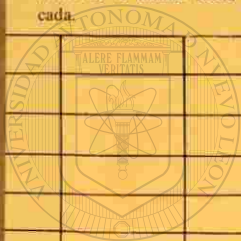
<i>Juan de Mena</i>	p. 1
<i>El Marques de Santillana</i> ...	11
<i>Don Jorge Manrique</i>	17
<i>Garcilaso</i>	29
<i>Fray Luis de Leon</i>	72
<i>Francisco de la Torre</i>	90
<i>Fernando de Herrera</i>	128
<i>Francisco de Rioja</i>	187
<i>Bernardo de Balbuena</i>	215
<i>Pablo de Céspedes</i>	275

®

CAPILLA ALFONSINA

U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta
antes de la última fecha abajo indi-
cada.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PQ6176

Q5

v.1

1817

132857

AUTOR

UANL

®

